ANTÍA EIRAS



NO SOMOS UNA SIMPLE COINCIDENCIA

NOSOTROS 1

NO SOMOS UNA SIMPLE COINCIDENCIA

ANTÍA EIRAS

Índice

Índice
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
Tu valoración me importa.
Biografía
Todos los libros de la autora

Prólogo

10 meses antes

Sara sujetaba con firmeza el paraguas que las protegía de las gotas de lluvia que caían sobre sus cabezas, y que producían un ruido que amortiguaba los sollozos de Leire con escasos resultados. Oteó el horizonte cargado de húmedas y grises nubes en aquel nefasto y frío mes de enero, acorde con el estado de ánimo que reinaba en el cementerio donde estaba siendo enterrado el cuerpo de Arturo Castillo. Con inmensa tristeza, apretó con delicadeza la esbelta cintura de su mejor amiga en un intento de ofrecerle algo de consuelo y recordarle que estaba allí, junto a ella, decidida a ser su apoyo en todo lo que necesitara. No obstante, la imposibilidad de hacer algo que aliviara su dolor hizo que apretara los dientes en un hercúleo empeño por detener las intensas ganas de gritar de frustración.

La vida era demasiado injusta, si no que se lo preguntaran a la persona que tenía a su lado, la cual acababa de perder a su padre en un desafortunado accidente de tráfico, trastocando todo su mundo en tan solo un instante. Todavía en estado de *shock*, a Sara le resultaba difícil asimilar el hecho de que no volvería a ver nunca más a aquella persona tan cercana a su círculo familiar. El difunto no solo era el papá de Leire, también era su padrino, además de compañero de trabajo y amigo íntimo de su propio padre. Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla al recordar el rostro amable del hombre al que ya no tendría la fortuna de volver a contemplar.

De pie, delante del nicho donde descansarían sus restos, agarró del talle con fuerza a Leire, ya que sentía que esta podía derrumbarse en cualquier momento.

—¡Papá! —exclamó al advertir que le fallaban las piernas a su amiga.

Este, que se mantenía muy cerca de ellas, se apresuró a sostener a la muchacha con presteza.

—Vamos, cariño —susurró con ternura Andrés Navarro, mientras guiaba con firmeza a la joven adolescente que consideraba como una segunda hija.

Desolada, Leire se dejó conducir entre la multitud congregada en aquel sagrado camposanto. Las miradas compasivas no perdían detalle de su marcha, al mismo tiempo que se mezclaban con susurros cargados de cierta curiosidad malevolente.

Los pasos retumbaban sobre el antiguo y mojado suelo adoquinado mientras ponían distancia y salían del recinto, atenuando las palabras que el cura recitaba en oración por los difuntos, mientras se aproximaban a un coche cuya puerta trasera abrió Andrés para acomodar a la joven y desolada huérfana en su interior. En ese mismo instante, una extraña sensación hizo que el vello de la nuca de Sara se erizase, obligándola a mirar por encima de su hombro. No obstante, no vio nada extraño que llamase su atención; a excepción de un joven solitario resguardado bajo un chubasquero de color azul marino que, apartado del resto, observaba lo que ocurría con el hombro apoyado en el tronco de un viejo tilo de hoja ancha. Intentó reconocer su rostro, pero la capucha que lo cubría por completo imposibilitaba dicha acción.

—Quedaos aquí las dos hasta que termine el sepelio —sugirió Andrés con gesto preocupado —. Yo volveré lo antes posible con tu madre y con Sonia para llevaros a casa.

Sara asintió conforme y se acomodó al lado de su mejor amiga, cuyo rostro pálido contrastaba con las manchas violáceas que destacaban debajo de sus ojos. Incómoda, contempló

la desolación que arrancaba aquellos sollozos desconsolados y se sintió una completa inútil. Desconocía qué hacer en momentos como esos. La vida no la había preparado lo suficiente como para saber cuál era el tipo de consuelo adecuado ante la pérdida de un ser querido. Así que, en completo silencio, solo se atrevió a acoger entre sus brazos el menudo cuerpo de la triste adolescente, quien apoyó la cabeza sobre su hombro, se acurrucó y se dejó envolver por su cálido abrazo hasta que las lágrimas dejaron de brotar.

—¿Estás mejor? —indagó Sara minutos después.

Leire se limitó a asentir al tiempo que se sonaba los mocos con un pañuelo de papel.

—Sí, gracias. —Giró la cabeza para contemplar a su madre por la ventanilla del coche. Los padres de Sara la sujetaban por ambos lados, siendo estos su apoyo más importante en aquellos duros momentos, al tiempo que se mantenía en pie a duras penas—. ¿Cuándo se terminará toda esta mierda?

Sara dirigió su atención hacia el numeroso grupo de personas que su amiga estaba espiando. Podría decirse que casi todos los presentes eran compañeros de trabajo del padre de Leire, cuyas familias vivían en una pequeña y privada urbanización perteneciente a la empresa donde trabajaba también el padre de Sara. La sede era una filial de un poderoso y reconocido grupo especializado en farmacia y biotecnología, cuya investigación, desarrollo, fabricación y comercialización de vacunas y medicamentos para la salud humana y animal era reconocida a nivel mundial. Esta empresa, fundada en los años 50 en un pequeño y pintoresco pueblo a pocos kilómetros de la gran ciudad, ofrecía alojamiento a sus trabajadores más cualificados y de alto nivel, los cuales se conocían y convivían como una respetada comunidad.

—No lo sé —respondió sincera—. Pero mira el lado bueno, padrino era tan querido que han venido todos los del pueblo a despedirlo.

Una mueca de disgusto se formó en el rostro de Leire.

—No me hagas reír —murmuró entre dientes—. Son todos una panda de hipócritas.

La respuesta cargada de desprecio tomó por sorpresa a Sara.

—¿Por qué dices eso?

Su amiga giró el rostro hacia ella.

—¿Sabes lo que van diciendo por ahí? —Sara negó con la cabeza—. Que mi padre tuvo el accidente de coche porque iba puesto de drogas hasta arriba.

La conmoción golpeó a Sara como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

—¡Pero eso es mentira!

Leire apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea, al tiempo que sus ojos se humedecían y retenían una multitud de lágrimas que rebosaban rabia.

—Yo lo sé, tú lo sabes, pero esa panda de impresentables está más que dispuesta a creerse todas las mentiras que la empresa está vertiendo sobre él.

Sara observó a la multitud congregada colina abajo que se mantenía en respetuoso silencio ante la sepultura donde ahora descansaban los restos de Arturo Castillo.

—Estoy segura de que te equivocas, Leire. No sé dónde habrás escuchado ese estúpido rumor, pero nadie que conociera a tu padre podría verter semejante acusación sin sentido.

—La misma Policía nos lo dijo a mi madre y a mí esta mañana cuando se personó en nuestra casa —aclaró su amiga con un matiz de miedo tiñendo sus palabras—. Al parecer, están investigando el accidente porque Zoitec ha insinuado que papá podría haber estado robando ciertas sustancias del laboratorio para uso personal.

El estupor se reflejó en el rostro de Sara, quien no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Malditos cabrones! —musitó estupefacta—. ¿Por qué puñetas están haciendo algo así?

Una sombra de cólera cruzó el rostro de su amiga antes de decir:

—No tengo ni idea —confesó entre dientes—, pero eso no es todo.

—¡Ah!, ¿es qué todavía hay más?

Leire apretó los puños que tenía apoyados sobre sus rodillas.

—Nos han dado de plazo tres meses para que busquemos otro lugar donde mudarnos.

Perpleja, Sara miró a su amiga con una expresión de horror.

—¡¡¿Qué?!! —exclamó, comenzando a comprender las terribles consecuencias de la muerte de su padrino—. ¡No pueden hacer eso!

—La casa pertenece a la empresa —explicó su amiga con más calma de la esperada, tal vez porque ya había tenido suficiente tiempo para asimilar la bomba que representaba esa noticia—. Si mi padre ya no trabaja con ellos, tienen el derecho de reclamarla para ofrecerla como alojamiento a la persona que lo sustituya.

—¡Qué hijos de puta! —soltó ofuscada por su falta de humanidad.

—Dentro de lo malo, al menos, nos dan tres meses para buscar otro lugar.

Sara entrecerró los ojos y contuvo su ira a duras penas al advertir la actitud derrotista de su amiga.

—No sé dónde ves tú el lado bueno —replicó mordaz.

—Bien podrían habernos puesto hoy mismo de patitas en la calle.

—Eso sería ilegal —señaló, sin tener mucha idea de si estaba o no en lo cierto.

Exhausta, Leire dejó escapar un pesado suspiro al mismo tiempo que miró de nuevo a través de la ventana.

—Qué importa ya.

Impotente ante el sufrimiento de su mejor amiga, Sara solo pudo seguir su ejemplo antes de añadir:

—No estás sola, lo sabes, ¿verdad? Mi familia es tu familia y las puertas de mi casa estarán siempre abiertas para ti y para tu madre.

Leire se mordió el labio inferior cuando la emoción amenazó con desbordarla otra vez. Todo su mundo se había venido abajo en cuestión de unos pocos días, a saber lo que le depararía el futuro. Su madre, en un afán sobreprotector, había intentado restarle importancia a los problemas que surgían uno tras otro desde el fatídico accidente. No obstante, ella no era tan ingenua como para comprender que ya nada volvería a ser igual. Daba gracias por la presencia y el apoyo incondicional de Sara y sus padres, pero era consciente de que tanto su madre como ella tendrían que buscar su propio camino cuanto antes y no ser una carga para ellos.

—Lo sé —respondió en un murmullo. Inspiró aire por la nariz y se tomó unos instantes antes de volver a hablar—. Como también soy consciente de que la cosas a partir de ahora van a ser muy distintas.

—No te preocupes —la animó Sara, agarrándola de la mano—. Encontraremos una casita en el pueblo que podáis alquilar.

—Claro —se limitó a responder, aun sabiendo que era muy poco probable.

Aunque el pueblo no pertenecía a la empresa, tanto la pequeña urbanización donde residían los trabajadores más relevantes como el resto de negocios estaban vinculados o dependían de Zoitec. Por tanto, en cuanto los rumores sobre su padre se propagasen, ella y su madre podrían considerarse unas parias en la zona.

No era la primera vez que ocurría. Unos años atrás se habían filtrado ciertas sospechas sobre

unos extraños casos de gastroenteritis en la zona que no tenían explicación. Debido a ello, como si de una secta de película B se tratase, surgieron dedos acusadores en torno a varios miembros de un pequeño equipo de biólogos que, según las sospechas, habían cometido un error con unos ensayos en el laboratorio. Nadie sabía a ciencia cierta quiénes eran. Tampoco si la información era falsa o verdadera. No era necesario. El miedo a lo desconocido, a la manipulación de varias muestras catalogadas como peligrosas con las que trabajaban para producir y estudiar algunos medicamentos y vacunas, era suficiente motivo para juzgar sin tener pruebas.

Sara se mordió el labio inferior al entender las preocupaciones de su amiga.

—¿Crees que te harán el vacío en el instituto por culpa de estos rumores?

La expresión en el rostro de Leire no dejaba lugar a dudas, aunque intentó disimularlo con un irónico chasquido de lengua.

—Me importa una mierda. Aunque ten por seguro que, a partir de ahora, no voy a ser la chica más popular del momento.

A pesar del aire indiferente con el que soltó esas palabras, Sara intuyó que no era sincera.

—Si se creen semejantes tonterías, ellos se lo pierden. Además, piensa que estamos a mitad de curso —señaló con una nota de esperanza e ilusión en la voz—, así que dentro de unos pocos meses nos olvidaremos de todo esto y comenzaremos una nueva etapa en la universidad. ¿No te hace ilusión?

—Mucho —respondió Leire, fingiendo una sonrisa. En esos momentos estaba más preocupada por el ahora que por el futuro—. No sabes cuánta ilusión me hace —recalcó con ironía.

Capítulo 1

De pie, delante de la puerta del ascensor, Sara y Leire esperaban con impaciencia a que este descendiera del piso superior.

—¿Tienes clases por la tarde? —preguntó Leire, echándole un vistazo a su propio cronograma en el móvil.

Sara asintió mientras agarraba del interior de su cartera la tarjeta de autobús que la llevaría hasta la Facultad de Químicas.

—Ajá —respondió distraída—. Tengo Biología a última hora de la mañana y, por la tarde, Laboratorio de matemáticas. ¿Y tú?

—Yo no tengo clases por la tarde, pero podemos quedar para comer de todas formas en la cafetería.

—Me parece bien —respondió tras guardar la cartera en la pequeña mochila y meterse la tarjeta del bus en el bolsillo posterior de sus vaqueros—. ¿Tu madre trabaja hoy?

—Sí. Así que aprovecharé para quedarme en la biblioteca y repasar lo que hemos dado de Teoría del derecho.

—Genial, llevo el portátil, así que podemos ir juntas y me conectaré a la videoconferencia desde allí.

Las dos amigas se quedaron esperando a que se abrieran las puertas. Habían pasado unos meses muy duros tras la muerte de Arturo Castillo, pues, tal y como sospecharon en su momento, la pequeña comunidad de la que habían formado parte hasta el momento se había vuelto hostil no solo hacia Leire y su madre, también hacia la familia Navarro. Las absurdas sospechas sobre el padre de Leire se habían extendido hasta alcanzar a su amigo y compañero. Íntimos como eran, nadie se creía que este no estuviese al tanto de las supuestas adiciones que lo habían llevado a sufrir aquel fatídico accidente.

Si fantasear y mentir no había sido suficiente para aquellas personas que antaño se consideraban amigas suyas, tras el fallecimiento y la imposibilidad de que este pudiera defenderse, llegaron incluso a inventarse ridículas historias, asegurando que el padre de Leire disponía de un pequeño laboratorio en el sótano de su casa donde cocinaba distintas drogas de diseño que después vendía a menores para sufragarse sus propias adicciones.

Por mucho que Leire y los Navarro no se creyesen semejante sarta de mentiras, el que la autopsia de Arturo Castillo dictaminase que su muerte había sido provocada por una sobredosis de metanfetaminas —que derivó en la pérdida de control del automóvil que conducía y el posterior impacto contra la medianera—, los dejaba sin defensa alguna.

Gracias a Dios, tanto la familia Castillo como la familia Navarro habían dejado todo aquello atrás al abandonar aquel maldito pueblo. Las presiones de sus jefes, y las calumnias entre sus propios compañeros de trabajo, forzaron a Andrés a tomar una decisión. Y esa decisión fue la de dejar su puesto para mudarse a la ciudad y comenzar una nueva etapa en una empresa privada de alimentación, donde analizaba muestras de sus productos para asegurar un control de calidad adecuado a los estándares permitidos.

El sueldo y nivel de vida no eran tan elevados como cuando trabajaba para Zoitec, pero no se arrepentía de huir de una comunidad tan tóxica y llena de prejuicios como aquella. Lo único

que les dejaba un mal sabor de boca era la sensación de haber huido sin poder limpiar el nombre de sus familias y demostrar su inocencia. No obstante, tras mudarse de su casa adosada con césped y piscina en el tranquilo pueblo a las afueras de la gran ciudad, cinco meses antes, vivían tranquilos en sendos pisos de alquiler en el mismo edificio de un hermoso barrio sin temor a las habladurías malintencionadas.

De vuelta al presente, Sara observó como las puertas del ascensor se abrían ante ella y, por un breve instante, se quedó clavada en el sitio al advertir quién estaba en su interior mientras gruñía por lo bajo.

Al contrario que su amiga, Leire bajó los ojos y se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja de manera coqueta, al tiempo que escondía una secreta sonrisa de felicidad por coincidir con los dos chicos que vivían un piso más arriba y que se habían mudado hacía muy poco tiempo.

—Hola, Yarey —saludó al guapo muchacho, que se echó hacia atrás para dejarles sitio. Mientras entraban en el pequeño espacio, recordó la presencia del otro hermano a su lado, así que lo nombró en alto para no resultar descortés—. Hugo.

Este último, sin apartar los ojos del móvil, respondió al saludo con un escueto movimiento de cabeza. Entretanto, el chico por el que sentía verdadero interés se quitó el chupa-chups de la boca para demostrar su buena educación con un:

—Leire. —Esperó dos segundos a la reacción de Sara, y como esta no se dignó ni tan siquiera a mirarlo a la cara, esbozó una sonrisa torcida antes de añadir con tono mordaz—: Pija.

Que Sara y su vecino nuevo no se llevaban bien era un secreto a voces conocido por casi todo el mundo. Leire no entendía por qué a su amiga le resultaba tan repulsivo cuando a ella le parecía el chico más guapo e interesante de toda la facultad. Y si pensaba que su gusto en lo referente a hombres era dudoso, la atención que un gran número de estudiantes femeninas demostraban hacia él cada vez que se cruzaban por los pasillos o por el campus le daban la razón.

Sin embargo, el que Sara no demostrase esa misma fascinación hacia Yarey era muy conveniente para Leire. Le hubiese gustado que se llevasen bien entre ellos, cierto, pero de algún modo se sentía aliviada por quitarse un poco de competencia. No sería agradable que ambas estuviesen pilladas por el mismo chico.

En cuanto Sara entró en el ascensor, les dio la espalda a los dos muchachos; sin embargo, pudo ver el reflejo de ambos a través del espejo que recubría el habitáculo. Así que fue consciente de la sonrisa y el guiño burlón de Yarey cuando sus miradas se encontraron.

—Buenos días, Hugo —saludó esta mientras se encasquetaba unos auriculares en los oídos —. Idiota.

El aludido se metió de nuevo el chupa-chups en la boca tras sofocar una carcajada.

—Como siempre, tu buen rollo me deslumbra —replicó irónico.

Sin darse la vuelta, Sara estudió al chico que se encontraba detrás de ella a través del reflejo del espejo. Dueño de un espeso cabello castaño claro y ojos color ámbar, exudaba un aire peligroso que no escondía tras esa mirada felina y una aparente actitud indiferente hacia todo lo que le rodeaba. El moderno corte de pelo que lucía —degradado por los laterales y más largo en la zona superior sujeto en una pequeña coleta— enfatizaba sus atractivos y masculinos rasgos faciales. Era dos o tres centímetros más alto que su hermano —debía de medir alrededor de un metro noventa—, y su aire chulesco y prepotente la sacaba de quicio. De hombros anchos, cintura estrecha y largas piernas, se notaba bajo la ropa ajustada que pasaba varias horas en el

gimnasio y le enorgullecía mostrarlo. Yarey sabía que era guapo, y Sara no necesitaba más motivo que ese para mantenerse lo más alejada posible de él.

—Son los efectos secundarios que padezco cuando te tengo cerca —contradijo tras torcer el gesto con desagrado. Fijó su atención sobre el otro hermano con la intención de ignorar su presencia a propósito—. Si Hugo tuviera pastillas para la acidez de estómago, me salvaría el día.

Este despegó la mirada de la pantalla de su móvil y la posó sobre ella. Durante un efímero momento, Sara creyó detectar cierto brillo burlesco en sus penetrantes ojos grises, pero enseguida desapareció cuando su interés regresó de nuevo hacia el teléfono.

—Me aseguraré de tener alguna la próxima vez que nos veamos —comentó tras enarcar una ceja y soltar un suspiro cargado de aburrimiento.

Si no fuera por ese breve instante en el que sus miradas se encontraron, Sara se hubiese sentido ofendida por el tono desdeñoso en sus palabras. Observó de reojo al chico que tenía detrás de ella y la sangre comenzó a hervirle cuando advirtió la expresión satisfecha de Yarey. Mantuvo la calma y buscó la lista de música en su móvil. No era estúpida, el matiz condescendiente de Hugo dejaba entrever la ironía en su mensaje; no obstante, ignorando a propósito esa pequeña contrariedad, prefirió entender que su actitud desinteresada era solo en apariencia y agradeció que le siguiera el juego solo por fastidiar a su arrogante hermano.

—Gracias —respondió, forzando una sonrisa antes de darle al reproductor de música.

Yarey rompió en carcajadas al ver el presuntuoso semblante de Sara.

—Si en algún momento desarrollas una úlcera de estómago, será por la mala leche que te gastas —replicó divertido. De pronto, ella sintió cómo el torso del muchacho se pegaba a su espalda y le susurraba al oído—: O tal vez es porque soy demasiado guapo y ya no sabes qué excusa inventar para resistirte a mis encantos.

Muy a su pesar, el calor que desprendía su cuerpo y el cosquilleo del aliento de Yarey, tan cerca de la zona sensible de su cuello, le produjeron un escalofrío que la recorrió de arriba abajo. Sin embargo, aprovechó ese acto involuntario para exagerar un estremecimiento de repulsión.

—¡Oh, sí!, ¡cómo no! No veas lo difícil que se me hace no colgarme de tu cuello como un koala —declaró con sorna justo cuando se abrieron las puertas del ascensor—. Sigue soñando, idiota, sigue soñando.

Sin esperar una respuesta, Sara salió con paso decidido hacia el exterior del edificio para caminar los doscientos metros que la separaban de la parada de autobús. Enervada, todavía podía oler el rastro de aroma a fresa que el caramelo del insufrible vecino había dejado sobre ella.

—¿No podías ser menos borde con Yarey? —la regañó Leire tras alcanzarla.

El gesto de desagrado en su amiga la hizo ser más vehemente con su réplica.

—Lo siento, pero su chulería me supera —replicó, sacándose uno de los cascos de su oído.

—Yo no lo veo tan chulo como dices.

El jadeo sorprendido de Sara no se hizo esperar antes de pausar la música que sonaba en su móvil.

—¡Ja! Está claro que no hay más ciego que el que no quiere ver.

Leire arqueó una ceja y se cruzó de brazos mientras estudiaba su rostro.

—Estoy comenzando a pensar que tal vez Yarey tenga razón —meditó, llevada por la curiosidad—. ¿Es posible que te sientas atraída hacia él y por eso actúas de esa manera tan infantil?

El bufido de Sara llamó la atención de una señora que leía un libro mientras esperaba la llegada del transporte urbano que la acercaría al trabajo. Tras rebajar el enfado por su absurda

sugerencia, esta se acercó a su amiga y colocó la palma de la mano sobre su frente.

—¿Estás enferma? —indagó, fingiendo preocupación—. ¿Te encuentras bien o se te ha pegado la tontería de ese imbécil?

Leire le apartó la mano con un ligero golpe de la suya.

—No te sorprendas tanto. En mi opinión, su hermano tiene los mismos aires de superioridad y no parece importarte tanto.

—No me caen bien ninguno de los dos —aclaró sincera—. Pero al menos Hugo no es tan bocazas como el otro. —De pronto, la curiosidad por su comentario le vino en forma de pregunta —. Por cierto, ¿a ti por qué te cae tan mal Hugo?

Leire se limitó a encogerse de hombros.

—No es que me caiga mal, simplemente me parece bastante antisocial. Los dos están muy buenos, pero si examinas a uno y al otro, Hugo es bastante frío y borde en comparación.

Sara no puedo evitar soltar una carcajada.

—Porque Yarey es todo amor, claro.

Leire ojeó su reloj y abrió la cremallera de su bolso para buscar la tarjeta de transporte estudiantil en su interior, y aprovechó esa maniobra para ocultar el ligero rubor que comenzó a teñir sus mejillas.

—Conmigo es agradable.

—Pues será contigo, porque, con el resto, el muy lumbreras es bastante prepotente.

Desconcertada, su amiga la miró con intriga.

—¿A qué te refieres?

Sara se echó la mano al trasero para agarrar la tarjeta del bolsillo de su pantalón cuando vio acercarse el autobús que la subiría al campus.

—Entiendo que no estás en la misma facultad y por eso no lo sabes, pero tu Yarey es bastante antipático con la gran mayoría de las chicas que se le han acercado.

Reacia a creerla, Leire se movió un poco para ponerse a la cola, detrás de las personas que esperaban subir al autobús.

—Tal vez se lo hayan buscado.

—Sí, claro —chistó Sara con fastidio al escuchar su excusa—. Ahora resulta que mostrar interés en alguien e intentar ser agradable es motivo suficiente para tener que aguantar las groserías de un egocéntrico que se cree lo más de lo más.

—¿Tengo que recordarte lo molesto que te resultaba Javier Delgado en tercero?

—Javier no cuenta —rebatió Sara con firmeza.

—¿Por qué? —indagó su amiga tras fruncir el ceño.

—Porque era muy pesado y muy cansino.

Una sonrisa presuntuosa despuntó en el rostro de Leire al escuchar su argumento, gesto que no pasó desapercibido para Sara, quien resopló con auténtico disgusto.

—No hay más preguntas, señoría.

La sonrisa de Yarey murió con la misma rapidez con la que Sara abandonó el ascensor para poner la mayor distancia posible entre ellos. Entretanto, Leire se disculpó con un gesto de cabeza

antes de seguir a su amiga al exterior del edificio donde los cuatro vivían. Por su parte, Hugo, quien había permanecido callado hasta el momento, apagó la pantalla del móvil y se lo guardó en el bolsillo delantero del pantalón tras soltar un suspiro de impaciencia.

—Buen trabajo, colega.

Yarey chistó la lengua con fastidio en respuesta al irónico comentario.

—¡Cállate!

Incapaz de acatar su orden, Hugo sacudió la cabeza para expresar en voz alta sus pensamientos.

—Yo que tú iría cambiando de táctica —sugirió tras pulsar el botón que los bajaría al *parking* subterráneo—. Porque, si quieres tener algo con Sara, está claro que la utilizada hasta ahora no está funcionando.

Yarey lo miró lanzando puñales por los ojos.

—¿Y yo qué culpa tengo? —protestó molesto por su falta de apoyo—. Me odia desde el minuto cero y no tengo ni puta idea de por qué.

En respuesta a su pregunta, Hugo se encogió de hombros antes de traspasar las puertas del ascensor y caminar con paso decidido hasta la plaza de garaje donde se encontraba aparcado el coche que ambos compartían.

—Algo habrás hecho.

—¡Vete a la mierda! —gruñó Yarey, abriendo el vehículo con el mando a distancia. Esperó a que el otro se sentara a su lado y le espetó—: ¿Acaso te pregunto qué le has hecho tú a Leire? Porque, si Sara no me soporta, su amiga a ti no te puede ni ver.

—No exageres —rebatió Hugo, muy tranquilo, en tanto se colocaba el cinturón de seguridad —. Como mucho, me ignora. En realidad, nos ignoramos mutuamente.

—¡Vaya novedad! —refunfuñó por lo bajo Yarey—. ¿Tú a quién no ignoras?

—Ahí lo tienes —señaló satisfecho de que lo entendiera—, no es algo personal. No puedo decir lo mismo en tu caso.

Yarey encendió el motor y salió a la calle rumbo a la universidad. Miró de reojo hacia el asiento de al lado y frunció el ceño al pensar en el reproche de Hugo. No era ningún estúpido y podía entender lo que este quería decir al ver con claridad el desagrado que le producía a su nueva vecina. No obstante, su desconcierto era genuino al desconocer los motivos exactos que generaban la antipatía que ella sentía hacia él.

Sabía que no pecaba de vanidoso cuando presumía sobre su éxito con las chicas. Era evidente que les resultaba atractivo, no en vano se veía obligado a pararle los pies a más de una cuando no captaban su falta de interés. Sin embargo, en el caso de Sara, era más bien al contrario.

Desde el momento en el que se mudaron al nuevo piso y se encontraron por primera vez, pudo percibir el muro infranqueable que erigió a su alrededor sin razón aparente. Al principio creyó que tal vez se debiera a una extrema timidez, pero quedó descartado al instante.

Consciente de que podía cagarla, Yarey se vio obligado a ir con cuidado. Pero cuanto más empeño ponía, más evidente era la indiferencia que producía su interés en ella. Era curiosa la obstinación de Sara por dejarle claro lo mucho que le disgustaba, así que llegó a la conclusión de que solo era un escudo que se había creado para no sentirse atraída hacia él. Aunque, en días como ese, la confianza en sí mismo podía llegar a mermar de forma considerable.

—Tal vez deberías hacer algo al respecto —soltó de pronto cuando se detuvieron en un semáforo.

Las cejas de Hugo se alzaron al mismo tiempo debido a la sorpresa que le generó su comentario abrupto.

—¿De qué hablas ahora?

—Pues de que no me vendría mal algo de ayuda por tu parte —aclaró tras pensarlo unos minutos—. Si te ganas a Leire, seguro que tengo más oportunidades de acercarme a Sara.

Un jadeo brotó de la garganta de Hugo.

—¡Sí, claro!

Yarey estudió a su hermano durante unos instantes. Jamás lo admitiría ante nadie, pero sabía reconocer a un hombre guapo cuando lo tenía delante de sus narices. Y Hugo, en definitiva, lo era. Su sedoso y largo cabello negro le llegaba justo por encima de los hombros. Con la raya a un lado y sin tener un corte de pelo de lo más moderno, el estilo favorecía sus facciones marcadas y angulosas de forma perfecta, y le daba un aspecto enigmático que enfatizaba su penetrante mirada gris. Su cuerpo proporcionado no era carne de gimnasio, no obstante, no disponía de un ápice de grasa a pesar de pasarse muchas horas sentado delante del ordenador.

—Lo digo muy en serio —insistió.

Este torció el gesto al escuchar su ridícula petición. No era conocido por su habilidad ni por su afán en socializar con las personas de su alrededor y Yarey lo sabía. Esa parte se la dejaba a él, que se le daba mucho mejor.

—Ese es tu trabajo, no el mío.

Exasperado, Yarey resopló con fuerza ante su falta de ayuda.

—No seas capullo.

Hugo ignoró su gesto de desaprobación.

—Mira, colega, ya bastante tengo con lo mío. Apáñatelas como puedas.

El gruñido frustrado de Yarey fue lo suficientemente alto como para que una sonrisa burlona despuntara en el rostro de su hermano.

Capítulo 2

Cuando Sara entró en el aula, Yarey ya llevaba un buen rato acomodado en uno de los asientos de la zona trasera; eran las ventajas de disponer de vehículo propio y no depender del transporte urbano. Las miradas de ambos se cruzaron durante unas milésimas de segundo, pero ella enseguida desvió su interés hacia un chico que la llamaba sacudiendo la mano para señalarle un asiento vacío a su lado.

Contrariado, Yarey observó cómo ella se acercaba al tipo con el que parecía haber hecho buenas migas. Feliz, este agarró la mochila que descansaba en la silla de al lado —con el único propósito de guardar el sitio para ella—, con una amplia sonrisa iluminando su rostro. Sonrisa que, por algún motivo que desconocía, lo sacó de sus casillas.

—¡Imbécil! —masculló entre dientes.

—¡¿Qué?!

Yarey miró a una de las chicas sentada a su lado —a la que no le estaba haciendo ni puñetero caso—, y que se dirigió a él con expresión extrañada.

—¡¿Qué?! —preguntó él también.

Ambos se observaron durante unos instantes con expresión confundida, hasta que ella se cruzó de piernas y volvió a hablar:

—Creo que has dicho algo.

Al darse cuenta de que había insultado en voz alta al estudiante que babeaba por Sara, Yarey intentó desviar la atención inventando una excusa.

—No, nada. —Bajó los ojos hacia su mochila para sacar el portátil de su interior y dejarlo sobre la mesa—. Acabo de recordar que me he olvidado de algo.

Satisfecha con la explicación, esta se agarró un mechón de cabello y comenzó a enrollarlo entre los dedos con actitud coqueta antes de preguntar:

—¿Te has enterado del festival que van a celebrar este fin de semana?

Yarey encendió la pantalla de su ordenador antes de responder escueto.

—No.

La otra chica que se había sentado al otro lado de él aprovechó la ocasión y agarró el borde de su minifalda para tirar de ella hacia abajo antes de desbloquear su móvil y enseñarle un mensaje de WhatsApp.

—Por lo visto, la noticia está corriendo como la pólvora por todo el campus —señaló con entusiasmo. Al ver que él no se mostraba ilusionado por la idea, fue directa al grano—: ¿Vas a ir?

Mostrando un desinterés absoluto por la cháchara de ambas, Yarey tardó unos instantes en responder, esperando que pillaran la indirecta.

—Lo dudo.

Un mohín decepcionado se formó en los labios de la de pelo corto.

—¡Oohh! ¿Por qué? —preguntó con tono quejumbroso.

Él dejó escapar un suspiro de fastidio antes de alzar los ojos y posar una fría mirada sobre la estudiante de la cual no recordaba su nombre. Decidida a ignorar su desplante, ella insistió de nuevo.

—¡Venga, no seas malo y piénsalo un poco antes de decir que no! —Las comisuras de sus labios se alzaron en una estudiada y seductora sonrisa al mismo tiempo que, con el índice, recorrió la zona alta de su hombro—. Podríamos ir juntos y pasarlo muy bien.

La insinuación en su atractivo rostro, y el tinte sexual en su voz, no pasó desapercibido para Yarey, ni tampoco para su compañera, quien bufó con ganas. Tal vez, en otra ocasión, no habría rechazo su oferta, pero en esos momentos su objetivo era otro. Así que, de manera involuntaria, su atención se dirigió de nuevo hacia Sara, quien hablaba con el imbécil que le había reservado el asiento.

—¿Qué te parece la idea? —preguntó la de la minifalda, de la cual tampoco recordaba su nombre.

Sin necesidad de decir nada, él solo necesitó alzar una ceja para que la joven entendiera que no estaba de humor. Así que la mirada sugerente en su rostro no tardó en apagarse al darse cuenta de que no conseguiría convencerlo.

—Será la primera fiesta importante tras el comienzo de las clases —insistió, cambiando de táctica con un puchero.

—¿La primera de cuántas?

Ella rascó la superficie de la mesa con una uña mientras escondía una sonrisa.

—La primera a la que irá todo el mundo, incluso de otras facultades y cursos superiores. En nuestro caso, podría decirse que es una especie de iniciación a la vida universitaria.

—¿Iniciación?

—Sí, ya sabes —dijo, encogiéndose de hombros—. Dejar atrás la época adolescente del instituto para dar paso a la madurez de la universidad.

Este dejó salir un suspiro exasperado por tamaña tontería. Su intención no era ser borde, pero era obvio que algunas personas eran demasiado obstinadas para su gusto.

—Tengo algunas cosas que hacer, así que dudo mucho que salga de fiesta esa noche.

La segunda chica abrió la boca para replicar, pero justo en ese momento el profesor decidió hacer su entrada.

—Está bien —se rindió—. Pero si cambias de opinión, ya sabes donde encontrarme.

—Donde encontrarnos —recalcó la otra.

Él no respondió y abrió la aplicación donde estaba colgada de modo *online* toda la información necesaria para seguir las clases. Durante las primeras horas de la mañana, tocaba seminarios de Física, Química y Biología, así que a Yarey le esperaban tres horas de aburrida teoría. Cuando el profesor comenzó a hablar, apoyó la barbilla sobre la palma de la mano al mismo tiempo que sus ojos se apartaron de la pantalla y se fijaron en la espalda de la única mujer que parecía ignorar su presencia.

Mientras ella atendía a las palabras del maestro, él se dedicó a estudiar las facciones de su nueva vecina con atención. Su cabello de color rubio oscuro le llegaba por encima de los hombros y caía en suaves ondas que favorecían sus atractivos rasgos. Con la raya en medio y la raíz un poco más oscura que las puntas, tenía ese aspecto cuidadosamente desarreglado que le sentaba como si pareciera venir directa de la playa. Se notaba que ponía especial esmero en su aspecto general, pero no lo suficiente como para parecer exagerado. Su maquillaje, aplicado de manera sencilla y natural, resaltaba el color de sus ojos verdes con un simple *eyeliner*, un poco de rímel y un color nude en sus carnosos labios, de los cuales Yarey no podía apartar la mirada. Sus pómulos altos y cejas bien delineadas armonizaban a la perfección con su nariz recta y estrecha, confiriéndole a su rostro unas proporciones distinguidas que, muy a su pesar, la hacían

sobresalir sobre las demás.

Era una pena que Sara no le diera ni la hora porque, a decir verdad, de cuerpo tampoco andaba nada mal. De piernas largas y delgadas, vientre plano y pecho firme, exudaba elegancia en cada gesto o postura que adoptaba. Si no fuera por su carácter desagradable y manifiesta antipatía hacia él, ella sería sin duda alguna su tipo ideal.

Una nota doblada de su compañera de la derecha lo sacó de su ensimismamiento. Abrió el papel y leyó su contenido, que no era más que su número de teléfono y un corazón dibujado al lado. Cuando la miró al rostro, esta le dedicó una amplia sonrisa, y Yarey solo pudo forzar una mueca incómoda antes de guardar la nota en el bolsillo de su pantalón.



Tal y como habían acordado delante de la parada del autobús, Sara y Leire quedaron en la cafetería del campus para comer tras finalizar las clases de la mañana. Solo disponían de una hora para el almuerzo, así que, en cuanto terminaron, se apresuraron en llegar a su siguiente destino: la biblioteca.

Con grandes ventanales que dejaban entrar mucha luz natural, el espacio con agradables suelos y techos de madera en color roble claro resultaba reconfortante y apacible, justo lo que se requería para su función principal: el estudio.

Mientras Leire buscaba unos libros donde consultar la información que necesitaba, Sara halló un lugar libre donde poder sentarse para conectarse a su seminario *online*. No obstante, se quedó parada en medio de la amplia sala al percatarse de que solo había una mesa libre. En realidad, no podía decirse que estuviera del todo desocupada, pues sentado en completa soledad, en una de las sillas de color gris claro, se encontraba su vecino Hugo.

Indecisa, volvió a echar un vistazo a su alrededor, sin embargo, a excepción de un hueco aquí o allá, las largas mesas estaban prácticamente abarrotadas. Así que no tuvo más opción que caminar los escasos pasos que los separaban y agarrar la silla vacía que estaba frente a él.

La única señal que demostró Hugo ante su llegada fue detener el tecleo incesante de sus dedos que volaban sobre el teclado de su portátil antes de elevar los ojos para fijarlos sobre ella. La penetrante mirada que le lanzó hubiera dejado helado al más pintado, no obstante, Sara lo retó elevando la barbilla con decisión.

—Si te molesto, te aguantas —gruñó mientras apoyaba la mochila sobre la mesa y se quitaba el abrigo que colgó en el respaldo de la silla.

Creyó detectar una sutil y traviesa mueca en los labios de Hugo, aunque fue tan efímera que podría haberla imaginado.

—No he abierto la boca —señaló él, regresando a la tarea de volar los dedos sobre las teclas.

—Ni falta que hace —replicó ella, demostrando lo poco que le importaba si lo hacía.

Entonces sí fue evidente la sonrisa que despuntó en el rostro de él. Sonrisa que Sara no pudo evitar emular cuando la vio con claridad.

A pesar de lo atractivo que Hugo podía resultar a simple vista, entendía por qué el resto de los alumnos se mantenían alejados de él lo máximo posible; incluidas las chicas. El aura intimidante y peligrosa que lo rodeaba era palpable con el simple hecho de que él posara sus fríos e impenetrables ojos sobre alguien. No obstante, por alguna extraña razón que no lograba

entender, a Sara le gustaba esa actitud desafiante al mismo tiempo que ofensiva. Lo que Hugo demostraba era lo que había, sin intenciones ocultas o falsas expectativas. No le gustaba la gente ni socializar, punto. Y, para Sara, ese comportamiento misterioso pero, al mismo tiempo, indiferente a lo que pensaran los demás, resultaba de lo más interesante.

Por desgracia, Leire no pensaba lo mismo, y lo dejó claro cuando le puso caras mientras se acercaba despacio y cargada con libros al lugar donde se había sentado. Al ver que no tenía intención de levantarse, no le quedó más remedio que dejar los libros sobre la mesa y colocarse al lado de su amiga.

—Buenas tardes —saludó educada.

La respuesta de Hugo fue clara y concisa: la ignoró por completo. E, inmerso en lo que fuera que estuviera trabajando, no despegó los ojos de la pantalla y siguió tecleando a una velocidad vertiginosa. La mueca de fastidio en el rostro de Leire le arrancó una sonrisa de medio lado a Sara, quien, al contrario que su amiga, no le encontraba la gracia por ningún lado a su nuevo y desagradable vecino. No obstante, el disgusto se le pasó enseguida al ver aparecer a Yarey, quien se dirigió directo hacia ellos cuando se percató de su presencia.

—¡Menuda sorpresa! —susurró este entusiasmado, ocupando el asiento al lado de su hermano.

Su intención principal había sido buscar a Hugo, pero haberse encontrado con ellas en la biblioteca era un valor añadido al que no le haría ascos, al contrario.

No había que ser muy observador para fijarse en que la expresión de Sara cambió de normal a irritada cuanto advirtió su presencia —expresión que, por cierto, contrastaba por completo con la alegría de su amiga Leire—, pero a Yarey no le importó. Con suerte, tal vez pudiera aprovechar ese momento para acercar posturas entre ambos.

—Sí, qué casualidad —expresó Leire, conteniendo a duras penas la emoción por verlo allí.

Los dedos de Hugo se detuvieron por una fracción de segundo, sin embargo, enseguida continuó como si no hubiera escuchado nada. Sara, al contrario que él, no fue tan discreta, y un airado jadeo salió de su garganta, sorprendida por el cambio de humor de su amiga ante la llegada de Yarey.

—¡Uuhh, no quepo en mí de la alegría! —se burló por lo bajo, al mismo tiempo que abría la pantalla de su portátil y lo encendía.

Leire torció el gesto ante el retintín en el tono de su amiga justo cuando se acercó un estudiante de segundo curso, que se arrodilló al lado de esta con expresión amable.

—¿Qué tal, Sara? —susurró con cuidado para no molestar al resto de compañeros—. ¿Cómo llevas las clases?

La expresión desdeñosa de Sara cambió al instante ante la presencia de Raúl.

—Bien, gracias —respondió con un tono más suave.

El cambio de inflexión en su voz, por uno más dulce e inocente, hizo que Yarey fingiera atragantarse con su propia saliva.

—¿Estás bien? —indagó Raúl al oír su repentino ataque de tos.

La mirada torcida y llena de rabia que le lanzó Sara a Yarey le arrancó a este una sincera sonrisa de felicidad. Aun así, no pudo evitar tomarse una pequeña revancha y emuló su tonito burlón anterior.

—¡Uy, sí, gracias por preocuparte!

Extrañado, Raúl lo miró sin entender a qué venía aquella actitud. No obstante, todavía fue peor cuando vio que la sonrisa de Yarey se ampliaba todavía más sin un motivo aparente. Este,

que no había dejado de observar a Sara en ningún momento, a punto estuvo de estallar en carcajadas cuando la rabia tiñó las mejillas de ella en un rojo púrpura, al mismo tiempo que articulaba con los labios sin emitir ningún sonido: «Ma-du-ra».

—Gracias por preguntar, Raúl —llamó Sara la atención del muchacho—. Si me surge alguna duda, ten por seguro que serás el primero al que acudiré.

Desconcertado, este centró de nuevo la mirada sobre ella.

—No tienes nada que agradecerme —replicó sincero—. Y espero que lo hagas, pues ya sabes que estoy aquí para cualquier cosa que necesites.

El movimiento de Yarey sacando el portátil de su mochila y abriendo la pantalla llamó la atención de Sara por el rabillo del ojo, quien evitó a toda costa mirar hacia él antes de responder.

—Lo haré.

Tras terminar con su cometido, Raúl se puso en pie, pero volvió a agacharse cuando recordó algo importante.

—Por cierto, ¿vas a ir al festival que se va a celebrar este fin de semana? Van a venir varios *DJ* bastante conocidos a pinchar.

—No sabía que había un festival —confesó ella tras cruzar una mirada con Leire.

Raúl agarró su teléfono móvil y le envió por WhatsApp la información necesaria.

—Te acabo de enviar hora, fecha y lugar. —Se puso en pie y le guiñó un ojo antes de decir —: Y, por cierto, me haría mucha ilusión que vinieras.

Tras decir esto, el muchacho se marchó, dejando varios pares de ojos clavados sobre su espalda.

—¿Y ese imbécil quién era? —interrogó Yarey mientras lo veía alejarse.

Sara fingió mirar a su alrededor con detenimiento antes de responder.

—¿Qué imbécil? —indagó, fingiendo curiosidad, tras echar un breve vistazo a su reloj de muñeca—. Porque al único imbécil que veo aquí es a ti.

La sombra letal que cruzó por el rostro de Yarey dejó sorprendida a Leire, quien no pudo evitar fijarse en cómo sus labios apretados dibujaron una fina línea de advertencia. Solo duró unos efímeros instantes, pero era obvio que la respuesta de Sara no le había gustado ni un pelo, y su silencio era tan aterrador como el brillo peligroso en sus felinos ojos. Giró la cabeza hacia su amiga, pero esta estaba demasiado ocupada colocándose los auriculares inalámbricos en los oídos. A pesar de parecer no estar allí, Hugo también se dio cuenta de la tensión que emanaba de su hermano, por lo que detuvo los dedos que quedaron suspendidos y expectantes sobre las negras teclas.

De pronto, la expresión de Yarey cambió por completo cuando su aire confiado e impertinente regresó de nuevo.

—Permíteme que lo dude —rebatió tras meterse un chupa-chups en la boca—. Alguien tan arrebatadoramente sexi y guapo como yo no puede ser un imbécil. Es físicamente imposible.

Sara resopló con fuerza, momento en el que Hugo decidió que el peligro había pasado y retomó su actividad anterior.

—¿Eso quién lo dice?

—Cualquiera que tenga dos ojos en la cara —declaró travieso.

—Cualquiera que tenga dos ojos en la cara puede asegurar que tu desmedido ego ofusca las pocas luces que amueblan tu cabeza.

Yarey se inclinó un poco sobre la mesa con una sonrisa perezosa bailando en sus labios.

—Tal vez la que estás ofuscada por mi irremediable atractivo eres tú, ¿no lo has pensado?

Ahora fue Sara la que posó su mirada sobre él, al tiempo que una sonrisa desdeñosa comenzó a jugar en su rostro.

—Te repito lo mismo que ya te dije esta mañana: sigue soñando, idiota, sigue soñando.

Los dos se sostuvieron la mirada durante unos instantes, midiendo sus fuerzas, para ver quién sería el primero en ceder. Pero como la tensión era palpable, y ninguno iba a dar el brazo a torcer, Leire decidió intervenir:

—Raúl es el mentor de Sara —se apresuró a aclarar. Al ver que la expresión retadora de Yarey no cambiaba, siguió explicando—. Ya sabes, alumnos de segundo curso que ayudan a los de primero.

—Sé lo que es un mentor, Leire, gracias. Lo que no sabía es que tu amiga lo necesitara, creí que la pija era una empollona sabelotodo.

Esta achicó los ojos con odio.

—Esta empollona te da mil vueltas, así que no te atrevas a juzgarme porque no me conoces de nada.

Yarey abrió la boca para responder, pero tuvo que cerrarla de golpe cuando varios alumnos de su alrededor, hartos de oírlos discutir, les ordenaron callar, recordándoles a ambos con gestos estrictos que estaban en una biblioteca, no en su *ring* particular. Tras arquear una ceja, con aire victorioso por tener la última palabra, Sara decidió ignorarlo por completo y poner atención al seminario que estaba a punto de comenzar.



Para ganar un poco de dinero propio, Sara daba clases particulares tres veces a la semana a un crío que vivía a unas pocas calles de su casa. Los días cada vez eran más cortos, por lo que ya era de noche cuando terminó de ayudarlo con los problemas de Matemáticas y Física y química que le enviaron como deberes en el colegio esa jornada, así que decidió acortar el camino cruzando por un gran parque cercano a su barrio.

De pronto, pensó que tal vez había sido un error hacerlo, porque esa aterradora sensación de que alguien la observaba le erizó de nuevo el vello de la nuca. De forma disimulada, miró por encima del hombro para intentar descubrir si eran solo imaginaciones suyas o si, realmente, alguien caminaba detrás de ella. No obstante, se vio rodeada de una oscuridad que parecía ganar terreno a la tenue luz de las farolas, por lo que una sensación angustiosa de vacío aumentó en su estómago.

No era la primera vez que experimentaba esa impresión de ser espiada que le producía escalofríos. La primera vez ocurrió en el cementerio cuando enterraban al padre de Leire y, desde aquel día, Sara se sintió inquieta un par de veces más al menos. Sin embargo, en ninguna de esas ocasiones había logrado descubrir si el supuesto acosador era real o producto de su imaginación.

Por si acaso, introdujo las manos en los bolsillos de su cazadora y agarró las llaves de casa, las colocó entre los dedos de forma que se convirtiesen en un arma letal, por si tuviese que defenderse, y apretó el paso para salir del parque lo antes posible. Sin embargo, esta vez supo que su miedo era real cuando escuchó unos pasos a su espalda. El ruido que estos producían sobre la tierra la alertaban de lo rápido que se acercaban, y el corazón comenzó a martillear descontrolado dentro de su pecho. A punto de echar a correr, no había recorrido ni cincuenta

metros, una mano sobre su hombro la detuvo. Un grito despavorido salió de su garganta a la vez que sacó la mano con la improvisada arma dispuesta a clavársela en los ojos al desconocido asaltante. No obstante, su brazo quedó suspendido en el aire y sus ojos se abrieron como platos al reconocer a la persona que tenía delante, quien había esquivado su ataque y le sujetaba la muñeca con determinación.

Capítulo 3

—¡Ey, tranquila, soy yo! —exclamó Yarey, bloqueando su inesperado ataque. Le bajó con cautela el brazo y se fijó en la palidez de su rostro, instante en el que se preocupó de verdad. Acunó con las manos sus mejillas y se inclinó un poco para mirarla a los ojos—. Sara, ¿estás bien?

En un primer momento ella no respondió. Con una expresión descompuesta, luchaba por mantener el tipo y no caer de rodillas, paralizada por el alivio. Jamás había sentido tanto miedo en toda su vida; el suficiente como para que su corazón latiera tan fuerte que pareciera estar a punto de salírsele por la boca. En verdad creyó que un desconocido iba a atacarla, así que dio gracias por que solo fuera Yarey el que se había acercado por la espalda. Hasta que recuperó el aplomo y lo empujó con todas sus fuerzas.

—¡¿Se puede saber qué puñetas haces?! —exclamó fuera de sí—. ¡¿Acaso quieres matarme de un susto?!

Perplejo, el muchacho trastabilló hacia atrás.

—Lo siento, yo…

—¿Te divierte aterrorizarme? ¿Es eso?

—¿Aterrorizarte? —cuestionó él, desconcertado por su repentina y desmesurada exaltación —. ¿No estás exagerando un poco?

Un jadeo estrangulado salió de la garganta de ella.

—¡Exagerando! —repitió, asombrada de que minimizara el susto que se había llevado—. Ahora que sé que eras tú el pervertido que me ha estado espiando, déjame decirte que tus bromas no tienen ni puñetera gracia. —Se acercó a él y le clavó el dedo en el pecho con aire amenazante —: Y te advierto que la próxima vez no saldré corriendo.

De pronto, una figura conocida apareció detrás del muchacho.

—¿Bromas? —cuestionó Andrés Navarro, serio—. ¿Espiando?

—¡¡Papá!! —jadeó Sara, sorprendida ante su aparición.

Alarmado, Yarey levantó las palmas de las manos en un gesto de inocencia.

—Señor, le juro que no sé de qué está hablando.

El padre de Sara ni siquiera lo miró, ocupado como estaba en estudiar el rostro de su hija.

—¿Me estás diciendo que no es la primera vez que te pasa? ¿Que alguien te ha estado vigilando y no me has dicho nada?

Confusa, ella balbuceó.

—Papá…

Sara buscó la ayuda de Yarey y se arrepintió de su impulsiva acusación. Por la expresión desencajada de su vecino, tal vez se había apresurado a inculparlo sin tener pruebas de ello.

—Responde, hija.

—Bueno, yo…

Ansioso porque ella no aclaraba la situación de inmediato, Yarey reiteró su inocencia.

—Le juro, señor, que yo no tengo nada que ver con eso —se apresuró a explicar.

—Lo sé —respondió Andrés, para su enorme alivio.

Seguramente su padre tenía razón, pero a Sara le dolió que lo creyera tan rápido y no lo

pusiera en duda ni tan solo un segundo. Así que se cruzó de brazos con un mohín taimado.

—¿Y por qué estás tan seguro de eso?

Andrés hizo un gesto con la mano señalándose a él y al muchacho.

—Porque me encontré con él en el parque y estuvimos corriendo juntos hasta ahora —explicó ceñudo—. Así que, a no ser que tenga el don de la bilocación, dudo mucho que pudiera estar en dos sitios a la vez.

Sara miró a Yarey y enseguida se arrepintió de su acusación. Para ser honestos, la expresión de pánico en su rostro parecía genuina. Así que, avergonzada, bajó la mirada hacia el suelo.

—Puede que me haya equivocado —admitió pesarosa.

—¿En qué te has equivocado? —cuestionó su padre, todavía preocupado—. ¿En acusarlo a él o en creer que alguien te ha estado acechando?

En esos momentos, ella ya no supo qué pensar. Si le hubiesen preguntado tres minutos antes, habría asegurado que Yarey había actuado de ese modo solo para fastidiarla. No obstante, era obvio que se había equivocado. Haberlo culpado con tanta rapidez sin prueba alguna solo demostraba la evidente animadversión que sentía hacia él, y eso no la dejaba en buen lugar. No era tan mezquina como para no darse cuenta de que podía haberlo metido en un buen lío y no se sentía orgullosa de ello. Además, por mucho que lo odiase, Yarey no se merecía algo así.

Abochornada por el tono tajante de su padre, alzó la cabeza y lo observó con arrepentimiento. Quizá, debido al estrés de los últimos meses, había imaginado una situación que tan solo estaba en su cabeza. Por desgracia, en vista de lo sucedido, ya no podía asegurar nada. Además, observando la inquietud en el rostro de su padre, decidió que lo mejor era recular y no añadir más preocupaciones a las que el hombre ya tenía.

—¿En ambas? —titubeó compungida.

Andrés la contempló con gesto severo.

—¿Te das cuenta de la gravedad de tus palabras, Sara? —inquirió sin ocultar su decepción —. ¿Lo que ocurrió con tu padrino y nuestra familia no te enseñó nada?

Ella no pudo evitar mirar a Yarey antes de asentir. Este la contempló con una extraña expresión, atenuando el brillo de sus ojos.

—Sí, papá… —aseguró, tornando su atención de nuevo hacia él—. Y lo siento mucho.

De pronto, Yarey se acercó a ella y rodeó sus hombros con un tono ligero en la voz.

—No es necesario que la regañe. Estoy seguro de que no iba en serio y solo lo dijo porque la asusté sin querer.

El hombre lo observó dudoso.

—Aun así…

—No pasa nada, de verdad —afirmó él para quitar hierro al asunto—. Para ser sincero, su hija tiene un carácter tan serio que me divierte demasiado picarla. Así que estoy seguro de que creyó que la había asustado a propósito, por eso no se lo tengo en cuenta.

Andrés examinó el rostro de su hija, todavía pensativo, y se acercó a ella con una sombra intranquila que apagaba su mirada.

—¿Es eso cierto?

Sin saber muy bien qué decir ante la inesperada defensa de su vecino, ella se limitó a asentir para disipar su preocupación.

—Sí, la verdad es que es bastante *tocanarices* —dijo al fin, y sintió cómo Yarey apretaba con más fuerza su hombro en un llamado de atención—. Pero en el fondo no es mal chaval.

—Gracias —respondió Yarey entre dientes y forzando una mueca.

—De nada —lo imitó.

Más tranquilo, Andrés esbozó una ligera sonrisa.

—Está bien —dijo, clavando la mirada sobre la mano que sujetaba el hombro de su hija durante más tiempo del estrictamente necesario.

Con la sensación de haber sido pillado en una falta grave, Yarey se apresuró a soltar su improvisado abrazo al mismo tiempo que el rubor comenzó a teñir sus mejillas.

—Ejem…, esto… —carraspeó, pasándose la mano por el cabello a la vez que ponía cierta distancia entre él y Sara—, será mejor que volvamos a casa.

—Buena idea —convino Andrés.

Con una súbita y enrarecida atmósfera, Yarey tomó la iniciativa de poner rumbo al edificio donde los tres vivían con la esperanza de llegar lo antes posible. Tras una breve caminata, donde intercambiaron opiniones acerca de cuáles eran las mejores zapatillas para hacer *running* en el parque, se encontraban a pocos portales del suyo cuando el padre de Sara hizo una pregunta inesperada.

—¿Está tu padre en casa?

—Hoy está de guardia —comentó Yarey al mismo tiempo que desenvolvía un chupa-chups.

—¿Puedes decirle de mi parte que este sábado estáis invitados a comer en mi casa? —le pidió Andrés. Tomado por sorpresa, el muchacho alzó ambas cejas antes de asentir—. A no ser que tenga que trabajar, por supuesto.

—Le preguntaré, pero creo que no.

Contrariada, Sara torció el gesto.

—¿Y eso a qué viene ahora? —cuestionó molesta—. Además, ¿no deberías preguntarle antes a mamá?

Su padre le lanzó una dura mirada antes de responder.

—Viene a que me siento mal por lo de antes y creo que le debemos a Yarey una disculpa —respondió serio—. No me gustaría que pensase mal de nuestra familia.

El muchacho sacudió las manos en un intento de restar importancia de nuevo a lo ocurrido en el parque.

—Por mí no se preocupe, ya le he dicho que, en parte, la culpa ha sido mía.

—Agradezco el detalle de querer proteger a mi hija —intervino Andrés, suavizando su expresión al dirigirse a él—. Pero como la conozco, y sé el carácter endiablado que se gasta, me sentiría mejor si aceptas que tú y tu familia vengáis a comer este sábado a nuestra casa.

Reticente, Yarey observó a la muchacha con cierta cautela, quien no dudó en expresar su desacuerdo al bufar con ganas.

—Sara tiene razón, sería desconsiderado por mi parte aceptar sin que haya hablado antes con su esposa.

Tras dedicarle otra mirada severa a su hija por su evidente falta de educación y tacto, Andrés palmeó la fuerte espalda del muchacho.

—Por mi esposa no te preocupes, sé que no tiene ningún compromiso previo para ese día. Además, como tú y yo llevamos una temporada encontrándonos en el parque para correr, ya le había expresado mi intención de invitarte un día, y Maite estuvo de acuerdo. Puedes tomarlo como una bienvenida al barrio, ¿qué te parece?

Las miradas de Sara y Yarey se encontraron de nuevo, y él alzó una ceja cuando ella, sin que su padre la viera, comenzó a hacer gestos con las manos para que rechazara la oferta. Ofendido por el énfasis destinado en que denegara la invitación, esbozó una astuta y vengativa sonrisa

antes de meterse el caramelo en la boca y responder:

—Si es así, entonces será un placer.

A punto estuvo de estallar en carcajadas al advertir la expresión de absoluto desánimo en el rostro de Sara al aceptar, pero se contuvo como buenamente pudo.

—¡Genial! —respondió Andrés, palmeando de nuevo su espalda con satisfacción—. ¡Genial!



Tirada encima de la cama de su amiga, Leire observaba cómo esta sacaba un vestido colgado de una percha del interior del armario y se lo colocaba por encima, mientras estudiaba con ojo crítico su reflejo en el espejo de cuerpo entero que disponía en su coqueta habitación.

—Todavía no puedo creerme que hoy vaya a comer con Yarey en tu casa —comentó, llena de emoción por enésima vez esa semana.

Sara arqueó una ceja, torció el gesto y desechó el vestido para coger otra pieza de ropa.

—No sé qué le ves de grandioso a eso.

—¡Es tan guapo! —señaló con expresión soñadora—. ¡Tan alto! ¡Tan cachas!

El sarcasmo en el gesto que su amiga le dedicó dejaba clara su postura.

—Sabes que dentro de unos años tendrá barriga cervecera y muchas probabilidades de quedarse calvo, ¿verdad?

Ignorando su comentario, Leire juntó las palmas de las manos y aplaudió varias veces, feliz por la suerte que tenía.

—No sabía que tu padre lo conocía —cambió de tema.

Sara se colocó una percha donde colgaba su blusa favorita sobre el cuello, y se puso un pantalón vaquero sobre la cintura al mismo tiempo que giraba el cuerpo de un lado a otro.

—Yo tampoco —gruñó con fastidio—. Lo que menos me esperaba es que ese idiota compartiese con mi padre su afición por correr en el parque.

—Le pega bastante, la verdad.

La atención de Sara pasó de la blusa y del pantalón para posarse sobre la actitud ridículamente fantasiosa de su amiga.

—Córtate un poco, ¿quieres? El reguero de babas llega hasta el pasillo.

Las comisuras de los labios de Leire se elevaron con picardía.

—No me importa si vienes detrás con la fregona, el chaval se lo merece.

El resoplido de Sara fue alto y claro.

—En serio, Leire, o te lo haces mirar o te quito la tontería de un guantazo.

Una risa natural sonó en la habitación tras la falsa amenaza. Leire conocía los motivos por los que Sara aborrecía tanto a los chicos como Yarey y, aunque la entendía —pues a pesar de su actitud de arpía, lo único que a su amiga le preocupaba era que no le hicieran daño—, estaba convencida de que ya era hora de que pasara página y superara el pasado.

—¿Crees que aceptaría si lo invito a venir esta noche al festival?

Un suspiro melodramático resonó en la habitación.

—¡Venga ya! ¡No fastidies! —se quejó molesta—. No solo tengo que aguantar que ese idiota venga a mi casa hoy, sino que además también estás decidida a fastidiarme la noche,

¿verdad? —Al ver que su amiga no respondía, un ultimátum salió sin pensar—: Si lo invitas a venir, dejaré de ser tu amiga, te lo advierto.

Leire la miró sin inmutarse. Estaba acostumbrada a su brutal sinceridad, una cualidad que además admiraba en ella. Y como la conocía de sobra, también sabía que no hablaba en serio.

—Yarey me gusta, Sara, así que vas a tener que aguantarte.

Esta resopló con fuerza.

—Aparte de su cara bonita, no sé qué más le ves, en serio te lo digo.

—Mira quién fue a hablar, la que lleva media mañana pensando en lo que va a ponerse para impresionar a cierto individuo esta noche en la discoteca.

El interés de Sara regresó de nuevo a su reflejo en el espejo.

—No sé de qué estás hablando.

Leire se incorporó en la cama, se sentó sobre el mullido colchón y se cruzó de piernas con los pies sobre los muslos con la intención de calmar su curiosidad.

—Venga, admite que te gusta tu nuevo mentor.

Su amiga se encogió de hombros con cierta timidez.

—Ni lo niego ni lo confirmo.

—Eso quiere decir que sí —declaró Leire, orgullosa por haber acertado.

Sara dejó las perchas en su sitio y rebuscó un poco más sin poner demasiada atención.

—No pongas palabras en mi boca que yo no he dicho.

De pronto, un extraño silencio se cargó el ambiente distendido que reinaba entre ellas.

—¿Qué ocurre? —interrogó Sara, arrugando la frente al advertir la expresión inquieta de su amiga.

Esta la miró a los ojos con un velo de vacilación ensombreciendo su semblante.

—¿Puedo ser sincera contigo?

Sara dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella para sentarse en el borde de la cama.

—Te mato si no lo haces.

Leire tardó unos instantes en encontrar el valor de expresar sus deseos en alto.

—No me gustaría que te pillaras por ese chico..., por Raúl.

Confusa, Sara mantuvo silencio mientras encajaba ese comentario.

—¿Por qué?

Su amiga se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja antes de arrugar la nariz.

—No me da buena espina —respondió enigmática.

—Esa es una razón muy ambigua, lo sabes, ¿verdad? —señaló molesta tras meditar la lógica de esa petición—. Y, por supuesto, no pretenderás que la acepte sin más.

—Sara…

Esta se levantó de la cama y se puso a recoger y doblar la ropa que había desperdigado por la habitación.

—Sé que no es tan impresionantemente guapo y sexi como tu Yarey —la interrumpió, comenzando a enfadarse sin una razón concreta—. Pero eso no te da derecho a menospreciarlo.

—No lo estoy menospreciando…, solo que…

—¡¿Qué?! —La expresión de rabia en su rostro sorprendió a Leire—. ¿Solo porque al idiota de Yarey le cae mal a ti ya no te gusta? No puedo creer que seas de esas.

—¿De esas?

—De esas chicas que se dejan influenciar por lo que piensa el tipo por el que está colada. Creía que tenías cerebro propio.

Leire se molestó por lo que insinuaba.

—Tengo cerebro propio y ahora eres tú la que está poniendo palabras en mi boca que yo no he dicho —rebatió decepcionada—. Te estás columpiando, Sara.

Ella guardó unas camisetas en el armario y se cruzó de brazos en actitud belicosa.

—Siento si te he ofendido, pero acabas de decir que no te fías de Raúl.

—Cierto, pero ha sido por los rumores que he oído sobre él.

—¿Rumores? —cuestionó, arrugando el ceño—. ¿Qué clase de rumores?

—Nada concreto —admitió su amiga a regañadientes—. Solo que no es una persona tan transparente como parece. Se comenta que no tiene ningún interés en ofrecerse como mentor de los alumnos masculinos, y que tal vez sus motivos para ayudar solo a las chicas no sean tan desprendidos como quiere aparentar.

Sara guardó las últimas piezas de ropa y soltó un largo y profundo suspiro.

—Bueno, tú y yo sabemos de primera mano lo que unos rumores malintencionados pueden hacer, ¿verdad?

Leire bajó la cabeza, abatida ante la evidencia de esa afirmación.

—Sí, lo sé.

—Pues te aconsejo que no cometas el mismo error, al menos, hasta tener pruebas fehacientes que lo confirmen.

Su amiga se abrazó las rodillas mientras el silencio la envolvía por unos instantes.

—De acuerdo, no cometeré ese mismo error —dijo tras unos instantes—. Pero tú me tienes que prometer que irás con cuidado.

Sara arqueó una ceja y chistó con la lengua antes de agarrar un cojín y tirárselo a la cabeza.

—Pero ¿por quién me tomas?

Las dos rompieron a reír cuando el mullido proyectil erró por mucho su trayectoria, justo en el momento el que unos toques en la puerta anunciaron la entrada de Sonia, la madre de Leire.

—Chicas, los invitados están a punto de llegar —informó tras asomar la cabeza por la puerta —. ¿Por qué no vais poniendo la mesa?



En una base militar cercana

El oficial les lanzó una mirada estricta a los dos soldados que tenía bajo sus órdenes antes de anunciar:

—El alto mando ha decidido pasar a la fase dos de la misión —expuso inflexible—. Llevamos meses vigilando a esa familia, así que ahora no podemos cometer ningún error, ¿entendido?

—¡Sí, señor! —respondieron los dos soldados al unísono.

Dirigió su atención hacia el hombre que tenía a su derecha con gesto severo.

—Debemos averiguar qué es lo que saben exactamente y si están ayudando a los prófugos a esconderse, tal y como se sospecha. Es de vital importancia que no desconfíen lo más mínimo de nuestras intenciones, así que debéis ser más cautos a partir de ahora.

En postura firme, este asintió antes de preguntar:

—¿Se sabe algo de los sujetos que han huido, teniente?

—Negativo —comunicó con semblante imperturbable—. Por ello, es imperativo no fallar si queremos tener éxito y descubrir al traidor o traidores que quieren dañar a la nación.

Capítulo 4

Andrés fue a abrir la puerta cuando sonó el timbre de la entrada, saludó a sus invitados y los dejó pasar al interior del domicilio.

—¡Bienvenidos! —dijo antes de aceptar una botella de vino que le ofreció el padre de los chicos—. No era necesario, pero gracias.

—No podíamos presentarnos con las manos vacías —señaló este agradecido—. ¿Llegamos muy pronto?

—En absoluto. Por favor, poneos cómodos —los invitó con un ademán al salón, justo en el momento en el aparecieron su mujer y Sonia—. Me gustaría presentarte a Maite, mi esposa.

—Encantada —respondió esta, saludando con un par de besos en las mejillas.

—Igualmente.

—Y ella es Sonia —prosiguió Andrés—, una buena amiga de la familia y madre de Leire.

—Un placer.

—Él es Bruno, mi padre —lo presentó Yarey.

Andrés extendió el brazo para estrecharle la mano.

—Tenía muchas ganas de conocerlo.

—Mi hijo me ha hablado mucho de usted —admitió este aceptando el saludo—. Y me alegré al saber que ha encontrado a un compañero que comparte su misma afición por correr.

—Le aseguro que la suerte ha sido mía —reconoció Andrés—. Pero por favor, dejemos las formalidades a un lado, ¿sí?

Bruno sonrió ante su sugerencia.

—Por mí, perfecto.

En ese momento, las miradas de Sara y Yarey se cruzaron cuando ella y Leire se acercaron educadas a saludar.

—Ella es nuestra hija, Sara —la presentó su madre, orgullosa—. Y nuestra ahijada, Leire, la hija de Sonia.

Tras las presentaciones, las mujeres se quedaron charlando con los recién llegados mientras Andrés cortaba un poco de jamón ibérico en la cocina.

—¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció Yarey, que apareció minutos después de improviso.

—¿Qué tal si abres la botella de vino que ha traído tu padre mientras yo llevo la primera ronda de jamón al salón? —sugirió Andrés mientras terminaba de rellenar el plato con exquisitos trozos del costoso manjar.

—Por supuesto.

Sara, que se encontraba cortando diferentes quesos sobre una tabla, se sintió de inmediato incómoda en cuanto su padre abandonó la estancia.

Yarey se acercó a ella por la espalda y miró por encima de su hombro lo que estaba haciendo.

—Tiene una pinta deliciosa —comentó, alargando el brazo para pillar un trozo de queso.

Ella, incapaz de resistirse, le pegó un pequeño golpe en el dorso de la mano para evitar su descarado robo.

—¡Las manos quietas! —le reprendió—. Te esperas a probarlo con el resto.

Yarey extendió ambos brazos a los lados de su cuerpo y los apoyó en la encimera de mármol, atrapándola entre ellos a la vez que se inclinaba un poco.

—¿Todavía sigues enfadada conmigo? —preguntó muy cerca de su oído.

Sara se quedó clavada al suelo mientras un cosquilleo la recorrió de arriba abajo al sentir el aliento de él acariciando su cuello. Podía sentir el calor del torso de Yarey traspasando su ropa, así que apretó el cuchillo entre sus dedos al mismo tiempo que el sutil aroma de su fragancia flotó hasta ella, y cerró los ojos al sentir que el estómago le daba un vuelco.

—¿Tú qué crees? —siseó entre dientes después de tragar saliva y actuar como si nada la afectara.

Una sonrisa juguetona se insinuó en el rostro de él al sentirla temblar.

—¿Por qué? —cuestionó con la voz un poco más oscura de lo normal.

—No tendrías que haber aceptado la invitación de mi padre.

La presencia de Yarey dominaba todo el espacio y lograba que Sara odiara con toda su alma sentirse así de pequeña y vulnerable por tenerlo tan cerca. Debido a ello, los nervios la traicionaron cuando, nerviosa, se revolvió y el codo se incrustó sin querer en el costado masculino.

—¡Auch! —se quejó él retrocediendo un par de pasos y llevándose la mano hacia el lugar atacado.

—¡Oh, vaya!, ¡lo siento! —mintió, y se obligó a forzar una sonrisa de disculpa.

Incrédulo, él le lanzó una mirada oblicua que dejaba bien a las claras que no la creía. No obstante, no quería forzar ese momento a solas con ella, así que decidió ir con cuidado al mismo tiempo que se frotaba la zona lesionada exagerando el dolor.

—¿Acaso te estás vengando? —le reprochó desilusionado.

—No sería mala idea.

—¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

—Nada en especial —respondió ella encogiéndose de hombros—. Es que tu sola presencia me incomoda.

Yarey redujo la distancia entre ellos de nuevo con aire travieso.

—¿Estás segura de que eso es lo único que te produce mi presencia?

Sara extendió el dedo índice y se lo clavó en el pecho, deteniendo su avance, y alzó el mentón con soberbia antes de responder:

—Tienes razón, no solo me incomodas, también me produces urticaria.

Él le agarró la mano y se la retuvo entre la suya, logrando que ella sintiera una corriente eléctrica recorrer su brazo hasta llegar a la base de la nuca.

—Urticaria, arcadas, temblores… —Alzó una ceja repleta de sarcasmo mientras la profundidad de su mirada atrapaba la suya—. Despierto en ti emociones y sentimientos demasiado intensos para alguien que solo afirma sentir indiferencia, ¿no crees?

Sara se perdió en esa dorada mirada felina durante lo que pareció una eternidad. Decidida a no seguir por ese camino, se sacudió la sensación de estar cayendo en una peligrosa trampa y retiró la mano con brusquedad.

—Lo único que creo es que tu ego y tú tenéis demasiada imaginación.

—Tal vez tengas razón —replicó escéptico, aceptando muy a su pesar que ella no daría su brazo a torcer.

Turbada, le dio la espalda para que no advirtiera lo alterado de su pulso y respiración.

—Te aseguro que «tengo» razón —rebatió con firmeza, más para convencerse a ella misma

que a él.

Yarey se encogió de hombros ante su determinación.

—Si tú lo dices… —Le dio la razón como a los locos—. De todos modos, respondiendo a tu reclamo anterior: habría sido muy descortés por mi parte rechazar la invitación de tu padre, ¿no crees?

Colocando los trozos de queso cortados en triángulo de manera ordenada en el plato, Sara se escudó en esa tarea para calmar los acelerados latidos de su corazón.

—¿Desde cuándo has sido tú cortés?

Esa sonrisa juguetona regresó de nuevo y despuntó hasta convertirse en una que brillaba con malicia.

—Oh, ten por seguro que lo estoy siendo —declaró con tono serio—. Incluso, en estos momentos, me estoy cortando más de lo que piensas.

Con la intención de llevar la conversación por otros derroteros, Sara chistó la lengua, molesta.

—Solo lo hiciste para fastidiarme, admítelo.

—¿Por qué crees que haría algo así? —indagó confuso—. ¿Tengo que recordarte que incluso te defendí delante de él?

—Yo no te pedí que me defendieras.

—Pero ¡qué desagradecida eres! —se lamentó decepcionado—. Arriesgué mi vida intentando protegerte de la ira de tu padre, y tú ni siquiera me lo tienes en cuenta.

Al escucharlo hablar de manera tan grandilocuente, el gesto de Sara se contrajo en una mueca a caballo entre el fastidio y la risa.

—No te cuelgues medallitas que no te has ganado —replicó mordaz—. Además, te lo repito, nadie te pidió que lo hicieras.

Él fingió no oírla.

—Me debes una, que lo sepas.

Cansada de todo aquello, rebuscó en uno de los cajones hasta que encontró lo que buscaba.

—Yo no te debo nada, no lo flipes —dijo y estampó contra su pecho un sacacorchos—. ¡Toma! Espero que sepas cómo utilizarlo.

Y dicho esto, agarró el plato con el queso cortado y huyó de la cocina lo más rápido que pudo.



Cuando Sara apareció en el salón se encontró con los mayores hablando animadamente entre ellos. En el caso contrario estaba Hugo, quien permanecía inmerso en su teléfono móvil, como siempre, mientras Leire pasaba los canales de la televisión con el mando a distancia y aire aburrido.

—De verdad que a esta juventud no hay quien la entienda —intervino Sonia, lanzándole miradas recriminatorias a los dos jóvenes—. ¿Vosotros dos no estudiáis en la misma facultad?

Su hija apagó la televisión y miró de reojo a Hugo antes de responder.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? —replicó la mujer sorprendida—. Pues que deberíais de tener cosas en

común de las que hablar, digo yo, y no estar cada uno en una esquina ignorándoos.

Un suspiro exasperado escapó de los labios de Leire.

—A no ser que tengas una pantalla full HD, un procesador de última generación y una memoria de gran capacidad, a nuestro vecino no le interesa nada de lo que tengas que decir.

El aludido levantó la mirada de la pantalla y se recostó sobre el respaldo del sofá con expresión desconcertada.

—Tal vez me interesaría si me dirigieras la palabra.

Un jadeo ofendido salió de la garganta de su amiga.

—¡¿Perdona?!

—¿Acaso estoy mintiendo?

—¡Por supuesto que sí! —contradijo esta—. Y tal vez te darías cuenta si despegaras los ojos del móvil.

—Para lo que hay que ver… —arguyó este con desdén—. Si quiero ver a una chica babeando por otro me pongo uno de esos programas de televisión donde salen parejas a ligar medio desnudas.

—Pues no te vendría mal, seguro que aprenderías algo.

—¿Algo como qué?

—Algo como ser un poco más social, por poner un ejemplo.

Airado, Hugo abrió la boca para replicar, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo debido a que Sara se apresuró a interrumpir.

—¿Alguien quiere un poco de queso?

Ante las expresiones confusas de los mayores, tanto Hugo como Leire decidieron mantenerse callados, aunque las miradas asesinas que se lanzaban entre sí eran demasiado esclarecedoras.

—Leire tiene razón, hijo, deberías dejar a un lado el teléfono mientras estás con más gente.

El sentimiento de traición de Hugo quedó de manifiesto en la perplejidad de su rostro. Rostro que se ensombreció de manera notable ante el ademán triunfal de Leire mientras, a regañadientes, se guardaba el teléfono en el bolsillo delantero del pantalón.

—Mi hermano es un genio con los procesos matemáticos. —Salió en su defensa Yarey cuando regresó de la cocina, al mismo tiempo que dejaba la botella abierta sobre la mesa—. Le es más fácil entender un algoritmo y llevarse bien con los datos que con un ser humano.

—Eso no hace falta que lo jures —siseó Leire entre dientes.

—¿Y eso lo puedes hacer con un móvil? —preguntó Maite sorprendida—. Creía que los teléfonos solo servían para llamar, sacar fotos y entrar en el Facebook.

Los labios de Hugo esbozaron una sutil sonrisa ante la inocencia del comentario.

—Con los teléfonos de hoy en día se pueden hacer muchas cosas —reconoció con cierto aire de superioridad.

—No serás un *hacker* de esos, ¿verdad?

Hugo no respondió, se limitó a soltar una risita nerviosa ante el comentario de la madre de Sara.

—En realidad, ha creado varios programas y aplicaciones con los que ha ganado bastante dinero —afirmó su padre, orgulloso.

—¿Eres programador? —indagó Andrés.

El muchacho se encogió de hombros restándole importancia.

—Algo así.

—¿Y cómo se puede ganar dinero con eso? —interrogó Sonia, sorprendida.

—Subiendo las apps a plataformas de distribución digital donde los usuarios se las pueden descargar, bien de manera gratuita o pagando.

Esta arrugó el ceño, pues lo que le estaba contando le sonaba a ciencia ficción.

—Madrina, ¿recuerdas esa aplicación que te descargué en el teléfono para retocar las fotos? —intervino Sara en su ayuda—. Son programas como esos.

—¡Ah, vale!, ya entiendo.

Impresionada, Sonia asintió cuando comprendió a lo que se refería su ahijada.

—Y si se te da tan bien, ¿por qué estás estudiando derecho? —cuestionó con curiosidad tras pensarlo unos instantes.

Hugo cruzó una extraña mirada con su padre, quien se apresuró a responder.

—Hay demasiada competencia en esa área hoy en día —explicó conciso—. Das una patada a una piedra y te salen veinte programadores de debajo. En cambio, la carrera de abogado es más estable y prestigiosa.

Maite arrugó la nariz al escuchar esa explicación.

—Pero si es lo que al chaval le gusta…

—Como padre, quiero lo mejor para mis hijos, y como médico que soy, me hubiese gustado que siguieran mi ejemplo —declaró Bruno, convencido de estar haciendo lo más conveniente para ellos—. Solo pude conseguir que Yarey estudiara algo relacionado con la rama de mi profesión. En cambio, Hugo decidió que no quería saber nada de este mundo. Él es un genio de la informática, eso es cierto. Y debido a lo fácil que le resulta todo esto del lenguaje de programación, comandos, secuencias de códigos y demás, no le vendrá mal tener otra carrera a mayores.

—Ingeniero informático es una carrera universitaria tan válida como otra cualquiera —terqueó la madre de Sara, poniéndose en el lugar del muchacho.

Como madre que era, no lograba entender que hubiera padres que impusieran su voluntad obligando a sus hijos a escoger un camino que no era el suyo.

—Cariño, eso es algo en lo que nosotros no debemos opinar —intervino Andrés, conocedor del carácter de su mujer.

A pesar de no estar de acuerdo, Maite entendió su postura y decidió no seguir con el tema, no sin antes echarle una mirada apenada al pobre muchacho.

—¿Por qué no vamos a ver cómo va la comida? —sugirió Sonia.

La madre de Sara asintió y las dos se refugiaron en la cocina.

El resto de la reunión transcurrió sin mayor incidente, hasta que, en medio de los cafés, Andrés le hizo una pregunta a Yarey que tomó por sorpresa a las chicas.

—¿Vosotros dos también vais al festival esta noche?

En cuanto escuchó a su padre, Sara se puso tensa.

—No lo creo, y aunque así fuera… —se apresuró ella a responder.

—¿Qué festival? —la interrumpió Yarey.

—Uno al que, al parecer, va media universidad.

De pronto, a la mente del muchacho vino la invitación del mentor de Sara en la biblioteca.

—No —respondió Hugo.

—Puede ser —lo contradijo Yarey.

Ambos respondieron al mismo tiempo sin ponerse de acuerdo en la respuesta. Hugo lo miró con el ceño fruncido, pues se imaginaba el motivo que lo había llevado a cambiar de opinión, y

Yarey solo se limitó a reclinarse en la silla con expresión tranquila.

—¿Por qué lo pregunta? —indagó este último, dirigiéndose hacia el padre de Sara.

Sospechando las intenciones de su progenitor, Sara intervino lo más rápido posible para desviar la atención.

—Por nada.

Yarey alzó una ceja al notar su nerviosismo.

—Se lo estaba preguntado a tu padre.

La mirada asesina que ella le lanzó a punto estuvo de derribar su actitud inmutable. Yarey intuía lo que Andrés iba a decir y estaba disfrutándolo con anticipación.

—Pues porque mi hija y mi ahijada quieren acudir y yo no me siento cómodo dejándolas ir solas.

—¡Papá! —protestó Sara, tiesa como un palo y con expresión fiera—. Dijiste que podíamos ir sin problemas.

—Eso fue antes de saber que hay un depravado vigilándote.

—¡¿Un qué?! —exclamó su mujer, sobrecogida.

El rostro de Sara perdió todo color.

—No le hagas caso, mamá —dijo, intentado calmarla—. Papá malinterpretó lo que pasó.

—Yo estaba allí y entendí lo mismo —corroboró Yarey, intentando ocultar la enorme satisfacción que le producía el mal momento que estaba pasando—. Es más, llegaste a culparme a mí de…

Ella se abalanzó sobre él y le tapó la boca con la mano.

—¡Cállate!

—¿De qué está hablando, Sara? —interrogó Leire, igual de confusa que el resto.

—De nada —respondió a punto de entrar en pánico.

Yarey le quitó la mano de la boca mientras una sonrisa burlona se dibujaba en su rostro.

—A mí no me lo pareció —señaló, echando más sal en la herida.

Los puñales que Sara le lanzaba por los ojos estaban destinados a rebanarlo en trocitos y dárselos de comer a los tiburones.

—¡Te voy a matar! —siseó entre dientes.

Yarey a punto estuvo de soltar una enorme carcajada ante su actitud asesina.

—¿Quiere alguien darme una explicación, por favor? —exigió Maite impaciente.

—No es nada demasiado preocupante —aclaró su marido—. Pero el otro día, mientras Yarey y yo corríamos por el parque, nos encontramos con tu hija, que venía de dar sus clases particulares. Y cuando nos acercamos a ella, se asustó tanto que creí que le daba un soponcio.

—Tampoco fue para tanto —protestó cada vez más nerviosa—, no exageres, papá.

—Estoy con tu padre, casi te meas encima —aseguró Yarey, entusiasmado por lo mal que se estaban poniendo las cosas para ella.

Con el gesto descompuesto, Sara veía cómo una nube negra le iba cambiando la expresión a su madre, y comenzó a temerse lo peor.

—¡Te quieres callar! —siseó amenazante—. ¡Te juro que me las vas a pagar!

—¿Y por qué te asustaste tanto? —interrogó Maite suspicaz.

Antes de que Sara tuviera la oportunidad de inventarse una excusa plausible, Andrés se adelantó en responder.

—Porque creía que alguien la estaba siguiendo.

De pronto, esa oscura nube se convirtió en un feo nubarrón.

—¿Es eso cierto?

Sara sacudió las manos en un gesto desesperado por llamar a la calma, ya que esa absurda conversación inquietaría a su madre y era lo último que deseaba. Pero lo que más la estaba sacando de quicio era comprobar lo mucho que el capullo de Yarey estaba disfrutando con la situación.

—No les hagas caso, mamá, están exagerando. Ya le dije a papá que me equivoqué —rebatió desesperada porque la creyera—. De verdad que no tienes de qué preocuparte.

—Si tenemos de qué preocupamos o no, eso lo decidiremos nosotros, que somos tus padres —espetó Andrés—. Por mi parte, yo me sentiría más tranquilo si alguien de confianza os acompañara a ese festival esta noche.

—¡Papá! —exclamó exasperada.

La ceja que este arqueó dejó muy claro lo poco que le importaba su oposición, por lo que Leire intentó mediar entre ellos.

—Padrino…

—¿Tú también te vas a oponer? —inquirió este con gesto serio.

Ella sacudió la cabeza.

—No, al contrario, yo no tengo ningún problema en que Yarey nos acompañe al festival. —Un bufido por parte de Hugo no se hizo esperar, logrando que Leire detuviera su discurso, posara su atención sobre él y entrecerrara los ojos antes de continuar—. Pero no sería justo obligarlo a…

—Lo haré encantado.

La pronta respuesta tomó desprevenido a todo el mundo, a excepción de Sara, cuyo color de rostro pasó del blanco al rojo carmesí.

—Me parece una buena idea —declaró Bruno, de acuerdo con la decisión de su hijo—. Y tú también deberías ir con ellos, Hugo.

Este despegó los labios para protestar, ya que no veía justo que tuviera que pasar por un infierno solo para divertimento de Yarey, pero no le quedó más remedio que cerrarla al ver la estricta determinación en la expresión de su padre.

No obstante, Sara hizo un último intento y buscó la ayuda de su madre.

—Mamá, en serio, créeme cuando te digo que están exagerando. Fue un malentendido, nada más.

Maite miró a su marido y, tras unos breves instantes, el instinto de protección de toda madre salió a relucir, así que tomó con suavidad la barbilla de su hija y le dedicó una dulce sonrisa antes de decir:

—Estoy con tu padre —respondió, inmune a su burdo intento de manipulación—. Sé que ya eres mayor y no podemos imponerte ciertas cosas, pero compréndeme, cariño, yo me quedaría mucho más tranquila si no vais las dos solas a la fiesta.

Atrapada en esa implorante mirada y en el tono de preocupación que salió de la boca de su madre, Sara dejó escapar un triste suspiro al sentirse entre la espada y la pared. No obstante, no se dio por vencida, y, disparando su último cartucho, se giró hacia su madrina en busca de un apoyo que pusiera fin a aquella sucia encerrona.

—Lo siento, preciosa —la traicionó Sonia con un ligero encogimiento de hombros—, pero yo también pienso lo mismo.

El puchero de Sara terminó con un cruce de brazos y una expresión furiosa clamando venganza. Si seguía oponiéndose con firmeza, quedaría como una niña caprichosa que no

soportaba no salirse con la suya. Sin contar con que sus padres, tal vez, no le prohibiesen acudir al festival, pero no había garantía alguna de que no decidiesen ir ellos mismos para cerciorarse de que nada malo ocurriría.

Así que clavó los ojos sobre Yarey al mismo tiempo que rechinaba los dientes. Todo era culpa de ese idiota arrogante que la contemplaba con una sonrisa de suficiencia en su atractivo rostro. Pero se lo haría pagar, ¡vamos si se lo haría pagar!, de eso no tenía ninguna duda.

Capítulo 5

Impaciente, Yarey caminaba de un lado a otro delante de la puerta de su piso mientras esperaba a que Hugo terminara de hacer lo que diablos estuviese haciendo.

—¡Quieres apurarte! —lo apremió tras echarle un vistazo a su reloj.

Al no recibir respuesta, se detuvo de golpe. Enojado, hizo un gesto con la cabeza y chistó con la lengua en tanto lo maldecía entre dientes. Tras unos segundos, surgió una enorme sonrisa de oreja a oreja al recordar la expresión descompuesta de Sara cuando supo que, si quería acudir al festival esa noche, tendría que ir acompañada por ellos. Y a punto estuvo de lanzar una carcajada al aire al rememorar los puñales que esta le lanzó por los ojos debido a su pequeña venganza.

En verdad estaba disfrutando de la situación. Saber que había desbaratado sus planes, o al menos fastidiado parte de la diversión, le producía un regocijo que hacía mucho tiempo que no sentía. Aunque, si debía ser honesto consigo mismo, había otra razón mucho más poderosa que lo obligó a aceptar llevarlas al festival.

Sin embargo, todavía no podía entender por qué le desagradaba tanto a Sara. Por mucho que lo intentaba, desconocía los motivos por los que esta rechazaba tanto su presencia como su amistad desde el minuto cero de conocerla. Desde su mudanza al nuevo domicilio, no recordaba haber hecho o dicho nada para que sintiera tal inquina hacia él, por ello le resultaba un completo misterio el odio visceral que le demostraba a la menor ocasión. Un misterio que, por cierto, estaba más que dispuesto a destapar, aunque solo fuera para descubrir las razones que la llevaban a aborrecerlo de ese modo.

Además, Yarey no era estúpido y sabía lo atractivo que le resultaba a las chicas. No es que tuviese demasiada experiencia en ese campo, y no por falta de oportunidades, todo sea dicho de paso, pero no había estado demasiado interesado en ello a excepción de un par de ellas que llamaron su atención en su momento. Con ello, no quería decir que por ser guapo tuviera que gustarle de inmediato a su vecina, obviamente. Pero, para ser sinceros, era una baza que jugaba a su favor, no podía negarlo.

No obstante, con Sara esa baza no funcionaba, eso era evidente. De igual modo, ahora tenía la ventaja de pasar cierto tiempo con ella y propiciar un posible acercamiento. Tal vez la jugarreta en la comida no fuese la mejor idea que había tenido para acercar posturas entre ellos, pero había que aprovechar las oportunidades como aquella cuando se presentaban, pues quizá no volviera a obtener una de nuevo.

—¡Por fin! —exclamó cuando vio acercarse a Hugo por el pasillo.

Este se paró a su lado con cara de pocos amigos.

—¿Tienes prisa?, porque yo no —respondió con dejadez mientras se vestía su chaqueta motera negra favorita.

Yarey agarró las llaves del coche y salió al rellano.

—Sé que no te apetece nada ir, pero…

—Decir que no me apetece es un eufemismo, te lo aseguro —lo interrumpió molesto tras cerrar la puerta del piso a su espalda.

Yarey caminó un par de metros y pulsó el botón del ascensor antes de decir:

—No te va a matar salir de fiesta como un chico normal.

El bufido de Hugo no se hizo esperar.

—Tal vez a ti no te moleste, pero para mí esto es un puto suplicio.

—No tuve otra opción, te lo aseguro.

Un levantamiento de ceja dejaba claro lo que pensaba sobre su pobre excusa.

—No me cuentes milongas, Yarey.

—Te lo estoy diciendo en serio —replicó este después de que el elevador se detuviera en su piso—. Tendrías que haber visto a Sara en el parque el otro día, estaba muerta de miedo.

—¿Y? —inquirió Hugo entrando en el interior cuando las puertas se abrieron.

—Pues que no creo que se inventara la historia de que alguien la había estado siguiendo —explicó serio.

A pesar de la fachada de chico frío e indiferente que mostraba al mundo, un velo de preocupación ensombreció las facciones de Hugo.

—¿Has visto a algún tipo sospechoso merodeando cerca de ella?

Yarey tardó unos instantes en responder.

—No, pero debemos tener en cuenta que…

—¿Qué? —lo interrumpió algo más tranquilo y regresando a su anterior actitud impasible—. ¿Que, tal vez, nuestra vecina es miedosa por naturaleza o que, posiblemente, tiene una imaginación desbordante?

El escepticismo de su hermano le resultaba molesto hasta el punto de soltar un fuerte bufido.

—¿Qué debería haber hecho, quedarme de brazos cruzados?, ¿en serio?

Este se encogió de hombros con apatía.

—Ese es tu problema, colega, no el mío.

—En eso te equivocas, es un problema de los dos —señaló, retándolo a que le llevara la contraria. Como este no dijo nada, prosiguió—: Además, tampoco es que pudiésemos negarnos en cuanto Andrés nos pidió ayuda. Y ya viste lo rápido que los demás estuvieron de acuerdo con él.

Hugo debía admitir que tenía razón, y se pasó la mano por el cabello con frustración cuando las puertas se abrieron y salieron al rellano donde vivían las chicas.

—Lo único que sé es que ya tengo bastante con lo mío como para tener que andar de carabina y asistir a una discoteca llena de gente hasta la bandera.

—Bueno, míralo de este modo, es una oportunidad perfecta para salir de tu zona de confort y experimentar algo nuevo.

Yarey sostuvo la mirada hostil que le lanzó su hermano con estoicidad.

—¡Uy, sí! —declaró Hugo con acritud—. ¡Mira lo emocionado que estoy!

Una palmada en la espalda fue la única respuesta que obtuvo antes de que Yarey llamara al timbre por segunda vez ese día.

Cuando la puerta se abrió, fue Leire quien salió a recibirlos.

—¿Estáis preparadas?

Con una radiante sonrisa y los ojos brillantes por la emoción, Leire asintió y se dio la vuelta para buscar su abrigo y avisar a su amiga de la llegada de los chicos. Tras ella, apareció Andrés con aire serio.

—No vengáis muy tarde, ¿de acuerdo?

Los dos muchachos asintieron respetuosos.

—No se preocupe, las deja en buenas manos —respondió Hugo al leer la preocupación en su

rostro.

La consideración demostrada por el más tímido y callado de los hermanos ante su inquietud hizo que Andrés forzara una sonrisa, aunque esta no ocultó el desasosiego que sentía por dentro.

—Eso espero —se limitó a decir.

Un silencio incómodo los envolvió a los tres hasta que las chicas aparecieron seguidas por sus respectivas madres. Tras la despedida, se dirigieron hacia el *parking* subterráneo donde tenían aparcado el coche.

—¿Todavía sigues enfadada conmigo? —interrogó Yarey cuando abrió las puertas del Citroën C4 con el mando a distancia.

Durante el trayecto al garaje, Sara esquivó las miradas de él y se mantuvo en silencio a propósito. No solo estaba cabreada por haberle autoimpuesto su presencia, sino que se había prometido no dirigirle la palabra nunca más.

—Es evidente que sí —respondió Hugo por ella con aire burlón cuando fue obvio que no iba a responder.

—No le hagas caso —intervino Leire, intentando calmar las aguas—. Ya se le pasará.

Con el ceño fruncido, y a pesar de las buenas intenciones de Leire, Yarey contempló la conducta sospechosamente callada de su vecina.

—¿Sabes lo infantil que estás siendo?

Como única respuesta, Sara alzó el mentón con actitud retadora, abrió la puerta trasera y se metió en el interior del coche. Por su parte, con la mano apoyada en la puerta del vehículo, Yarey observó su desplante con expresión indescifrable. Tras lo cual, soltó un profundo suspiro y se introdujo en el asiento del piloto.

—¿Puedo ir delante? —le pidió Leire a Hugo, agarrándole la mano antes de que este abriera la puerta del acompañante.

El muchacho alzó una ceja cargada de ironía y, tras unos eternos segundos en los que ambos se sostuvieron la mirada, se apartó para dejarle vía libre y acompañar a su amiga en la parte trasera.

—¿A ti también te molesta que vayamos? —le preguntó Yarey a Leire cuando esta se colocaba el cinturón de seguridad.

—En absoluto —respondió sincera—. Entiendo por qué lo hiciste. Es más, te estoy agradecida por ello.

Debido a la vil traición, un jadeo estrangulado salió de la garganta de Sara al escuchar la respuesta de su mejor amiga, acompañada por una expresión de auténtica estupefacción.

Sorprendido, Yarey detuvo la acción de encender el motor del coche.

—¿En serio?

Una ligera sonrisa despuntó en el rostro de Leire antes de asentir.

—Después de que Sara me contara lo que pasó en el parque, y conociendo como conozco a mis padrinos y a mi madre, estoy segura de que nos habrían rallado la cabeza y hecho lo imposible para persuadirnos de no ir al festival si no te hubieras ofrecido a acompañarnos —aseguró convencida.

—¡Por fin alguien con dos dedos de frente! —la elogió él antes de girar la llave en el contacto.

—Te recuerdo que ya nos habían dado permiso para ir —rebatió Sara, molesta.

Leire giró la cabeza hacia atrás antes de responder.

—Y yo te recuerdo que eso fue antes del incidente en el parque.

—¡Exacto! —recalcó Yarey.

—¿Y eso que tiene que ver? —terqueó ella, haciendo caso omiso a su vecino y sin la menor intención de dar el brazo a torcer.

Su amiga la miró a los ojos con la intención de dejar las cosas bien claras.

—¿Y tú me lo preguntas? ¿En serio? —Negó con la cabeza sorprendida por la terquedad que demostraba—. ¿Acaso tengo que recordarte lo paranoico que está padrino desde la muerte de mi padre?

Sara torció la cara y se cruzó de brazos al no poder rebatir esa declaración.

—¿Tu padre falleció? —preguntó de repente Yarey.

Ella se limitó a asentir y tragó saliva cuando un nudo se le formó en la garganta.

—Hace unos meses tuvo un fatal accidente de tráfico.

—¡Vaya!, lo siento mucho.

Un incómodo silencio flotó en el interior del coche al no saber qué decir.

—Por mucho que me fastidie admitirlo, tengo que darles la razón a los dos, Sara —intervino Hugo, intentando cambiar de tema.

—¿Tú también? —le reprochó ella dolida—. Creí que al menos tú estarías de mi parte.

Este se encogió de hombros con una máscara serena que ocultaba sus sentimientos.

—Te aseguro que soy el que menos ganas tengo de ir a esa estúpida fiesta —confesó sincero —. Pero cuando tu padre le hizo la pregunta a mi hermano, pude leer en sus ojos la determinación de que no fuerais solas.

Ella también lo sabía, pero no estaba dispuesta a admitirlo delante de Yarey, aunque su vida dependiera de ello.

Tras salir del *parking* e incorporarse a la calle, este la estudió durante un instante por el espejo retrovisor cuando sus miradas se cruzaron.

—Un «gracias» no estaría de más.

Como era evidente que él no iba a darse por vencido, Sara se giró hacia Hugo antes de decir:

—¿Puedes decirle a tu hermano que espere sentado? Más que nada, porque eso no va a suceder nunca y la demora puede resultarle demasiado larga.

Estupefacto, Hugo elevó ambas cejas al mismo tiempo. Tras lo cual, volteó la cabeza hacia la ventanilla y soltó un suspiro resignado.

—No pienso seguirte el juego, lo siento —espetó, ignorando su petición.

Molesto por su cabezonería, Yarey se dirigió a Leire en el mismo tono utilizado por Sara.

—¿Y tú puedes decirle a tu amiga que ser agradecida no la va a matar?

Ella resopló con ganas y no le dio la oportunidad a Leire de transmitir el mensaje, pues enseguida respondió:

—Puedes decirle a tu vecino que no tengo ningún motivo para estar agradecida con él, al contrario.

El gesto contrariado de Yarey le indicó lo mucho que discrepaba.

—¿Puedes recordarle a tu amiga que si vamos de camino a la fiesta es gracias a mí?

—¡Ja! —jadeó Sara en total desacuerdo—. ¿Puedes recordarle a tu vecino que ni él es don Quijote ni yo Dulcinea? No necesito a ningún caballero de brillante armadura que venga a rescatarme. Yo solita me valgo y me sobro.

—¿Puedes decirle a tu amiga que, al menos, estamos de acuerdo en algo? Porque de dulce la chica no tiene nada, más bien la compararía con un cardo borriquero.

—Y tú puedes decirle a tu vecino que, sin que sirva de precedente, esta vez estoy de acuerdo

con él. Porque tal vez yo sea un cardo, pero un cardo demasiado bueno para un burro como él.

—¡Basta! ¡Los dos! —protestó Leire, cansada de aquella chiquillada—. Parecéis dos críos en plena rabieta. Tengamos la fiesta en paz, ¿de acuerdo?

Yarey apretó con fuerza el volante antes de girar en una rotonda. Abrió la boca para replicar, pero al advertir el gesto serio de Leire, decidió mantener el pico cerrado. Al mismo tiempo que su vecino, Sara también despegó los labios, pero decidió que lo mejor era mantenerse callada tras la mirada asesina que le lanzó su amiga.

—¡Al fin! —suspiró Hugo aliviado, apoyando el codo en el saliente de la puerta al mismo tiempo que contemplaba las calles iluminadas por las farolas a esas horas de la noche.



Tras conseguir un hueco para aparcar en las inmediaciones de la discoteca, los cuatro bajaron del coche y caminaron en silencio hasta la entrada. Llegaban tarde, por lo que el festival ya había comenzado y el interior estaba bastante lleno cuando lograron entrar.

Feliz y emocionada, Sara agarró a su amiga de la mano, dispuesta a perderse entre el gentío y disfrutar de una noche llena de posibilidades. Moviéndose al ritmo de la música, avanzó entre el resto de cuerpos que se agitaban en sintonía con los decibelios de la música que el *DJ* pinchaba en ese momento, y que resonaban en el enorme espacio a través de los potentes bafles, hasta que encontró un lugar perfecto donde mimetizarse con el ambiente.

Yarey contemplaba a la misma muchacha que, en tan solo unos pocos minutos, pasaba de estar enfurruñada a sonreír feliz mientras balanceaba su cuerpo con una cadencia y elegancia que lo mantenía absorto por completo. Por primera vez esa noche, se permitió el lujo de estudiarla con atención, así que se tomó su tiempo en radiografiarla de arriba abajo para no perderse el más mínimo detalle. Con unos *jeans* negros que se ajustaban a su esbelto cuerpo como una segunda piel, y una amplia camiseta de mangas murciélago y hombros caídos en color rojo, Sara estaba arrebatadoramente sexi sin proponérselo. Como era su costumbre, el ligero maquillaje resaltaba la belleza y elegancia de sus facciones, y las ondas de su cabello completaban un *look* fresco pero al mismo tiempo, sensual, que solo ella podía lograr sin caer en lo ordinario.

Para su desgracia, unas manos agitándose delante de su cara para llamar la atención lo distrajeron de su escrutinio.

—¡Al final has venido! —exclamó la compañera de clase que le había hablado de la fiesta.

Lamentándose por la mala suerte de haberla encontrado en aquel mar de gente, Yarey se obligó a reprimir un gesto de fastidio.

—Ajá —se limitó a decir.

Ella, en cambio, no ocultaba el hecho de lo feliz que le hacía encontrarlo allí, y se lo demostró regalándole una coqueta sonrisa.

—¿Y por qué no me avisaste? —gritó, acercándose a él para hacerse oír a través de la música y la multitud—. Podríamos haber venido juntos.

Él se encogió de hombros, indiferente a su flirteo.

—Porque lo decidí en el último momento.

La muchacha echó un vistazo apreciativo hacia Hugo antes de volver su atención sobre él. Su sonrisa se amplió todavía más, pues por su cabeza ya había cruzado la idea de emparejarlo

con la amiga que la había acompañado y que en ese momento había ido a buscar algo de beber.

—Veo que has venido con tu hermano.

Yarey se apresuró a señalar a Sara y a Leire con un gesto de cabeza.

—Y también con unas amigas.

La sonrisa de la chica se apagó de inmediato y su semblante se tornó sombrío al encontrarse con la mirada de Leire.

—¿Y esas quiénes son?

Él se frotó la frente al escuchar el tinte celoso en su voz.

—A Sara ya la conoces, es una compañera de clase. Y Leire es su mejor amiga.

Esa información no le hizo la menor gracia a la muchacha, quien torció el gesto de manera inconsciente.

—¿Y estás saliendo con alguna de ellas o solo son…? —dejó la frase en el aire para que él determinara la relación que los unía.

Un brillo acerado cruzó por los ojos color ámbar de Yarey.

—Eso es algo que no te incumbe —respondió hosco—. Ahora, si me disculpas…

Y la dejó con la palabra en la boca para acercarse a Sara y a Leire con la intención de dejarle las cosas claras.

—Chicas, voy a ir a la barra a por bebidas, ¿queréis algo?

Leire asintió, agradeciendo su ofrecimiento.

—Un refresco, gracias.

Yarey miró a Sara a la espera de su respuesta.

—¿Y tú?

En vista de que esta seguía con su empeño de ignorarlo, se encogió de hombros y se dirigió a la barra, no sin antes hacerle un gesto a su hermano para que no les quitara el ojo de encima.



Sara giró la cara al detectar la desaprobación en el rostro de Leire. Era plenamente consciente de que se estaba comportando de una manera ridícula y poco razonable, pero, por algún motivo que todavía no podía entender, era incapaz de recular.

Yarey tenía la extraña facultad de sacarla de quicio, y el hecho de que siempre tuviese razón lo hacía odiarlo todavía más. Era una excusa absurda y caprichosa, lo sabía, pero no podía hacer nada por remediarlo. Mejor dicho, no quería hacer nada por remediarlo. Y eso lo tuvo claro en el preciso momento en el que su corazón comenzó a latir descontrolado cuando estuvieron a solas en la cocina.

Sacudió la cabeza para ahuyentar el recuerdo de las emociones que se apoderaron de ella en ese momento. Emociones demasiado peligrosas como para dejar que enraizaran y tomaran el control.

Alzó los brazos y comenzó a dar pequeños saltos, mientras se dejaba poseer por el ritmo de la música en un esfuerzo por alejar unos pensamientos que no la llevaban a ninguna parte, hasta que alguien la golpeó con suavidad en el hombro.

—¡Hola!

—¡Raúl! —exclamó alegre de verlo cuando se giró.

Una sonrisa brillante abarcó el rostro de su mentor.

—Me alegro de verte.

Tímida, Sara no rechazó el abrazo del agradable chico que la había invitado al festival cuando coincidieron en la biblioteca.

—Y yo a ti.

—Sabía que al final vendrías —comentó él tras saludar a Leire.

—Es un milagro que nos hayamos encontrado entre tanta gente —señaló Sara, sorprendida.

—Llámalo destino —le dijo él guiñándole un ojo.

Un ligero rubor tiñó el rostro de Sara ante ese comentario y mantuvo silencio al no saber qué responder. Se dejó llevar por el momento y disfrutó de la compañía hasta que fue consciente del regreso de Yarey. Podía sentir sus ojos clavados en la nuca y el hecho de que no estaba nada contento con la aparición de Raúl. No obstante, lejos de molestarla, por una extraña razón que se negaba a analizar, se sentía exultante.

Pasaron los minutos y el agobio de la multitud, más la agitación de la música y el baile, hicieron que le entrara sed. Por lo que Raúl, solícito, se ofreció a ir a la barra a buscarle algo de beber. Cuando este volvió minutos después y le ofreció el vaso de plástico con el refresco que había pedido, una mano lo detuvo.

Los ojos de Sara observaron esa mano hostil, subieron despacio por el brazo hasta llegar al rostro del dueño, cuya mirada fría e intimidante de color ámbar le secó la boca.

Capítulo 6

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

Imperturbable, Yarey le sostuvo la mirada sin la menor intención de soltar la mano de su mentor.

—No voy a permitir que bebas de este vaso.

Resultándole familiar, Raúl miró al tipo que tenía delante con ira contenida. Podía sentir los dedos ejerciendo presión alrededor de su muñeca y tiró de ella con cuidado de no mancharse con el refresco.

—¿Quién cojones te crees que eres? —lo increpó, enfrentándose a él—. ¡Suéltame ahora mismo!

Yarey ignoró su orden al mismo tiempo que una lenta y desafiante sonrisa se fue haciendo hueco en su rostro.

—Soy su acompañante.

A pesar de la música a todo volumen en el interior de la discoteca, un tenso silencio se impuso durante unos breves segundos.

—¿Y qué? —inquirió el mentor de Sara.

—Y nada —respondió Yarey—. Solo te estaba informando.

Sin entender lo que estaba pasando, Hugo se acercó a su hermano, dispuesto a pararle los pies. No obstante, su actitud cambió por completo cuando ambos cruzaron una extraña mirada. No fue necesario que intercambiaran palabras entre ellos para saber que Yarey tenía sus propios motivos para que no interfiriera, por lo que se posicionó a su lado con el cuerpo en tensión y preparado para actuar en caso de que fuera necesario.

—En realidad, los dos somos sus acompañantes —lo corrigió.

De repente, una profunda arruga se formó en la frente de Raúl cuando este frunció el ceño.

—¿Es eso cierto? —le preguntó a Sara.

Roja de rabia, ella apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—¡No!

Perplejo, Yarey soltó la mano de Raúl y se enfrentó a ella.

—¡No mientas!

Ella alzó la barbilla con aire retador.

—Nos han traído hasta aquí, eso es todo —aclaró.

Una sonrisa torcida se dibujó en el rostro de su vecino.

—¿Llamamos a tu padre y le preguntamos?

Confuso, Raúl los miró a ambos sin entender qué puñetas estaba pasando.

—¿Te están molestando? ¿Es eso?

Sara se cruzó de brazos sin apartar los ojos de Yarey.

—Podría decirse que sí.

Leire decidió intervenir al captar una sombra intimidante cruzar por el semblante del chico que le gustaba.

—Deja de decir tonterías, Sara. —Se giró hacia Raúl con un gesto de disculpa. No es que

este le cayera bien, pero tampoco deseaba que se produjera una pelea entre ellos—. Está cabreada con Yarey, por eso actúa de esta manera. Pero es cierto que hemos venido con ellos, ya que son nuestros vecinos.

—Así es —se apresuró a explicar Sara—. Pero haber venido con ellos en el mismo coche no le da derecho a este idiota a comportarse como un verdadero cretino.

Su amiga, molesta por su terquedad, le lanzó una mirada recriminatoria.

—Ya está bien.

—¿Por qué? —cuestionó, harta de tener que aguantar aquella situación—. ¿Por qué tengo que ser yo la que me controle cuando es él quien se está comportando como un cavernícola?

—Tu padre…

—Mi padre le pidió que nos acompañara porque estaba preocupado —la interrumpió—. Pero, repito, eso no le da derecho a avasallar a todo aquel que se nos acerque. ¿Quién es él para impedir que un compañero me invite a un refresco?

Sabiendo que tenía razón, Leire no pudo rebatir su argumento, tras lo cual, Sara agarró el vaso de plástico que Raúl todavía sujetaba y se lo llevó directo a los labios.

—¡Ni lo sueñes! —se opuso Yarey, quitándoselo de la mano con rapidez.

Leire se interpuso en el camino de Sara cuando esta, furiosa, intentó abalanzarse sobre él para arrebatarle la bebida.

—Creo que te estás pasando, amigo —lo enfrentó Raúl.

El rostro serio y la mirada intimidante no encajaban con la sonrisa letal que se fue dibujando en el rostro de Yarey cuando apartó los ojos de Sara para posarlos sobre él.

—¿Tú crees? —Y se acercó a él para comentar muy cerca de su oído con un tono engañosamente suave—. ¿Por qué no hacemos una cosa? Sí tú bebes primero, dejaré que ella beba después.

De repente, el color en el rostro de Raúl desapareció por completo hasta volverse lívido.

—¡Basta ya, Yarey! —le advirtió Sara entre dientes sin saber qué le había dicho, pero alarmada por la expresión del chico que le interesaba.

Él ignoró su advertencia y, todavía con la atención puesta sobre el estudiante de segundo grado, alzó una ceja cargada de ironía y le ofreció el vaso con el refresco que él mismo había comprado. Cuando este estiró la mano para recuperarlo, Yarey lo apartó en el último momento.

—¿Vas a beberlo?

—Mira, colega, tus amenazas me las paso por el forro de los cojones —alardeó Raúl tras recuperar el color, y con la única intención de ocultar una leve sombra de miedo en los ojos que no delatara su preocupación—. No pienso hacerlo solo porque tú me lo digas.

—¿Por qué? —lo retó él, cada vez más seguro de su corazonada—. ¿Acaso tienes algo que esconder?

Este se revolvió el pelo con evidente inquietud y se giró hacia Sara.

—Lo siento, pero no quiero problemas, ¿vale? Así que lo mejor será que me vaya. Ya nos veremos por el campus.

—¡No, espera! —lo llamó ella cuando él se giró para marcharse.

Harta de aquella disputa de gallos, y con la intención de que el ambiente no se ensombreciera más, Leire agarró el vaso y, sin previo aviso, le dio un largo trago a la bebida de la discordia tomando desprevenido a Yarey, quien no reaccionó con la suficiente rapidez para poder evitarlo.

—¡Ya está! —soltó, creyendo que de ese modo pondría fin al enfrentamiento entre los dos

muchachos—. ¡¿Contentos?!

La expresión de pánico en el rostro de Raúl debió advertirles de que algo no andaba bien. Estupefactas, tanto Leire como Sara fueron testigos de cómo este, aprovechando el desconcierto que golpeó a los dos hermanos tras la inesperada acción de Leire, salió huyendo del lugar sin tan siquiera despedirse.

—¡Pero, ¿qué…?! —exclamó Sara cuando lo vio escabullirse de repente entre la multitud.

—¡No te separes de ellas! —le ordenó Yarey a su hermano antes de salir corriendo tras Raúl.

Confusas, las dos amigas se miraron entre ellas y después a Hugo buscando una explicación a lo que acababa de ocurrir. Como él estaba igual de a oscuras, Sara decidió salir en busca de respuestas.

—¿A dónde vas? —la detuvo Hugo.

—¿Voy a descubrir qué puñetas está ocurriendo?

Él sacudió la cabeza en claro desacuerdo.

—Ya escuchaste a Yarey, será mejor que nos quedemos aquí.

Cansada de todo aquello, ella agarró la mano de su amiga con decisión antes de decir.

—¿Quieres que te explique por dónde me paso yo las órdenes de tu hermano?

La mirada de advertencia de Hugo no se hizo esperar.

—Escucha, sé qué crees que mi hermano está actuando de un modo irracional, pero…

—¡¿Irracional?! —espetó, pasmada de que todavía tuviera el valor de defenderlo, e inspiró aire por la nariz en un inútil intento de calmarse—. Sí, creo que esa palabra lo define a la perfección.

Su vecino se interpuso de nuevo en su camino.

—Sara, por favor…

—Sal de en medio, Hugo.

—¿Podrías darle al menos un voto de confianza?

Un suspiro impaciente escapó de sus labios antes de decir:

—Dame una sola razón para hacerlo. Solo una.

Hugo se tomó un instante para buscar la mejor excusa, no obstante, todo quedó en el olvido cuando ambos advirtieron el modo en el que, tambaleante, Leire perdió el equilibrio.

Rápido en reflejos, Hugo sujetó a la chica antes de que las piernas de esta cedieran bajo su peso.

—¡Leire!

—Estoy bien —respondió aturdida.

A pesar de sus palabras, se llevó una mano a la frente en estado de confusión y con la otra se agarró más fuerte al brazo del muchacho.

—¿Qué te pasa? —interrogó Sara, alarmada.

—No lo sé —confesó algo mareada—. De repente todo se ha vuelto borroso.

Hugo la sujetó por la barbilla y le levantó el rostro para mirarla a los ojos.

—Tiene las pupilas dilatadas —anunció serio.

—¡¿Qué?! —Perpleja, Sara tomó del rostro a su amiga para confirmar las palabras de su vecino. Cuando lo hizo, no podía salir de su asombro al comprobar que era cierto—. ¡¿Cómo…?!

—Ha tenido que ser lo que ha bebido —dedujo él, comenzando a comprender los motivos que llevaron a su hermano a actuar de ese modo y la correspondiente huida de Raúl—. Es mejor que la llevemos afuera.

Sin perder ni un solo segundo, el muchacho tomó en brazos a Leire directo hacia la salida.



Alarmada por el estado de su mejor amiga, Sara siguió a Hugo sin rechistar mientras lo veía pelearse a empujones con la gente para poder salir de la discoteca. Cuando llegaron al exterior, sintió una punzante presión en el pecho cuando detectó la extrema preocupación que este demostró al observar el pálido rostro de Leire. No obstante, no tuvo tiempo de que el pánico se apoderara de ella, ya que vio acercarse a Yarey a grandes pasos con porte resuelto.

Con la mirada puesta únicamente sobre ella, como si nada más en este mundo existiera, Sara contempló cómo su vecino se movía con una elegancia y determinación en sus andares que la impresionó. Al llegar a su altura se detuvo, acunó su rostro entre sus manos y preguntó con la voz más dulce que había escuchado jamás.

—¿Estás bien?

El nudo que se le formó en la garganta le impidió responder, por lo que solo fue capaz de asentir mientras advertía el enorme esfuerzo de él por ocultar la inquietud y preocupación que lo consumía por dentro tras una máscara seria. No obstante, Yarey perdió la batalla contra las intensas ganas de abrazarla y estrecharla entre sus brazos. Sara, incapaz de resistirse, se dejó envolver por la seguridad que ese abrazo le proporcionaba.

—¿Ha escapado? —preguntó Hugo, todavía con Leire en vilo.

Como si de repente se diera cuenta de que no estaban solos, Yarey dirigió la atención hacia su hermano y su expresión cambió de grave a sombría en cuanto vio el estado de la chica.

—Por desgracia, sí —confirmó taciturno—. Pero te juro que cuando lo pille…

El tono en la amenaza era tan duro que Sara se asustó cuando él no terminó de explicar lo que le haría. Y el miedo no disminuyó ni un ápice cuando Yarey se apartó de ella, agarró con delicadeza el rostro de Leire y no consiguió que abriera los ojos.

—Está inconsciente —informó Hugo—. Será mejor que la llevemos al coche.

Conforme con su idea, Yarey tomó de la mano a Sara y, siguiendo a su hermano, pusieron rumbo al lugar donde habían aparcado. Ansioso, le lanzó varias miradas de soslayo, temeroso de que pudiera derrumbarse en cualquier momento. No era estúpido, que Sara estuviera tan callada no era una buena señal. La conocía lo suficiente como para intuir que estaba en estado de *shock*, por ello le respondió con un suave apretón con el que infundirle un poco de ánimo, dejando claro con ese simple gesto que estaba allí para lo que necesitara. Entretanto, ella solo se dejó llevar, todavía incapaz de digerir lo que estaba ocurriendo, solo consciente de la cálida sensación que le proporcionaban los dedos de él entrelazados con los suyos.

Cuando llegaron al coche y lo abrieron, Hugo dejó a Leire en el asiento de atrás con extremo cuidado. La llamó un par de veces para ver si respondía, pero esta seguía desmayada. Tras lo cual, cerró la puerta con suavidad y le lanzó una mirada grave a su hermano, al mismo tiempo que, inquieto, se pasó las manos por el pelo. No fueron necesarias las palabras entre ellos, ambos tomaron una decisión en ese mismo instante. En otras circunstancias, no tendrían esa conversación delante de Sara, pero la situación lo ameritaba.

—¿Qué crees que echó en la bebida? —interrogó Yarey.

Hugo no se anduvo con paños calientes.

—Si tuviera que apostar por algo, sería por la burundanga —determinó convencido—. Es la única droga que conozco que actúa tan rápido después de ingerirla.

Yarey maldijo entre dientes.

—Eso quiere decir que su intención en todo momento fue drogarla para… —no pudo terminar la frase.

—Para abusar de ella, sí —concluyó su hermano.

Una sombra inquietante oscureció los ojos de Yarey.

—¡Hijo de puta! —siseó furioso.

—También es obvio que no es su primera vez —dedujo Hugo—. Se le veía demasiado calmado para no haberlo hecho antes.

Yarey se frotó la nuca al mismo tiempo que se lamentaba por que se le hubiera escapado.

—¿Tiene sentido que intentara drogarla entre tanta gente? —cuestionó tras pensarlo detenidamente.

Su hermano se encogió de hombros.

—Los tipos como él aprovechan estas fiestas para hacerlo. La burundanga comienza a hacer efecto entre tres y cuatro minutos después de ingerirla, anulando por completo la voluntad de la víctima. Tras drogarla, sería muy fácil inventarse cualquier excusa para separarla de Leire —explicó asqueado—. Con lo que Raúl no contaba era con nuestra presencia. Si hubiera conseguido su propósito, cuando ella se hubiera despertado horas después no se habría acordado de nada.

Con el gesto crispado, Yarey le lanzó una mirada afligida a Sara.

—No te preocupes por mí —dijo ella, comenzando a tomar conciencia del peligro al que se había enfrentado sin saberlo—. Estoy bien.

Él se acercó y la tomó por los hombros.

—¿Estás segura?

Debido a ese simple gesto, Sara tuvo que morderse el labio inferior para reprimir un sollozo. Había sido tan injusta con él, tan mezquina, que su sincera preocupación le produjo un nudo en el estómago.

—Te lo prometo —respondió, forzando una mueca, obligándose a ser fuerte.

Él acarició su mejilla y le dedicó una tierna sonrisa.

—Eres muy valiente, Sara —confesó con admiración.

Ella tragó saliva con esfuerzo y sacudió la cabeza negando semejante afirmación. Tuvo que separarse, pues el calor de su caricia amenazaba con destruir la fachada serena que tanto esfuerzo le estaba costando mostrar.

—No soy ninguna valiente, sino más bien una estúpida —lo corrigió, comenzando a cabrearse consigo misma—. Tendría que haber sido más prudente, sobre todo, después de lo que Leire me contó.

Confuso, Hugo la miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

Avergonzada, Sara bajó los ojos al suelo incapaz de enfrentarlos.

—Me contó que circulaban ciertos rumores sobre Raúl en la facultad, pero obviamente nada que nos hiciera sospechar que se dedicaba a drogar a las chicas, si no ella jamás habría bebido de ese vaso —respondió convencida. Y tras unos instantes, dirigió su atención hacia Yarey—. ¿Tú lo sabías? ¿Por eso te opusiste desde el primer momento?

Yarey tardó unos instantes en responder. Instantes en los que Sara creyó ver apagarse esa

penetrante y dorada mirada tras un velo de misterio.

—No, no lo sabía —confesó cauto.

Arrugó el ceño, confusa, pues, si lo que decía era cierto, no había motivo alguno que lo llevara a actuar de la manera en que lo hizo.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque simplemente no me fiaba de él —admitió, manteniéndole la mirada—. Cuando esta noche nos vio a Hugo y a mí hubo algo en su actitud que no me cuadraba. Y mis sospechas solo fueron en aumento cuando detecté cierta inquietud en sus ojos al saber que no estabais solas.

Sin motivos para dudar de sus palabras, Sara lo creyó.

—Gracias —dijo sincera—. Y lo siento.

La expresión de Yarey se suavizó al escuchar su disculpa y el calor de su mirada hizo que el corazón de ella comenzara a latir con fuerza.

—Yo también lo siento.

Reacio a romper ese momento, a Hugo no le quedó más remedio que intervenir con evidente desgana.

—Bien, pero ahora tenemos que tomar una decisión, Sara. —Miró hacia el interior del coche y después posó los ojos sobre ella—. ¿Qué quieres hacer ahora?

—¿Me preguntas qué quiero hacer? —siseó entre dientes y apretando los puños con fuerzas a los costados de su cuerpo—. Si te soy sincera, ahora mismo quiero encontrar a ese cabrón y arrancarle la piel a tiras.

—Por desgracia, eso va a ser imposible —explicó Yarey, frustrado por haber cometido el error de dejarlo escapar—. En estos momentos puede estar en cualquier lugar.

—Mi hermano tiene razón —señaló Hugo, apesadumbrado por haber perdido aquella oportunidad—. Por lo que no nos queda otra que asumir la realidad y tomar algunas decisiones importantes.

—¿A qué te refieres? —indagó Sara con desconcierto ante su gesto grave y serio.

Incómodo, el muchacho se frotó la frente en busca de las palabras adecuadas.

—Sé que es una decisión difícil y, por supuesto, puedes contar con nosotros decidas lo que decidas. Tanto mi hermano como yo vamos a apoyarte, eso no lo dudes, pero necesito saber si vas a denunciar a ese hijo de puta. Lo digo, más que nada, porque los efectos de la droga desaparecerán en unas pocas horas y después será difícil demostrar su culpabilidad.

A pesar de todo el esfuerzo por mantenerse entera, Sara no se esperaba tener que tomar esa decisión. Su mente, que parecía trabajar a ralentí, comenzó a despertar, y sus ojos se dirigieron hacia el interior del coche.

—Si lo denuncio, nuestros padres se enterarán.

—Así es —corroboró Yarey—. Tendremos que llamar a la policía y, probablemente, le sacarán sangre a Leire para corroborar el tipo de droga que ha ingerido.

Una sensación de angustia comenzó a trepar por su pecho, tomando forma en su garganta y provocándole unas intensas ganas de vomitar. Al detectar el pánico en su rostro, Yarey se acercó a ella y la tomó de las manos. Ella alzó el rostro y lo miró a los ojos.

—Me matarán —susurró con un hilo de voz—. Nos matarán a las dos.

Él ahogó una maldición y apretó los dientes, tras lo cual, acunó su mejilla con la palma de la mano y le habló con la mayor suavidad de la que fue capaz.

—Escúchame bien, Sara. Ni tú ni Leire tenéis responsabilidad alguna de lo que ese cabrón quería hacer, ¿de acuerdo? No debes sentirte culpable, porque no has hecho nada malo.

—Pero…

—Pero nada —atajó de cuajo—. Entiendo que te asuste preocupar a tus padres, pero ellos jamás te culparán por los actos de una mente enfermiza como la de ese maldito bastardo. Además, en este caso, tú eres la víctima, no lo olvides.

El agobio y el remordimiento alteró la respiración y el pulso de Sara, pero, debido a la compresión y apoyo incondicional que leía en el rostro de Yarey, se negó a dejarse arrastrar por el pánico.

—Necesito unos minutos para pensarlo —musitó tras observar de nuevo el interior del vehículo donde Leire seguía inconsciente.

—Creo que es una buena idea, ya que no eres la única involucrada —habló Hugo, siguiendo su mirada—. Esperemos a que Leire se despierte para tomar una decisión, ¿de acuerdo?

Aliviada, Sara se limitó a asentir.

Aunque el miedo por preocupar a sus padres y darles semejante disgusto pesaba mucho sobre su conciencia, pensar en que Raúl se saliera con la suya le producía una rabia que subía por su cuerpo y le provocaba temblores de indignación. Conforme pasaban los minutos tenía más claro lo qué quería hacer. Pero Hugo tenía razón, no era una decisión que pudiese tomar ella sola, por lo que esperaría a que su mejor amiga despertase para decidir qué hacer.



Sentadas en dos sillas ante una mesa, Sara y Leire se agarraban de la mano mientras un policía les tomaba declaración en el interior de un pequeño habitáculo. Después de despertar de su letargo, tanto Leire como ella hablaron largo y tendido sobre lo que harían a continuación. Y, a pesar del miedo a las consecuencias, ninguna tuvo dudas sobre la firme decisión de que Raúl pagara por lo que había hecho. No solo por ellas, sino también para que el malnacido no tuviera oportunidad de hacérselo a ninguna chica más.

Así que, tras llamar a la policía, que una ambulancia se presentara para realizar un reconocimiento preliminar y tomar muestras de sangre, y aguardar unos minutos en una sala de espera, las dos amigas relataban lo sucedido ante un agente escoltadas por los dos hermanos. Hasta que escucharon unas voces alteradas acercarse al lugar donde se encontraban.

—¡Sara! —exclamaron sus padres al mismo tiempo.

A punto de romper en llanto por el alivio, esta se levantó corriendo y se fundió en el cálido y envolvente abrazo que ambos progenitores le proporcionaron. Y lo mismo ocurrió con Leire, quien no pudo reprimir las lágrimas cuando su madre la estrujó entre sus brazos al tiempo que suavizaba su angustiado semblante al comprobar que su hija estaba bien.

Capítulo 7

Sentada sobre una gran roca en medio de uno de los jardines que rodeaban el campus universitario, con los brazos hacia atrás y el rostro alzado al cielo, Sara tomaba un precioso baño de sol con los ojos cerrados mientras escuchaba música por los cascos conectados a su móvil. Habían pasado varios días desde su incidente con Raúl en la discoteca, y por desgracia, el asunto no había terminado tal y como habían esperado.

A pesar del susto inicial, el orgullo y apoyo incondicional que sus padres demostraron tras la decisión que ambas amigas habían tomado fue ejemplar. Pero cuando la policía se personó en la facultad para que el rector le proporcionara los datos personales de Raúl y proceder a su arresto preventivo, se encontraron con que el estudiante de segundo grado había desaparecido del mapa. Acudieron a su domicilio y hablaron con sus familiares y amigos más cercanos, pero ninguno sabía nada sobre su paradero. Suponían que, tras saberse descubierto, este habría tomado la decisión de esconderse por un tiempo, llevado por el miedo al escándalo y a que lo metieran en la cárcel. Podría ser que a esas alturas hubiese abandonado la ciudad o, incluso, el país. Nadie lo sabía. Pero al menos, tanto Sara como Leire tenían la satisfacción de que no volvería a engañar o intentar propasarse con ninguna otra chica de su facultad. El resto de estudiantes estarían a salvo gracias a su denuncia.

La calidez de los rayos de sol bañaba su pálida tez en un día soleado, aunque particularmente frío para ser noviembre, por lo que Sara disfrutaba de esos momentos de descanso entre una clase y otra. No obstante, una sensación de malestar le erizó el vello de la nuca cuando notó la alarmante y conocida impresión de tener unos ojos clavados sobre ella.

Abrió los párpados con disimulo y escudriñó la presencia de un chico que se encontraba muy cerca, cuyo rostro desvió en ese mismo instante hacia otro lado intentando pasar desapercibido. Extrañada, Sara arrugó el ceño y se quitó los auriculares de los oídos mientras lo observaba con atención: con una gorra calada hasta las cejas, unas enormes gafas de sol y el cuello del abrigo alzado hasta la barbilla, le resultaba imposible distinguir sus facciones. Tal vez fueran los nervios de los últimos días, pero la sensación de que algo no estaba bien con ese desconocido la obligó a levantarse de su rústico e improvisado asiento, momento en el que el este decidió ponerse en movimiento.

Cada vez más inquieta, Sara intentó guardar los cascos en el interior de su bolso mientras espiaba por el rabillo del ojo cómo el muchacho caminaba hacia ella. A pesar de saber que no era Raúl, una inexplicable sensación de haberlo visto antes le produjo un angustioso vacío en el estómago, al mismo tiempo que notaba cómo el pánico subía por su pecho hasta secarle la boca.

Le dio la espalda en un estúpido intento de fingir que no se había percatado de su presencia, en tanto desbloqueaba la pantalla del móvil con manos temblorosas. Creyó que, si aparentaba no haberlo visto y que estaba hablando con otra persona, el desconocido no pretendería nada a plena luz del día. Aunque, tal vez, no era demasiado tarde para echar a correr.

Miró brevemente por encima del hombro y descubrió con horror que no era capaz de moverse. Paralizada por el miedo, contuvo la respiración y cerró los ojos mientras el ruido de las pisadas sobre la acera se hacían cada vez más audibles, hasta que el chico la rebasó y siguió su camino como si nada.

Un pesado y largo suspiro de alivio escapó de entre sus labios cuando lo vio alejarse de ella con aire tranquilo. Sara se llevó la palma de la mano a la frente con pesar y maldijo entre dientes. No entendía qué puñetas le estaba pasando. Jamás había sido una persona aprensiva, nunca había tenido motivos para tener miedo, no obstante, en los últimos tiempos su mente trabajaba más de lo normal.

—¿Sara Navarro?

De pronto, una mano sobre su hombro la sobresaltó de tal manera que un grito salió de su garganta. La mujer que le había hablado también pegó un respingo ante su inesperado gesto.

—Lo siento, no pretendía asustarla —se disculpó la desconocida.

Ella se llevó la mano al pecho en un intento por aquietar las furiosas palpitaciones de su corazón.

—Está bien —farfulló temblorosa—, solo que no me esperaba… —Se sintió culpable al advertir su desconcierto, así que cambió de opinión y dijo—: No importa.

La mujer arrugó la frente, curiosa, pero, para alivio de Sara, decidió no indagar sobre los motivos por los que se había alterado de ese modo.

—Soy la oficial de policía Inés Moya —se presentó—. El subinspector Alonso me pidió que le hiciera unas preguntas referentes al caso de denuncia por el intento de abuso sexual no consentido contra don Raúl Martínez.

A ella le tomó unos segundos recuperarse del susto, aunque evidentemente la ayudó el saber que un agente de las Fuerzas de Seguridad del Estado estaba allí. Echó un breve vistazo a la mujer y se asombró de que pareciera tan joven, pero quizá fuera de esas personas que aparentaban menos edad de la que tenían, así que no pensó más en ello.

—¿Se sabe algo de Raúl? ¿Ha aparecido ya?

La mujer sacudió la cabeza de forma negativa.

—Sigue en paradero desconocido, lo siento.

Una mueca de fastidio se reflejó en el rostro de Sara al escuchar la noticia.

—¡Vaya mierda!

La agente entendió su contrariedad y miró a su alrededor.

—¿Hay algún lugar donde podamos charlar con más comodidad?

Aliviada por el hecho de que la oficial se presentara vestida de paisano, Sara echó un breve vistazo a su reloj antes de responder.

—Tengo clase dentro de cuarenta y cinco minutos, pero podemos ir a la cafetería a tomar algo si le parece bien.

—Me parece perfecto.

Abriendo el camino hacia su facultad, no se habían alejado ni veinte metros cuando apareció corriendo Yarey, quien la sujetó por los hombros con el rostro descompuesto al llegar junto a ellas.

—¡¿Estás bien?! —preguntó casi sin resuello.

Perpleja por la alarma y preocupación que se reflejaba en la profundidad de sus ojos, Sara levantó ambas cejas al mismo tiempo y parpadeó varias veces antes de responder.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

Al comprobar por él mismo que era cierto, Yarey se inclinó hacia adelante y apoyó las manos sobre las rodillas mientras recuperaba el aliento debido al carrerón que se había pegado.

—¿Usted es…? —interrogó la policía, confundida ante su inesperada aparición.

De repente, la atención de él se posó sobre la desconocida, y se dedicó a lanzarle una mirada

recelosa mientras la estudiaba con atención.

—Yarey Salinas —respondió Sara en su lugar.

La agente sacó una pequeña libreta donde tenía apuntados algunos datos.

—¿Es usted el vecino de la señorita Navarro y testigo del intento de abuso sexual no consentido perpetrado por don Raúl Martínez?

Él asintió antes de incorporarse con dificultad.

—¿Y usted es?

—Oficial de policía Inés Moya.

Yarey le lanzó una mirada de arriba abajo y arqueó una ceja con escepticismo.

—¿No es demasiado joven para ser un agente de policía?

El gesto de sorpresa en la mujer por el matiz sospechoso de su pregunta fue muy evidente, y torció la boca ante la pregunta hecha con tanta desconfianza.

—Si soy demasiado joven o no para desempeñar mi trabajo no es un asunto de su incumbencia —replicó cortante.

Sara intervino con rapidez. Después de lo ocurrido en la discoteca, su relación con Yarey había mejorado de manera considerable. No es que fuesen amigos de repente, ni tampoco le bailaba la ola desde entonces, pero al menos la inquina del principio había desaparecido; más que nada porque le estaba enormemente agradecida por cómo se había comportado con ella ese día. No obstante, sabía lo obstinado y arrogante que podía resultar su actitud hacia los demás, por lo que se apresuró a aclararle las cosas.

—Ha venido a realizarme unas preguntas, Yarey.

La expresión de él se suavizó cuando atrapó su atención.

—Ya te tomaron declaración en comisaría —le recordó.

—Cierto —confirmó la agente Moya—. Sin embargo, el subinspector Alonso está inmerso en otro caso y me pidió que me hiciera cargo. No se preocupe, es algo muy normal, debido a que el protocolo de actuación sugiere que sea un agente del mismo sexo que la víctima el que asuma la labor de investigación para no causar mayor incomodidad —se apresuró a aclarar—. Al no trabajar el sábado, día que ocurrieron los hechos, vengo hoy a repasar lo declarado en la denuncia.

Sin encontrar motivo al que oponerse, Yarey se limitó a asentir.

—¿No sería mejor que estuviera Leire también? —caviló en voz alta.

Una sombra de fastidio cruzó por los ojos de la agente al no estar acostumbrada a que un civil cuestionara sus métodos. No le gustaban los sabidillos y este parecía uno de ellos.

—Me han confirmado que, en estos momentos, tanto ella como Hugo Salinas están en clase.

—Hugo es su hermano —informó Sara.

—Lo he supuesto debido a que llevan los mismos apellidos —respondió la agente con cierta impaciencia. Tras lo cual, se giró hacia Yarey con una disposición que reflejaba cierta tensión—: Tanto la señorita Navarro como yo nos dirigíamos a la cafetería ahora mismo. Si en estos momentos no tiene clase, me gustaría que usted también nos acompañara.

Los dos se midieron en silencio durante unos instantes, hasta que Sara forzó una sonrisa de disculpa y obligó a moverse a su vecino.

—Buena idea.

Tras sentarse en una de las sillas de plástico de color gris de la cafetería de la Facultad de Químicas, Sara miró por el enorme ventanal que ocupaba toda una pared desde el techo hasta el suelo, por donde entraba luz natural a raudales, mientras esperaba a que Yarey ocupara su sitio después de recoger su refresco y un pincho de tortilla de la zona de autoservicio. Desperdigados por varias mesas, otros estudiantes hacían tiempo entre clases o conversaban entre ellos en pequeños grupos de forma animada.

—¿Qué es lo que necesita saber exactamente? —preguntó de manera directa a la agente.

Esta dio un sorbo a su café con leche y colocó el pocillo sobre su plato antes de responder.

—Me gustaría que empezaran por el principio.

Yarey despegó los labios para protestar, pero la mirada hosca de la mujer lo previno de no hacerlo. Así que, tras morderse la lengua, esperó a que Sara la informara de lo acontecido antes de dar su propia versión de los hechos.

—¿Era la primera vez que quedaba con él? —interrogó la agente después de escuchar con suma atención.

Sara asintió.

—Raúl fue quien nos informó del festival. —Sara desbloqueó su móvil y le enseñó el mensaje del WhatsApp—. ¿Lo ve? Me lo envió él mismo unos días antes en la biblioteca. Yarey está de testigo.

La mujer anotaba cosas en una libreta con expresión concentrada.

—¿Y usted por qué sospechó de sus intenciones el día de los hechos? —sondeó a Yarey—. Por lo que la señorita Navarro acaba de ratificar, se negó desde un principio a que ella probara la bebida que el inculpado le ofrecía.

Yarey se limitó a encogerse de hombros.

—No me fiaba de él.

La agente Moya le clavó una mirada penetrante. Escéptica, alzó una ceja cargada de ironía.

—¿Por qué?

—Había oído cosas —respondió evasivo—. Varias chicas lo evitaban cuando se cruzaban con él por el campus y la gente comenzó a rumorear.

—No tenemos constancia de otras denuncias. —Como Yarey de nuevo se encogió de hombros sin poder ofrecerle una respuesta satisfactoria, la mujer posó su atención sobre Sara otra vez—. ¿Qué puede decirme de la denuncia interpuesta sobre su padrino Arturo Castillo?

Pillada por sorpresa, Sara a punto estuvo de atragantarse con el agua que acababa de beber.

—¿Qué tiene eso que ver con Raúl? —cuestionó, poniéndose tensa como una tabla.

La oficial de policía no respondió enseguida. Sondeó su rostro con una expresión completamente indescifrable que la puso de los nervios.

—Al señor Castillo lo denunciaron por elaboración y tráfico ilegal de estupefacientes —respondió tras romper su silencio.

Descolocada, Sara tragó saliva con dificultad.

—¿Y?

La mujer apartó hacia un lado su café y apoyó ambos brazos en la mesa al mismo tiempo que se inclinaba hacia delante con actitud intimidante.

—Puede que sea una simple casualidad, pero debo barajar todas las posibilidades, señorita Navarro. Y no puedo dejar pasar el hecho de que, tal vez, y digo solo tal vez, que en ambos casos haya drogas de por medio no sea solo una coincidencia.

—¿De qué está hablando? —intervino Yarey, confuso.

Sara apretó los dientes con fuerza e ignoró a su vecino. Sacar a relucir la muerte de su padrino era un golpe bajo y demasiado doloroso. Apretó los puños bajo la mesa e inspiró aire por la nariz antes de responder:

—No hay ninguna prueba que demuestre que mi padrino trapicheaba con drogas. Sugerir algo así es de lo más despreciable.

La mujer se echó hacia atrás en la silla.

—Solo estoy haciendo mi trabajo —se excusó sin un ápice de culpa.

—Pues busque otra línea de investigación, porque le digo desde ya que esa no es la correcta.

El gesto crispado de Sara y la sombra amenazante que cruzó por su rostro no amilanó a la mujer, quien le sostuvo la mirada con una extraña expresión.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó de nuevo Yarey.

Con calma, y sin apartar los ojos de la estudiante cuya mirada desprendía rabia, la agente le dio un sorbo a su café antes de decir:

—No puedo hablar de una investigación en proceso con alguien no involucrado en el caso.

Un destello irritado oscureció el color ámbar en los ojos de Yarey.

—No soy alguien cualquiera, soy un amigo de la familia. Y creo que, a estas alturas, ya estoy bastante involucrado en el caso, ¿no cree?

La agente se encogió de hombros.

—Será mejor que le pregunte después a su amiga.

En vista de que no iba a recibir una respuesta de su parte, él se volvió hacia su vecina.

—¿Sara?

Con un cabreo considerable creciendo en su interior, Sara tomó un sorbo de su botella de agua para intentar calmarse antes de responder.

—Mi padrino era el padre de Leire —aclaró entre dientes.

—¿Y qué tiene eso que ver con…?

Por la evidente expresión de rabia contenida que expresaba el rostro de Sara en esos instantes, Yarey demostró prudencia al no ahondar de momento en el tema, y no finalizó la pregunta. Ella, en cambio, clavó su atención de nuevo en la oficial, lanzándole puñales por los ojos.

—No entiendo cómo puede suponer que ambos casos tienen relación entre sí —señaló Sara, cruzándose de brazos, susceptible, mientras rumiaba la absurda sugerencia de la agente—. Cualquiera que conociera a mi padrino sabría que él era inocente. Incluso era abstemio, ¡por el amor de Dios!

—No supongo nada, no se equivoque —rebatió la mujer—. Me baso en las pruebas recabadas, como la autopsia que se le practicó al señor Castillo donde se demostraba la presencia de drogas en sangre. Así que, si lo que afirma sobre su padrino es cierto, ¿tiene alguna explicación para ello?

Sin poder refutar esa información, Sara le lanzó una mirada cargada de rencor.

—No, no la tengo —admitió a regañadientes—. Pero si yo fuera policía, empezaría a investigar por ahí.

Un insólito brillo de fiera determinación surgió en los ojos de la agente. Por un instante, Sara

creyó habérselo imaginado, pues, así como vino, desapareció.

—Lo haré, se lo prometo.

Hastiada de aquella conversación, Sara echó un breve vistazo a su reloj ante de decir:

—Mi clase va a empezar dentro de diez minutos, así que si me disculpa…

Agarró el móvil, su bolso y se levantó de la silla sin darle opción a la mujer a que se negara.

—Seguiremos en contacto —dijo esta, poniéndose también en pie.

—Espero que sea para informarme sobre la denuncia y correspondiente detención de Raúl —la advirtió, alzando la barbilla, desafiante—. En caso contrario, no tengo nada más que decir, a no ser que esté un abogado presente.

Dicho esto, Sara abandonó la cafetería bullendo de rabia por dentro.



El soldado caminó meditabundo hasta llegar al lado de su compañero y se sentó a su lado. Este arrugó el ceño, alarmado por su mirada perdida y extraña actitud.

—¿Qué ha ocurrido? —interrogó inquieto—. ¿Te han descubierto?

El recién llegado sacudió la cabeza de forma negativa con aire ausente.

—No.

—¿Entonces? —indagó curioso. Al no recibir respuesta, volvió a preguntar, pero esta vez suponiendo el motivo que lo había llevado hasta ese estado—. Has tenido otra visión de las tuyas, ¿verdad?

Su compañero asintió.

—Sí —confirmó tras unos instantes, y se revolvió el cabello, llevado por la frustración.

Confuso, el soldado cercano a él lo miró extrañado al no recibir respuesta. Sin entender qué era lo que lo mantenía en esas condiciones, dejó a un lado lo que estaba haciendo y lo estudió con detenimiento.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—No lo sé —confesó indeciso el recién llegado—. Pero tengo un presentimiento, un mal pálpito sobre esta misión. —De pronto, se sacudió la inquietud con energía—. A Leire no la has perdido de vista, ¿verdad?

El otro hombre señaló la pantalla de su móvil donde se podían ver las imágenes de un techo.

—Tengo pinchado y *hackeado* tanto su móvil como el portátil —afirmó, y se tocó el oído donde escondía un auricular invisible—. Al igual que tú con Sara.

Un suspiro más tranquilo escapó de los labios de su compañero.

—Bien —dijo aliviado–. Como de momento son solo sospechas, no informaremos a nuestro superior, pero quiero que investigues a una persona.

Capítulo 8

El profesor de Química caminaba por el aula a paso tranquilo mientras observaba a los alumnos realizar las prácticas. El laboratorio escolar, pintado por completo de color blanco y con grandes ventanales para su correcta ventilación, estaba provisto de todos los medios, materiales y equipos necesarios para realizar experimentos bajo supervisión y con las más estrictas medidas de seguridad.

Se acercó a uno de los alumnos, el cual agitaba con cuidado un tubo de ensayo. Tras unas breves sacudidas, a continuación, apuntó el color y estado del líquido en una libreta donde tenía anotados otros valores importantes.

—¿Alguna pregunta?

Este dejó el tubo en su soporte y empujó las gafas de seguridad sobre el puente de la nariz con el dedo.

—De momento, no —respondió, agarrando un bolígrafo del bolsillo superior de su bata de laboratorio no inflamable para anotar los datos correspondientes.

Satisfecho, el profesor siguió recorriendo las mesas donde sus alumnos manipulaban algunos ácidos y reactivos sobre diversos recipientes de vidrio.

—Ya puede retirar el matraz Erlenmeyer del mechero —le indicó a Sara cuando pasó por su lado—. Y cuando se enfríe, proceda a pesar la muestra resultante en la báscula digital.

Ella asintió y, con unas pinzas de acero, agarró la vasija de vidrio y la retiró de la llama.

Pasados unos minutos, el hombre miró el reloj colgado en la pared del aula y se dirigió hacia su escritorio.

—Quedan diez minutos, así que terminen con lo que estén haciendo y después limpien las mesas de trabajo y laven y guarden los utensilios utilizados. —Sacó una carpeta del interior de su maletín y la abrió—. Y antes de dar por finalizada la clase, quiero que me presten atención —reclamó su interés—. Ha llegado la hora del primer trabajo en grupo. —Tras los murmullos de protesta, el hombre siguió hablando—: Los equipos se compondrán de cuatro miembros que yo mismo he elegido por orden alfabético. El trabajo se realizará de manera equitativa, y dejo a su criterio el modo en el que se repartirán las tareas. Espero que todos se lo tomen con la seriedad que corresponde, ya que influirá en la nota final de este trimestre.

Después de la sutil advertencia, procedió a nombrar a los alumnos que conformarían cada equipo y las especificaciones del trabajo que tendrían que presentar a final de mes. Sin prestar atención a la pataleta general que se sucedió a continuación, el hombre levantó la vista brevemente cuando Sara se acercó a su mesa, no sin antes guardar la carpeta dentro de su maletín de piel marrón.

—Profesor, ¿puedo hablar con usted un momento? —preguntó ella cuando se aproximó con disimulo.

—Si necesita una tutoría, déjeme comprobar primero los huecos de los que dispongo y le comunicaré la cita por *e-mail*.

Sara miró por encima de su hombro antes de responder:

—No es eso —susurró ella cuando un alumno pasó muy cerca.

Intrigado, el profesor cerró la cremallera y posó de nuevo su atención sobre ella.

—¿Qué es entonces?

—Me pregunto si sería posible cambiar de equipo.

Taciturno, este le lanzó una mirada prudente antes de soltar:

—¿Cuál es el motivo para dicha petición?

Avergonzada, Sara bajó los ojos al suelo. Era obvio, por su actitud, que no quería exponer sus razones en alto. No obstante, por el matiz severo de la expresión del profesor, no le quedó más remedio que comunicar una respuesta ambigua para salir del paso.

—Motivos personales.

El hombre agarró con impaciencia el asa de su maletín y se dirigió a ella con nulas ganas de dialogar.

—Pues mi respuesta es no.

Ella levantó la cabeza y lo miró suplicante.

—¿Por qué?

Él dejó salir un suspiro disgustado.

—Mire, señorita Navarro, en la vida real tendrá que toparse con circunstancias similares a esta y aprender a lidiar con ellas. Cuando encuentre trabajo en una empresa, habrá compañeros con los que se llevará mejor y otros con los que se llevará peor, y no le quedará más remedio que aprender a dejar aparcadas sus diferencias y trabajar en equipo.

—Lo sé, pero…

—No hay pero que valga —sentenció, girando su cuerpo hacia la salida—. Quiero el trabajo sobre mi mesa antes del día 30, como plazo máximo.

Dicho esto, el hombre abandonó el aula sin mirar atrás.

Abatida, Sara se quedó plantada en el sitio mientras se lamentaba por la mala suerte que le había tocado al tener que formar equipo con Yarey. De los treinta alumnos que eran en esa clase, de todos ellos, justo le tuvo que tocar trabajar con él.

¡Maldita sea!

—¿A qué ha venido eso? —interrogó una voz familiar a su espalda.

Ella dio un respingo, pero no se giró. No quería enfrentarlo, así que se dirigió a su puesto al mismo tiempo que se deshacía de los guantes de látex y los tiraba en un contenedor de reciclaje.

—Te he hecho una pregunta —insistió Yarey tras seguirla y no recibir respuesta.

—No sabía que ahora te dedicabas a escuchar conversaciones ajenas —respondió, haciéndose la ofendida para evitar tener que dar una explicación.

Él apretó los dientes mientras la veía quitarse las gafas de seguridad y despojarse de la bata con absoluta indiferencia.

—Llámame raro, pero cuando tiene que ver conmigo, me pica la curiosidad.

Ella comprobó que los compañeros de su mesa habían lavado y guardado el equipo usado antes de marcharse.

—No entiendo cómo puedes ser tan engreído —respondió después de doblar la bata, colocarla sobre su brazo y agarrar su bolso para dirigirse hacia la salida con aire digno—. No todo tiene que ver contigo, Yarey.

Confuso, él la persiguió hasta llegar a las taquillas del pasillo que cada alumno disponía y donde se guardaba el equipo de seguridad que se usaba en el laboratorio.

—Entonces, ¿por qué quieres cambiar de grupo de trabajo?

—No tengo por qué darte explicaciones —protestó ella tras colocar las gafas y la bata personal en el interior de la casilla y cerrarla con candado.

—¿Es por mí?

Un suspiro exasperado fue la única respuesta de Sara, y cuando se dio la vuelta, se lo encontró de frente, con cara de pocos amigos. Él dio un paso adelante y ella retrocedió hasta dar con la espalda en el frío metal.

—Creí que ya habíamos dejado eso atrás, Sara.

El dolor y la decepción que reflejaba su rostro la golpeó con fuerza. No obstante, si no quería cometer el error más grave de su vida, debía mantenerse en sus trece. Así que se exigió a sí misma mantener una actitud impasible y serena ante él.

—Dejar atrás, ¿el qué?

Yarey apoyó una mano en la taquilla, muy cerca de su rostro.

—El mal rollo entre nosotros.

La intensidad de su mirada la estaba matando. Sara sentía que se perdía en esas ascuas de color ámbar que eran las ventanas de sus ojos, y que descendía al mismísimo infierno por obligarse a resistir una atracción que cada vez era más fuerte.

—No hay mal rollo entre nosotros, te lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué quieres cambiar de grupo de trabajo?

Ella tragó saliva con dificultad y se obligó a sostenerle la mirada.

—Te lo he dicho, no tiene nada que ver contigo —mintió.

Los ojos de él recorrieron su rostro con avidez, como si tuviese la imperiosa necesidad de leer lo que pasaba en lo más profundo de su mente.

—No te creo —declaró serio—. ¿Y sabes por qué? Porque tus orejas se ponen rojas cada vez que mientes.

Ella intentó escapar a su escrutinio, pero él apoyó el otro brazo en la taquilla para impedir su huida.

—No me alejes de ti, Sara, por favor —susurró suplicante.

Por un instante, un nudo en la garganta le impidió responder. Lo había pensado con detenimiento y había llegado a la conclusión de que, por su bien, debía mantener el muro impuesto entre los dos que había erigido desde que lo conocía. Yarey era demasiado guapo, demasiado noble y demasiado cautivador como para no caer enamorada de él más tarde o más temprano, y no podía permitírselo. Por el momento estaba a salvo, ya que no sentía por él más que agradecimiento y una fuerte atracción. Pero ¿quién sabe?, tal vez más adelante…

Apartó el rostro y apretó los puños a su costado. Para ella, lo primero era su amistad con Leire, y su amiga ya le había confesado los sentimientos que profesaba hacia él. Por tanto, no podía…, no debía bajar la guardia. Lo único que conseguiría, si seguía por ese camino y se mantenía cerca de Yarey, era causar daño a la persona que más le importaba en esta vida. Un daño, por otro lado, completamente innecesario.

—No te puedo alejar de mí porque, para empezar, nunca hemos sido cercanos.

La expresión de sorpresa en el rostro de Yarey era la de alguien que acaba de recibir un inesperado puñetazo en el estómago.

—Y eso me lo dices después de todo por lo que hemos pasado en los últimos días.

Si debía alejarse de él, tendría que hacerlo con todas las consecuencias. Así que alzó la barbilla con soberbia y chasqueó la lengua con desgana e impaciencia, con la actitud de quien quiere terminar con aquella aburrida conversación lo antes posible.

—Ya te he dado las gracias por ello, ¿qué más quieres?

Yarey bajó la cabeza y acercó su rostro al de Sara hasta quedar separados por tan solo unos

centímetros. Ella reparó en la profundidad de ese mar de lava que era su mirada y en cómo su brillo se apagaba gracias a la rabia que lo atravesaba por dentro.

—La pregunta no es lo que yo quiero, sino lo que quieres tú —respondió, arrastrando las palabras, como si estas le arañasen la garganta—. ¿Estás segura de que esta es tu decisión?

A pesar de sentir que el mundo se abría bajo sus pies y caía hacia un oscuro abismo, Sara se obligó a mantenerse firme. No era tan estúpida como para no entender la implicación de esa pregunta. Intuyó que, si su respuesta era afirmativa, la posibilidad de que alguna vez pudieran ser amigos quedaría reducida a nada.

No obstante, no tenía otra opción. Para ella, Leire era lo más importante que tenía en su vida. No solo era su mejor amiga, era su alma gemela, la persona que eligió para que fuera la hermana que nunca tuvo. La única que había estado a su lado en las buenas y en las malas. La única que la había apoyado cuando más lo necesitaba. La única que podía sostenerla cuando creía que su vida se derrumbaba y la que la consolaba en sus días más bajos. No iba a perder todo eso solo por sentirse atraída hacia un chico cualquiera. Y, para ser honestos, el miedo a volver a sufrir tampoco ayudaba.

Así que una débil y patética línea ascendente se dibujó en la comisura de sus labios, hasta que, incapaz de sostenerla por más tiempo, agonizó de forma súbita para transformarse en una mueca forzada. No le iba a resultar fácil decir las siguientes palabras, pero en el fondo sabía que era lo mejor para todos.

—No puedes pretender caerle bien a todo el mundo, lo sabes, ¿verdad? —Tragó con esfuerzo el nudo de dolor que se formó al ver la decepción en el rostro de Yarey. Decepción que, tras unos instantes, se transformaría en amargura—. Te agradezco lo que hiciste por mí en la discoteca y, debido a ello, estoy más que dispuesta a mantener una relación cordial entre ambos. Pero sería muy hipócrita por mi parte fingir que me resulta agradable tu compañía. Puedo aprender a tolerarla porque Leire es mi mejor amiga y los dos sabemos que le gustas, pero por nada más.

Su cruda respuesta fue una bofetada para Yarey, el cual se apartó de ella como si su sola cercanía le produjese quemaduras de tercer grado. Abrió la boca para responder, pero justo en ese momento dos compañeros de clase se acercaron a ellos.

—¡Por fin os encontramos! —soltó Iván con alivio—. Os estábamos buscando.

La rabia envenenada que desprendía los ojos de Yarey se centró en el chico que acababa de hablar. Lo reconoció al instante, ya que este no era otro más que el baboso que siempre se sentaba al lado de Sara en las clases, el que le guardaba el sitio y se pegaba a ella como una lapa cada vez que tenía oportunidad, así que apretó los dientes con odio antes de soltar:

—¿Para qué?

La sorpresa en el rostro del chico al escuchar la violenta animosidad en su voz lo dejó mudo por un instante.

—Para hablar sobre el trabajo de Química que tenemos que entregar antes de fin de mes —intervino Rebeca, igual de impactada que su compañero—. Formamos equipo con vosotros dos, ¿lo recuerdas?

Yarey no estaba de humor para hablar de trabajos de Química. Tenía tanto coraje bullendo y quemándole las entrañas que lo único en lo que pensaba era en romper lo primero que se le presentara por delante. Y, para ser sinceros, la cara del tipejo que lo miraba con expresión alelada en esos momentos era un punto de partida tan bueno como cualquier otro. Sin embargo, en un ejercicio de autocontrol impresionante, inspiró aire por la nariz e intentó mantener la serenidad

ante la inoportuna intromisión de esos dos.

—¿Y tú eres…?

Sintiéndose ofendida, la chica torció la boca.

—¿En serio me lo preguntas? —Molesta, se cruzó de brazos a punto de tener una pataleta—. Soy Beca y me siento contigo todos los días en clase. Incluso te invité al festival de música, ¿te acuerdas? Festival del que, por cierto, desapareciste sin tan siquiera despedirte —le recordó indignada.

Yarey posó los ojos sobre ella cargados de desdén y la miró de arriba abajo con una expresión gélida que congelaría el mismísimo infierno. Se guardó las manos en los bolsillos y se encogió de hombros con indiferencia antes de decir:

—¿Y? ¿Acaso tengo que estar agradecido contigo el resto de mi vida por invitarme a esa jodida fiesta?

Una mueca de dolor y rabia atravesó el semblante de la chica mientras un jadeo de indignación escapaba de sus labios.

—¡Ey, colega!, no es necesario que seas tan borde —le advirtió Iván, encrespándose.

Como cualquier motivo le valía para comenzar una pelea, Yarey sacó las manos de los bolsillos y tensó su cuerpo listo para el enfrentamiento.

—No le hagas caso —intervino Sara con rapidez—. Está enfadado conmigo y es su manera de desquitarse. —Se interpuso entre ellos en un intento por calmar los ánimos, pues eran obvias las intenciones de Yarey, quien no dejaba de lanzarle puñales por los ojos a Iván con ganas de gresca—. ¿Qué teníais pensado hacer?

El muchacho tragó saliva con dificultad al ver la violenta reacción de su compañero de clase y mantuvo silencio de manera prudente.

—Aprovechando que no tenemos clases por la tarde, habíamos pensado en ir a comer juntos a la cafetería y hablar sobre el trabajo que vamos a entregar, además de ponernos de acuerdo y repartirnos las tareas que haremos cada uno —expuso Rebeca seria.

—A mí me parece una idea estupenda —aprobó Sara, forzando una expresión alegre para aligerar el ambiente, y se giró hacia Yarey para buscar su colaboración—. ¿Tú qué dices?

Si su gesto de hastío no fuera respuesta suficiente, arrugó la nariz con una mueca de asco antes de añadir:

—No, gracias, solo de pensarlo me entran arcadas.

Perplejos, tanto ella como Rebeca e Iván lo vieron girar sobre sus talones y alejarse de ellos a grandes zancadas.

—¡Yarey! —lo llamó Sara.

Pero este, cabreado como estaba, la ignoró por completo. La rabia lo movía y guiaba sus pasos en dirección contraria.



Sara apoyó la bandeja de comida encima de la mesa y se sentó junto a los demás. Con la mente divagando en otra parte, mientras le daba vueltas a las hojas de lechuga de la ensalada que había pedido como único plato, no se dio cuenta del momento en el que tanto Hugo como Leire se acomodaron a su lado.

—¡Ey! —la atrajo su amiga al mundo real dándole un ligero codazo en las costillas—. ¿Estás bien?

—¡¿Eh?! —farfulló sorprendida—. Sí, lo siento… Estaba un poco distraída.

—No hace falta que lo jures —señaló Leire con un brillo divertido en la mirada.

Ella intentó forzar una sonrisa, fallando en el intento de manera estrepitosa.

—¿Y mi hermano? —preguntó Hugo, extrañado por su ausencia.

Con un intenso sentimiento de culpa, Sara bajó la cabeza y centró toda su atención en el plato, cuyas ganas de comer habían pasado a mejor vida.

—Se ha marchado —informó con un hilo de voz.

Una sombra de alarma cruzó por el rostro de su vecino.

—¿Cómo que se marchó? —cuestionó este arrugando el ceño—. ¿Por qué?

Hugo se topó con un muro de silencio por parte de los presentes.

—Habéis discutido, ¿verdad? —intuyó Leire, leyendo con la certeza que dan los años de convivencia la expresión culposa en el rostro de su amiga.

—Ya te digo yo que sí —aseveró Iván, todavía molesto por la actitud macarra de Yarey.

Hugo se levantó de su asiento y buscó un lugar apartado donde poder hablar con tranquilidad por su teléfono móvil.

—¿Y esta vez por qué? —indagó Leire.

Al ver que su amiga seguía sin responder, miró a los otros dos, quienes se limitaron a encogerse de hombros tan ignorantes como ella de lo sucedido a la salida de clase. Así que, en cuanto Hugo regresó a la mesa, no perdió tiempo en preguntarle:

—¿Qué te ha dicho? —lo interrogó Leire nada más sentarse, pues imaginó que lo primero que hizo al levantarse fue llamar a su hermano para averiguar qué demonios había sucedido.

—Nada —respondió este misterioso—. Solo que me asegurase de traeros a las dos de vuelta a casa.

Los remordimientos hicieron saltar enseguida a Sara. Ya era bastante difícil para ella la situación, no necesitaba sentir que todavía le debía algo a Yarey. Su preocupación era como una losa colgada al cuello. Una preocupación que no se merecía tras haberle hablado de ese modo.

—No es necesario —replicó seria—. Si quieres, puedes llevar a Leire, yo pillaré el autobús.

La penetrante mirada de Hugo se centró en ella y, por un segundo, Sara sintió un vacío en el estómago. De los dos hermanos, él era el más calmado y prudente, por lo que esa mirada tan extraña que le puso los pelos de punta no se la esperó en ningún momento.

—Le hicimos una promesa a tu padre, ¿lo recuerdas?

Ella asintió. No obstante, despegó los labios para responder.

—Pero…

Hugo no la dejó terminar y algo en su expresión le dijo que no era el momento.

—Tanto Yarey como yo cumplimos nuestras promesas, Sara, no lo olvides nunca.

Capítulo 9

El timbre de la entrada sonó y Sara miró el reloj para comprobar la hora. Paralizada, esperó a que su madre se acercara a la puerta y, cuando la abrió, al otro lado se encontraba Leire. Dejó escapar una exhalación de alivio al constatar que no eran quienes ella sospechaba, ya que, tras su altercado en la discoteca, los dos hermanos Salinas habían tomado como costumbre pasar a buscarlas para llevarlas a la facultad, tal y como su padre les había pedido que hicieran como favor personal; al menos, mientras no apareciera Raúl.

—¿No es un poco pronto? —inquirió cuando su amiga entró en la cocina donde se estaba preparando el primer café del día.

A pesar de vivir puerta con puerta, rara era la vez en la que Leire salía tan temprano de casa para ir a la universidad.

—Vine para ver si hoy estabas de mejor humor —respondió esta antes de robarle la taza y darle un sorbo al café—. Ya que ayer no conseguí sacarte ni una palabra, esperaba que hoy me dijeras al fin qué pasó entre tú y Yarey.

—¿No has desayunado todavía? —preguntó con la vista fija en el café que le había birlado.

—No —admitió sincera—. Pero no cambies de tema porque no va a colar. Así que responde.

Sara dejó salir un lento y lánguido suspiro antes de coger otra taza y repetir la operación anterior.

—Ya te lo he dicho —respondió a desgana—, nada que deba preocuparte.

Leire sopló por el borde de la taza para templar el líquido al mismo tiempo que arqueaba una ceja cargada de incredulidad.

—¿En serio no me lo vas a contar?

Ella le dio la espalda y maldijo en silencio.

—Discutimos, eso es todo —admitió al fin.

Un bufido por parte de su amiga se escuchó alto y claro.

—Eso ya me lo imaginaba —le dijo en tono de reproche por andarse por las ramas y no ser clara—. Gracias por sacarme de mi ignorancia.

Haciendo oídos sordos a su sarcasmo, Sara cortó un poco de queso fresco y lo colocó en un platillo tras comerse unos trozos.

—De nada.

A punto de perder la paciencia, Leire dejó la taza sobre la encimera y se acercó a ella. Arrimó el rostro a escasos centímetros del de su amiga y la miró a los ojos.

—¿Desde cuándo tenemos secretos entre nosotras? ¿Acaso no confías en mí?

Sara esquivó su maniobra y cortó un trozo de pan tostado para rellenarlo de jamón ibérico recién cortado.

—No es eso —murmuró.

Leire repitió su maniobra desde el otro lado.

—Entonces, ¿qué es?

Ella se dio por vencida y hundió los hombros antes de decir:

—Si te lo cuento, te vas a enfadar.

Su amiga regresó al lugar donde había dejado la taza y la agarró de nuevo antes de cruzarse de brazos.

—No queda mucho para que eso suceda, así que… —Y se encogió de hombros, dejando la amenaza flotando en el aire.

Sara le lanzó una mirada de reojo y soltó un lamento. Le dio un par de bocados a su minibocadillo y tragó con rapidez antes de responder:

—El profesor de Química nos pidió hacer un trabajo en grupo para este trimestre, así que, cuando me enteré de que me tocaba trabajar con Yarey, le pedí que me cambiara a otro equipo. Él se enteró y no se lo tomó muy bien.

Su amiga le dedicó una penetrante y enigmática mirada.

—¿Y te extraña?

—Por supuesto que no —admitió confusa por su aparente tranquilidad—: Aunque, obviamente, mi intención era que no se enterara.

Un silencio incómodo se hizo entre ellas mientras Leire estudiaba a su amiga.

—Vale, ahora que me lo has contado, ¿me puedes explicar por qué lo odias tanto?

«Bien, ya estaba tardando», pensó Sara. Cogió otro trozo de queso y se lo llevó a la boca mientras pensaba en sus siguientes palabras.

—Yo no lo odio —confesó sincera—. Simplemente, no quiero que seamos amigos.

—¿Por qué? —Al no recibir respuesta, Leire perdió la poca paciencia que le quedaba y soltó un fuerte bufido. Había llegado el momento, ese momento en el que ambas debían abordar un tema sobre el que habían evitado hablar demasiado tiempo—. Eres consciente de que no todos los hombres son como Sergio, ¿verdad?

Sara cerró los ojos por un breve instante cuando un recuerdo doloroso pasó por su mente.

—Lo sé —respondió con calma—. Pero tú también eres consciente de que estamos hablando de Yarey, ¿cierto?

Su amiga arrugó la frente y parpadeó varias veces debido al extraño comentario.

—No entiendo… ¿Qué tiene eso que ver?

—Estamos hablando del chico por el que babea media Facultad de Químicas —se apresuró a aclarar—. El chico que ayer no se cortó ni un pelo en tratar con desdén a una chica delante de todo el mundo. ¿No te recuerda a alguien?

—Lo hizo porque estaba enfadado, Sara, tú misma lo has admitido.

Decepcionada, ella torció el gesto debido a su absurda defensa.

—¿Y eso le da derecho a ser borde y prepotente con los demás?

A sabiendas de que no iban a llegar a un acuerdo, Sara le dio un gran sorbo a su café y después abandonó la cocina.

—No puedes culparlo —insistió Leire mientras la seguía por el pasillo—. Tú también estabas en la discoteca aquella noche y debes admitir que Rebeca es muy pesada e insistente.

Se detuvo en seco al llegar a su habitación, haciendo que Leire chocara con su espalda.

—¡Oh, espera! —soltó, girándose hacia ella—. Si un chico demuestra que le gusta una chica, solo es un pesado al que hay que rechazar con mucho tacto y cuidado para no herir su orgullo. Pero si es una chica la que demuestra que le gusta un chico, entonces es una buscona a la que puedes despreciar delante de todo el mundo. —Ofendida, colocó los brazos en jarras y miró a su amiga con expresión severa—. ¿En serio, Leire?

—Te lo estás llevando a lo personal y lo sabes.

—Al contrario —objetó, dirigiéndose al armario para cambiar el pijama que llevaba por la

ropa que se pondría para ese día—. En este caso estoy generalizando, ya que, por desgracia, es lo más usual a pesar de vivir en el siglo XXI.

Una sonrisa sarcástica nació en el rostro de su mejor amiga al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

—Tiene gracia que eso lo digas precisamente tú.

Sara le lanzó una mirada oblicua cargada de suspicacia antes de preguntar:

—¿Qué quieres decir?

—Digo que me parece muy fuerte que critiques lo mismo que haces tú con los chicos que demuestran algo de interés hacia ti. En cuanto eso sucede, los espantas a la mínima oportunidad y, para ser sincera, no lo haces de la manera más agradable.

—Eso no es cierto —aseguró, tensándose como una vara.

Una carcajada vacía resonó por toda la habitación.

—¡Venga ya!, no mientas —replicó sorprendida de que no fuera capaz de ver en ella misma lo que juzgaba en los demás—. Sin ir más lejos, ¿acaso no es lo mismo que le estás haciendo a Yarey?

Como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, Sara jadeó con fuerza expulsando el aire de sus pulmones. Entretanto, Leire elevó la barbilla retándola a que lo negara.

—Te equivocas —rebatió, vistiéndose la ropa con movimientos enérgicos producidos por la ira que bullía en su interior.

Su amiga se sentó encima de la cama revuelta mientras la veía cambiarse y cepillarse el cabello con el rostro encendido.

—Yo no lo creo.

Sus miradas se cruzaron a través del espejo de cuerpo entero donde Sara revisaba su aspecto. El miedo comenzó a reptar por su pecho y apagó el brillo de su mirada. Debido a que Leire la conocía tan bien, se estaba acercando a la verdad mucho más de lo esperado.

—Si lo que sugieres fuera cierto, eso implicaría que le gusto a Yarey —explicó, intentando no dejarse llevar por el pánico—. Y ya te digo yo que ni de coña es así.

Leire clavó los ojos en ella con una expresión inmutable que la puso nerviosa. No podía sospechar que se sentía atraída hacia Yarey. Era imposible.

—¿Me tomas por tonta?

El estómago de Sara dio un vuelco, y aunque despegó los labios para hablar, de su boca no salió ningún sonido. No sabía cómo tomarse aquel comentario y eso provocó que todas las alarmas saltaran al mismo tiempo. Sin embargo, justo en ese momento, sonó el timbre de la entrada por segunda vez esa mañana, salvándola de una situación de lo más incómoda.



Con una pierna doblada y apoyada contra la pared, y las manos guardadas en los bolsillos de sus vaqueros, Yarey dejó que fuera Hugo quien llamara a la puerta de Sara esa mañana. Cuando tanto ella como Leire aparecieron por el umbral, se dio media vuelta y se encaminó hacia el ascensor sin la menor intención de esperar ni un minuto más. No las saludó, ni a Maite tampoco, no estaba de humor.

Bajaron al *parking* en absoluto silencio y se subieron al coche. El ambiente en el interior del

vehículo era tan tenso que se podía cortar con un cuchillo romo, sin embargo, ninguno se atrevió a decir nada para aligerar el ambiente, hasta que una llamada entrante por el manos libres del coche sonó rompiendo el mutismo reinante.

—¿Hola?

—*Hola* —saludó una voz conocida de mujer—. *Espero no molestar.*

—En absoluto —respondió él.

Un discreto silencio fue roto por un pequeño carraspeo.

—*Quería saber, ¿qué tal estás? Anoche parecías preocupado y…*

Incómodo, Yarey tardó unos segundos en responder. Luchó con todas sus fuerzas por no mirar a través del espejo retrovisor hacia los asientos traseros, pero perdió la batalla de manera patética. Menos mal que la atención de Sara estaba puesta en la calle a través de la ventanilla del coche.

—Estoy bien, gracias —dijo, intentando no sonar cortante. Él también carraspeó, pero, en su caso, deseando cortar la llamada—. ¿Querías algo?

—*Sé que hablamos ayer…, y no sabes cuánto me gustó que te disculparas personalmente conmigo* —dijo con voz melosa—, *pero…*

La frase inconclusa quedó flotando en el aire con toda intención.

—Pero ¿qué, Beca? —interrogó, arrugando la frente—. ¿Ocurre algo?

—*No* —respondió ella con tono tímido—. *Solo quería volver a escuchar tu voz.*

Un fuerte bufido por parte de Sara llamó su atención y cruzó una fría mirada con ella a través del retrovisor. Por otro lado, Hugo, sentado a su lado, hizo el ademán de meterse los dedos en la boca en un gesto de provocarse una arcada.

—No estoy solo en el coche —la advirtió, dedicándole a continuación una expresión seria a su hermano—. Y el manos libres está conectado.

—*¡Oh, no lo sabía!* —exclamó ella abochornada.

—La culpa es mía por no avisarte, lo siento —se apresuró a disculparse.

—*No te preocupes, hablamos cuando llegues a clase* —respondió comprensiva—. *Solo quería recordarte que después de comer quedamos en la biblioteca para hablar del trabajo de Química.*

—Perfecto, nos vemos en unos minutos. Adiós —se despidió.

El tenso silencio volvió a tomar protagonismo en el interior del vehículo, ya que la actitud hosca y huraña de Yarey no invitaba a romperlo. Y todos suspiraron con alivio cuando al fin llegaron a la facultad y encontraron un sitio libre en el aparcamiento exterior.

A Sara le faltó tiempo para bajarse del coche. Para empezar, jamás se habría subido si no fuera por la estúpida promesa que su padre les había obligado a hacer; promesa de la que se arrepentía con toda su alma. Y para continuar, ser testigo de la decepción en el rostro de Leire tras escuchar hablar a Yarey y Rebeca fue como recibir un puñetazo en la boca del estómago. Por algo sabía que no podía fiarse de los hombres. Ayer, el imbécil de su vecino trataba a su compañera de carrera con desdén e indiferencia, y hoy, parecían los amantes de Teruel.

—¡Gilipollas! —murmuró entre dientes.

Tan ofuscada estaba que a punto estuvo de ser atropellada por una moto que pasó muy cerca de ella y a más velocidad de la aconsejada. Menos mal que una mano la agarró del brazo y tiró de él con fuerza hacia atrás, evitando de ese modo un accidente bastante feo para ambas partes.

Debido al movimiento protector, la espalda de Sara impactó contra un fuerte pecho. Pecho que, por desgracia, pertenecía al hombre del que deseaba mantenerse lo más alejada posible.

Debido a la impresión del momento, le tomó un instante recuperar el aliento y que su corazón comenzara a latir de nuevo, antes de que sus ojos se alzaran para encontrarse con una expresión rígida y unos labios que lucían crispados en una fina línea de advertencia.

—Espabila —la avisó él con tono cortante.

Dicho lo cual, dejó de agarrarla por el brazo y se separó de ella para encaminarse hacia el edificio donde recibirían su próxima clase.

«Mierda», se lamentó Sara con la vista clavada en la espalda de su hosco vecino.



Cuando llegaron a la clase de Biología, prácticamente no quedaban sitios libres. Y en esta ocasión no solo Iván había reservado un asiento a su lado como hacía cada mañana, también Rebeca había hecho lo mismo con Yarey, en la misma hilera. Por lo que, al contrario de lo que era su costumbre, su vecino tuvo que sentarse al lado de ella en las primeras filas del aula en vez de al final.

Tenerlo tan cerca no la dejaba concentrarse, y no tenía nada que ver con que Rebeca no dejara de sonreírle y lanzarle miradas coquetas, para nada. Era el hecho de pensar en la poca autoestima que esa mujer demostraba hacia sí misma. No entendía cómo podía actuar de forma tan despreocupada después de todos los desplantes de Yarey hacia ella; desplantes de los que Sara había sido testigo. Pero, sobre todo, no comprendía el cambio generado en él para, de repente, mostrar tanto interés hacia una chica a la que había despreciado antes.

Y no es que a ella le importase, ya ves tú, Yarey podía hacer con su vida lo que le viniera en gana. Solo que no soportaba recordar la expresión dolida y derrotada en el rostro de Leire cuando escuchó la llamada en el coche. Esa expresión se le había quedado grabada a fuego y era otro motivo más por el que no deseaba ser amiga del guaperas de su vecino.

No obstante, tal vez esa llamada fuese lo mejor que podría haber ocurrido. Si lo pensaba bien, era la oportunidad perfecta para que Leire se diera cuenta de la clase de persona por la que se estaba colando. Con un poco de suerte, se acabaría desencantando muy rápido y lo olvidaría con facilidad, ya que el enamoramiento no habría durado lo suficiente como para causar tanto impacto. Y, si eso ocurría, podría darle puerta a Yarey Salinas antes de lo esperado. Solo debía rezar para que Raúl apareciese lo antes posible y, mientras tanto, intentar llevarse bien y actuar como personas civilizadas.

La mañana trascurrió sin mayores incidentes si se ignoraba el hecho de que a Sara casi le salieron llagas en la lengua de tanto que tuvo que mordérsela, claro. Por lo demás, solo dejó que el tiempo pasase antes de conseguir escabullirse a la hora de la comida y pillar un sándwich frío y una botella de agua para comer lejos de la nueva parejita. Así que caminó unos minutos por los jardines que rodeaban el campus universitario, y se sentó sobre el verde césped para disfrutar de su frugal almuerzo mientras disfrutaba de los suaves rayos de sol que se colaban entre las hojas del árbol en cuyo tronco tenía apoyada la espalda.

—Te estaba buscando.

Sara se sobresaltó debido a la inesperada aparición; todavía tenía reciente el susto de creer que alguien la espiaba a escondidas. Abrió los ojos y se colocó la mano en modo visera para reconocer la figura a contraluz que se había parado delante de ella y dejó salir un suspiro de

alivio.

—Lo siento, no pretendía asustarte —se disculpó Iván, sincero.

—No pasa nada —respondió, restándole importancia—. ¿Ya ha pasado una hora? —preguntó con cierta somnolencia—. ¿Ya toca ir a la biblioteca?

Iván tomó asiento a su lado.

—No, tranquila —respondió, dedicándole una suave sonrisa—. Todavía es temprano.

Ella estudió su rostro y le devolvió la sonrisa. No se le podía considerar un chico guapo, al menos no al nivel de Yarey, pero era muy mono y, sobre todo, agradable. Sus ojos eran amables y su sonrisa dulce, la trataba con respeto y solo por eso le caía bien.

—Genial, porque no me apetece nada volver adentro.

—Ya he visto que estás muy a gusto al aire fresco.

Un aire tímido la envolvió por un momento.

—Para serte sincera, me estaba quedando dormida.

—¡No! ¿En serio? —exclamó él, haciéndose el sorprendido—. Por tu expresión jamás lo hubiera imaginado.

Tras soltar una suave carcajada, un silencio apacible surgió entre los dos. Silencio que duró muy poco, pues enseguida se pusieron a hablar de un montón de cosas. Estaban a gusto juntos y eso se notaba, fue una pena que el buen rollo terminara tan pronto.

—Nos preguntábamos dónde estabais —soltó Rebeca al llegar a su lado, seguida muy cerca por Yarey, quien se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón.

Sin pedir permiso, esta se sentó en la hierba con una expresión tan feliz que a Sara casi le provocó una úlcera. Luchó con todas sus fuerzas para no mirar al rostro a su vecino, pero al final la curiosidad pudo más que su fuerza de voluntad, y descubrió un brillo letal refulgiendo en sus dorados ojos que la dejó sin habla.

—Hace un día tan agradable que había que aprovecharlo —explicó Iván, tensándose ante la presencia de Yarey.

—Pues podíamos hacer la reunión aquí en vez de en la biblioteca —propuso Rebeca—. ¿Qué te parece, Yarey?

Este aprovechó la atención sobre él y sacó un chupa-chups del bolsillo interior de su cazadora, y se dedicó a separar el plástico que envolvía el caramelo con tanta calma que puso nerviosa a Sara.

—A mí me da igual —dijo, encogiéndose de hombros tras meterse el dulce en la boca.

—¡Estupendo! Pues nos quedamos aquí —señaló Rebeca, palmeando el suelo para que se sentara a su lado.

Resignada, Sara dejó salir un lento suspiro al ver su momento de paz roto por la presencia de sus nuevos compañeros. Sin mucho entusiasmo, escuchó las ideas de Rebeca e Iván sobre cómo enfocar el trabajo de Química, interrumpido a veces por algún que otro comentario de ella o de Yarey cuando requerían de su opinión; siendo ellos dos los menos activos en participar. Sin embargo, no tardaron mucho en llegar a un consenso, tras lo cual, decidieron las tareas a repartir.

—Yo soy muy bueno organizando datos y creando estadísticas —comentó Iván—. Era un hacha en el instituto, así que si queréis me puedo encargar de esa parte.

—Yo puedo buscar información en la biblioteca y actualizar la Wikipedia —se ofreció Rebeca.

—Si quieres, yo te puedo ayudar —sugirió Sara.

Su compañera la miró indecisa durante unos instantes antes de decir:

—Ayer estuve pensado en algo que podría estar genial —expuso con un brillo en la mirada que expresaba lo orgullosa que estaba de su idea—. ¿Que os parece si además de entregar el trabajo por escrito lo exponemos con diapositivas en un PowerPoint?

—¡Oh!, ¡me gusta esa idea! —exclamó Iván, encantado.

Y ambos chocaron las palmas de las manos antes de dirigir su atención sobre Sara y Yarey.

Pillada por sorpresa, Sara intercambió una mirada con su vecino, aunque enseguida la desvió al ver que este no decía nada.

—¿Y es necesario? —cuestionó reticente—. Me refiero a que el profesor no pidió nada de eso.

—Lo sé, pero creo que es una buena forma de ganar puntos extra —explicó—. Todo lo visual es atrayente, y si el profesor ve que nos lo hemos currado, estoy segura de que la nota será acorde al esfuerzo realizado.

Su explicación tenía sentido e Iván lo corroboró sacudiendo la cabeza de manera entusiasta.

—Yo no tengo mucha idea de PowerPoint, la verdad —confesó sincera—. En el instituto nos obligaron a presentar un trabajo de lo más tonto y casi me vuelvo loca.

Cuando el par de ojos restantes se posó sobre él, Yarey no tuvo más remedio que responder.

—Yo te puedo ayudar —se ofreció a regañadientes—. Y también buscar estudios en línea que aporten más información de la que se pueda encontrar en la biblioteca.

—¡Oh, eso sería genial! —señaló Rebeca, entusiasmada.

—Bien, ahora solo falta concretar un día a la semana para quedar y hacerlo juntos —indicó Iván.

Discutieron durante unos minutos cuál era el mejor día, pues había algunas tardes que tenían ocupadas con otros compromisos extrauniversitarios.

—Bien, por mí no hay ningún problema en quedar en la biblioteca para hacer el trabajo, pero lo veo un poco incómodo a la hora de que no se nos permite hablar entre nosotros y esas cosas. Así que, ¿qué os parece si quedamos en una de nuestras casas? —Rebeca tomó la iniciativa—. A mí no me importaría quedar en la mía, pero tengo una hermana de doce años que puede resultar muy pesada.

—A mí me parece buena idea —estuvo de acuerdo Iván—. Pero en mi caso tengo a mi abuela con demencia en casa, y tanto ella como mi madre pueden darnos bastante el coñazo.

A Sara no le hacía ninguna gracia esa idea, pero en vista de que los demás estaban de acuerdo.

—Bueno, yo…

—Podemos quedar en mi casa si os parece bien —la interrumpió Yarey—. El único que está es mi hermano Hugo, ya que mi padre suele salir tarde del trabajo, pero no será ninguna molestia.

Una expresión de absoluto regocijo brilló en el rostro de Rebeca, quien no se podía creer que iría a la casa del chico que tanto le gustaba.

—Por mí encantada —zanjó el tema con rapidez.

Sara la miró todavía sin comprender cómo puñetas habían pasado de hablar de reunirse en la biblioteca a quedar en casa de Yarey. Tenía la extraña sensación de que Rebeca había manipulado la conversación hasta llegar al punto que a ella le convenía, y sospecharlo no le hacía ni la más puñetera gracia. Sin embargo, ya era demasiado tarde para remediarlo.

Capítulo 10

Sara miró la puerta que tenía delante y un gemido lastimero se escapó de sus labios, bajó la cabeza y deseó con toda su alma estar en otro lugar muy lejos de allí. No obstante, no le quedaba más remedio que tocar el timbre y apechugar con las consecuencias. Llegaba tarde a propósito, debido a que no le apetecía nada estar a solas con Yarey en su piso, así que había esperado el tiempo suficiente como para estar segura de que Rebeca o Iván ya habrían llegado antes que ella.

A pesar de los días transcurridos, la relación entre ella y Yarey, lejos de relajarse, seguía igual de tensa y distante que cuando le dijo que no quería ser su amiga. En aras de la estabilidad emocional del resto, Leire le había pedido infinidad de veces que le pidiera perdón, pero ella no estaba dispuesta a hacer ese sacrificio. Su orgullo no se lo permitía. Como mucho, podría hacer el esfuerzo de hablar con él e intentar llegar a un consenso y tratarse de manera civilizada, algo que había sugerido desde el primer día y al que él se había negado.

Y nadie podía reprocharle a Sara que no lo hubiera intentado. Se había prometido a sí misma mantenerse lo más alejada posible de él, y en los momentos en los que tuvieran que coincidir, morderse la lengua y actuar como si nada ni nadie le importase.

¡Dios santo!, ¡qué difícil había sido!

Para ser honesta, no podía echarle la culpa a Yarey. En la misma línea que ella, él no le dirigía la palabra a no ser que fuera estrictamente necesario. Pero, por alguna extraña razón que ni la propia Sara comprendía, le molestaba todo lo tenía que ver con él.

Si la ignoraba, le molestaba. Si le hablaba, le molestaba. Si la miraba, le molestaba. Si otras chicas buscaban su atención, le molestaba. Si respiraba, le molestaba… En todo lo concerniente a Yarey Salinas, la piel de Sara era demasiado fina, y eso la frustraba hasta límites insospechados.

Todo ese cúmulo de sentimientos encontrados se debían a que era demasiado consciente de su presencia y, por desgracia, también de su ausencia, por mucho que intentase ignorarlo. Y demasiado a menudo se descubría buscándolo con la mirada, a pesar de gritar lo mucho que lo odiaba a todo aquel que quisiera escucharla.

Tomó aire por la nariz con fuerza y lo retuvo durante unos instantes en el interior de sus pulmones, para expulsarlo con lentitud segundos antes de tocar el timbre. Escuchó unos pasos amortiguados acercarse a la puerta e, instantes después, esta fue abierta por alguien a quien no se esperaba encontrar.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó perpleja.

Leire se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Le pregunté a Yarey si podía unirme al «nuevo» club de estudio —respondió, encogiéndose de hombros—. Y me dijo que por él no había problema.

Sara alzo ambas cejas en señal de asombro, pero agradeció en silencio que su amiga estuviera allí, encontrando un apoyo en su presencia que no se imaginaba, y entró en el piso.

—No te lo esperabas, ¡eh! —soltó su amiga ante su sorpresa.

—La verdad es que no —respondió, echando un breve vistazo al interior del domicilio de sus vecinos.

A pesar de vivir tan cerca unos de otros, jamás había subido el único piso que los separaba

de su casa, siempre habían sido ellos los que bajaban a buscarlas, por lo que observó con curiosidad el estilo minimalista con el que estaba decorado el hogar de los Salinas. Se notaba que allí vivían solo tres hombres, porque la falta de adornos como cuadros, figuras o detalles que diesen cierta calidez al lugar brillaba por su ausencia.

—¿Has traído el portátil? —indagó Rebeca nada más verla llegar.

El salón era la primera estancia a la que accedías en cuanto cruzabas el umbral de la puerta, así que se topó con ella, Iván, Yarey y Hugo sentados a la gran mesa de comedor con algunos libros, apuntes y papeles desperdigados por su superficie.

—Aquí está —señaló Sara, alzando la mochila donde portaba su ordenador.

Yarey se levantó de su asiento y se acercó a ella mientras Leire volvía a su lugar.

—¿Tienes instalado el PowerPoint? —preguntó, agarrando la mochila que sujetaba entre sus manos.

Ni un «hola» ni un «¿qué tal estás?». Directo al grano con su, ya habitual, tono cortante.

—Creo que sí —respondió ella, acallando un suspiro frustrado—. Pero no puedo asegurar que esté actualizado. Seguramente la licencia de uso caducó hace mucho tiempo.

—No te preocupes, de eso puede encargarse Hugo —dijo, dándole la espalda para llevarle el ordenador a su hermano.

Y así lo hizo.

—Sería conveniente que le hicieras una limpieza —comentó este minutos después mientras buscaba la antigua versión—. Vas más lento que el caballo del malo.

—Sí, debería de formatearlo —estuvo de acuerdo—. Tengo que buscar un hueco para llevarlo a una tienda de informática.

Hugo inclinó la cabeza y fijó sus penetrantes ojos sobre ella.

—¿Para qué estoy yo aquí?

Sara se apresuró a negar y sacudir las manos ante su propuesta.

—Gracias, pero no quiero molestar.

—No es ninguna molestia, vecina —aseguró con su habitual expresión indiferente. No obstante, ella detectó cierta nota cariñosa en su voz que la convenció de no seguir rechazando su ayuda—. Cuando termines hoy, déjalo aquí y mañana te lo devuelvo como nuevo.

Agradecida, le dedicó una sonrisa; sonrisa que murió en sus labios cuando al levantar la cabeza se encontró con la felina mirada de su hermano.

¡Cielo santo!

Si las miradas matasen, no estaba muy segura de para quién de los dos estaba destinado aquel cruel destino, pero o ella o su hermano estarían en esos momentos carbonizados.

Sin embargo, si pensaba que sus problemas resultarían menores si estaba acompañada por los demás, enseguida se dio cuenta de que no podía estar más equivocada. Cuando Hugo terminó de instalar la nueva versión, ahí fue cuando empezó el verdadero calvario para Sara. Yarey se sentó a su lado y, tal y como había prometido, comenzó a ayudarla con la creación de las diapositivas. No obstante, esa ayuda resultó ser un infierno para ella, quien no conseguía concentrarse al tenerlo tan cerca.

—¿Qué te parece este fondo? —interrogó él tras buscar algunas imágenes en la red.

Sara sentía todo el cuerpo en tensión. Su mente funcionaba a trompicones, enfocada exclusivamente en sentir el calor que el cuerpo de Yarey desprendía y que la atormentaba allí donde se rozaban de manera casual; o en embriagarse con su almizclado y personal aroma masculino mezclado con un perfume suave y sutil que la hacía perderse en un mundo de

sensaciones; por no hablar del efecto de su voz grave y sensual que lograba que cada partícula de su ser se revolucionase hasta producirle un estimulante cosquilleo que agitaba todo su interior.

—Sara, ¿me estás escuchando?

—¡¿Q-qué?! —farfulló. Cerró los ojos y a punto estuvo de reírse de sí misma por ser tan estúpida y patética—. Perdona…, eh…, sí, este fondo me parece bien.

Los ojos color miel de Yarey buscaron los suyos.

—¿Te encuentras bien? —indagó preocupado, y alzó la mano para tocar su rostro acalorado —. ¿Acaso tienes fiebre?

Sara le apartó el brazo de un manotazo.

—Estoy bien —respondió, rechazando su gesto.

Y se mordió el labio mientras se maldecía otra vez al percibir un rictus de decepción y dolor en el rostro de Yarey producido por su nuevo desaire. No lo había hecho a propósito, no había sido su intención, sin embargo, su proximidad la desestabilizaba de tal modo que no conseguía actuar de manera normal.

Incapaz de soportar esa expresión dolida, se puso en pie.

—Creo que necesito ir al baño —anunció de pronto.

—Al fondo a la derecha —le indicó Hugo, quien había despegado la nariz de su portátil para ser testigo del último gesto de grosería por parte de Sara hacia su hermano.

Nerviosa, esta solo quería poner la mayor distancia posible entre los dos, por lo que no prestó demasiada atención; bastante mal se sentía consigo misma como para hacerlo. Un gemido frustrado salió de su garganta cuando intentó abrir una puerta que, a todas luces, permanecía cerrada bajo llave. En esos momentos no lo encontró extraño, y tras unos intentos desistió y lo intentó con otra, para descubrir que esa sí era la correcta.

—¡Joder, joder, joder! —murmuró, inclinándose en el lavabo para abrir el grifo de agua fría.

Se mojó el rostro y, tras unos instantes, se incorporó para observar su reflejo en el espejo. En efecto, su piel lucía encendida y sus pupilas dilatadas, resultado del tumulto de emociones y sensaciones que solo Yarey era capaz de provocar en ella. Apoyó las manos sobre la frialdad de la porcelana y hundió la cabeza entre los hombros, al mismo tiempo que buscaba calmar los furiosos latidos de su corazón. Se tomó unos segundos mientras pensaba en cómo afrontar de nuevo la situación allá afuera y, después de soltar un intenso suspiro, salió del baño decidida a fingir que todo estaba bien; no sin antes buscar la cocina para beber un poco de agua fría. Una pena que la persona a la que intentaba evitar también escogiera ese momento para visitar el mismo lugar.

En cuanto Sara vio a Yarey se dio media vuelta para abandonar lo antes posible la estancia, no obstante, se arrepintió de inmediato. Cerró los ojos y los volvió a abrir cuando encontró el valor necesario para enfrentarlo.

—Tengo sed —dijo, fingiendo un aire confiado e impertinente que estaba muy lejos de sentir—. ¿Tienes un poco de agua?

Yarey alzó ambas cejas a la vez, sorprendido de verla entrar de nuevo, sin embargo, no dijo nada al respecto.

—En la nevera —indicó con una señal de cabeza al mismo tiempo que pasaba una bandeja de hielos por debajo del grifo, para facilitarle la tarea de despegarlos de su recipiente.

Sara abrió la puerta del electrodoméstico y echó un vistazo a su interior. Tras localizar la jarra, la agarró y la apoyó sobre la encimera.

—¿Dónde tenéis los vasos? —preguntó al tiempo que abría la puerta de una alacena.

Sus pies se clavaron en el suelo cuando percibió la cercanía del pecho de Yarey rozando su espalda. Este estiró un brazo por encima de su cabeza y abrió la puerta de al lado para agarrar dos vasos de su interior.

—Aquí —respondió, ofreciéndole uno.

Ella tardó unos instantes de más en reaccionar, por lo que, impaciente, él dejó el vaso junto a la jarra y echó unos cubitos en su interior antes de girarse para salir de la cocina.

—¡Yarey! —lo llamó, dándose la vuelta—. ¿Podemos hablar un momento?

Él se detuvo en seco y se volteó despacio, arqueando una ceja cargada de curiosidad.

—¿Sobre qué?

Sara tragó saliva con esfuerzo. Se vertió un poco de agua y después bebió un largo trago, no solo con el propósito de apagar su sed, sino de hacer tiempo para encontrar el valor de decirle lo que tenía en mente.

—Sobre lo que pasó el otro día. —Leyó su desconcierto y se apresuró a aclarar—: En la facultad.

Una mueca burlona asomó al rostro de él, quien dejó el vaso y el refresco que llevaba en las manos encima de la encimera y se cruzó de brazos mientras apoyaba la cadera en el borde de esta.

—¿Acaso no te quedaste a gusto y tienes algo más qué decir? —ironizó con un brillo glacial refulgiendo en su mirada—. Porque por mi parte quedó todo muy claro.

Se lo merecía, así que Sara intentó no entrar al trapo.

—Era sincera cuando expresé mi gratitud por tu ayuda y mi deseo de mantener una relación cordial entre nosotros.

El brillo glacial de sus ojos se convirtió en pura lava de indignación.

—¿Y no es acaso lo que estamos haciendo? —indagó resentido.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Él hizo un gesto de desacuerdo con la cabeza.

—No, no lo sé.

Sara se frotó la frente, sintiéndose cada vez más culpable.

—Solo quiero que no salten chispas cada vez que nos veamos, eso es todo.

—Eso debiste pensarlo antes, ¿no crees?

Ella bajó la mirada al suelo y dejó salir un pesado suspiro. Sabía que la conversación entre los dos no sería fácil, por lo que estaba dispuesta a tragarse algo de orgullo con tal de llegar a un acuerdo.

—No puedo deshacer lo que hice —murmuró cabizbaja.

Yarey detectó algo en su expresión que lo hizo abandonar su actitud impasible para acercarse a ella y tomarla por la barbilla con la intención de levantarle la cabeza y mirarla a los ojos.

—No deseo mantener una relación cordial contigo solo porque estés agradecida —dijo muy serio.

—Lo sé, sin embargo, creo que por el bien de todos…

El gesto de él se contrajo antes de interrumpirla.

—¿Por el bien de todos?

—Sí, de todos —señaló, intentado buscar las palabras exactas para explicarse sin que hubiera malentendidos entre ellos—. Es evidente que la tensión que existe entre nosotros afecta al resto y…

—¿Y te crees que a mí me importa eso?

Sara mantuvo silencio por unos instantes. Le costaba en extremo soportar de manera estoica el hormigueo que se colaba bajo su piel ante el leve contacto de sus dedos.

—Yarey…

Los labios de él lucían apretados en una fina línea de advertencia y la crispación en su rostro era indiscutible a pesar de su intento de reconciliación.

—No necesito tu condescendencia, Sara —siseó entre dientes—. No me interesa llevarme bien con alguien que claramente no me soporta.

De nuevo decepcionado, él dejó de agarrar su barbilla y se giró para alejarse de ella. No obstante, Sara aferró su mano sin pensar en las consecuencias al mismo tiempo que las palabras brotaron de su boca.

—Eso no es cierto.

Despacio, la cabeza de Yarey volteó hacia ella.

—¿Qué no es cierto?

A la espera de una respuesta que nunca llegó, él posó los ojos sobre los dedos que sujetaban su muñeca, instante en el que Sara retiró la mano al sentir que una corriente eléctrica la recorría de arriba abajo.

—Lo siento —murmuró con un hilo de voz.

Él dio un paso hacia ella.

—¿Qué es lo que lamentas, Sara?

Su instinto de supervivencia la hizo recular.

—Siento todo esto.

Un paso más.

—¿Acaso te arrepientes? ¿Es eso?

La calidez y gravedad en su voz le produjo un vuelco en el estómago.

—Yo no he dicho eso —respondió a duras penas mientras retrocedía otro paso y su cadera chocaba contra la encimera.

Yarey se inclinó un poco y colocó ambas manos a los lados de su cuerpo, instante en el que ella elevó el rostro y quedó subyugada por la intensidad de su felina mirada.

—Entonces, ¿por qué siento que me envías señales contradictorias, Sara? —indagó confuso —. Dices que me odias, pero al mismo tiempo te sientes culpable. No quieres ser mi amiga, pero al mismo tiempo estás dispuesta a mantener una relación cordial cuando es evidente que no me tragas. No quieres tenerme cerca, pero me retienes cuando me alejo. ¿Cuál es el punto de todo esto? ¿Qué es lo que estás ocultando?

Los ojos de Sara recorrieron su rostro con lentitud. Era superior a ella, no podía evitarlo, pero sentía como si su voz la hechizara hasta tal punto que se olvidaba incluso hasta de respirar. Era consciente de la verdad en sus palabras, pero no disponía de una respuesta que le aclarase sus propios actos, porque ni ella misma los entendía. Era necesaria una retirada, lo sabía, o el impulso de dejarse llevar provocaría una catástrofe que tal vez no podría o no querría parar.

¿Se fiaba de él? No lo tenía tan claro. ¿Le atraía? Bueno, a pesar de repetirse una y otra vez que no era así, quizá debería replantarse su respuesta. Lo que Sara todavía no lograba comprender era qué demonios quería Yarey de ella. Era obvio que no lo había cautivado por su dulzura y calidez. Y si era solo deseo lo que sentía por ella…, entonces no le interesaba.

—No oculto nada —mintió tras encontrar el valor para enfrentarlo.

Él inclinó un poco la cabeza hacia un lado mientras fijaba los ojos sobre sus labios. Labios

que Sara mojó con la punta de la lengua al sentir una acuciante necesidad de algo que todavía no sabía identificar.

—¿Por qué será que no te creo? —respondió él con la voz rasposa.

Incapaz de sostenerle la mirada, Sara desvió la cabeza hacia un lado antes de tragar saliva con dificultad. Y no supo dónde encontró las fuerzas necesarias para hilar un pensamiento coherente con otro antes de responder y ofrecer una explicación con cierta lógica.

—Te lo he dicho antes. Esto no va de ti o de mí, sino del resto.

—Del resto —repitió Yarey, todavía con los ojos puestos sobre sus labios.

—Sí, del resto —señaló ella con la intensidad de quien se agarra a un clavo ardiendo—. Sé que no es agradable para ellos la tensión existente entre nosotros dos y quiero que eso deje de ser un problema.

Yarey volvió a tomarle la barbilla con delicadeza para que lo mirara directamente.

—Eres consciente de que a Hugo le importa más bien poco si tú o yo nos matamos, ¿verdad? —Y antes de que ella pudiera replicar, continuó—: Por no hablar de lo felices que son Rebeca y el imbécil de Iván con el hecho de que no nos dirijamos la palabra.

Ella cometió el error de mirarlo de nuevo a los ojos, pues esos iris de color ámbar, cuyo anillo limbal era mucho más oscuro, eran como un laberinto; un laberinto en el que quedó atrapada, en el que se perdió y del cual no lograba escapar.

—Pero Leire… —musitó.

Yarey redujo el espacio entre los dos y acercó el rostro al de ella hasta quedar a escasos centímetros uno del otro.

—Leire no es estúpida, Sara —susurró con la voz tomada—. Por suerte, no es Rebeca y sabe con claridad que no siento nada por ella.

El contacto de los suaves dedos de Yarey sobre su barbilla le quemaba allí donde sus pieles se rozaban, y el tono cautivador de su voz encendía una llama en su interior que agitaba sus entrañas de un modo que jamás había sentido antes.

En un último intento por no sucumbir a sus sentimientos, Sara intentó buscar una excusa que le impidiera cometer ese error que tanto temía.

—Sin embargo…

—Sin embargo… —la interrumpió él, bajando cada vez más la cabeza hasta casi rozar sus labios con un ligero susurro—, ya es hora de que dejes de mentir, Sara. Creo que ha llegado el momento de que dejes de engañarte a ti misma y aceptes que, en realidad, no me odias tanto como dices.

Incapaz de mover un solo músculo, ella se rindió ante lo inevitable y cerró los ojos, dispuesta a no seguir escondiéndose tras esa mentira que había creado para salvaguardar su corazón. Sentía el aliento de Yarey tan cerca que se mezclaba con el suyo propio, el corazón le palpitaba con tanta intensidad que tenía la sensación de que se le saldría por la boca, y creyó morir de expectación ante lo que llevaba deseando tanto tiempo. Hasta que una voz rompió el hechizo en el que ambos se habían sumergido, ajenos a la realidad que los golpeó, y despertó como una fuerte y cruel bofetada.

—¡Oh, lo siento! —exclamó Leire, interrumpiendo sin querer el momento.

Al escuchar la voz de su mejor amiga, Sara empujó a Yarey y puso distancia entre ellos.

—¡No te vayas! —exclamó cuando Leire se giró con rapidez para abandonar la cocina—. No es lo que piensas…

Su amiga, avergonzada por haber impedido el acercamiento entre ambos, musitó:

—Tranquila, no pasa nada.

Yarey dejó salir un pesado suspiro y se pasó la mano por el cabello con gesto impotente.

—¿Necesitabas algo, Leire?

Incómoda, ella evitó mirarlos directamente a los dos.

—Solo quería saber si tenías algo para beber. Un refresco, agua o algo…

Él agarró el vaso con hielo y el refresco de cola que había pillado antes de su encuentro con Sara en la cocina.

—Es el último que me queda y se lo iba a llevar a Rebeca.

Al encontrar, por fin, la excusa que necesitaba, Sara se apresuró a decir:

—¡Oh!, pues no te preocupes, bajo ahora mismo a comprar más.

Y sin dar tiempo a que ninguno de los dos se opusiera, salió corriendo de la estancia directa al supermercado del barrio.

Capítulo 11

Sara llegó a la calle e inspiró aire por la nariz con fuerza. Las manos y las piernas le temblaban tanto que se detuvo unos instantes y se inclinó hacia adelante para apoyarse sobre las rodillas. Cuando sintió que el mareo remitía un poco, irguió el cuerpo y cerró los ojos mientras repasaba en su mente la pillada en la cocina.

—Sara.

Un grito salió de su garganta ante el sobresalto que le produjo la voz de su amiga, y de manera involuntaria su mano salió disparada hasta empujarla levemente.

—¡Maldita sea, Leire, me vas a matar de un susto!

Esta luchó contra sus labios y la sonrisa divertida que amenazaba con asomarse a ellos.

—La culpa es tuya por salir huyendo.

—¡Yo no he salido huyendo! —replicó, apoyando la mano a la altura del corazón. No obstante, cerró el pico ante la mirada descreída de su amiga—. Está bien, solo un poco —admitió a regañadientes.

Una carcajada por parte de Leire aligeró el momento incómodo entre ellas, llamando la atención de los transeúntes que caminaban a su lado por la acera. Esta se enganchó a su brazo y la obligó a caminar hacia el supermercado.

—Un poco, dice —repitió, descojonándose—. ¿Tienes idea de lo ridícula que has parecido al huir de ese modo?

Sara la miró de reojo, intentando descubrir el verdadero estado de ánimo de su amiga. Trató de dilucidar si estaba enojada con ella, decepcionada por su traición o fingiendo que haber descubierto a su mejor amiga con el chico que le gustaba no le importaba una mierda. Pero al no ser capaz de descifrar sus sentimientos, dejó salir un lamento quejumbroso y se tapó el rostro con ambas manos.

—No, no quiero saberlo —musitó avergonzada.

—Me lo imagino —respondió ella con un deje burlón.

De pronto, se detuvo en seco y miró a su amiga con arrepentimiento y pena.

—Sobre lo que viste en la cocina… —las palabras se le atropellaron—. De verdad que no era… Yo no quería… Solo estábamos hablando, él…

—Sara…, Sara… —la interrumpió Leire con una dulce sonrisa—. Todo está bien, no te preocupes.

Un lento y largo suspiro se escapó con pesadez de su cuerpo antes de cerrar los ojos y masajearse las sienes con las yemas de los dedos.

—Lo siento mucho, Leire —se disculpó sincera—. Te aseguro que todavía no entiendo cómo hemos llegado hasta ese punto. Sé lo que sientes por él y yo jamás te traicionaría.

Ella le sujetó ambas manos y las sacudió con ligereza, envuelta en ese aire de ternura que tanto consuelo le había proporcionado en sus momentos más bajos.

—¿Y crees que no lo sé? —dijo al tiempo que le dedicaba una brillante sonrisa que calmó su corazón. Tras lo cual, la tomó de nuevo por el brazo y comenzaron a caminar despacio hacia el supermercado—. No soy ninguna estúpida, Sara, y me ofende que pienses que dudé de ti en algún momento.

—Gracias —dijo, sintiendo que se quitaba un enorme peso de encima. Caminaron unos pocos pasos en silencio, hasta que de repente soltó—: Aunque tienes que saber que la culpa ha sido enteramente tuya.

Perpleja, Leire parpadeó varias veces seguidas al mismo tiempo que boqueaba como un pez ante su inesperada salida.

—¡¿Perdona?! —cuestionó tras encontrar al fin las palabras—. ¿Mi culpa?

—¡Sí y no me mires así! —la reprendió llena de razón—. Si no me hubieras pedido que hablara con él para hacer las paces, ese momento incómodo en la cocina nunca habría sucedido.

—¡Venga, hombre! Ahora resulta que Yarey estaba a punto de comerte los morros porque yo te insistí en que hablaras con él.

—Por supuesto —señaló al tiempo que bufaba con fuerza—. Me puse en peligro solo por cumplir tu ridículo capricho.

El asombro en el rostro de Leire resultaba desternillante para las personas que pasaban a su lado.

—¡¿Que te pusiste en peligro?! —repitió todavía asombrada—. ¿En peligro de qué? ¿De ser besada por el chico que te gusta?

Ahora le tocó a Sara boquear y pestañear de un modo exagerado.

—¡A mí no me gusta Yarey!

Leire se detuvo, colocó las manos sobres las caderas y alzó una ceja cargada de sarcasmo.

—¡Qué valor tienes!

Sara la miró retomar su camino con aire ofendido.

—Te lo digo muy en serio —aseguró tras comenzar a perseguirla de nuevo.

—Sí, claro.

—¿Por qué no me crees?

—Cómo me lo voy a creer yo si no te lo crees ni tú. —Volvió a detenerse y la señaló con un dedo y gesto serio—. Es más, te reto a que me lo digas de nuevo mirándome a los ojos.

Incapaz de hacerlo, Sara se apresuró a adelantarla y dejarla atrás.

—No tengo que demostrarte nada —rebatió, fingiendo una confianza destinada a ocultar su pequeño secreto—. Apúrate o no llegaremos jamás al súper.

Leire aceleró los pasos hasta llegar a su altura.

—¿Por qué no lo admites? —interrogó curiosa—. Entiendo que no lo hicieras antes porque creías que podría molestarme, pero sé cuándo no tengo nada que hacer ante un chico que ni tan siquiera me mira —reconoció ocultando el dolor que esa verdad le producía—. Somos amigas desde el jardín de infancia, Sara, y no me considero tan egoísta ni tan lerda para no ver lo que ocurre delante de mis propios ojos. Así que, al menos conmigo, deja de andar con pies de plomo, haz el favor.

Ella le dedicó una mirada sesgada, dispuesta a terminar con aquella conversación.

—No ando con pies de plomo, simplemente sigo pensando lo mismo que te dije desde el principio: no estoy interesada en pillarme por el guaperas de la facultad.

Su amiga escuchó su discurso, pero no se lo creyó. No había sido fácil para ella tomar la decisión de hacerse a un lado, sobre todo, porque de verdad le gustaba Yarey. Sin embargo, su amistad y amor por Sara era mucho mayor que su estúpido orgullo. No era ciega, podía ver que Yarey solo tenía ojos para su amiga, y era muy consciente de que las demás ni siquiera existían para él. Pero lo más importante y crucial en todo aquel asunto era descubrir que, pese a lo que se empeñaba en decir, a Sara también le gustaba «el guaperas de la facultad». Así que la tomó de

nuevo por el brazo y le habló con voz melosa.

—Entonces, reconoces que Yarey es guapo.

Un resoplido escapó de los labios de Sara.

—Nunca lo he negado.

—Y también reconoces que Yarey no es Sergio.

—Nunca he dicho que… ¡Espera un momento! No vayas por ahí, que te conozco.

Las dos se hicieron a un lado y saludaron a una pareja de ancianos que conocían del vecindario antes de retomar de nuevo la conversación.

—No voy por ningún sitio, Sara, solo quiero que admitas que no estás siendo justa con él.

Sara tampoco entendía el porqué de ese empecinamiento tan feroz. Ella también conocía a su amiga desde la infancia y sabía que, a pesar de ocultarlo con ahínco tras una falsa sonrisa, Leire no debía de estar pasando un buen momento. Su amiga no era de enamoramiento fácil, y por eso mismo intuía que darse por vencida con el chico que le gustaba no debía de resultar sencillo para ella. Sobre todo, porque seguro que verlo y tratarlo a menudo mientras este coqueteaba con otras delante de sus narices no era plato de buen gusto. Sin ir más lejos, imaginárselo ahora mismo con Rebeca en su apartamento, buscando una excusa para echarse en sus brazos, debía de estar produciéndole una úlcera de estómago.

Y ella no quería pasar por lo mismo. Otra vez no.

—No es una cuestión de justicia, Leire, es una cuestión de…

Dejó la frase inconclusa. Por desgracia, hurgar en la herida todavía la afectaba.

—Termina lo que ibas a decir.

—Da igual.

Un silencio demasiado obvio se impuso entre las dos.

—¿Sabes lo que más rabia me da? —comentó Leire, encendiéndose mientras recordaba el pasado—. Que ese ególatra cabrón se haya salido con la suya. No soporto ver el daño que te hizo y me llevan los demonios cada vez que lo pienso.

Sara torció el gesto al escucharla al mismo tiempo que un sabor amargo se le pegaba al fondo del paladar.

—Hablas como si yo fuera una víctima y no es así.

Una risa cáustica agitó el pecho de Leire.

—Siento ser yo quien te lo diga, cariño, pero, si grazna como un pato, camina como un pato y se comporta como un pato, entonces, ¡seguramente es un pato!

Perpleja, Sara abrió la boca formando una «o» perfecta.

—¿Estás insinuando que yo…?

—No lo estoy insinuando, también lo estoy afirmando y confirmando sin ningún género de duda. Si no, a las pruebas me remito.

Al sentirse injuriada, Sara exhaló un jadeo antes de dibujar una apretada línea con los labios.

—Jamás he ido de víctima en mi vida —rebatió con total certeza—, eso no va conmigo y lo sabes.

—Claaro, por eso te escondes como un avestruz en cuanto hueles algo de peligro.

—¡Ja! —resolló indignada al mismo tiempo que le lanzaba una mirada encrespada. Buscó las palabras que le dejaran muy clarito lo equivocada que estaba, pero se sentía tan ofendida que no pudo encontrarlas, así que repitió—: ¡Ja!

Un brillo burlón jugueteó en los dulces ojos de Leire.

—¿Es lo único que vas a decir?

—Podría decirte mil cosas, pero ¿para qué molestarme si al final te van a entrar por un oído y a salir por el otro?

—Tal vez sea porque sé que cada una de ellas es más mentira que la anterior y me cuesta oírlas. Además, llevas tantos años con la misma cantinela que ya no me la trago, lo siento.

Una mueca desdeñosa empañó el rostro de Sara, y decidió mantener una huelga de silencio mientras se cruzaba de brazos. En todo el tiempo que llevaba viviendo en el barrio, el camino hacia el súper no se le había hecho jamás tan eterno.

—Por supuesto, soy muy consciente de que hay que ser muy valiente para admitir que el gilipollas de Sergio te dejó una herida tan profunda que, por su culpa, no puedes ver a ningún otro chico sin otros ojos que no sean los de la desconfianza —insistió Leire al ver que se negaba a responder—. Entiendo que todavía no hayas superado el trauma que te causó cuando descubriste que solo te había invitado a salir para burlarse de ti delante de sus amigos.

Sara se detuvo en seco sintiendo cada palabra como si fuera una puñalada directa al corazón.

—Leire… —musitó entre dientes a modo de advertencia.

Pero su amiga estaba cansada de andar de puntillas con ese tema. Quizá ese no fuera el momento ni el lugar, pero en todos esos años nunca había encontrado el instante correcto para abordar el problema. Tal vez fuera hora de arrancar la tirita de un solo golpe. Allí, en medio de la calle, sin un lugar en el que esconderse o al que huir.

—Vale, es cierto que cuando el chico más guapo del instituto te invitó a salir debimos sospechar que algo turbio había detrás, ya que tú, por desgracia, no eras la chica más popular y agraciada en aquel entonces.

El rostro de Sara se contrajo en una mueca de angustia y decepción al recordar aquella época a través de unas palabras tan duras y descarnadas.

—Gracias —siseó con ironía.

—Lo siento, pero debemos ser honestas por mucho que duela —se disculpó su amiga—. Hace cinco años estabas en pleno desarrollo, todavía no habías dado el estirón ni te habías convertido en el pibón que eres ahora. Así que, el que fueras rolliza, tuvieras la cara llena de los típicos granos de la pubertad y usaras aparato corrector dental, tendría que llevarnos a desconfiar de las intenciones del arrogante y prepotente de Sergio cuando te invitó al cine.

—Yo era una niña.

—Lo sé y por ello tiene más delito, ya que las dos no éramos más que dos crías de trece años demasiado inocentes e ingenuas como para recelar de las malas intenciones de un niñato henchido de ego tres años mayor.

—¿Es necesario escarbar en la herida?

—En vista de que la herida no ha cicatrizado, sí, creo que es necesario.

—Pero yo no quiero.

Leire se encogió de hombros.

—Entonces, él gana.

—Si crees que así me ayudas, te equivocas.

—Visto lo visto, callándome tampoco lo hago —rebatió llena de razón.

Sara achicó los ojos, apretó los puños a los costados y, antes de darse media vuelta, le espetó:

—¡Vete a la mierda!

—Puedes mandarme a la mierda, estás en todo tu derecho —le respondió, siguiéndola—. Pero esta vez no me voy a callar lo que pienso. —La agarró del brazo para detener su nueva

huida—. ¿Cuánto tiempo más vas a seguir así, Sara? ¿Vas a continuar permitiendo que ese imbécil siga afectando a tu vida después de tantos años?

—¡Olvídame! —siseó al mismo tiempo que se deshacía de su agarre.

Pero Leire no se dio por vencida.

—Yarey es un buen chico y lo sabes. No eres la única que lo ha pasado mal o ha tenido una pésima experiencia con un primer amor. Es lo normal, que lo sepas. Además, es de lo más común que te rompan el corazón alguna que otra vez, pero eso no debe ser un impedimento para intentarlo de nuevo.

Una risa teñida de tristeza sacudió su pecho antes de clavarle una mirada vacía.

—¿En serio, Leire? Porque tal vez necesites que te recuerde al sociópata de Raúl; el segundo chico que me intereso por conocer y que resulta que intentó drogarme para abusar de mí.

Esta se detuvo en seco con el rostro desencajado al recordar a ese pervertido perturbado. No obstante, enseguida se recuperó y soltó con el desparpajo que dan la confianza y los años de amistad.

—¿Qué quieres que te diga, chica? Hay que admitir que tienes un gusto terrible para los hombres. Tal vez deberías hacértelo mirar.

Sara la contempló con dureza durante unos instantes y Leire se encogió de hombros con derrotismo. Las palabras de su mejor amiga le dolían, pero debía reconocer que tenían gran parte de razón. Estaba decidida a hacerse la digna y la ofendida porque era lo mejor para sus intereses, pero unos ojos color miel y una sexi sonrisa se colaron en su mente, consiguiendo que se replanteara sus prioridades. ¿Y si tenía razón? ¿Y si ya era hora de pasar página y conocer a un chico que de verdad mereciera la pena? Quizá se estaba perdiendo algo realmente importante solo por temor a salir herida de nuevo. Fuera en el amor o en la amistad, las relaciones humanas jugaban con la premisa de que a veces salían bien y otras mal, siendo estas en realidad una ruleta rusa.

Las dos se midieron en silencio durante unos eternos segundos, hasta que un brillo burlón atravesó el rostro de Leire y ambas estallaron en carcajadas. Sara no podía seguir enfadada con ella porque sabía que, a pesar de las verdades que su amiga le había estampado con tanta dureza, todas y cada una de ellas habían sido dichas por su bien y por el enorme cariño que esta le profesaba.

—¿Me lo tengo que hacer mirar? —repitió Sara al mismo tiempo que agarraba a su amiga por el cuello y tiraba de ella—. ¿De verdad?

—Podríamos ir a un exorcista, ¿tú qué dices?

—A ti sí que te voy a exorcizar yo.

Pelearon de manera juguetona durante unos pocos metros mientras sorteaban a otros transeúntes por el camino.

—Se me acaba de ocurrir una idea mejor —dijo Leire, parándose delante de la puerta del supermercado—. Podríamos ir a casa de ese cabrón y cortarle los huevos en rodajitas, ¿tú qué dices?

—Yo me apunto.

Una voz detrás de ellas las asustó de tal manera que pegaron un grito y un salto debido a la sorpresa.

—¡Maldita sea, Hugo, casi me matas de un susto! —le reprochó Leire con el corazón en la boca—. Estáis empeñados en acabar conmigo, ¿no es así?

—Mira quien fue a hablar —señaló Sara, recordando todavía su reciente sobresalto. De

pronto, recordó la conversación mantenida con su amiga y se apresuró a preguntarle a su vecino —: ¿Llevas mucho tiempo detrás de nosotras?

—Bastante —respondió Hugo con la frente arrugada y la cabeza inclinada hacia un lado, sin dejar de observar a Leire con esa intensidad tan habitual en él—. Pero yo no tengo la culpa de que estuvierais tan ocupadas parloteando sin cesar que no os hayáis percatado de mi presencia.

—Entonces, has escuchado…

—Lo suficiente —confirmó serio.

Leire soltó un bufido indignado.

—¿Y qué haces aquí? ¿O también te dedicas a espiar a la gente sin su consentimiento?

Él se cruzó de brazos y achicó los ojos con una expresión desconfiada en el rostro.

—Solo vine para ayudaros.

—Sí, claro.

Leire torció el gesto sin molestarse en ocultar sus recelos.

—¿No me crees? —Al ver que no respondía, Hugo hizo la pregunta que le quemaba en la punta de la lengua—: ¿Qué motivos tendría yo para espiaros?

Ella se encogió de hombros, escéptica.

—No lo sé. Eres bastante rarito, así que… —Y dejó la frase sin terminar a propósito.

La sorpresa pintó el rostro de Hugo y Sara sintió pena por él.

—Leire, no creo que eso sea…

Sin embargo, no pudo terminar la frase porque Hugo alzó la mano para interrumpir su defensa.

—A ti también te han estado vigilando, ¿verdad?

Una expresión de haber sido atrapada cruzó por el rostro de Leire e hizo saltar todas las alarmas.

—N-no…, y-yo no quise decir eso —balbuceó.

Pero Sara la conocía lo suficiente como para saber que estaba mintiendo.

—¿Leire…? —Al advertir que ella desviaba la mirada, sus sospechas fueron confirmadas—. ¿Desde cuándo? Y lo más importante, ¿por qué no dijiste nada?

En vista de que no tenía salida, Leire dejó salir un pesado suspiro, mitad de alivio, mitad de rendición.

—Porque no estoy segura —confesó a regañadientes—. Al igual que tú, solo es una extraña sensación de ser observada todo el tiempo, nada más.

—Aun así, debiste informarnos —la regañó Hugo con ese tono entre paternalista y condescendiente que tanto la sacaba de quicio.

—¿Informaros? —repitió ella alzando la barbilla con altivez al tiempo que ponía los brazos en jarras—. ¿A quién? ¿Por qué? ¿Desde cuándo?

—Desde que Andrés nos pidió…

Sin dejarlo terminar, ella dio un paso al frente y lo señaló con un dedo amenazador.

—A mi padrino ni una palabra —le advirtió ceñuda—. Y a mi madre menos aún, ¿entendido?

Hugo la observó con esa intimidante mirada tan característica en él y, con mucha calma, apartó el dedo que lo desafiaba con tanta ferocidad con un simple gesto de la mano.

—Ya veremos —se limitó a decir antes de entrar en el supermercado sin mirar atrás.



El oficial al mando contemplaba la pantalla de ordenador con el semblante serio. Tras unos instantes, alzó la mirada y observó a los dos subordinados que tenía bajo su mando en absoluto silencio mientras asimilaba la nueva información.

—¿Desde cuándo sabéis esto?

—Desde hace relativamente poco —habló el soldado que manejaba el portátil—. Hace unos días, mi compañero sospechó de esta persona y me pidió que la investigara. No obstante, no quise informar hasta asegurarme de confirmar al cien por cien toda la información que encontré.

El teniente dirigió su atención hacia el hombre que dio la voz de alarma.

—¿Conoces los motivos por los que intenta hacerse pasar por otra persona?

—No, señor.

—¿Hay alguna posibilidad de que tenga sospechas sobre nuestra misión?

El soldado sacudió la cabeza.

—Lo dudo mucho.

El hombre mantuvo silencio a la vez que volvía a mirar la imagen estática en la pantalla.

—Es evidente que no hemos hecho un buen trabajo borrando nuestras huellas —comentó pensativo mientras se frotaba la barbilla—. Si está haciendo preguntas es porque tiene alguna desconfianza de juego sucio. Y ese es un error que no podemos permitirnos.

—O tal vez esté dando palos de ciego, señor —se atrevió a sugerir uno de sus hombres—. Aceptar la muerte repentina de un familiar no es fácil para la mayoría de las personas.

—No hasta el punto de asumir el riesgo de adoptar una identidad falsa, soldado —señaló en desacuerdo con su teoría.

Este se cuadró ante el tono frío y autoritario de su superior.

—¿Qué pasos tomaremos a continuación, señor?

El teniente tomó distancia al mismo tiempo que sacaba el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón.

—De momento, vamos a mantenerla en estrecha vigilancia y descubrir todo lo que sabe antes de tomar una decisión más… radical. —Esa última palabra llevaba un mensaje implícito que ambos soldados captaron al instante—. Al menos, hasta nueva orden.

Capítulo 12

Apoyado en la pared de la entrada de El Club de Campo Villa de Madrid, Yarey sacó un chupa-chups del bolsillo interior de su cazadora vaquera y, tras desenvolver el plástico que lo recubría, se lo metió en la boca mientras esperaba. Estiró el brazo y ojeó su reloj de pulsera, todavía era temprano.

Después de que Hugo le contara la conversación que había oído entre Sara y Leire, muchas cosas comenzaron a tener sentido para él, y no perdió tiempo en idear un plan que lo ayudara a vengarse de ese bastardo. No obstante, no pudo hacerlo de manera inmediata, ya que tenía que buscar el modo de que Bruno Salinas no se enterara de su furtiva escapada.

Al contrario de lo esperado, Hugo estuvo de acuerdo en ayudarlo, pues consideraba que esa escoria humana necesitaba una lección. Sobre todo, cuando la basura que tenía escondida bajo la alfombra de respetabilidad que ostentaba su familia comenzó a emerger en cuanto escarbó un poco la superficie. Cuando aseguraba que Hugo era un genio de la informática no lo decía en broma. Podía confirmar, sin ningún género de duda, que este era el mayor *hacker* de España, por no decir de Europa o del mundo entero, y no estaría exagerando. Con tan pocos datos, como eran los nombres de las dos chicas, se coló en su expediente académico y no tardó nada en averiguar la verdadera identidad del chico que se había burlado de Sara cuando era una niña. Tras lo cual, y en pocos minutos, comenzó a desenterrar una cantidad ingente de trapos sucios del figura al que estaba esperando en esos momentos.

Tal vez Hugo pareciera frío e insensible ante los ojos de los demás, pero eso se debía a la forma que tenía su cerebro de trabajar, que era muy distinta a la del resto de mortales. Eso no significaba que no se preocupase por la gente que apreciaba, aun cuando aparentaba no hacerlo, simplemente le costaba más que al resto exteriorizar sus sentimientos; cuya circunstancia, por desgracia, lo llevaba a ser malinterpretado muy a menudo.

Por ello, en cuanto empezó a tirar del hilo, salió a la luz un entramado de corrupción y depravación que desembocaría en todo un escándalo si se supiera. Cuanto más averiguaba de esa basura humana llamada Sergio Peñafiel Somoza, menos podía creer que se hubiera salido con la suya durante tanto tiempo. Ese cabrón era un sociópata con todas las letras, y su familia había estado tapando todos sus delitos y abusos desde el instituto a base de sobornos y amenazas que, hasta el momento, le habían dado buen resultado. Pero las cosas iban a cambiar a partir de entonces. Él se encargaría de llevar a esa familia a la ruina, y de que ese hijo de puta jamás pudiera usar su lindo rostro para nada más que poner copas en un *pub* de mala muerte. Eso sí, después de salir de la cárcel. Y por ese motivo había conducido toda la noche con un claro objetivo, y ese no era otro que hacerle pagar a ese indeseable todas sus atrocidades.

Agarró el palito de plástico entre los dedos y dio vueltas al caramelo en el interior de su boca mientras degustaba su dulce sabor a cereza. Un dulzor que escondía la amargura que le provocaba recordar lo que ese capullo le había causado a Sara. Ahora entendía por qué ella era tan desconfiada y renuente con él, y saberlo solo le daba más motivos para hacer lo correcto.

No iba a mentir. Le dolía que lo comparara con el bastardo que le había roto el corazón cuando no era más que una preadolescente, pero comprendía las razones que ese trauma la llevaban a no fiarse de un extraño que sintiera una fuerte atracción hacia ella. Por otro lado, si lo

pensaba bien, él tampoco estaba libre de toda culpa, y los remordimientos hicieron que cerrara los ojos con fuerza y se masajeara la frente. Solo con pensar en que Sara descubriera su secreto, el estómago le daba un vuelco.

—¡Maldita sea! —refunfuñó al tiempo que se revolvía el pelo.

Sin embargo, no tuvo tiempo para seguir castigándose, pues advirtió la presencia de una joven que se acercaba a la entrada del exclusivo y elitista club de campo. Comprobó su reloj y confirmó que era la hora exacta en la que había quedado con su novio para asistir, como cada domingo, a sus clases privadas de hípica. Información, por otro lado, que Hugo había *hackeado* de las conversaciones provenientes de los WhatsApp de la pareja.

—¿Eres Alejandra Romero? —preguntó en cuanto ella llegó a su altura.

La muchacha se detuvo y lo estudió con manifiesto interés. Y debió de gustarle lo que tenía ante sus ojos, pues no se cortó ni un poco en dedicarle una coqueta sonrisa tras radiografiar la apuesta presencia de Yarey.

—La misma.

Él correspondió a su sonrisa con otra, aunque la calidez de esta no se extendió hasta sus ojos.

—Me alegra encontrarte.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado al mismo tiempo que enredó un sedoso mechón rubio de sus cabellos entre los dedos.

—¿Nos conocemos?

—No —confesó a la vez que sacaba su teléfono móvil del bolsillo delantero de sus *jeans* y desbloqueaba la pantalla—. Pero he venido desde muy lejos para enseñarte algo importante.

Intrigada, la muchacha arrugó la frente al escuchar sus palabras al tiempo que la cautela hizo que diera un paso atrás.

—¿Y tú quién eres?

Yarey ocultó sus emociones tras una máscara impasible. La identidad de la chica que tenía delante no era la de una persona cualquiera, y ser la nieta de un antiguo presidente del Gobierno había sido motivo suficiente para que tanto él como Hugo decidieran actuar cuanto antes.

—Un amigo.

El coqueteo inicial dio paso a la desconfianza tras la ambigua respuesta.

—¿Un amigo? —indagó confusa—. No te conozco de nada.

—Lo sé —respondió sincero—. Pero créeme cuando te digo que mi intención es ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿En qué?

Él extendió el brazo y le enseñó la imagen que ocupaba la pequeña pantalla.

—En descubrir la verdad —respondió serio.

La curiosidad fue más fuerte que la prudencia, sobre todo, al reconocer a la persona de la foto. Alejandra agarró el móvil entre sus dedos y agrandó la pantalla para poder ver más de cerca lo que ese desconocido le enseñaba.

—¿Qué significa esto?

—Esta es la foto que tu prometido le envió ayer a una de sus ligues —dijo tras recuperar el teléfono—. Te aseguro que no es ningún montaje, y podrás comprobarlo si entras en tu *e-mail*. Ahí obtendrás todas las pruebas que necesitas para saber con qué tipo de persona te relacionas.

Sin pensarlo dos veces, la muchacha buscó su teléfono en el interior del bolso, abrió la aplicación de mensajería y revisó sus últimos correos.

—¿Cómo has averiguado mi *e-mail*? —cuestionó nerviosa, al mismo tiempo que esperaba

con impaciencia a que las imágenes se cargasen.

—Eso no importa, aunque no ha sido difícil —reconoció sin una gota de vanidad en su voz.

Las palabras murieron en sus labios al mirar las pruebas que se mostraban una a una ante sus ojos. Impactada, Alejandra alzó la cabeza para encontrarse con la mirada de Yarey.

—Lo siento —dijo él muy serio—. Pero creí necesario que supieras quién es en realidad el hombre con el que estás saliendo.

—No es posible —musitó incrédula con un hilo de voz—. No puede ser…

—Te aseguro que no has visto nada aún y, si me permites un consejo, lo mejor sería que desaparecieras del mapa durante una temporada —le advirtió con franqueza—. Sé quién es tu abuelo, y todas estas pruebas también se han enviado a la Policía, por lo que seguramente estarán de camino para arrestar a Sergio. Cuando salga todo a la luz, el escándalo os salpicará sin querer a ti y a tu familia.

Confusa, parpadeó varias veces en un intento por entender la situación.

—No creo que unos cuernos sean motivo suficiente como para que la Policía detenga a Sergio y yo tenga que esconderme —habló cuando encontró por fin la voz.

Yarey sacudió la cabeza, triste por lo que a la pobre chica se le venía encima.

—Como te he dicho, todavía no has visto nada. En ese *e-mail* hay fotos, conversaciones privadas de WhatsApp, vídeos de cámaras de seguridad, documentos y pruebas que demuestran que Sergio Peñafiel Somoza ha cometido *bulling* y abusos desde el colegio hasta la actualidad. Utilizó su popularidad en el instituto para salir con varias chicas menores y, tras forzarlas a acostarse con él, las amedrentó con chantajes y amenazas para mantenerlas calladas. Incluso hay pruebas de que, al menos a una de ellas, la obligó a abortar tras dejarla embarazada. —Un jadeo de horror escapó de los labios de Alejandra—. La prensa también ha sido informada —le comunicó Yarey sin un atisbo de remordimiento por su parte—. Y cuando revisen toda la documentación que le hemos enviado, no tardarán en descubrir que, tanto él como su familia, utilizaron sus contactos y el puesto de directora de su propia madre en el instituto donde estudiaba para falsear y cambiar las notas con el fin de obtener una buena calificación con la que ingresar en una universidad privada y de gran prestigio en Madrid. Entiende que ese ha sido siempre su único objetivo. La finalidad de todos esos chanchullos era la de conocer a alguien de las altas esferas, codearse con personas influyentes que tuvieran excelentes apoyos económicos con los que poder cazar a su siguiente víctima; en este caso, tú.

El espanto de sus palabras golpeó con fuerza a la joven que lo escuchaba sin dar crédito.

—¡Estás de broma, ¿verdad?!

La expresión en el rostro de Yarey dejó claro que aquello era de todo menos divertido.

—No estoy diciendo que tú fueras su principal objetivo, pero sí que su intención era conocer a una estudiante con un perfil determinado para poder escalar en la alta sociedad —reconoció siendo brutalmente honesto—. Según los *e-mails* y conversaciones que hemos conseguido interceptar, te aseguro que tanto Sergio como su familia estudiaron a conciencia a todas y cada una de las ricas herederas que ingresarían en su universidad, hasta encontrar a la víctima propicia. Por desgracia, tú solo eres un medio para conseguir un fin, y las múltiples relaciones paralelas sin tu consentimiento que ha tenido hasta el momento lo corroboran.

Abrumada, la muchacha pasaba su atención de la pantalla del móvil al rostro de Yarey de manera repetida. En su abotargada mente, no alcanzaba a comprender la magnitud de las acciones de su novio y futuro prometido. Si lo que ese desconocido decía era cierto, las mentiras de Sergio eran de unas dimensiones incomprensibles para alguien que, como ella, lo había tenido

todo en la vida.

Lo cierto era que, si la sinceridad que leía en los ojos de ese extraño era tan cierta como sospechaba, Sergio no solo la había engañado a ella, sino a toda su familia y entorno más cercano.

—¿Nunca te has planteado por qué dejó la universidad y aceptó el trabajo que le ofreció tu padre al poco de hacerse oficial vuestra relación? —interrogó Yarey con una expresión en los ojos que distaba mucho de ser suave. Al ver que ella no respondía, él le ofreció la respuesta que no quería oír—. Porque nunca fue un buen estudiante y sus notas en el primer año de universidad distaban mucho de ser lo perfectas que él presumía. Ya no tenía a su madre para tapar su terrible desempeño académico. La universidad era un campo desconocido para él, por eso debía buscar contactos con la mayor prontitud posible y una víctima a la que aferrarse como una garrapata. Que tu padre sea el dueño de una de las mayores financieras de este país resultó ser un sueño para él, y que le ofreciera trabajar bajo su ala fue como si le hubiese tocado la lotería.

La verdad cayó como una losa sobre Alejandra robándole el color del rostro. Por su mente comenzaron a pasar multitud de conversaciones, detalles, gestos, excusas y silencios entre ella y Sergio que solo entonces comenzaban a cobrar sentido. El hombre del que estaba enamorada y con el que soñaba compartir su vida era toda una mentira, y esa traición dolía como un puñal ardiente.

—Entiendo que te cueste creerme —siguió hablando Yarey al advertir el semblante descompuesto de la mujer que tenía delante—. Pero te aseguro que las pruebas no mienten.

Ella alzó la mirada y la posó sobre él con aturdimiento.

—¿Quién eres en realidad?

—Ya te lo he dicho, un amigo.

Su actitud desconfiada distaba mucho de creerle.

—¿Para quién trabajas?

Yarey desvió el rostro y se pasó la mano por el cabello con cuidado de no demostrar ninguna emoción que lo delatara.

—No puedo decírtelo, lo siento.

Alejandra abrió la boca para replicar, pero justo en ese momento se acercó el protagonista de la vil traición.

—Hola, amor —la saludó tras inclinarse para darle un beso.

El odio y la rabia brillaron en los ojos de Alejandra, y se separó de él al mismo tiempo que un escalofrío de repulsión la recorrió de arriba abajo. La humillación era tan acuciante que el cuerpo le temblaba por el esfuerzo que hacía para no arañarle el rostro y arrancarle los ojos de la ira que le bullía por dentro.

—Pareces cansado —consiguió decir con mucho trabajo.

Las fotos de él desnudo en la cama con otras mujeres le ardían en las pupilas. Estudió su expresión a conciencia, en busca de un pequeño gesto que le demostrara que aquel extraño que se había acercado a ella con la intención de abrirle los ojos estaba mintiendo. No obstante, no fue así.

—Para nada —mintió él con una falsa sonrisa, ajeno a lo que estaba ocurriendo—. ¿Acaso tengo mal aspecto? —indagó, llevándose la mano al rostro.

Una sombra de desprecio y rabia contenida empañó la mirada de Alejandra, que apretó los puños a los costados de su cuerpo, clavándose las uñas en el empeño por mantener la calma.

—La juerga de anoche debió de ser buena —comentó Yarey con tono desdeñoso.

Sorprendido por la actitud arrogante del extraño, Sergio arrugó el ceño al no reconocerlo como amigo de la familia o empleado del lugar.

—¿Y él es…? —interrogó, señalándolo con el dedo y evitando responder al comentario cuando miró a su novia.

Sergio no vio venir la bofetada que Alejandra le estampó, cruzándole la mejilla. Desconcertado, se volvió a llevar la mano al rostro, pero esta vez para frotarse la zona atacada.

—¡Pero ¿qué…?! —farfulló incrédulo por la súbita e inesperada agresión.

—¡Maldito hijo de puta! —siseó ella rabiosa—. ¡No quiero volver a verte nunca más en mi vida! —Y tras decir esto, se alejó de él, ya sin poder contener las lágrimas que empapaban sus mejillas, decidida a no mirar atrás.

Atónito y sin comprender nada de lo que acababa de pasar, por un momento Sergio no fue capaz de reaccionar. Confuso, solo atinó a observar la espalda de su novia que se alejaba con pasos furiosos, alternando su atención en el desconocido que tenía a su lado y que sonreía con enorme satisfacción.

—De nada —dijo este sacando el palito del chupa-chups de su boca para tirarlo al suelo.

Sergio lo miró intentando recordar de qué lo conocía.

—¿Y tú quién eres? —acertó a preguntar—. ¿Y qué cojones le acabas de decir a mi novia para que se haya puesto así?

Yarey enseñó los dientes en una sonrisa cargada de arrogancia. Estaba disfrutando del momento, de eso no cabía duda.

—Respondiendo a la primera pregunta: soy un amigo de Sara Navarro, ¿te acuerdas de ella? —Al ver el gesto de asombro en Sergio, su sonrisa burlona se amplió más al tiempo que un brillo letal se abrió paso en su fiera mirada—. Veo que sí y me alegro —dijo con orgullo—. Sobre la segunda pregunta: te diré que lo que le estaba contando a tu novia… Uy, perdón, quería decir a tu «exnovia» —corrigió satisfecho al comprobar su aturdimiento—. A tu exnovia solo le estaba contando la verdad. Una verdad que te has empeñado en esconder como la sucia sabandija que eres. Pero tu suerte se ha terminado, amigo. Y si quieres saber de qué te estoy hablando, te aconsejo que entres en tu *e-mail* y le eches un vistazo, seguro que lo entenderás enseguida.

Dicho esto, emuló los pasos de la chica a la que acababa de salvar el futuro y se marchó de allí con una sonrisa de oreja a oreja mientras, a lo lejos, vio aproximarse un coche de policía.



Yarey echó un vistazo a su alrededor después de que Sara saliera del edificio donde daba clases particulares. Oculto por las sombras de la noche, la vio internarse por el parque cercano que tenía que cruzar para llegar a su piso, y se movió con cautela varios metros por detrás de ella para no ser descubierto.

La vigilancia era necesaria si quería protegerla y comprobar que efectivamente solo él era quien la estaba siguiendo, máxime, tras descubrir que Leire también había tenido la sensación de ser acechada por alguien a quien todavía no habían identificado.

Para él habría sido mucho más fácil y cómodo poder acompañarla y no tener que usar ese tipo de subterfugios, pero la relación entre ambos no había cambiado mucho en los últimos tiempos, a pesar del supuesto acercamiento que tuvieron en la cocina de su casa unos días antes.

Podía echarle la culpa solo a Sara, pues esta había invertido una cantidad considerable de esfuerzo en esquivar su presencia después del casi beso, pero si era honesto consigo mismo, no podía hacerlo. En realidad, él también había estado bastante ocupado los últimos días urdiendo todo el plan para vengarse de Sergio, por lo que la atmósfera entre ellos se había vuelto mucho más enrarecida si cabe.

Y si conocía un poco a Sara —y asumía que sí lo hacía—, intuía lo que ella estaría pensando. Malinterpretando la situación, de seguro que ella creería que él se habría arrepentido de dar el paso de intentar besarla al no abordarla al día siguiente para hablar sobre lo ocurrido entre los dos en la cocina. Y no la culpaba, en realidad, tendría que haberla apartado y obligado a enfrentarse a lo que casi había ocurrido entre ellos antes de ser interrumpidos por Leire. Y tal vez lo habría hecho si ella no hubiera huido a su casa aquel día, dejando tirados a sus compañeros de clase con el trabajo que tenían que entregar a final de mes. No obstante, después de enterarse de su historia con aquel sociópata, no había tenido la cabeza para nada más que para idear su plan de ataque, por lo que había pospuesto la tan necesaria conversación. El problema en ese instante era que tal vez fuera demasiado tarde.

Rápido en reflejos, Yarey se escondió tras el tronco de un árbol cuando Sara se detuvo y miró brevemente por encima del hombro. No le convenía que lo atrapara o quedaría como un estúpido. La vio cruzar la calle y la perdió de vista al doblar la esquina del siguiente edificio. Corrió lo más sigiloso que pudo para acercarse sin llamar la atención, pero sus pies se clavaron al suelo cuando, tras rebasar él también el edificio, la figura de Sara había desaparecido por completo.

—Pero ¡¿qué demonios…?! —farfulló, llevándose la mano a la cabeza al tiempo que miraba a su alrededor.

El pánico comenzó a reptar por su pecho desde la boca del estómago hasta cerrarle la garganta. Giró su cuerpo hacia un lado escudriñando los rostros de la gente que caminaba por la acera. Hizo lo mismo hacia el otro lado hasta que se detuvo en seco y, tras verla abandonar su escondite en el interior del portal de un edificio, recordó respirar de nuevo.

—¿Has sido tú todo este tiempo? —cuestionó claramente molesta.

Yarey cerró los ojos, dejó caer la cabeza y suspiró con alivio. Después de unos instantes, se enfrentó a su mirada con determinación.

—¿De verdad es necesario que responda?

—No lo sé, dímelo tú —contestó Sara, entrecerrando los párpados y con los brazos en jarras —. Al que he pillado acechándome a escondidas ha sido a ti.

Él la tomó de la mano y la arrastró hasta un oscuro callejón para evitar que la gente los oyera y malinterpretara la conversación.

—Si no estuvieras tan empeñada en evitarme estos días, no habría tenido la necesidad de seguirte a escondidas.

Un jadeo ofendido brotó de la garganta de Sara.

—¿Me estás echando la culpa?

Yarey se cruzó de brazos y apretó los labios convertidos en una fina línea.

—No, solo constato un hecho —señaló serio—. ¿O acaso estoy mintiendo?

—¡Sí! —exclamó ella sin pensar. No obstante, tuvo que rectificar cuando él le lanzó una mirada significativa—. O tal vez no…, no lo sé…

Él dio un paso hacia adelante al mismo tiempo que sus penetrantes ojos color ámbar se posaban sobre ella.

—¿De verdad no lo sabes?

Ante la peligrosidad de su cercanía, Sara retrocedió de manera inconsciente.

—Creí que era lo que querías.

Yarey descruzó los brazos y se acercó a ella con otra zancada.

—Déjame adivinar —habló cuando la espalda de Sara se topó con la pared del edificio—. Como no te abordé al día siguiente de que casi nos besáramos, pensaste que mi interés había desaparecido y que no quería saber nada de ti, ¿estoy equivocado?

—¿Y no es así?

—¿Tú qué crees?

Ella se encogió de hombros.

—Para serte sincera, no lo sé.

Yarey sacudió la cabeza al mismo tiempo que chasqueó la lengua y apoyó una mano cerca de su rostro.

—Yo también tengo mi orgullo, ¿sabes? —le reclamó dolido—. Sobre todo, cuando la chica que me gusta no hace más que darme desplantes.

El escucharlo decir tan abiertamente que ella le gustaba hizo que el corazón de Sara diera un vuelco dentro de su pecho. Recorrió con ojos hambrientos el rostro masculino hasta detenerse en los sexis labios, a la vez que unos acuciantes nervios se instalaron en la boca de su estómago. Tal vez se estuviera volviendo loca, pero ya no se sentía con fuerzas para seguir enterrando ese sentimiento que la ahogaba.

—Nunca te di falsas esperanzas —murmuró con un hilo de voz.

La mirada de Yarey siguió la misma dirección que la de Sara. Captó un brillo ardiente en sus iris color verde, provocando que su cuerpo se caldeara de forma inmediata al reconocer que su actitud había cambiado. Una chispa de ilusión se prendió de pronto en el fondo de su corazón, y decidió que tal vez había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Lo sé, por eso no sabía qué demonios hacer tras tu huida ese día, Sara —admitió con la voz tomada por el anhelante deseo de besarla—. No quiero darme por vencido, pero tampoco puedo obligarte a sentir algo por mí, por eso decidí volver a tomar distancia. Pero tras descubrir que Leire también podía ser víctima de un perturbado, decidí protegerte de la única manera que se me ocurrió.

De pronto, el escuchar la vulnerabilidad de Yarey impresa en esas simples palabras, logró que Sara sintiera la boca seca cuando los nervios comenzaron a envolverla. Le hizo pensar que no era la única que tenía miedo de abrirse y dejar salir sus emociones, y eso, en cierto modo, le dio cierta tranquilidad. Era la primera vez en su vida que se dejaba arrastrar por sus sentimientos, unos sentimientos que había intentado reprimir con cada fibra de su ser. No se sentía preparada para saltar al vacío sin una red de protección, pero tal vez Leire tuviera razón y esa red nunca podría existir cuando le entregabas el corazón al hombre que amabas. Quizá había llegado el momento de madurar y dejar los miedos de su adolescencia atrás. No lo sabía, pero, al menos, se debía a sí misma intentarlo.

—No lo hagas —dijo ella tras humedecerse los labios.

Yarey despegó los ojos de su boca hasta alcanzar los de ella.

—¿Qué no haga el qué? ¿Vigilarte? —indagó confuso—. Si piensas que lo hago por la promesa que le hice a tu padre, déjame aclararte que estás muy equivocada. Lo hago porque me importas demasiado y no podría perdonarme si te pasara algo y no haber hecho nada para evitarlo.

Una multitud de mariposas comenzaron a revolotear en el estómago de Sara. Daba igual si había red de protección o no, en ese mismo instante saltaría al vacío ejecutando un doble mortal con triple tirabuzón hacia atrás sin tan siquiera pensarlo. Así que lo agarró por las solapas de la cazadora y se puso de puntillas.

—Darte por vencido —susurró, tomando la iniciativa por primera vez en su vida al acercar el rostro hasta posar sus labios sobre los de él.

Capítulo 13

Ese beso tomó completamente desprevenido a Yarey, quien, en un primer momento, no supo reaccionar. Hasta que, al sentir la suavidad de los labios de Sara contra los suyos, dejó escapar un gemido reprimido y la envolvió entre sus brazos.

Intentó ser suave, pues intuía que tal vez fuera la primera vez que la besaban, pero llevaba tanto tiempo deseando hacerlo que las buenas intenciones se las llevó el viento. Introdujo la lengua en su boca abriéndose paso entre sus húmedos labios y la sintió temblar. Absorbió sus jadeos, aspiró su aliento mientras sometía su voluntad con facilidad.

Posó una mano sobre su cadera y tiró de ella hasta pegarla por completo a su cuerpo, en tanto con la otra mano la agarraba por la nuca para profundizar más en ese beso que lo empujaba hacia un precipicio desde el que ansiaba saltar. Yarey la besó con demencia, enredando sus aterciopeladas lenguas, arrancando suspiros trémulos con cada acometida, recorriendo cada recoveco de su interior como si quisiera guardarlo en su memoria sensitiva a perpetuidad.

Un fuerte deseo comenzó a emerger en su interior, recorriendo cada una de sus terminaciones nerviosas. Necesitaba más, quería más y, si seguía por ese camino, tal vez no pudiera parar. Yarey jamás había sentido tal necesidad. El sabor de Sara era adictivo, como una droga que se colaba bajo su piel y serpenteaba por cada fibra de su ser hasta volverse insuficiente.

La urgencia por sentir el calor de Sara bajo las palmas de sus manos, o por acariciar la suavidad de su piel con las yemas de los dedos, se estaba convirtiendo en una exigencia tan insoportable como excitante y peligrosa. Así que se separó unos centímetros y, con los párpados cerrados, apoyó la frente sobre la de ella mientras buscaba las fuerzas necesarias para detener sus ansias.

—Dime que esto no es un sueño —jadeó, sintiendo cómo su corazón martilleaba con tanta fuerza dentro de su pecho que creía que se le saldría por la boca—. Llevo tanto tiempo deseando que llegara este momento que no estoy seguro de que sea real.

Sara deslizó una mano por su mejilla y se quedó ahí, acunándola con tanta ternura que se le formó un nudo en la garganta.

—Si esto es un sueño, yo tampoco quiero despertar.

Yarey abrió los ojos y se perdió en esas ventanas inconmensurables de color verde que tenía ante él y un escalofrío lo recorrió de arriba abajo. En ese instante se dio verdadera cuenta de lo importante que Sara se había vuelto para él y de lo miserable que sería su vida si ella no formaba parte.

Una sombra de pánico empañó su rostro para ahogarlo en un pozo de desesperación al pensar en las consecuencias de sus mentiras. Unas mentiras ineludibles, pero que invariablemente harían daño a la mujer de la que se había enamorado. Se dio cuenta de la locura que lo había poseído al dejarse arrastrar por sus sentimientos. Aquello no estaba bien, nada bien, pero por desgracia, ya no había vuelta atrás.

Yarey tiró de su cuerpo y la envolvió de nuevo entre sus brazos. Un suspiro desgarrador escapó de sus labios al pensar en el peor de los escenarios posibles, y apoyó la barbilla sobre su coronilla para que ella no advirtiera su pesar.

Cuando la conoció, no había previsto enamorarse, eso sucedió sin darse cuenta, y en ese instante se arrepentía de no haber escuchado las alarmas que saltaban atronadoras cada vez que la tenía al lado. Al principio, su acercamiento había sido una estrategia, un deber que debía asumir para cumplir su misión. Hasta que la fina línea entre la obligación y el deseo por protegerla se había difuminado de manera confusa, al igual que las olas del mar que borran las huellas sobre la fina arena de la playa. La responsabilidad se transformó en necesidad, y esta, en un compromiso del que no debía, no quería, abstenerse, convirtiéndose en un oscuro problema si ella descubría su verdadera identidad.

Yarey cerró los ojos con fuerza y habló con el corazón en la mano.

—Créeme cuando te digo que de verdad me gustas, Sara —dijo con la voz tomada, en parte por la emoción y en parte por el arrepentimiento que sentía—. Me gustas más de lo que puedas llegar a imaginar.

Ajena al tumulto de emociones que lo desgarraban por dentro, ella le rodeó la cintura con sus brazos y apoyó la mejilla en su pecho.

—Y tú a mí —confesó con timidez—. Y siento mucho haber tardado tanto en darme cuenta.

Al rostro de Yarey se asomó una dulce sonrisa al escuchar sus palabras. Sabía que no le había resultado fácil decirlas, así que las valoró y guardó en su alma como si fueran un auténtico tesoro.

—Lo comprendo —dijo, apretando más su abrazo—. Te aseguro que ahora lo comprendo.

Sara alzó la cabeza buscando esos iris color ámbar que la contemplaban como si pudiesen leer los secretos que ocultaba su alma.

—Supongo que Hugo te lo contó.

Él se limitó a asentir, y la culpa y la pena asomaron al rostro de Sara con sinceridad en busca del perdón.

—Discúlpame por todas las cosas horribles que te dije, Yarey. Sé que he sido muy injusta contigo, y que mi pasado no es justificación para que te tratara de forma tan abominable, pero es obvio que no he sabido lidiar con todos estos sentimientos que has despertado en mí. —La vergüenza hizo que bajara la cabeza de nuevo, incapaz de sostenerle la mirada—. Seguro que me consideras muy tonta y egoísta…, y tienes razón.

Él colocó un dedo bajo su barbilla y empujó hacia arriba con delicadeza para que levantara su rostro encendido. Clavó sus ojos sobre los de ella con tanta intensidad que le robó el aliento.

—Eres adorable —respondió, acercando su boca a la de ella—. Absolutamente adorable.

Los labios de Yarey se posaron sobre los de Sara con dulce veneración, aunque enseguida la avaricia tomó el control de sus nobles intenciones. Al principio comenzó a morder y a tirar de ellos con suavidad, pero al tacto con su lengua los pensamientos de él cambiaron hasta atacarla por sorpresa. La intensidad y rudeza del beso fue en aumento, demostrando la pericia de este y la poca experiencia de ella.

Sara suplía su torpeza con las ganas de aprender, por lo que sus besos enseguida se tornaron igual de fieros, demandantes, húmedos y sensuales que los de él. Era una guerra de voluntades, en los que seguir el ritmo frenético se volvió crucial para no quedarse atrás.

Tras unos interminables minutos, Yarey se separó de nuevo de ella, pues sentía que estaba a punto de perder el poco control que le quedaba. Apoyó una mano sobre la pared y, sin saber muy bien de dónde demonios sacó la fuerza de voluntad necesaria, apartó el rostro con enorme esfuerzo hasta esconderlo en el hueco de su cuello. Un quejido escapó de su garganta al mismo tiempo que intentaba aquietar su respiración errática y los furiosos latidos de su corazón.

—Lo siento, pero tengo que parar —farfulló, recorriendo con los ojos aquel oscuro callejón. Enfocó la mirada sobre un contenedor de basura para ayudarse a volver a la cruda realidad, y tragó saliva con dificultad ejerciendo un impresionante autocontrol de sus emociones—. Debo detenerme Sara, o… o no respondo.

Ella, igual de afectada, asintió, entendiendo su lucha.

—Lo sé.

Los ojos de Yarey atraparon los de ella con una intensidad inusitada al mismo tiempo que sentía un hormigueo sacudir cada célula de su cuerpo ante la tensa atmósfera que se densificó a su alrededor.

—No, no lo creo —la corrigió con la voz áspera—. No creo que sepas lo mucho que este momento significa para mí, lo mucho que en realidad me importas.

Sobrecogida por el ardor de sus palabras, ella solo pudo musitar:

—Yarey…

Él enmarcó su rostro con ambas manos mientras la zozobra tensaba su expresión tornándola en ansiosa. Por primera vez en su vida, Yarey había encontrado algo valioso que proteger, y el miedo a perderlo le cerró la garganta. Era desgarrador haberla conocido en aquellas circunstancias. Era muy injusto no tener el control sobre su pasado o su futuro. No obstante, se prometió luchar por la felicidad y bienestar de Sara pasase lo que pasase entre ellos a partir de aquel mismo instante.

—Prométeme una cosa —le pidió con un tono de urgencia en la voz que encogió el estómago a Sara—. Prométeme que, si en algún momento dudas de lo que siento por ti, recordarás este instante.

Ella arrugó la frente de manera casi imperceptible al percibir la angustiosa premura de su petición. No obstante, también captó la calidez de su mirada, que desbordaba un amor tan profundo y verdadero que se coló en sus huesos y la derritió por dentro.

—Lo prometo.

Las facciones de Yarey se relajaron de un modo considerable al escuchar su promesa, y bajó la cabeza con lentitud hasta rozar con suavidad sus labios.

—Gracias —susurró contra su boca, y se limitó a estrecharla de nuevo entre sus brazos, pues no quería tentar al poco dominio de sí mismo que le quedaba si la besaba de nuevo.

Tras unos minutos en los que se resistían a romper el acogedor abrazo que los mantenía agradablemente juntos, Yarey tomó la palabra con visible desgana.

—Será mejor que nos pongamos en camino o tu padre saldrá con una escopeta a buscarte.

Una lenta sonrisa se fue haciendo hueco en el rostro de Sara al escuchar la broma, y un suave suspiro se escapó con ligereza de su cuerpo al reconocer que tenía razón.

Con fastidio, se separó de él, aunque la apatía se transformó en un batir de felicidad cuando Yarey entrelazó su mano con la de ella. Un brillo tímido asomó a sus ojos, al tiempo que unos nervios vergonzosos se instalaron en su estómago mientras se encaminaban hacia la calle principal. Tal vez aquella muestra pública significase que ahora eran novios. Sara no lo sabía con certeza, pero quería creer que sí.

Pasearon en silencio y con la lentitud que da el saber que en pocos metros llegarían al destino. A pesar de lo dicho con anterioridad, ambos querían demorar lo máximo posible la separación que tendría lugar cuando regresaran a sus respectivas viviendas. No obstante, todo quedó en un segundo plano cuando una visita inesperada se plantó ante ellos.

—Me alegra encontraros por fin.

Un impulso protector llevó a Yarey a rodear los hombros de Sara de manera inconsciente.

—¿Qué quieres?

La oficial de policía arqueó una ceja cargada de suspicacia al captar el tono hosco en su voz.

—Vengo a hacer mi trabajo —respondió con cierto deje de arrogancia—. Si no es mucha molestia, claro está.

A pesar de la confusa y brusca actitud de Yarey, Sara se apresuró a preguntar:

—No es ninguna molestia —aclaró concisa—. ¿Se sabe algo de Raúl?

Inés desvió la atención de Yarey y la posó sobre ella.

—No, lo siento. Todavía no hemos encontrado su actual paradero o posible información que nos indique dónde puede estar escondido.

Incrédulo, Yarey puso los ojos en blanco tras soltar un sonoro bufido.

—¿Quizá porque no están haciendo bien su trabajo? —cuestionó con evidente desdén—. Dudo mucho que un chaval como él tenga los recursos suficientes como para desaparecer del mapa sin que haya recibido ayuda externa.

La mujer le dedicó una dura y antipática mirada antes de añadir.

—Tal vez deberíamos dejar que lo encuentres tú, pues parece que te crees mejor preparado que la propia Policía.

Él le sostuvo la mirada sin dejarse intimidar.

—Que la Policía no sé, pero mejor que tú sin duda alguna.

—¡Yarey! —le advirtió Sara entre dientes ante su falta de respeto.

La agente alzó el mentón con altivez al mismo tiempo que un brillo hostil y centelleante cruzó por su mirada.

—A lo mejor deberías pasar una noche en el calabozo para aprender a mostrar un poco de gratitud hacia el arduo trabajo de las Fuerzas de Seguridad del Estado —lo amenazó molesta por su chulesca actitud.

Él extendió las muñecas hacia ella antes de decir:

—Por mí no hay problema —se ofreció, posando los ojos sobre el bolso en cuyo interior debería llevar las esposas—, pero primero enséñame tu placa de agente con el número de identificación.

El gesto airado en el semblante de Inés dio paso a una sombra inquieta y temerosa.

—No tengo la obligación de hacerlo —se excusó tras alzar una ceja retadora.

Una sonrisa lobuna surgió en el rostro de Yarey al captar el esfuerzo por ocultar el velo de pánico y preocupación que tensó la expresión de la mujer.

—Si fueras policía de verdad, sabrías que «sí» tienes la obligación de identificarte ante cualquier ciudadano que así lo requiera.

Inés forzó una sonrisa intranquila al verse acorralada.

—Creo que te estás columpiando, amigo.

—¿Tú crees? —dijo él sacando el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón—. No te preocupes, enseguida saldremos de dudas.

—¿Qué haces? —indagó Sara, confusa por no entender lo que estaba sucediendo.

—Llamando a la Policía —informó él marcando el número en el teclado de su teléfono.

Inés detuvo su acción quitándole el móvil de las manos.

—No es necesario —sugirió con la voz apretada y el gesto en tensión.

Yarey se apresuró a recuperar el aparato.

—Yo creo que sí.

El desconcierto pintó el rostro de Sara ante la extraña escena que acontecía delante de sus narices.

—¿Por qué deberías llamar a la Policía cuando la tienes frente a ti? —preguntó perpleja.

Él la miró con una expresión tan seria que la alarmó.

—Porque Hugo la investigó y resulta que no existe ningún agente que se llame Inés Moya y que pertenezca a la UFAM[1].

La mujer soltó una risilla nerviosa cuando Sara le lanzó una mirada inquisitiva.

—No digas tonterías. El caso es que hoy casualmente me la olvidé en casa —se justificó, rebajando el tono de soberbia y superioridad demostrada hasta el momento.

Yarey torció el gesto con aire escéptico.

—Mucha casualidad, sí.

—Si no me crees, la próxima vez vendré con el subinspector Alonso para sacarte de tu error —amenazó, fingiendo una seguridad que no convenció a nadie—. Dicho esto, creo que será mejor que vuelva en otra ocasión.

Y para sorpresa de ambos, la mujer se dio media vuelta y comenzó a correr. Perplejo, Yarey tardó unos preciosos segundos en reaccionar e ir tras ella. Tras lo cual, no le tomó mucho tiempo recorrer los pocos metros que los separaban antes de agarrarla por la capucha de su parka y que esta cayera al suelo debido al tirón.

—¡Suéltame! —le exigió Inés revolviéndose en el suelo.

—Ni de coña —espetó él ayudándola a levantarse tras reducirla.

—¡Si no lo haces, llamaré a la Policía!

Yarey miró a su alrededor debido al espectáculo que Inés estaba formando en medio de la calle, pero, por suerte, solo se encontraba un anciano paseando a su pequeño chiguagua, y que enseguida desvió el rostro hacia otro lado para no verse envuelto en problemas.

—Estoy deseando que lo hagas —la retó.

De pronto, Yarey se presionó con fuerza los párpados tras recibir unas impactantes visiones que lo dejaron noqueado por unos instantes. A pesar de que ya debería de estar acostumbrado a recibir esos retazos de futuro que golpeaban su cráneo sin previo aviso, no era así, y mucho menos en aquel momento. Soltó el abrigo de Inés y se llevó las manos a la cabeza al mismo tiempo que su rostro se contraía y perdía todo rastro de color.

—¡No, no, no, no…! —gritó, abriendo los ojos y girando su cuerpo hacia el lugar donde había dejado a Sara unos segundos antes—. ¡¡Saraaa!!

Demasiado tarde, vio cómo un desconocido vestido completamente de negro, y con el rostro oculto bajo una gorra y el cuello alzado de la cazadora que lo cubría hasta la barbilla, la obligaba a meterse en una furgoneta contra su voluntad. Tras dicha maniobra, el compañero que aguardaba dentro del vehículo pisó el acelerador sin dudar en cuanto escuchó cerrarse la puerta trasera.

—¡¡Sara, nooooo…!!

Yarey entró en pánico y corrió a más no poder con la esperanza de alcanzarlos y evitar el secuestro que estaba teniendo lugar delante de sus propias narices, pero no llegó a tiempo.

Leire pulsó el timbre varias veces mientras la inquietud iba creciendo hasta formarle un agujero en el estómago. Hacía varias horas que Sara tendría que haber llegado a casa y, tras intentar contactar con ella a través del móvil, y llamar a la casa del chiquillo al que había impartido clases particulares esa tarde, todavía no había podido localizarla ni hablar con ella.

—Seguro que está bien, padrino —intentó tranquilizar al hombre que se encontraba a su lado.

Inquieto, este repartía el peso de su cuerpo entre un pie y el otro, balanceándose de forma impaciente, y la miró con una acuciante angustia reflejada en el rostro.

—¿Por qué tardan tanto en abrir?

La pregunta, originada por el estado de nerviosismo y ansiedad que envolvía al pobre hombre, iba dirigida más hacia sí mismo que hacia su ahijada. Y esta, que no disponía de una respuesta satisfactoria que ofrecer, volvió a apretar el botón de manera insistente hasta que escuchó girar el pestillo de la puerta.

—Yarey, ¿está Sara contigo? —preguntó Leire en cuanto este se apareció ante ellos.

Su vecino, de pie en el umbral y con expresión inmutable, pasó la mirada de uno al otro antes de decir:

—No, aquí no está, ¿por qué?

—Porque hace horas que debería de haber vuelto de dar sus clases particulares y todavía no ha llegado —explicó Andrés, retorciéndose las manos debido a la angustia de no tener noticia alguna.

Estoico, Yarey se limitó a encogerse de hombros.

—Lo siento, pero no la he visto desde el mediodía.

La desolación cayó como un jarro de agua fría sobre ambos, quienes comenzaban a temerse lo peor.

—Creo que será mejor que llamemos a la Policía —asumió el padre de Sara al tiempo que sus hombros se hundían.

Una sensación de pánico trepó por el estómago de Leire y le produjo un escalofrío que le erizó el vello; aun así, se atrevió a formular la pregunta que le quemaba por dentro.

—¿Crees que Raúl tiene algo que ver con esto?

Andrés sacudió la cabeza intentando no dejarse envolver por el terror que amenazaba con arrastrarlo a la desesperación. Las preguntas se sucedían en su cabeza una detrás de otra. Por un lado, rezaba por que no fuera así, pero por otro… Por otro lado, era mejor esa opción que no saber a qué se enfrentaban.

—No lo sé.

—Estoy seguro de que no será nada —habló Yarey con tono confiado y demostrando una templanza digna de elogio—. De todas formas, si necesitáis algo, ya sabéis donde estamos mi hermano y yo.

Apesadumbrado, Andrés asintió y giró su cuerpo hacia las escaleras, dispuesto a bajar el piso que lo separaba de su mujer y de las malas noticias que no tenía más remedio que ofrecerle. No obstante, se detuvo cuando Leire hizo una maniobra de lo más inesperada. Esta, que se había quedado estudiando la extraña actitud calmada de su vecino, recordó algo que la hizo abrigar ciertas sospechas.

—¿Te importa si voy un momento al baño? —preguntó, entrando como una tromba en el apartamento y sin esperar a recibir el permiso de rigor.

Yarey, quien no se esperaba ese súbito allanamiento, reaccionó demasiado tarde.

—¡Leire!

—Será solo un momento —dijo ella mientras se dirigía resuelta hacia donde se suponía que estaba el baño.

—¡Espera! —la advirtió él corriendo tras ella. Tras alcanzarla, se colocó delante de una de las puertas con la clara intención de impedirle el paso—. Será mejor que no la abras.

—¿Qué hay ahí?

Los ojos color ámbar se posaron sobre ella, ocultos bajo un velo de misterio y urgencia que pedían a gritos que confiara en él.

—Nada.

—No te creo.

—Leire…, ¡por favor!

—Sé que me ocultas algo —aseguró ella confiada en que tenía razón—. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque tú serías el último hombre sobre la faz de la Tierra que se mantendría calmado y sin hacer nada ante la desaparición de Sara.

Los labios de Yarey lucían apretados en una fina línea de advertencia al entender el error de principiante que había cometido.

—Leire tiene razón —señaló Andrés posando una mano amenazante sobre su hombro—. Tu aparente calma ante la noticia de la desaparición de mi hija resultaría extraña para cualquiera que te conozca un poco. Así que, ¿tienes algo que contarme?

Yarey giró su atención sobre el padre de Sara.

—No tengo tiempo para esto —siseó con una expresión inquietante.

—Ya ves tú lo que a mí me importa, muchacho —resolvió Andrés al tiempo que lo sujetaba con firmeza, y Leire aprovechaba para abrir la puerta.

Lo que ella se encontró al otro lado la dejó boquiabierta, pues el cañón de una pistola en manos de Hugo la apuntaba directamente a la cabeza.

Capítulo 14

De pie, detrás de una mesa con varias pantallas de ordenador, Hugo apuntaba con el cañón de su arma a las dos personas que habían irrumpido de imprevisto en la habitación; Leire no podía estar más sorprendida y confundida ante ese insólito hecho. Lanzó un breve vistazo a su alrededor y supo que algo no andaba bien, pero nada bien.

El cuarto contaba con paneles de absorción de ruido en color negro instalados desde el suelo hasta el techo, forrando cada centímetro de pared de un modo premeditado —incluida la única ventana disponible—, con la intención de que no escapara ningún tipo de sonido hacia el exterior. La penumbra de aquel lugar era casi asfixiante, cuyos únicos puntos de luz eran una bombilla en el techo y el resplandor de las pantallas.

La atención de Leire regresó otra vez hacia el rostro de Hugo y, por primera vez desde que lo conocía, su expresión impasible había desaparecido por completo, dando paso a un notable desconcierto que lo había pillado por sorpresa. Aunque tan solo duró un microsegundo, pues enseguida lo vio recuperar la compostura con una rapidez admirable. Nada que ver con la suya, la cual cayó al subsuelo al notar algo por el rabillo del ojo; giró la cabeza hacia la derecha y se encontró con una joven atada a una silla cuyos ojos transmitían la misma incertidumbre que los de ella.

—¡¿Qué demonios…?! —musitó Andrés en cuanto entró en la habitación y descubrió el inexplicable panorama que tenía ante él.

—Será mejor que os sentéis —sugirió Yarey con un tono que no admitía réplicas; tras lo cual, cerró la puerta a su espalda.

Una sensación aterradora escaló por la columna vertebral de Leire al escuchar el clic de la llave girar en la cerradura que anunciaba el confinamiento en aquel oscuro y deprimente cuarto.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió cuando Yarey rodeó la mesa para ponerse al lado de su hermano.

El chico atento y protector, de cabello castaño y ojos color ámbar que creía conocer, tomó la pistola de su hermano y les hizo un gesto con el cañón sugiriendo que se sentaran en las únicas sillas disponibles. Después de la sutil amenaza, Leire miró a su padrino y decidió obedecer, ya que, por desgracia, no tenían otra alternativa.

Sin salir de su asombro, se tomó unos instantes en aquietar las angustiosas palpitaciones de su corazón y de asentar el vacío que se le formó en el estómago tras descubrir el insólito cambio de los acontecimientos. No saber lo que estaba pasando la estaba llevando a un estado de ansiedad jamás vivido antes, y Leire tuvo que cerrar los ojos para no entrar en pánico.

—¿No vais a responder? —exigió Andrés con tono cauteloso, centrado solo en los dos hombres que lo habían engañado.

Ella abrió los párpados y se fijó en el rostro del chico que acababa de sentarse de nuevo detrás del escritorio. Por un momento, creyó vislumbrar un brillo de arrepentimiento y pesar en los intensos y grises ojos de Hugo, aunque fue tan breve que tal vez se lo imaginó.

—Obviamente, un error —admitió él en vez de Yarey, recuperando de nuevo su actitud reservada e inalterable de siempre—. Esto significa que hemos cometido un terrible error por nuestra parte.

Las miradas de Hugo y Leire se encontraron y se sostuvieron durante unos largos segundos: la de él, distante y serena como siempre. La de ella, cargada de sorpresa y decepción.

—¿Quiénes sois? —interrogó Andrés tras su misteriosa y ambigua respuesta.

Yarey inclinó el cuello hacia un lado y hacia el otro antes de frotarse la frente con frustración.

—Te lo he dicho antes, Andrés —respondió, señalando las pantallas dispuestas ante él—, ahora no tenemos tiempo para responder a tus preguntas.

El hombre inspiró profundo por la nariz en busca de la calma necesaria para no abalanzarse sobre ellos y cometer una tontería de la que con seguridad se arrepentiría más tarde. Era obvio que se había equivocado al confiar en esos chicos, y descubrir esa verdad lo estaba devorando por dentro.

—Sabes que mi hija está desaparecida, ¿verdad? —masculló con los dientes apretados—. No sé si está viva o muerta, y tú me pides que me quede aquí sentado mientras tanto. ¿En serio crees que yo también tengo tiempo para esto?

La rabia que destilaban sus palabras no alteró en modo alguno la gélida expresión en el rostro de Yarey.

—Yo también la estoy buscando —admitió, mortalmente serio, y señaló los múltiples monitores en los que varios procesos se sucedían uno tras otro mientras los dedos de Hugo volaban sobre el teclado—. Estamos revisando las cámaras de tráfico y de seguridad más cercanas al lugar de su secuestro en busca de alguna pista.

En cuanto dijo eso, de manera instintiva, Andrés se levantó de su asiento y se acercó a la mesa donde los monitores pasaban a toda velocidad información e imágenes distintas, cotejando rasgos faciales para comparar con los del rostro de su hija.

—¿La han secuestrado? —interrogó ansioso—. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Por qué?

—¡Siéntate! —le ordenó Yarey con un siseo amenazador.

Los ojos de Andrés se encontraron con la boca del cañón demasiado cerca de su rostro. Tragó saliva con esfuerzo y retrocedió un paso.

Leire, quien había permanecido callada hasta el momento, agarró a su padrino del brazo y tiró de él para obligarlo a tomar asiento. Aquello parecía una puñetera película de espías sacada de la más retorcida de las imaginaciones. No quería pensar en los motivos que tenían ambos hermanos para disponer de una habitación tan tenebrosa como aquella en su piso. No obstante, si quería encontrar y ayudar a su amiga, debía mantener la calma y la mente fría, por lo que averiguar la verdadera identidad u oscuras intenciones de sus vecinos quedaba en un segundo plano. Al menos, de momento.

Lo primordial era descubrir quién mantenía retenida a Sara y su paradero exacto, y por lo que lograba deducir, tal vez ellos eran los únicos que disponían de los medios necesarios que los pudieran ayudar.

—Padrino, tienes que tranquilizarte —lo llamó a la calma—. Si queremos encontrar a Sara, no podemos perder los nervios.

El hombre la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¡¿Acaso estás de coña, Leire?! ¡Lo que tenemos que hacer es salir de aquí y llamar a la Policía de inmediato!

Ella sacudió la cabeza y señaló el cañón que los apuntaba de un modo disuasorio, recordándoles que la libertad de sus actos en ese instante no dependía de ellos.

—Ojalá fuera una broma —se lamentó abatida, dicho lo cual, apuntó con la cabeza a la

mujer retenida contra su voluntad—. Pero mucho me temo que la Policía no será de gran ayuda en estos momentos. Si queremos encontrar a Sara con vida lo antes posible, de nada servirá que te metan a ti o a mí una bala en el cuerpo.

Anonadado, Andrés siguió la dirección de su cabeza y observó con detalle —como si lo estuviera haciendo por primera vez desde que entró en la habitación— a la mujer amarrada en la esquina que permanecía callada y los estudiaba con ojos atentos.

Orgulloso por su perspicacia, Yarey se limitó a arquear una ceja dibujando un arco perfecto antes de decir:

—Aplaudo tu buen juicio, Leire. No obstante, tengo que informarte de que esa mujer de ahí no es policía.

Todavía confuso por no haberse percatado antes de la presencia de la chica, Andrés musitó con un hilo de voz.

—Si ella no es policía, entonces, ¿qué es?

—Todavía no lo sé —admitió Yarey con aire preocupado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —cuestionó Leire confusa—. Porque, si mi memoria no me falla, ella es la agente que vino a la facultad a hablar conmigo y con Hugo tras denunciar a Raúl.

—Yo también lo creía. No obstante, siguiendo la corazonada de Yarey, entré en el registro electrónico de acceso a la Policía Nacional y descubrí que en su base de datos no existe ningún agente que se llame Inés Moya —informó Hugo sin despegar la vista del monitor, y con una voz desprovista de cualquier inflexión que demostrase algún tipo de sorpresa o molestia por descubrir que había sido engañado.

Al contrario de Leire, quien contempló a la desconocida con una mezcla de curiosidad y animosidad.

—¿Y tenéis alguna sospecha sobre su identidad?

Yarey también fijó su atención sobre la retenida, quien levantó la barbilla en un gesto retador.

—Eso tratábamos de descubrir antes de que os presentarais aquí —señaló hosco al tiempo que apoyaba el arma sobre la mesa—. Pero no hemos conseguido que abra la boca. Sin embargo, Hugo ha tomado sus huellas con este escáner portátil y ha conseguido colarse dentro del Ministerio del Interior, desde donde tendrá acceso a los sistemas y ficheros de identificación dactilar de cada ciudadano de este país que haya expedido o renovado el carné de identidad, por lo que solo tenemos que esperar a que el sistema coteje los datos y nos diga su nombre real.

Impresionada, Leire tragó saliva con esfuerzo al darse cuenta de que no estaban tratando con un par de aficionados, sino con gente que sabía a la perfección lo que estaba haciendo.

Llegando a la misma conclusión, Andrés arrugó el ceño y fijó la mirada sobre los dos supuestos estudiantes.

—Trabajáis para ellos, ¿verdad? —Ambos chicos lo contemplaron sin entender su pregunta —. Hablo de Zoitec, mi antigua empresa.

Si el ambiente ya de por sí era tenso, la atmósfera se densificó de forma considerable después de esa pregunta y el incómodo silencio que sobrevino a continuación.

—Sí y no —respondió Yarey tras unos interminables segundos.

—¿Quiénes sois exactamente? —se aventuró a preguntar Leire.

—Soldados —respondió Yarey para sorpresa de todos.

Sorpresa que incluso tomó desprevenido a Hugo, quien preocupado por el evidente error de

hablar más de la cuenta exclamó:

—¡¿Qué cojones haces?!

Yarey se encogió de hombros con cierto alivio.

—¿Qué más da? Al fin y al cabo, ya nos han descubierto.

—Cierto, pero tampoco es necesario que des más información de la necesaria. Además, si Bruno se entera…

—¿De verdad crees que habrá alguna diferencia? —lo interrumpió Yarey con la pasividad de quien ya se sabe perdido—. En cuanto el teniente sepa que hemos perdido a Sara, y que nuestra tapadera ha sido descubierta, no los dejará marchar. Así que, ¿qué importancia tiene que lo sepan ahora o cuando los mandos los interroguen más tarde?

Hugo torció el gesto con fastidio y volvió a su teclado murmurando entre dientes.

—Es tu mierda, colega, no la mía. Fuiste tú quien la cagaste, no yo.

Una expresión intimidante ensombreció las facciones de Yarey al escuchar la acusación de su compañero.

—¿Acaso crees que lo hice a propósito? —inquirió cabreado, y a continuación apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó sobre Hugo con aire amenazador—. Es muy fácil hablar cuando te pasas todo el día detrás de una pantalla y no te juegas el pellejo en la calle.

Este le sostuvo la mirada sin amilanarse.

—En ningún momento he insinuado que fuera a propósito, no obstante, tendrías que haberlo visto venir.

—Y lo hice —siseó Yarey tras erguirse y pasarse la mano por el cabello con frustración.

—Demasiado tarde —apuntó Hugo, impávido.

El rostro de Yarey se contrajo, decepcionado por el ataque de su compañero.

—Mi habilidad no funciona cuando yo quiero y lo sabes.

Leire estudió la actitud de ambos chicos e inclinó la cabeza hacia un lado al mismo tiempo que una idea fue tomando forma.

—No sois hermanos, ¿verdad?

Como si de repente se dieran cuenta de que no estaban solos en la habitación, Hugo la miró y resopló con ganas al escuchar su lógica deducción.

—¿En qué te has dado cuenta? ¿En lo diferente que tenemos el blanco de los ojos?

Ella entrecerró los párpados y chasqueó la lengua, destilando rabia.

—Tienes razón, soy una idiota por no haberme dado cuenta de que sois muy diferentes, y que tenerte como hermano ha debido de suponer toda una tortura para Yarey. —Y a continuación miró a este con las manos cruzadas, suplicando su perdón—. No sabes cuánto te compadezco, y si quieres que interceda por ti ante Bruno, solo tienes que decírmelo. Estoy segura de que convivir con este pedazo de gilipollas ha tenido que pasarte factura.

La inquietante mirada gris de Hugo se posó sobre Leire, no obstante, ella se limitó a alzar el mentón con desdén. Entretanto, una sincera carcajada sacudió el pecho de Yarey, demostrando con ello lo mucho que le había gustado su apasionada defensa.

—Quiero entender que Bruno tampoco es vuestro padre, ¿cierto? —interrogó Andrés atando cabos él también.

Yarey asintió.

—Al igual que nosotros, él también es militar.

Otro bufido de desaprobación por la fuga innecesaria de información escapó de los labios de su compañero.

—Los tres pertenecen a una división secreta dentro de la inteligencia militar, ¿no es así? —intervino por primera vez Inés.

Cuatro pares de ojos se posaron sobre ella.

—¿Y tú cómo sabes eso? —interrogó Andrés al ver que los dos muchachos ni desmentían ni confirmaban sus palabras.

La mujer se encogió de hombros para ocultar su expresión tras un velo enigmático.

—Yo también tengo mis fuentes.

De pronto, una alarma saltó en uno de los monitores, captando de inmediato la atención de ambos soldados. Hasta que, unos instantes después, dirigieron su interés hacia la mujer maniatada.

—¿Y qué más te han contado tus fuentes? —interrogó Yarey con una mirada singular, entre irónica y agresiva—. Inés del Valle Rodríguez.

Un gesto de sorpresa demudó el rostro de la falsa policía, aunque enseguida luchó por recuperarse.

—Seguro que habéis oído hablar del secreto profesional, ¿verdad? —respondió ella forzando una sonrisa.

—Sí, lo hemos oído —confirmó Hugo—. Aunque dudo mucho que ese derecho se aplique a una simple estudiante de Periodismo que todavía no ha acabado la carrera.

Inés le sostuvo la mirada con determinación.

—No he hecho nada ilegal —asumió tras una máscara de falsa serenidad—. Al contrario que vosotros, que me tenéis secuestrada y retenida contra mi voluntad.

Yarey arqueó una ceja y tomó un chupa-chups del interior del bolsillo de su sudadera.

—¿Tú crees? —interrogó, emanando una seguridad insultante a la vez que retiraba el plástico que recubría el caramelo con estudiada lentitud—. ¿Qué me dices de la suplantación de identidad? ¿Has oído hablar de ella? Por lo que tengo entendido, es un delito grave y motivo suficiente para interrogar a un civil que huía de la escena de un secuestro.

Una sombra de miedo cruzó por el semblante de la mujer.

—Huía antes de que la secuestraran y lo sabes —señaló inquieta—. Además, no tienes ninguna prueba de ello. Es mi palabra contra la vuestra.

—Eso ya lo veremos —replicó, metiéndose el dulce en la boca.

De repente, un gesto nervioso llamó la atención de Yarey, quien clavó su penetrante mirada sobre el padre de Sara cuando este se revolvió inquieto en su asiento.

—¿No estás de acuerdo, Andrés?

El hombre intentó ocultar su intranquilidad cuando lo enfrentó.

—No lo sé.

Su extraño comportamiento levantó las sospechas de Yarey.

—¿Estás seguro? —El padre de Sara se limitó a asentir, sin embargo, su expresión preocupada era tan evidente que nadie le creyó—. ¿Qué nos estás ocultando?

Una pequeña gota de sudor resbaló por la sien del hombre.

—Nada.

Leire también fue consciente de la poca convicción en su afirmación.

—Padrino…

Yarey arrugó el ceño y alternó la mirada entre Andrés e Inés, sospechando algo.

—¿Acaso la conoces?

—¡No!

La rápida aclaración, contrariamente a lo esperado, aumentó todavía más la desconfianza en el soldado. Así que agarró el arma que había dejado sobre la mesa y se acercó al hombre, que no pudo apartar los ojos del pesado objeto de su mano captando la sutil amenaza. No quería resultar intimidante, pero el tiempo corría en su contra, por lo que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para encontrar a Sara lo antes posible.

—Te aseguro que no me siento cómodo con esta situación, Andrés —habló con absoluta sinceridad tras plantarse ante él—. Pero la vida de tu hija corre peligro y, como ya te dije antes, no tengo tiempo para esto. Así que, si tu deseo es traerla de vuelta antes de que esta situación se complique todavía más, es mejor que sueltes todo lo que sabes. De otro modo, no podré ayudarte, aunque quiera.

Este dirigió una rápida mirada hacia Inés, y después hacia Hugo y los monitores, cuyos datos no dejaban de sucederse uno tras otro en un orden cuyo galimatías solo el joven parecía entender y procesar. Y se frotó la frente ante el temor y las dudas que lo carcomían por dentro.

—Comprendo que no me creas —señaló Yarey al notar el miedo que le impedía tomar una decisión—. Pero, a pesar de lo que pueda parecer, te juro que mi intención siempre ha sido proteger a tu hija.

Andrés alzó los ojos y los clavó sobre el muchacho que tenía frente a él con un brillo esperanzador. Ansiaba creer en él, de verdad que necesitaba pensar que era sincero y que no se había equivocado cuando dejó la seguridad de su hija en sus manos, pero no saber en quién podía confiar lo estaba volviendo loco.

—Padrino… —lo presionó Leire al advertir sus reparos—. Por mucho que me cueste admitirlo, Yarey tiene razón. Si la conoces o sabes algo que pueda ayudarlos, es mejor que lo compartas con ellos.

Confuso, el hombre se inclinó hacia adelante, apoyó los codos sobre las rodillas y escondió el rostro entre las palmas de las manos. Intentar separar la verdad de la mentira en aquella turbia situación trastocaba su juicio hasta el borde de la enajenación. Pero había algo en lo que tenían razón, por el bien de su hija debía de tomar una decisión cuanto antes, por muy difícil que esta resultase.

—¡No me conoce de nada! —soltó Inés, forcejeando con las ataduras que la mantenían sujeta a la silla—. Ni yo al él.

—Eso es cierto —declaró Andrés irguiéndose tras tomar una resolución—. La primera vez que la vi en mi vida fue cuando se presentó como policía buscando ratificar la denuncia que interpusimos contra el desgraciado de Raúl.

Deduciendo que había algo más, Yarey se quitó el chupa-chups de la boca antes instarlo a continuar:

—¿Pero…?

—Pero si no estoy equivocado, sus apellidos coinciden con los del periodista que quiso hablar conmigo tras la muerte de Arturo y cuyo cadáver apareció casualmente en un monte días después.

—¡¿Casualmente, dices?! —siseó Inés, destilando odio por cada poro de su piel. Que hablaran con tanta ligereza de la muerte de su padre echó por tierra todo intento de mantenerse callada, y dirigió su mirada torva hacia ellos, intentando no perder la razón a causa del dolor—. Te aseguro que su muerte fue de todo menos casual. Todo comenzó cuando Arturo Castillo se puso en contacto con él, y aunque llevo meses investigando, todavía necesito averiguar quién de vosotros fue el que lo silenció para siempre.

Una tensa calma cobró protagonismo, hasta que Yarey echó la cabeza hacia atrás y una cáustica carcajada brotó de su garganta.

—Estás loca. Además, ¿qué pruebas tienes para afirmar algo así?

Inés esbozó una lenta sonrisa, dejando ver sus blancos dientes que erizaron el vello de Leire.

—Tengo toda la información recabada por mi padre —aseguró firme—. Pero si tan seguro estás de que miento, ¿por qué no dejas que tu amigo lo investigue?

Yarey giró la cabeza hacia Hugo, cuyos dedos volaban sobre el teclado desde el mismo momento en el que Andrés vinculó el nombre de Inés con el del periodista muerto.

—¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto? —interrogó Leire, cuya voz tembló a punto de romperse y su rostro perdió todo color.

Los dedos de Hugo se detuvieron al escucharla y una extraña sombra oscureció su semblante. No se atrevió a mirarla, estaba a un paso de perder los papeles y sacar a golpes la verdad a aquella falsa policía, pero se contuvo. Era obvio que la mujer no estaba muy bien de la cabeza desde el mismo momento en el que los culpó de la muerte del periodista. Debía mantener la cabeza fría, respirar hondo y hacer lo que mejor se le daba; por Sara, por Andrés y por Leire.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —declaró Inés, mirándola con compasión—. ¿Por qué no le preguntas a tu padrino?

Aturdida, Leire se giró hacia una de las personas que más confiaba en el mundo, y una expresión de horror demudó el rostro de este ante la muda explicación que su ahijada estaba esperando de él.

—Cariño, no sé de qué está hablando, ¡te lo juro!

—¡Miente! —aseguró Inés.

Andrés se revolvió en su asiento.

—¡No, no miento! —declaró, enfrentándola—. Solo hablé con tu padre una vez por teléfono cuando intentó concertar una cita conmigo, pero le colgué en cuanto mencionó el nombre de Arturo. No quería formar parte del circo que en aquel momento se había formado, cuyo único objetivo era destruir la reputación de mi mejor amigo, así que le dejé muy claro que no quería saber nada de él. Días después leí que había aparecido muerto en un monte debido a un desafortunado accidente de caza, pero yo no tengo nada que ver con eso.

El dolor al recordar aquellos días crispó el rostro de Inés.

—Mi padre no era cazador, siempre fue un acérrimo defensor de los animales.

—Nadie lo discute —intervino Hugo, mientras leía un artículo publicado referente a la muerte del periodista—. Sin embargo, aquí dice que estaba investigando sobre la crueldad y vulnerabilidad de los perros galgos cuando estos son abandonados o sacrificados por sus dueños al finalizar la temporada de caza. Durante dicha investigación, tu padre fue alcanzado por un disparo perdido de un cazador en un coto de caza privado en el que se había internado sin los permisos apropiados, poniendo fin a su vida tras un trágico pero evitable accidente.

Una ligera risa sacudió primero el pecho de Inés, seguida por una carcajada desquiciada al tiempo que sus ojos se anegaban en lágrimas.

—Esa es la versión oficial que el mismo Gobierno se encargó de elaborar por medio de una vil mentira —refutó, apretando con tanta fuerza los dientes que parecían a punto de saltar por los aires—. Mi padre no estaba investigando un reportaje sobre galgos abandonados, él estaba metido en algo mucho más gordo.

—¿Algo cómo qué? —interrogó Yarey.

Inés lo miró con tanto odio que parecía a punto de escupirle.

—¿Y tú me lo preguntas? —musitó impotente, al tiempo que retorcía las muñecas contra sus ataduras en un inútil afán de soltarse—. ¿Tú, que al igual que tu compañero, sois uno de ellos?

Capítulo 15

Yarey arrugó el ceño confuso.

—¿A qué demonios te refieres?

—Hablo de los mutantes.

Perplejo, él la contempló sin entender de qué puñetas estaba hablando. Abrió la boca para seguir preguntado, pero justo en ese momento una de sus visiones golpeó su cráneo con fuerza haciendo que el caramelo que sostenía entre los dedos cayese y comenzase a rodar por el suelo.

Noqueado por un instante, se llevó una mano a la frente al tiempo que cerraba los ojos, se tambaleaba hacia atrás y chocaba con el borde de la mesa. Las visiones que sufría desde que era un crío le producían un dolor punzante que duraba mientras las imágenes se sucedían una tras otra. Esas imágenes eran retazos de futuro, de un futuro inminente.

—¡Yarey! —exclamó Leire alarmada al verlo tropezar.

Se levantó de su asiento sin pensarlo con la intención de ayudarlo, pero él enseguida extendió el brazo y detuvo su avance.

—¡No te acerques!

Ella se paró en seco y su expresión se contrajo ante el golpe de realidad. Yarey ya no era ese chico del que estaba enamorada, era un desconocido, un completo extraño que guardaba secretos y en el que no podía confiar.

—Tu mutación son las visiones, ¿verdad? —dedujo Inés satisfecha al confirmar sus sospechas.

Hugo, quien se había levantado para ayudar a su compañero, a punto estuvo de ser él quien lanzara una carcajada al aire por las estupideces sin sentido que esa desequilibrada estaba lanzando. Sin embargo, se contuvo, pues no era el momento de prestar atención a sus desvaríos, así que le dedicó una mirada fulminante antes de ordenar:

—¡Cierra la puta boca, loca!

Una sonrisa complacida se dibujó en el rostro de ella mientras lo estudiaba con atención.

—¿Cuál es tu mutación, Hugo? ¿Qué te hizo el Gobierno? ¿Qué experimentos aberrantes practicaron contigo en el laboratorio ilegal de esa empresa tapadera?

Descompuesto, Andrés observó cómo Hugo ayudaba a un debilitado Yarey a sentarse en la silla que había ocupado apenas unos segundos antes.

—Entonces…, ¿es todo cierto? —musitó Andrés.

Leire giró la cabeza hacia su padrino sin comprender la pregunta.

—¿Qué es cierto? —indagó, agarrándolo por el hombro para llamar su atención— ¿De qué están hablando, padrino?

Andrés sacudió la cabeza, incapaz de procesar algún tipo de información que solo él conocía. Información que lo tenía bajo una fuerte impresión por lo importante o inverosímil que esta debía de ser.

—Y-yo…, yo n-no… —balbuceó de forma confusa.

Yarey abrió los ojos y los posó sobre su compañero con cierta alarma.

—Están a punto de llegar.

Hugo lo observó sin comprender su ambiguo mensaje, al mismo tiempo que echaba mano al

arma que había escondido en la cinturilla de su pantalón cuando se la quitó antes de ayudarlo a sentarse.

—¿Quiénes? —cuestionó confuso al detectar esa sombra de preocupación.

—El teniente.

Un ligero suspiro de alivio escapó de sus labios y aflojó los dedos de la culata.

—Bien.

Casi recuperado de la potente visión, Yarey sacudió la cabeza en claro desacuerdo y se frotó la frente mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—No creo que estés tan feliz cuando sepas que viene con un pequeño ejército.

El desconcierto pintó el rostro de Hugo, quien miró a su compañero, alzando ambas cejas hasta casi el nacimiento de su cabello debido a la sorpresa.

—¿Cómo leches…? —cuestionó, echando un vistazo a los monitores.

—No lo sé, pero es obvio que se han enterado —lo interrumpió Yarey, sabiendo exactamente a qué se refería. Y sin perder tiempo, se giró hacia las tres personas que serían arrestadas en los próximos segundos y fijó la atención en uno de ellos—. Andrés…

Con la mirada vacía fija en un punto indeterminado de la habitación, el padre de Sara se encontraba en un lugar muy lejos de allí.

—¡Andrés! —lo llamó de nuevo.

Leire tocó el brazo del hombre que estaba a su lado para sacarlo de su ensimismamiento.

—Padrino.

Este parpadeó varias veces y enfocó la vista sobre ella, quien le hizo una señal con la cabeza para que atendiera al llamado de Yarey.

—Conoces a Bruno, ¿verdad? —Esperó a que él asintiera antes de continuar—. Como bien dedujo Leire no es nuestro padre, él es el jefe de la División de comunicaciones y pertenece a la Inteligencia militar…

—¿Inteligencia militar? —musitó abrumado.

—Di más bien un grupo secreto del Gobierno —matizó Inés.

Yarey hizo un gesto impaciente con la intención de que ignorara las palabras de la mujer.

—Escúchame, porque no hay tiempo. —Cuando obtuvo de nuevo toda su atención, continuó —: Sería muy largo de explicar, pero os hemos estado vigilando durante todos estos meses, tanto a tu familia como a la de Leire.

—¿Por qué? —preguntó esta.

—Ahora no hay tiempo para…

Con el aplomo recuperado, Andrés repitió la pregunta hecha por su ahijada.

—¿Por qué? —exigió saber con firmeza y una actitud que daba a entender que no lo dejaría pasar.

Hugo posó la mirada sobre Leire. Una mirada que lejos de ser fría e impasible como era habitual en él, inesperadamente se volvió más suave y cálida.

—Por Arturo Castillo —respondió con una sombra de pesar.

Ansioso, Yarey alzó la mano para detener la batería de preguntas que ambos querrían hacerle y continuó hablando.

—Sé que necesitáis respuestas, pero en estos momentos, para mí, es más importante descubrir dónde está Sara. Es muy posible que tu hija corra un grave peligro, y no disponemos de tiempo porque, en el momento en que nuestro mando entre por esa puerta, tanto Hugo como yo perderemos el control de la situación. Lo entiendes, ¿verdad?

Andrés se limitó a asentir, confirmando que había comprendido sus palabras.

—Bien, porque te aseguro que ellos no serán tan amables como nosotros. El tiempo corre en nuestra contra, así que, si sabes algo que pueda…

De pronto, un golpe seco que hizo temblar la puerta los sobresaltó.

—¡Abrid! —se escuchó gritar desde otro lado tras aporrear la madera con los puños—. ¡Abrid ahora mismo!

Los dos soldados se miraron entre sí y, a continuación, al padre de Sara. El apremio en ellos era obvio, pero la incertidumbre que mantenía paralizado al hombre también.

—¡Soltadme! —exigió Inés mientras se retorcía en su asiento.

—¡Andrés! —lo presionó Yarey.

Este negó con la cabeza a la vez que el miedo asomaba a sus ojos. La confusión del momento y la indecisión le impedían reaccionar.

—Os digo la verdad, yo no sé nada.

Leire desconocía si estaba mintiendo o no, aunque su instinto le gritaba que algo ocultaba.

—Padrino, ¡por favor! —le rogó, intentando con todas sus fuerzas ocultar el pánico en su voz.

Otro golpe ensordecedor hizo crujir las bisagras, seguido del movimiento frenético de la manilla.

—¡Hugo! ¡Yarey! ¡Abrid ahora mismo o echamos la puerta abajo!

—¡Ahora abro, señor! —exclamó Hugo acercándose a la puerta con desgana. La lentitud con la que se aproximó estaba destinada a ganar algo de tiempo—. Estoy buscando la llave, espere un momento.

Yarey se acercó a Andrés y se arrodilló ante él mientras lo miraba con urgencia. El tiempo se le estaba agotando y con ello la posibilidad de encontrar a Sara lo antes posible.

—¡Por el amor de Dios! —ladró Inés fuera de sí—. ¡Si tiene algo que decir, dígalo ya!

Andrés se debatía en un mar de dudas. Se mordió el labio con fuerza, indeciso sobre qué hacer. Su mundo se desmoronaba ante sus ojos y solo él podía tomar una decisión que cambiaría el rumbo de su vida. No obstante, su hija era lo primero para él, pero no saber en quién confiar lo estaba volviendo loco.

Era verdad cuando decía no saber nada. No todo, al menos. Arturo solo le había contado retazos de lo que se estaba cociendo en la farmacéutica, y había sido muy claro e insistente cuando le dijo que debía mantenerse alejado de aquel turbio asunto si deseaba mantener a salvo a su familia. Pero, sobre todo, debía persistir en su silencio y fingir ignorancia si alguna vez le preguntaban.

Sin embargo, lo más importante para él, la persona que más quería en este mundo estaba desaparecida, y desconocer quién la mantenía retenida contra su voluntad, o si le estarían haciendo daño en esos momentos, lo angustiaba de tal manera que creía estar a punto de perder la razón.

—Andrés, por favor… —susurró Yarey en un último y desesperado intento.

La culpa y la desesperación ensombrecía el color ámbar en los ojos de Yarey, demostrando que su preocupación era totalmente genuina. Así que, en cuanto la puerta se abrió e irrumpió un pequeño grupo de hombres armados hasta los dientes, Andrés tomó una decisión.

—Pregúntale a él.

Confuso por su respuesta, Yarey arrugó el ceño.

—¿A quién?

—A Arturo Castillo.



El personal que pasaba por delante del despacho escuchaba los gritos a través de la puerta cerrada y a varios metros de distancia. De pie, aguantando el chaparrón, Hugo y Yarey mantenían el tipo como buenamente podían en posición firme ante un oficial de rango superior.

—¡¿Para qué mierda está el reglamento si os lo pasáis por los cojones, soldados?! —estalló el teniente cabreado tras su mesa.

—¡Lo sentimos, señor! —exclamaron los dos al mismo tiempo.

—¡¿Tenéis idea de cuántas explicaciones tengo que dar por no seguir las órdenes?! —les reclamó, contemplándolos con una mueca de fastidio—. ¡Por no hablar de todo el papeleo que debo rellenar!

—¡No era nuestra intención, señor! —se disculpó Yarey en el tono marcial que correspondía ante aquella situación.

Bruno dejó escapar un suspiro y mantuvo silencio durante unos instantes. Estudió a los dos hombres que tenía bajo su mando y decidió averiguar cuánto sabían.

—¿Por qué no me notificasteis la desaparición de la sospechosa? —interrogó cuando consiguió mantener el enojo a raya.

Yarey fue el primero en hablar.

—La culpa es mía, señor, yo tomé la decisión de no informar de inmediato.

El hombre se inclinó en su asiento con cara de pocos amigos.

—¿Por qué?

—Porque la secuestraron delante de mis narices y debía determinar las opciones que se nos planteaban en ese instante con la máxima rapidez —explicó tras cargar con toda la culpa—. Si informábamos al mando, el tiempo de actuación se vería ampliado debido a las llamadas, decisiones, órdenes y esperas que solo lograrían perderles la pista. En un caso como este, usted bien sabe que la rapidez de acción es crucial para encontrar a la víctima con vida. Cada minuto, cada segundo, cuenta.

—Soy muy consciente, soldado. Como también sé que tú no posees la autoridad para tomar dicha decisión.

—Con todo el respeto, señor, no estoy de acuerdo —intervino Hugo.

El jefe de la División de comunicaciones arqueó una ceja con actitud sorprendida. Actitud que se tornó en otra más agresiva y que no presagiaba nada bueno.

—¿Cómo dices? —siseó.

La nuez de Hugo se movió de arriba abajo al tragar saliva.

—No había tiempo —expuso con firmeza—. Yo era el único que podía *hackear* las cámaras de tráfico y las de seguridad pertenecientes a las empresas privadas cercanas para perseguir a la furgoneta en tiempo real. Tanto Yarey como yo estábamos a cargo de la operación en esos momentos. Y en una situación de vida o muerte, o de extremo peligro, tenemos la libertad de actuar según se requiera para garantizar el éxito de la misión.

El hombre apoyó las manos sobre la mesa y se levantó con lentitud de su asiento sin despegar los ojos de Hugo. Tras lo cual, se acercó a él y pegó su rostro a escasos centímetros

antes de decir con dureza.

—¿Situación de vida o muerte?, ¿extremo peligro? ¿Exactamente de quién, soldado?

La frente de Hugo se arrugó al no comprender la pregunta. Para él, la respuesta era clara y tardó unos segundos en declarar.

—De Sara… —carraspeó con fuerza—, quiero decir…, de la víctima, señor —aclaró a punto de perder parte de su confianza.

—¿Ha pasado de ser sospechosa a víctima sin yo haberme enterado? —interrogó Bruno con cierta sorpresa—. ¿Desde cuándo? —Al no recibir respuesta, continuó—: ¿Quién le ha dado permiso para pensar, soldado? ¿Su trabajo no es seguir las órdenes de alguien con más años de entrenamiento y más cualificado que usted? ¿A este completo desastre se refiere usted cuando habla de garantizar el éxito de la misión?

Hugo apretó los dientes para contener la rabia. La tensión en su cuerpo era palpable y una sombra rebelde le cruzó por el rostro al tiempo que los nudillos perdían color a ambos lados de su cuerpo.

—Señor, lo que mi compañero quiere decir…

—¡No estoy hablando con usted, Reyes! —interrumpió su alegato con un bramido—. Teniendo en cuenta que este secuestro puede bien ser una artimaña con la que despistarnos, no está en condiciones de ofrecer argumentos basados en meras especulaciones.

El oficial centró de nuevo la atención sobre Hugo a la espera de una respuesta por su parte, pero este se limitó a sostenerle la mirada sin ceder ni un milímetro.

—¿No piensa responder, soldado Molina? ¿Acaso no está de acuerdo conmigo?

Un muro de silencio incrementó la tensión reinante en el ambiente antes de que los labios de Hugo se despegasen para decir:

—Podría hacerlo, pero no iba a gustarle mi respuesta…, señor.

El hombre achicó los ojos y envaró su cuerpo mientras se contenía a duras penas.

—Desde este mismo instante ambos están fuera de la misión —anunció furioso—. Volverán a sus quehaceres normales hasta que se tome una decisión. No tendrán trato con los sospechosos y quedarán a la espera de nuevas órdenes.

Incapaz de quedarse quieto, Yarey rompió filas al escuchar su resolución.

—¡Señor! —graznó al sentir el pánico subir por su garganta—. ¡No puede…!

—¡Puedo y lo haré! —replicó lapidario—. Ahora les ordeno que abandonen mi despacho antes de que decida arrestarlos y llevarlos ante un consejo de guerra —les advirtió, haciendo oídos sordos, al tiempo que les daba la espalda y tomaba asiento.

—No puede apartarnos así, señor. No es justo que…

Bruno alzó la mirada con un cabreo descomunal.

—He dicho que… ¡¡fuera de mi vista!!



Sara intentó abrir los párpados, pero estos se mantenían pegados contra su voluntad. Notaba el cuerpo pesado al mismo tiempo que una extraña ingravidez, como si no hubiera una conexión estable en la red neuronal de su cerebro. Su mente abotargada mandaba órdenes, pero el resto de su organismo no respondía a ellas. Tras unos instantes, se dejó envolver de nuevo por la

oscuridad de la inconsciencia.

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que volvió a despertar, incapaz de determinar si habían trascurrido segundos, minutos u horas en cada ocasión. Conectaba y desconectaba de manera aleatoria, aunque la lucidez volvía cada vez con mayor prontitud. Al menos, eso creía.

Un olor a humedad y a ambiente cargado golpeó sus fosas nasales, y esta vez sí pudo abrir los ojos. Parpadeó con lentitud mientras intentaba recordar dónde estaba. Luchó por enfocar la vista en un punto determinado, hasta que un techo sucio y desconchado apareció ante ella. El esfuerzo por algo tan nimio la dejó exhausta, trató de separar los labios para hablar, pero sus párpados volvieron a cerrarse y regresó a un limbo onírico donde extraños e inquietantes sueños le producían una angustiosa sensación de que algo no iba bien.

Un ruido amortiguado activó su conciencia de nuevo. Notó un dolor incómodo, por estar mucho tiempo en la misma posición, que la despejó un poco más. Escuchó algunas palabras inconexas a lo lejos, por lo que dedujo que no estaba sola. Probó a mover una mano; después, una pierna; por último, la cabeza. Una sensación de estómago revuelto ascendió por su pecho y garganta hasta provocarle unas intensas arcadas. Cerró los ojos de nuevo y se mantuvo inmóvil durante unos instantes para aquietar las náuseas que amenazaban con vaciar el contenido de su interior. Sentía una acuciante sed y notaba la boca seca y la lengua como el esparto. Abrió los labios para pedir un poco de agua, pero de su garganta solo salió un débil graznido.

Creyó escuchar la voz de una mujer qué decía:

—La Bella durmiente por fin ha despertado.

Capítulo 16

Con la pierna doblada y el pie apoyado en la pared, Yarey escuchaba la conversación que mantenían Hugo y el soldado mientras fingía revisar con interés el estado de sus cutículas. Antes de entrar en aquel despacho, tanto su compañero como él se habían asegurado de que el encargado de vigilar las celdas se hallara solo en su puesto. Para lo que estaban a punto de hacer necesitaban cierta privacidad, así que escogieron el momento de la comida para ejecutar su plan.

El soldado raso cerró sus apuntes para el examen a cabo y los miró con arrogancia.

—¿Dónde están esos permisos? Porque hasta donde yo sé, vuestros nombres constan en la lista negra que os deniega la visita a los detenidos. —Incapaz de ocultar su regocijo, el hombre chistó la lengua y sacudió la cabeza antes de añadir—: ¿Qué habéis hecho esta vez, eh? Porque debisteis de cagarla mucho para que el teniente esté tan cabreado con vosotros.

Hugo se sentó en la esquina de la mesa con la confianza y familiaridad que da el haber compartido las agotadoras jornadas de entrenamiento y sus sempiternas noches de guardia en la base antes de que los destinaran a distintos departamentos.

—Venga, colega, no seas aguafiestas, solo será un momento, nadie se tiene por qué enterar.

El soldado agarró su vaso de plástico, en cuyo interior se dejaba entrever el color marrón de un café solo, antes de llevárselo a los labios.

—Paso.

—Marcos, no me jodas…

Este negó de nuevo antes de abrir los apuntes y darle vueltas a un lápiz entre los dedos.

—No pienso jugármela —afirmó rotundo—. Así que volved cuando tengáis el permiso correspondiente.

Yarey se separó de la pared al mismo tiempo que sacaba un papel doblado del interior de uno de los bolsillos de su pantalón.

—¿Un permiso como este?

Arqueando una ceja cargada de descrédito, el soldado recogió el papel y lo desdobló para leer su contenido.

—¿Hablas de este permiso «falso»?

Yarey apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó un poco hacia él.

—Nadie se va a enterar de que hemos estado aquí, así que ni siquiera lo tendrás que entregar —dijo tras guiñarle un ojo con aire confiado—. Y en el hipotético caso de que nos descubrieran, tú solo tienes que alegar desconocimiento, nosotros dos cargaremos con toda la culpa.

El hombre agitó el papel ante sus narices a la vez que una sonrisa burlona asomaba a su semblante.

—Ni de coña —respondió, mofándose con otro guiño, un infantil gesto destinado a vengarse de ellos por los tiempos pasados.

Hugo y Yarey siempre habían sido mejores que él en todo, y Marcos no había llevado nada bien que ambos fueran destinados a una división altamente secreta con unos privilegios que él jamás obtendría. La envidia hablaba por sí sola, y era obvia la satisfacción que le producía saber que habían caído en desgracia y, con ello, negarles la ayuda que tanto precisaban.

Yarey apretó los puños y su rostro se contrajo en un gesto molesto mientras se apartaba de la

mesa, temeroso de no poder contenerse y acabar rompiéndole la cara a ese imbécil. Tuvo que contar hasta diez para calmarse y no perder los papeles. Pensó en Sara y se obligó a respirar profundo, pues encontrarla era lo único que en ese momento importaba de verdad.

Después de un tenso silencio, Hugo tomó el relevo dispuesto a gastar su último cartucho. En vista de que el hombre no estaba nada dispuesto a cooperar con ellos, dejó salir un pesado suspiro, y el sonido del velcro rasgó el aire cuando agarró el móvil que guardaba en el bolsillo de su chaquetilla. Desbloqueó la pantalla y buscó un vídeo en los archivos de su memoria antes de extender el brazo y ofrecérselo a su compañero.

—No quería llegar hasta este punto…, pero no me dejas otra opción —dijo serio.

Marcos cogió el teléfono y presionó el icono del *play* que aparecía en la pantalla donde él y otra persona más se encontraban en una situación comprometida. Cuando terminó de ver la grabación, de evidente carácter sexual, su rostro había perdido todo rastro de color.

—Esto es ilegal —siseó entre dientes a la vez que les lanzaba una mirada a ambos cargada de rabia y temor—. Os voy a poner una denuncia que os vais a cagar.

—A nosotros no nos mires, díselo a quien lo subió a la red —replicó Hugo guardándose el móvil en el bolsillo tras concluir con su cometido—. Por supuesto, nosotros no hemos sido, este vídeo lo encontré por causalidad, a mí me importa una mierda a quien llevas a tu cama en tu tiempo libre.

El soldado se levantó de su asiento con una expresión entre preocupada y retadora.

—Dudo que lo hayas encontrado por causalidad.

Hugo se encogió de hombros sin demostrar arrepentimiento.

—Es cierto que buscaba algo con lo que obligarte a ayudarnos por si te negabas, pero no era mi intención que esto apareciera.

—¿Me estáis amenazando? —cuestionó, intentado leer sus intenciones

—En absoluto —intervino Yarey, sincero—. Pero nosotros necesitamos tu ayuda tanto como tú la nuestra. Si haces la vista gorda por esta vez, Hugo puede hacer desaparecer ese vídeo de internet sin dejar huella. Por el contrario…

—¿Por el contrario…?

Un intencionado silencio cayó sobre ellos como una pesada losa, hasta que Hugo tomó la palabra de nuevo.

—La decisión es tuya, por supuesto. Nosotros no queremos obligarte a nada, pero debes saber que ese vídeo ya debe de estar circulando por un montón de páginas y chats privados. Aunque hables con quien lo subió para que lo retire, no podrás eliminarlo del todo.

Con el rostro descompuesto, el hombre se quitó la gorra y se revolvió el pelo, llevado por la frustración, hasta que posó una nueva mirada sobre Hugo a caballo entre la desconfianza y la esperanza.

—¿Y tú sí?

Este solo se limitó a asentir al mismo tiempo que, en su rostro, las comisuras de sus labios se elevaron lentamente, envueltas en un aire de confianza e impertinencia que produjo un escalofrío en Marcos.

Parados en medio del pasillo, tanto Hugo como Yarey sostenían en sus manos las llaves de las celdas, cuyas puertas se encontraban una frente a la otra. Ambos se miraron y asintieron, decididos a cumplir con la misión que los había llevado allí.

—Disponemos de poco tiempo, así que hagámoslo lo antes posible —advirtió Yarey al tiempo que introducía la tarjeta en la cerradura electrónica.

Sin embargo, cuando estaba a punto de girar el pomo, una voz lo detuvo.

—¡Espera!

Se giró, sorprendido por la urgencia que escuchó en el tono de su compañero.

—¿Qué ocurre?

Hugo se frotó la nuca con una actitud más bien tensa. De igual modo, escondido tras su habitual expresión fría y reservada, no dejaba vislumbrar sus verdaderos pensamientos.

—Será mejor que hables tú con ella —señaló taciturno—. A Leire siempre le has gustado, por lo que, si se va a abrir con alguien, seguro que será contigo.

Yarey buscó la mirada de su amigo, pero este la esquivó incómodo.

—¿Estás seguro?

Hugo asintió, y no esperó a ponerse de acuerdo para intercambiar impresiones o confidencias, así que le ofreció su llave y accedió a la celda donde se encontraba Andrés.

Ya en su interior, echó un breve vistazo al lugar antes de posar su atención sobre el padre de Sara. El reducido espacio del calabozo constaba de un mobiliario de lo más espartano y funcional: un retrete, un lavamanos, una pequeña superficie construida en ladrillo donde acomodar un colchón, y una estrecha mesa del mismo material donde poder comer, leer o apoyar algún objeto personal. Sentado en una silla delante de esa mesa se encontraba Andrés, con los codos apoyados sobre la dura superficie, los hombros hundidos y la cabeza escondida entre sus manos.

Este giró el rostro al escucharlo entrar y sus ojos se abrieron desmesurados.

—¡¿Hugo?!

El muchacho asintió y tuvo que tragar saliva al advertir el lamentable aspecto del hombre que tenía ante sí.

—Hola, Andrés.

Los ojos del detenido, húmedos por las lágrimas, brillaron con algo parecido a la esperanza.

—¿Habéis encontrado a mi hija?

Un velo de pesar ensombreció el semblante del soldado. Impotente por no ofrecerle buenas noticias, bajó la mirada al suelo.

—Lo siento, todavía no.

Aquellas dos palabras supusieron para Andrés un contundente golpe de realidad, aunque se resistió a perder toda esperanza.

—¿Vienes a sacarme de aquí?

Hugo apretó los dientes hasta convertir sus labios en una fina línea. Frustrado, se frotó la frente y se preguntó si de verdad aquella visita había sido una buena idea.

—Ojalá pudiera —se disculpó ceñudo—, lo siento.

Andrés se levantó de su asiento y le dio la espalda mientras se cruzaba de brazos.

—¿A qué has venido, entonces?

—A pedirte ayuda para encontrar a tu hija —habló, arrastrando las palabras.

El hombre se dio la vuelta con lentitud mientras una sonrisa vacía se dibujaba en su rostro, hasta finalizar en una carcajada desdeñosa que resonó en el minúsculo lugar.

—Estás de broma, ¿no? —cuestionó incrédulo.

Hugo dio un paso adelante, pero se detuvo en seco ante la fría y dura mirada que le lanzó el padre de Sara.

—Andrés, sé que no me crees, pero…

—Tienes razón, no te creo —lo interrumpió de manera abrupta. Miró hacia el techo e hizo un breve gesto con la cabeza hacia una cámara de videovigilancia atornillada a la pared—. No sé cuántas horas llevo aquí, pero ya les he dicho a tus jefes todo lo que sé, así que no pierdas tu tiempo conmigo.

—Esta conversación no está siendo grabada —confesó al advertir el sensor y la luz roja que parpadeaba como un fiel recordatorio de la falta de privacidad—. Mi presencia aquí no está permitida, así que he pinchado el circuito cerrado y una grabación anterior se está reproduciendo en bucle.

Andrés arqueó una ceja cargada de escepticismo.

—Y pretendes que me lo trague, claro.

Una expresión exasperada hizo levantar los brazos a Hugo, dejándolos caer con derrotismo a continuación.

—No pretendo nada, Andrés. Es más, en estos momentos no me importa lo que el Ejército requiere de ti. Solo sé que tanto a Yarey como a mí nos han apartado de esta misión y que no tenemos ninguna pista que nos ayude a averiguar el paradero de tu hija. Ambos estamos preocupados, el tiempo corre y nadie se ha puesto en contacto con nosotros para pedir algún tipo de rescate o de exigencia. Por primera vez en mi vida, no sé exactamente por dónde tirar.

El hombre dedicó unos preciosos segundos en detectar la sinceridad en sus palabras. Había confiado una vez en esos chicos y le habían fallado, por lo que, para él, no era sencillo creer de nuevo en la supuesta honestidad de sus actos.

—Una vez fui demasiado ingenuo cuando os pedí que la cuidarais, no volveré a caer en la misma trampa —señaló con el ánimo por los suelos.

Su hija estaba en peligro, o tal vez no; encerrado entre aquellas cuatro paredes Andrés no podía estar seguro de nada. Solo podía rezar para que todo aquello fuese otra más de sus pantomimas con la única intención de sonsacarle información.

Llevado por la frustración, Hugo se frotó el cuello al mismo tiempo que intentaba buscar una manera de ganarse su confianza.

—¿Qué puedo hacer para que me creas?

Andrés clavó en él una mirada tan angustiosa que le traspasó el corazón.

—Sácame de aquí.

Hugo se la sostuvo sin amilanarse ni un ápice.

—¿Y después qué? —cuestionó serio—. ¿Qué harás cuando huyas de aquí y el Ejército entero te busque por todo el país? ¿Dónde podrás esconderte, cómo sobrevivirás sin dinero, sin nadie que te eche una mano? ¿Cómo podrás encontrar a tu hija sin ningún medio a tu disposición? ¿Lo has pensado?

El impacto de esas verdades golpeó a Andrés con fuerza, como si cada una de esas preguntas fuese un muro de hormigón con el que estampase la cabeza, rebotase y de nuevo aporrease su frente contra la dura superficie. Desesperado, alzó los brazos, se llevó ambas manos enlazadas a la parte posterior de la nuca y le dio la espalda mientras caminaba de un lado a otro. Era un acto de fe fiarse otra vez de las intenciones de aquel muchacho, una fe que no podía depositar así sin más. No obstante, si había una posibilidad, una sola probabilidad de que le dijera la verdad… Tal

vez podría arriesgarse, hasta cierto punto, por el bien de su hija.

—¿Y qué pretendes que haga mientras me mantienen aquí encerrado? —indagó receloso—. Por mucho que quiera ayudarte, estoy atado de pies y manos.

Hugo estiró el brazo y tocó su hombro para detener su inquieto paseo.

—Solo necesito que pienses, que recuerdes cualquier cosa, el más nimio detalle que pueda ayudarme a encontrarla.

Un gesto impertérrito ocultaba lo que verdaderamente pasaba por la cabeza del hombre.

—Te repito lo mismo que la última vez, la respuesta solo la tiene Arturo.



Al otro lado del pasillo, Yarey entró en la celda que ocupaba Leire y el alma se le cayó a los pies al verla hecha un ovillo sobre el catre mientras le daba la espalda a la puerta. Se acercó despacio y, por primera vez en su vida, no supo qué decir. La culpabilidad tomó forma de nudo en la garganta al verla allí, tan sola y vulnerable, y las palabras se negaban a salir de su boca.

—Leire… —la llamó con un hilo de voz.

Ella no abrió los ojos, ni tampoco se movió, pero dejó de fingir estar dormida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al reconocerlo.

Yarey carraspeó con fuerza para deshacer esa bola que atascaba el discurso que con tanto cuidado había preparado.

—Vengo a pedirte ayuda.

Leire giró la cabeza y lo miró con crudeza. La tristeza en su rostro y la sombra oscura bajo sus ojos fueron como un puñetazo directo al estómago.

—No puedo creer que tengas el valor de presentarte aquí para pedirme ayuda.

Incapaz de sostenerle la mirada, él giró la cabeza hacia otro lado.

—No lo haría si no estuviera completamente desesperado —admitió avergonzado.

Despacio, como quien lleva el peso del mundo sobre sus hombros, Leire se bajó de la incómoda tarima donde descansaba. Arrastró los pies por el suelo y se plantó delante de él.

—¿De verdad piensas que me importan una mierda tus problemas? —planteó con rabia contenida. A continuación, extendió el brazo e hizo un gesto con la mano señalando el lugar—. Ya bastante dificultades tengo por tu culpa, ¿no crees?

Yarey echó un breve vistazo al catre, a las paredes, al sanitario y al lavamanos de acero inoxidable que compartían la misma gama monocromática de color gris que el uniforme de preso que vestía y que tan holgado le quedaba. Respiró hondo y la miró a los ojos con decisión.

—Te aseguro que mi intención nunca fue que esto acabara así.

Ella se cruzó de brazos con un frío y despectivo gesto.

—¿En serio?, ¿no me digas?

—Leire…

—¿Habéis encontrado a Sara? —lo interrumpió, negándose a escuchar ninguna excusa más. Ante su silencio, el semblante de ella se ensombreció todavía más—. ¿Y mi madre?, ¿qué habéis hecho con ella?, ¿está…?

—Está bien —se apresuró a responder. Al menos, por ese lado sí podía ofrecerle respuestas y calmar un poco su angustia—. Tanto ella como tu madrina están bien.

—¿Y Andrés?

Un suspiro de alivio escapó de los labios de Leire y la crispación de su rostro se aligeró levemente cuando él asintió. Tras lo cual, le dio la espalda y se abrazó a sí misma para mitigar el frío que la atenazaba por dentro y cuyos temblores sacudían su cuerpo de arriba abajo.

—¿Qué quieres de mí?

La esperanza hizo que Yarey se moviera hacia ella.

—Necesito que me digas cualquier cosa que me ayude a encontrarla, Leire. Lo que sea.

—Ya no sé qué más hacer para que tú y los tuyos me creáis —musitó con una voz átona, carente de toda fuerza, debido a las horas de interrogatorio anteriores—. No tengo ni idea de por qué se llevaron a Sara. Ignoro quién puede querer hacerle daño o retenerla contra su voluntad. Desconozco la identidad de las personas que nos vigilaban o cuáles eran sus intenciones. Como tampoco tengo idea de por qué estoy aquí o de qué soy sospechosa.

Se hizo un silencio pesado, abrumador, cargado de preguntas sin respuestas, de dudas y de dolor… Hasta que Yarey tomó una decisión y despegó los labios para decir:

—Estás aquí por tu padre.

Confusa, Leire se giró hacia él con los ojos bañados en lágrimas. La desesperación y el agotamiento mental estaban haciendo verdaderos estragos en ella. Y aun sabiendo que no era una buena idea, él quiso darle una explicación. Al menos le debía eso. Sin duda, se lo debía.

—Mi padre —repitió con la voz rota—. No entiendo por qué insistís tanto en echarle la culpa.

La compasión asomó al rostro de Yarey antes de ofrecerle la explicación que tanto ansiaba.

—¿Has oído hablar alguna vez del trastorno de estrés postraumático? —Cuando ella sacudió la cabeza de manera afirmativa, él continuó—: Por desgracia, muchos compañeros de profesión sufren ese tipo de enfermedad cuando vuelven de una misión humanitaria traumática o de una larga estancia en un país en conflicto bélico. La gran mayoría se recuperan o mejoran a través de psicoterapia y medicación, pero hay otro porcentaje que genera una enfermedad mental subyacente.

—¿Eso que tiene que ver con mi padre o con nosotros?

Yarey se rascó la barbilla mientras buscaba con cuidado sus siguientes palabras.

—Parte de lo que Inés dijo era cierto —confesó, mirándola directo a los ojos—. La empresa farmacéutica donde trabajaba tu padre es una tapadera del Gobierno. Hay varias por todo el país, y en cada delegación se encuentra un laboratorio secreto donde estudian varios tipos de afecciones mentales originadas por el TEPT[2]. Por supuesto, los experimentos que allí se realizan no son nada sórdidos, tal y como ella sugiere. Las pruebas y medicación que se desarrollan en esos laboratorios tienen como única finalidad ayudar a esos soldados enfermos. La mayoría de ellos responden bien a los tratamientos, pero…

—¿Pero?

—Hay un bajo porcentaje al que su nivel de agresividad y tolerancia a los antidepresivos y ansiolíticos los vuelven altamente peligrosos.

Leire arrugó la frente e inclinó con suavidad la cabeza hacia un lado intentando asimilar dicha información.

—Repito, ¿qué tiene eso que ver con mi padre o con nosotros?

—Unos meses antes de la muerte de tu padre, la farmacéutica le ocultó al Ejército la huida de dos de sus soldados. Los buscaron por su cuenta, pero no fueron capaces de hallarlos. Cerraron el cerco lo máximo posible, hasta que dieron con un probable sospechoso que los ayudó

a desertar: Arturo Castillo.

Leire negó la información de manera tajante.

—¡¡No!! ¡Eso es imposible!

Capítulo 17

—Es normal que te niegues a aceptarlo —reconoció Yarey.

Leire comenzó a pasearse de un lado a otro como un león enjaulado.

—Conozco a mi padre mejor que nadie —terqueó—, y te digo que es imposible que él ayudara a dos soldados enfermos a escapar.

—Es muy probable que en ese momento él no supiera que estaban enfermos.

Ella se detuvo en seco y arqueó una ceja con escepticismo.

—¿Y por qué deduces algo así? ¿Acaso tienes poderes adivinatorios?

Él emuló su gesto arqueando también una ceja con aire divertido.

—Te morías por preguntarlo, ¿verdad? —Leire no respondió, su silencio lo hizo por ella—. Es cierto, sufro de visiones premonitorias. Y no es algo de lo que me vanaglorie, te lo aseguro.

Indecisa, se debatía entre creerlo u ofenderse por tomarla por idiota. Sin embargo, lo vivido en aquel apartamento mientras la retenían contra su voluntad antes de la anunciada llegada del Ejército, ponía en duda todas sus creencias.

—¿Tienes idea de lo raro que suena eso?

Yarey se limitó a encogerse de hombros.

—No espero que me creas, es lo que hay.

Agobiada, Leire comenzó de nuevo su nerviosa caminata.

—Volvamos atrás, ¿quieres? Todavía no estoy preparada para escuchar la historia de tus supuestos poderes a lo X-men.

A pesar del momento, Yarey se peleaba con las comisuras de su boca para no formar una sonrisa.

—De acuerdo, volvamos a lo de tu padre —accedió—. Al principio no lo entendí, pero es la única explicación que encontré después de recordar las palabras de Inés —dijo tras recuperar la seriedad—. Ella sostiene que tu padre le contó al suyo algo acerca de unos supuestos experimentos ilegales realizados en la farmacéutica. Lo más probable es que Arturo se encontrara con estos soldados por casualidad en su huida, y que ellos le contaran una mentira para que los ayudara a escapar. Puedo entender que, desconociendo las acciones que la empresa llevaba realizando de forma secreta, sus mentiras tuvieran peso y lo indujeran a creer una historia que distaba mucho de la realidad.

Poco convencida, se detuvo de nuevo al escuchar su teoría.

—Aun así…

—También podrían haberlo obligado —la interrumpió con otro posible motivo, y se tomó unos preciosos segundos para imaginar un nuevo y factible escenario—. En su huida, los desertores se toparon con tu padre por casualidad y lo coaccionaron contra su voluntad. Aprovecharon los conocimientos que este tenía sobre el edificio; estoy seguro de que fue un blanco fácil para dos soldados bien entrenados usar la fuerza física con él, pues necesitaban a alguien que los sacara de allí sin llamar la atención y evitar a toda costa que saltaran las alarmas. Como ya te he dicho, la enfermedad que padecen puede volverlos muy violentos, por lo que no sería nada extraño que la usasen contra tu padre.

—Eso no explicaría por qué no los denunció después.

Yarey se frotó la mejilla mientras sopesaba las razones.

—Tal vez lo tenían amenazado con haceros daño a ti y a tu madre si acudía a la Policía.

Poco convencida, Leire todavía le daba vueltas al asunto. Desde que había llegado a ese lugar, no había hecho otra cosa más que repasar los últimos meses de su vida sin llegar a una conclusión que le aclarara los motivos por los que se encontraba en esa pésima situación.

—¿Y las drogas? —interrogó ella con gesto adusto—. Porque no me trago ni por un solo segundo que mi padre robase material a la farmacéutica para crear drogas de diseño. Te aseguro que no era ningún camello y, por supuesto, tampoco las consumía.

Yarey mantuvo silencio. Podía entender su negación a creer algo tan despreciable de su padre, por lo que decidió no hurgar en esa herida. Aun así, las pruebas no mentían, y la autopsia concluía que el hombre iba puesto hasta arriba en el momento del accidente que desembocó en su muerte.

—No tengo todas las respuestas, Leire —admitió apesadumbrado—. Y por eso mismo estoy aquí.

Ella lo contempló con una mirada teñida de tristeza.

—Siento decepcionarte, como ya te dije antes, yo tampoco tengo las respuestas que buscas.

Él se acercó despacio y la tomó por los hombros con ternura.

—Piénsalo bien —la instó—. Enfócate en los momentos sin importancia que por un motivo u otro llamaron tu atención. Esos extraños sucesos fuera de contexto que ocurrieron antes o después de la muerte de tu padre y que desechaste porque no tenían sentido en aquel entonces.

—¿Qué crees que he estado haciendo estas últimas horas? —replicó frustrada al mismo tiempo que se revolvía el pelo.

Comprendiendo su impotencia, Yarey le tomó las mejillas entre sus manos para aportarle calma y confianza.

—Cierra los ojos y respira hondo —le ordenó con voz suave—. Recuerda esos pequeños detalles que pasaron desapercibidos en esos instantes, pero que te resultaron extraños tiempo después y que desechaste por no ser importantes. Momentos, lugares, personas que no debían estar en un lugar concreto y que sin embargo…

—¡Un segundo! —El rostro de Leire volvió a la vida al recordar un dato en el que no había pensado antes. Nerviosa, cerró con más fuerza los párpados en un intento de revivir cada detalle —. El día del entierro… En el cementerio… Un chico bajo el árbol… La lluvia… Un chubasquero de color azul marino… Vigilaba… Nos vigilaba…

De pronto, un dolor agudo atravesó a Yarey cuando él mismo tuvo otra visión que lo golpeó con fuerza. Se agarró la frente y se separó de Leire trastabillando hacia atrás.

—¡Yarey, ¿estás bien?! —exclamó ella cuando escuchó su lamento de dolor.

Él abrió los ojos e intentó fijar la vista mientras recuperaba el aliento.

—¡¡Mierda!! Tenemos que irnos —musitó, apretándose las sienes con un rictus de sufrimiento—. No hay tiempo…

—¿Tenemos? —cuestionó ella con una nota de esperanza—. ¿Me vas a sacar de aquí?

Yarey negó con firmeza al mismo tiempo que miraba hacia la puerta.

—Lo siento, pero no puedo —se disculpó con pesar.

Se acercó tambaleante y pegó el rostro con cautela al pequeño cristal de la puerta —el mismo que se utilizaba desde el exterior para vigilar a los rehenes—, mientras espiaba el pasillo por si venía alguien.

Leire lo siguió y se agarró a él con desesperación.

—No me dejes aquí, te lo suplico.

Yarey se giró y tomó sus manos mientras tragaba saliva con esfuerzo. Nada le habría gustado más que llevársela con él, pero era demasiado peligroso. A pesar de lo que sus superiores podían pensar, él estaba seguro de que tanto su familia como la de Sara eran inocentes. Se lo gritaban sus entrañas. La corazonada de que algo no cuadraba en aquella historia. Y su instinto jamás se equivocaba.

La angustia y el miedo en el rostro de Leire lo estaban destrozando por dentro, pero en el fondo sabía que era mejor que se quedara. En esos momentos debía pensar en cuáles eran sus prioridades, y su principal prioridad era salvar a Sara antes de que fuera demasiado tarde, ya que nadie más estaba haciendo nada por encontrarla.

—Escúchame —le rogó, con un tono que desbordaba urgencia a la vez que seguridad y confianza en sí mismo—. Tanto Hugo como yo estamos aquí pese a la oposición de nuestros mandos, pero te prometo que haremos lo imposible por sacarte de este lugar antes de lo que piensas. No obstante, primero debemos averiguar el paradero de Sara, es crucial encontrarla antes de que… —No pudo terminar la frase; se negaba a verbalizar el peor de los escenarios. Miró a Leire a los ojos y ambos se entendieron sin necesidad de decir nada más—. Mientras tanto, solo tienes que resistir un poco más. Solo debes mantenerte fuerte hasta que podamos demostrar vuestra inocencia, ¿de acuerdo?

Ella se mordió el labio inferior con desesperación para evitar que este temblase, al mismo tiempo que las lágrimas humedecían sus mejillas, incapaz de retenerlas por más tiempo. Entendía lo que él le pedía, aunque le costase la misma vida no suplicarle que la llevase con él.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —musitó con la voz rota—. ¿Cómo vais a encontrar vosotros solos a Sara? ¿Cómo vais a demostrar la inocencia de mi padre sin ayuda alguna?

Desgarrado por dentro, Yarey debía admitir que no tenía ni idea. Había ido demasiado lejos como para echarse atrás, arriesgándose a ser descubierto y acusado de traición con el único pensamiento de encontrar respuestas. Sin embargo, no había hallado ninguna que sirviera para su causa. Así que, escondiendo las dudas que comenzaban a atormentarlo, se limitó a abrazarla durante unos preciosos instantes antes de darle la espalda y abandonarla en aquella minúscula celda. El tiempo se les acababa y, si flaqueaba llevado por la culpa, sería él quien acabaría en otro calabozo con un destino tal vez peor que el de ella. Solo esperaba que Hugo hubiera tenido más suerte en su misión.

Con sigilo, Yarey llamó a la puerta de enfrente donde se escondía su compañero, encontrándose con la mirada de Andrés, quien se mostró sorprendido de verlo allí. No era necesario ser muy inteligente para saber que algo no andaba bien tras ver su expresión nerviosa y apurada, por lo que Hugo dedujo que las cosas se habían torcido y se apresuró a preguntar:

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Muy poco.

Él asintió y sacó el móvil del bolsillo. Con presteza desbloqueó la pantalla principal y, mientras escuchaban unas voces y pasos acercarse por el pasillo, accedió a una aplicación remota que hizo saltar las alarmas de seguridad.

Ambos corrieron a agacharse y pegarse a la puerta al mismo tiempo que escucharon detenerse los pasos que, tan solo unos segundos antes, se aproximaban con aparente tranquilidad. Tras unos instantes de desconcierto, esas mismas pisadas y voces se dividieron; mientras unos se alejaban por el pasillo en dirección contraria, otros se acercaron a las celdas para comprobar, a través de los cristales de seguridad, que ambos rehenes seguían en su interior.

Después de verificar que las puertas estaban cerradas y que era imposible la huida, esos pasos siguieron la misma dirección de sus compañeros, momento en el que Hugo y Yarey aprovecharon para salir de allí sin ser vistos.



Sara consiguió incorporarse con esfuerzo y enfocar la mirada en las dos personas sentadas a pocos metros de ella. Su cabeza embotada todavía daba vueltas, y otra arcada subió desde la boca del estómago por su esófago hasta dejarle un regusto amargo en el fondo del paladar cuando consiguió controlar la bilis.

Sentadas sobre dos cajas de madera, las típicas utilizadas para transportar la fruta, una pareja joven parecía estar comiendo un sándwich. En vista de que por el momento la ignoraban, Sara aprovechó para estudiar su alrededor. El espacio en el que se encontraba parecía una antigua aula abandonada, cuya luz natural se colaba por un único y sucio cristal de una desvencijada ventana. No tenía idea de la hora que era, pero el sol se estaba escondiendo, y uno de los captores se levantó para encender el característico farolillo led que se usa en los *campings* y que colgaba de un clavo incrustado en la antigua pizarra verde.

A pesar de estar limpio y ordenado, las desnudas paredes del lugar presentaban varias pintadas, y el color mugriento del techo y tabiques deslucían cuarteados y agrietados, revelando la precariedad y soledad de aquel lugar. Un lugar propicio como escondite en el que sus captores parecían pernotar dado que, muy cerca de ellos, se encontraban dos sacos de dormir estirados en el desgastado y resquebrajado suelo. Entre ellos, un inconfundible hornillo de gas calentaba lo que parecía ser una cafetera, cuyo olor a café recién hecho impregnaba lo que suponía era el refugio secreto de sus captores.

Sara era consciente de que, tanto el chico como la chica, sabían que estaba despierta, aunque de momento dieran prioridad a llenar sus estómagos y relegasen su presencia a un segundo plano.

Los espió de reojo, poniendo especial énfasis en que no se diesen cuenta de su escrutinio. Los dos extraños andarían en torno a su edad, aunque la chica pareciese un par de años más joven que el chico. Enfundados en unos gruesos plumíferos con los que protegerse de las frías noches, ambos vestían ropas cómodas y duraderas: como eran unos viejos *jeans* y amplias sudaderas que parecieran necesitar con urgencia un lavado de cara.

La chica le daba la espalda a Sara, por lo que no podía vislumbrar bien su perfil, y tampoco ayudaba a que la cabeza estuviese escondida bajo la capucha de la sudadera gris que vestía. Pero lo más extraño de todo era los enormes cascos que utilizaba por encima de la capucha que, si no andaba muy equivocada, no eran los típicos para escuchar música. Eran cascos protectores, cuya peculiaridad era amortiguar el ruido exterior, como los que utilizan los obreros o las personas con autismo para protegerse de los fuertes sonidos. Los conocía bien porque el niño al que le daba clases particulares tenía un hermano con TEA[3].

Sara arrugó el ceño al darse cuenta de que aquello no era lo único peculiar. El chico, cuyas facciones le querían resultar familiares, usaba unas gafas de seguridad completamente opacas y selladas en los laterales: como las que utilizan los soldadores profesionales. Lo raro de aquel original accesorio era que, debido a lo sombrío del lugar, estaba segura de que el muchacho no

debía de ver nada.

La curiosidad la hizo abandonar toda precaución, por lo que el desconocido se dio cuenta de su exhaustivo escrutinio.

—¿Tienes alguna pregunta que hacer? —cuestionó, enfocando su atención sobre ella.

Asustada, Sara bajó la mirada y sacudió la cabeza. El muchacho, lejos de quedar satisfecho con la respuesta, dejó salir un exasperado y profundo suspiro antes de levantarse de su asiento y acercarse a ella.

—Toma.

Recelosa, alzó los ojos y se encontró con que le ofrecía una botella de agua y un sándwich de máquina. Con cautela, como si estuviese a punto de agarrar una bomba que disponía de una cuenta atrás y que podría explotar en cualquier momento, Sara extendió una mano temblorosa hacia el envase de plástico.

—Tranquila —dijo el desconocido con una sonrisa misteriosa—, no está envenenada.

Sin atreverse a pronunciar una sola palabra, Sara miró primero al chico y después a la botella que sostenía entre sus dedos de manera alternativa, hasta que perdió la batalla y abrió el envase para saciar su acuciante sed.

La sonrisa irónica se amplió en el rostro del desconocido, quien se agachó para dejar el sándwich a su lado, y después se alejó para ocupar de nuevo su asiento delante del hornillo.

Tras vaciar la botella casi de un trago, Sara se secó los restos de agua con el dorso de la mano y los observó de nuevo. Ambos actuaban como si ella no estuviese allí, y esa actitud en apariencia despreocupada la confundía en extremo. Por un lado, la ponía nerviosa esa falta de interés y no saber qué era lo que querían de ella o por qué la habían secuestrado. En cambio, por otro lado, prefería no llamar la atención mientras estudiaba la situación y un modo de salir de aquel atolladero. Por desgracia, la carencia y abandono del lugar no ofrecía muchas alternativas: una puerta desvencijada y una ruinosa ventana eran las únicas vías de escape.

Así que, reuniendo un valor que no creía poseer, carraspeó con fuerza y formuló la pregunta que le quemaba en la punta de la lengua:

—¿Por qué estoy aquí? —indagó, después de afrontar que era mejor descubrir lo que en verdad querían que imaginar todo tipo de teorías que solo la angustiaban más—. ¿Qué queréis de mí?

La mujer giró la cabeza y le dedicó una fría mirada que le heló la sangre. Sara tragó saliva con fuerza al pensar que tal vez había cometido un error al preguntar. La expresión cruda y gélida de la chica le produjo un escalofrío que la recorrió de arriba abajo.

—¿Prefieres la versión corta o la extendida?



Yarey y Hugo habían logrado llegar a su habitación en la base justo a tiempo, pues solo veinte segundos más tarde un soldado había llamado a su puerta para verificar su paradero. Eran obvias las sospechas de sus superiores hacia ellos, por lo que había sido importante crearse una coartada de cara al alboroto que habían organizado para no ser descubiertos, aunque fuera casi por los pelos.

—¿Descubriste algo? —indagó Yarey cuando creyeron estar a salvo—. ¿Pudiste sacarle

algún tipo de información a Andrés que nos ayude a encontrar a Sara?

El rostro de su compañero lucía contrariado bajo una expresión de fracaso antes de responder:

—No, lo siento —dijo, contrayendo el gesto de manera inconsciente—. No logré que confiara en mí. ¿Y tú?, ¿conseguiste que Leire te contara algo?

Yarey sacudió la cabeza al mismo tiempo que maldecía para sus adentros.

—Me aseguró que no sabía nada y yo la creo.

Hugo se llevó las manos a la cabeza y comenzó a dibujar un camino que lo llevaba de un lado a otro de la habitación.

—Jamás en mi vida me he sentido tan impotente como ahora mismo —se lamentó—. He revisado todas las cámaras de seguridad cercanas al lugar del secuestro sin resultado alguno. No sé cómo lo lograron, pero en algún momento consiguieron desaparecer si dejar el menor rastro.

—¿Ha dado algún resultado la matrícula de la furgoneta?

—La Policía la encontró esa misma noche tras recibir la correspondiente denuncia, y no he conseguido imágenes del momento del abandono, así que estamos como al principio. No hay testigos, no hay indicios, no hay nada.

Yarey dejó escapar un profundo y largo suspiro antes de frotarse el rostro, llevado por la frustración.

—¡Maldita sea! —masculló entre dientes.

Hugo se obligó a detener su inquieto paseo, apoyó el hombro en la pared al mismo tiempo que se cruzaba de brazos. Debía mantener la mente despejada y no dejarse llevar por la desesperación; algo más fácil de decir que de hacer.

—¿Qué tal estaba Leire? —preguntó, demostrando por primera vez algún tipo de preocupación hacia ella—. ¿Cómo lleva esta situación? ¿Nos echa… la culpa?

Yarey se encogió de hombros mientras repasaba en su mente la conversación mantenida con la muchacha.

—No está pasando por su mejor momento, para qué engañarnos. Como es lógico, está preocupada por Sara, por Andrés y por su familia. Y como también era de esperar, no está precisamente contenta con nosotros.

La expresión imperturbable de Hugo no dejaba entrever lo que en verdad pasaba por su cabeza cuando se limitó a responder:

—Entiendo.

Un pesado y denso silencio se impuso entre ambos, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Con la mirada perdida en un punto indeterminado del suelo, Hugo expresó en alto una duda que le pasaba por la cabeza.

—No entiendo por qué Andrés seguía empeñado en decirnos que buscáramos las respuestas en Arturo Castillo —murmuró confuso—. No tiene ningún sentido.

Yarey alzó la mirada y la posó sobre él.

—¿Eso te dijo?

Hugo se limitó a asentir.

—Yo también creo que Andrés es inocente, pero sus palabras no tienen lógica alguna. El padre de Leire está muerto y enterrado. Así que como no se presente ante nosotros en forma de espíritu, no sé cómo cojones…

—¡Espera un momento! —lo interrumpió Yarey tras recordar algo.

—¡¿Qué?! —Hugo se impacientó cuando su compañero no respondió—. ¡Maldita sea!, ¿qué ocurre?

Este alzó una mano pidiendo tiempo mientras repasaba su conversación con Leire.

—¿Y si nos estaba dando una pista?

Hugo arrugó el ceño con desconcierto.

—¿Qué quieres decir?

La expresión de Yarey se iluminó cuando una idea cruzó por su mente.

—Tenemos que ir a un sitio.

Capítulo 18

Hugo giró la cabeza, arrugó el ceño y clavó una mirada intimidante en su compañero.

—Estás de coña, ¿verdad?

Este curvó ligeramente los labios en una sonrisa.

—En absoluto.

—Pues no lo parece —refunfuñó, cruzándose de brazos al tiempo que observaba con más atención lo que tenía delante—. Porque cuando dije que la única forma de comunicarnos con el padre de Leire era a través de su espíritu, no creí que me traerías a un cementerio en busca de fantasmas.

La ligera sonrisa de Yarey se amplió todavía más hasta dejar ver su blanca dentadura.

—Tal vez deberíamos prestar más atención a lo que nos dicen, ¿no crees?

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Hugo y se estremeció.

—En serio, colega, no me gustan nada estas bromas.

—¡Vaya, no lo sabía! Y yo que he traído la Ouija por si no teníamos buena cobertura.

—¡Vete a la mierda!

La respuesta airada de su amigo casi le arranca una carcajada a Yarey, quien sacó una pequeña navaja del bolsillo trasero de su pantalón y la desplegó con habilidad. Se acercó a la puerta de cristal y colocó la punta en la hendidura de la sencilla cerradura y abrió el nicho con extrema facilidad.

—Te lo he dicho, no estoy bromeando —aseguró, sujetando un diminuto tirador de metal para poder acceder al lugar donde se había grabado en mármol el nombre completo del difunto y la fecha de su muerte—. Tengo la corazonada de que aquí encontraremos la respuesta que buscamos.

Hugo torció el gesto cuando lo vio agarrar de la estrecha repisa un pequeño jarrón con flores naturales que había sido cambiado recientemente.

—Estás fatal, en serio te lo digo —murmuró entre dientes.

—Leire me dijo que el día del entierro vio a alguien extraño en el cementerio —explicó Yarey mientras revisaba con atención la pequeña vasija de porcelana. Al no encontrar nada, agarró la figura de un Cristo y la revisó con el mismo detalle—. ¿No te parece mucha casualidad que Andrés nos pidiera que le preguntáramos a alguien que está muerto y no puede responder?

Hugo arqueó una ceja cargada de escepticismo.

—No veo la conexión entre ambos hechos, lo siento. Ese desconocido con seguridad era uno de los nuestros, y sigo convencido de que Arturo Castillo no se levantará de su tumba para decirnos dónde está su ahijada.

—Estoy de acuerdo contigo —admitió sincero, tras dejar la figura en su sitio y comenzar a palpar con las manos el mármol en busca de alguna fisura—. Pero el hecho de que Andrés nos lo pidiera dos veces me hizo pensar que quizá nos estaba dando una pista y que no perdíamos nada en venir hasta aquí.

Hugo exhaló un bufido.

—Tiempo es lo que estamos perdiendo, Yarey, tiempo que no tenemos. —Incapaz de seguir estático, se frotó el cuello mientras por su mente pasaban un montón de ideas a la vez que

comenzaba a golpear el suelo con la punta de su bota—. Si Andrés hubiera escondido algo aquí, ¿por qué no nos los dijo de manera directa? ¿Te das cuenta de que no tiene sentido? Sara está desaparecida y él se pone a jugar a las adivinanzas, ¡venga hombre! —Negó, convencido de tener razón—. No, no me lo trago. Además, ¿qué motivos tendría para obstaculizar la búsqueda de su propia hija?

Yarey siguió a lo suyo, sumido en su instinto.

—Solo estoy buscando respuestas —dijo con un tono serio y rudo que demostraba el esfuerzo sobrehumano que realizaba para detener la impotencia que amenazaba con paralizarlo —. Si lo piensas con frialdad, es normal que Andrés no fuera sincero con nosotros. Recuerda dónde estaba, entiende que, para él, nosotros lo traicionamos. ¿Qué habrías hecho tú?

Hugo dejó de darle golpes al saliente de un adoquín.

—No lo sé, pero ya te digo yo que jugar a las adivinanzas no.

Yarey giró la cabeza y centró la atención sobre su amigo por un momento.

—Yo no puedo juzgarlo tan duramente, sobre todo, si me veo retenido en un calabozo tras horas de interrogatorio y con cámaras de seguridad grabándome en todo momento —opinó tras detenerse a pensarlo—. Teniendo en cuenta que no sabe lo que está ocurriendo en el exterior, es lógico pensar que…

—Tú mismo lo has dicho —lo interrumpió Hugo tras caer en un detalle que se les había pasado por alto y que reforzaba sus argumentos—. Se supone que él no sabe nada sobre los dos desertores. Ha dicho por activa y por pasiva que desconoce lo que ocurría en la farmacéutica. Entonces, ¿por qué nos envía directos hasta la persona que hizo saltar todo por los aires? ¿Será que nos ha estado tomando el pelo durante todo este tiempo?

Yarey arrugó la frente cuando fue asaltado por las mismas dudas. Si repasaba la actitud de Andrés Navarro hasta el momento, podría poner la mano en el fuego por él. Recordó su comportamiento en el piso cuando descubrió su tapadera, y habría jurado que el desconcierto del padre de Sara, unido a la decepción de saberse engañado y utilizado por quienes creía amigos de su hija, había sido genuina. No obstante, Hugo tenía razón y…

Sacudió la cabeza, convencido de que su compañero se equivocaba. Si estaban allí era por su cabezonería al no querer darse por vencido y empeñarse en buscar una peregrina explicación a una simple corazonada. Chistó con la lengua a punto de rendirse cuando, sin querer, rozó con la yema de los dedos la base del Cristo, que había agarrado de nuevo para echarle un último vistazo, y creyó notar algo extraño. El estómago le dio un vuelco cuando giró del todo la figura y empujó con suavidad la base inferior haciendo que esta se deslizara unos milímetros.

—¡¿Qué cojones…?!

El tono sorprendido de su voz hizo que Hugo se acercara para ver lo que ocurría.

—¿Has encontrado algo?

Yarey retiró la tapa que escondía un pequeño compartimento y en cuyo interior se ocultaba una tarjeta de memoria microSD. Cruzó una mirada con su amigo antes de agarrar el pequeño chip de almacenamiento de datos con los dedos y contemplarlo con absoluto asombro. Como siempre, su instinto no se equivocaba.

—Espero que la respuesta a todas nuestras preguntas.

Sin perder ni un solo segundo, abandonaron el cementerio y volvieron corriendo a la base militar para esconderse en el cuarto que ambos compartían. Tiraron las cazadoras encima de las camas, cerraron la puerta con llave, para no ser molestados sin previo aviso, y se sentaron delante del pequeño escritorio situado enfrente de la ventana. Hugo sacó su portátil y un adaptador donde insertó la tarjeta para poder conectarla al puerto USB y descargar toda la información acumulada en su interior. Juntos, y en silencio, revisaron el contenido de la memoria del teléfono móvil de Arturo Castillo, sin dar crédito a toda la información que el hombre había guardado para disponer de las evidencias necesarias contra la empresa en la que llevaba trabajando toda su vida.

Impactados por todo lo que estaban descubriendo, ambos soldados se miraron a los ojos, incapaces de procesar aquella siniestra conspiración.

De pronto, otra visión golpeó con fuerza a Yarey, robándole el aliento. Cerró los ojos e intentó concentrarse en las imágenes que acudían a él para no perderse ningún detalle, pese al dolor que eso le generaba.

—¡Deprisa! —siseó entre dientes por el intenso malestar. Abrió los párpados con dificultad y colocó su móvil encima de la mesa—. ¡Nos van a llamar ahora!

—¿Quiénes? —interrogó Hugo sin entender su urgencia.

—¡Los secuestradores!

No fue necesario decir nada más. Con el teléfono de Yarey ya pinchado, solo fueron necesarios unos pocos segundos para abrir la aplicación que rastrearía la llamada entrante y su ubicación exacta. Impacientes, esperaron los dos minutos más largos de su vida hasta que el tono de llamada comenzó a sonar. Lo más extraño fue que el numero entrante era el de Sara, por lo que supusieron que los secuestradores tuvieron el teléfono en su poder en todo momento, pero lo apagaron y quitaron la batería para que no pudieran acceder a él de forma remota.

—Recuerda, intenta alargar la llamada lo máximo posible —lo avisó Hugo.

Yarey se limitó a asentir antes de descolgar y activar el altavoz.

—¿Sara?, ¿eres tú?

Una voz masculina respondió en su lugar.

—No. Y si quieres verla con vida, será mejor que hagas todo lo que te voy a pedir.

Yarey apretó los puños hasta que los nudillos se marcaron bajo la tensa piel.

—¿Quién eres?

Una risa apagada se escuchó desde el otro lado de la línea.

—¿Estás de broma, colega?

—Vale, ha sido una torpeza por mi parte preguntar —admitió, sabiendo perfectamente que jamás revelarían su verdadera identidad.

—Ya te digo —bufó irónico.

La intención de esa pregunta era la de que se confiaran. Si los secuestradores se creían más listos que él, bajarían la guardia y habría más posibilidades de que cometieran un error. Yarey cruzó la mirada con su compañero y este le hizo un gesto para que continuara. Debía entretenerlos y mantenerlos en línea el mayor tiempo posible para que Hugo pudiera hacer lo que mejor se le daba.

—¿Qué es lo que queréis? —indagó con cautela.

—Creía que era obvio —respondió la voz masculina—. *Queremos hacer un intercambio: Sara por su padre.*

—Primero quiero cerciorarme de que ella está viva y está bien.

—*Escucha, imbécil, aquí las exigencias las hago yo, así que…*

Con un tono de voz gélido, que no daba pie a ningún género de duda por su parte, Yarey no se lo pensó ni un segundo en interrumpirlo.

—O hablo con Sara y confirmo que está viva, o está conversación se acaba aquí y ahora.

Se generó un silencio tan tenso que casi podía cortarse con un cuchillo. A pesar de su aparente tranquilidad, en realidad, el nerviosismo envolvió a Yarey, quien comenzó a sentir que el miedo le devoraba las entrañas por dentro. Miró a Hugo en busca de una respuesta que lo tranquilizara, que le dijera que estaba haciendo lo correcto, y este se limitó a asentir con gesto serio para calmar los ánimos.

Yarey podía escuchar la respiración al otro lado de la línea, y se imaginó lo que su dueño podría estar pensando, por ello su pierna derecha comenzó a temblar de manera involuntaria en una clara señal de ansiedad. Sin embargo, tras unos instantes y varios sonidos apagados de fondo, por fin se escuchó la voz familiar que tanto había deseado oír.

—*¿Yarey?*

El alivio por escuchar a Sara se sintió como un cuchillo afilado desgarrándole el corazón. Se inclinó sobre la mesa y agarró el teléfono con ambas manos, como si ese simple gesto lo acercara más a ella.

—¡¿Sara?! —la llamó con la voz a punto de quebrarse—. ¡Sara, ¿estás bien?! ¡¿Te han hecho daño?!

—*Estoy bien.*

—No te preocupes por nada, ¿de acuerdo? —intentó tranquilizarla. Al contrario de lo que aparentaba, el pánico alteró la respiración y pulso de Yarey, pero se negó a dejar que lo arrastrase —. Te sacaré de ahí, ¿me escuchas? Te prometo que estarás de vuelta en casa antes de lo que piensas. —De nuevo el silencio y unos sonidos amortiguados—. Sara… ¡Sara!

—*Si quieres verla de nuevo con vida, será mejor que hagas lo que te he pedido.*

El gesto de Yarey se contrajo en una mueca, mezcla de rabia y desesperación, al escuchar otra vez la voz del desconocido.

—Necesitaré algo de tiempo.

—*Tienes hasta la medianoche, ni un segundo más.*

Yarey echó un vistazo a su reloj y cruzó una mirada de espanto con Hugo. Ambos sabían que los militares no accederían a ese intercambio, al menos, no hasta haber estudiado la situación al detalle y organizado una operación que les fuera favorable. Y para ello necesitaban tiempo, un tiempo que no tenían.

—Eso es muy poco…

El tono frío en la voz del secuestrador cuando lo interrumpió le produjo un escalofrío.

—*Entonces despídete de ella.*

—¡¡Espera!!

Yarey apoyó los codos sobre la mesa y se agarró la cabeza con ambas manos mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Por el rabillo del ojo avistó el gesto descompuesto de Hugo, el cual sacudía la cabeza dando por hecho que era una mala idea lo que estaba a punto de hacer, aun sabiendo que no tenían otra opción.

—*Andrés Navarro por su hija. ¿Sí o no?* —exigió saber el secuestrador, agotada su paciencia.

—¿Dónde? —se limitó a preguntar Yarey.



En estado total de alerta, Yarey y Hugo se aproximaron con sigilo a un edificio abandonado en uno de los barrios obreros de la ciudad, alejado de las zonas más céntricas y concurridas en las que todo el mundo deseaba vivir. No era un entorno marginal, sino más bien un suburbio tranquilo y apacible donde la privacidad era una preferencia ante otros servicios más demandados.

Revisaron que la dirección fuera correcta, pues no querían cometer un error que echara por tierra su arriesgado plan, y estudiaron las posibles entradas al desocupado colegio, cuyos vestigios recordaban mejores tiempos. Tras recibir la llamada de los secuestradores, Hugo trabajó a toda prisa para averiguar lo máximo posible sobre las dos personas que, supuestamente, habían desertado del Ejército. Gracias a las pruebas recabadas por el padre de Leire, encontradas en la memoria microSD, ahora sabían que este los había ayudado a escapar por voluntad propia, y que gran parte de lo que la farmacéutica y los militares habían contado era mentira.

Tras lo cual, y poseedores de nuevas pruebas que aportaban una historia muy distinta de la que les habían narrado, ambos soldados tuvieron que tomar una difícil decisión: cumplir con su deber e informar a los mandos de todo lo que habían averiguado y esperar a que estos accedieran al intercambio, o abandonar su compromiso y obligación con los suyos e intentar salvar a Sara sin importar nada más que su seguridad.

Yarey lo tenía claro y, por lo visto, Hugo también. Para él, rescatar a Sara era mucho más importante que el juramento y la deuda contraída con el Ejército español. Era cierto que ellos le habían dado un hogar, ofrecido un trabajo y enseñado el significado del honor y la hermandad entre sus iguales; no obstante, a raíz de todo lo que había averiguado hasta el momento, las dudas mermaron todas sus creencias con respecto al sentimiento de orgullo y honestidad que siempre había demostrado hacia los suyos. Unas dudas que, por desgracia, eran difíciles de ignorar.

Así que allí estaban, buscando una manera de acceder al viejo y abandonado edificio en cuyo interior esperaban encontrar a la única víctima de todo aquello.

Agazapados en la zona trasera del inmueble, aprovecharon las sombras de la noche y la poca luz recibida por una lejana farola para forzar una de las ventanas, tapiada con unas podridas maderas, y colarse por el hueco, con el sigilo adquirido por la experiencia realizada en multitud de maniobras de ese tipo. Empuñando sus armas reglamentarias, se movieron por el interior del colegio con la seguridad que da el haberse aprendido los planos de cada planta, como los profesionales bien entrenados que eran.

Tras conseguir rastrear la llamada y localizar la ubicación exacta que marcaba el GPS del teléfono móvil de Sara, tanto Hugo como Yarey trazaron un plan con el que pretendían pillar desprevenidos a los desertores antes de la hora estipulada para realizar el intercambio. Ambos soldados confiaban en sus habilidades y el efecto sorpresa, por lo que lo arriesgaban todo en ese asalto. Solo esperaban que su plan saliese tal y como lo habían ideado.

Recorrieron la planta baja en absoluto silencio, y cuando se cercioraron de que todo estaba despejado, subieron con cautela por la escalera hasta el segundo piso. Una tenue luz se divisaba por debajo de una de las puertas cerradas, por lo que se prepararon para irrumpir en ella.

Hugo y Yarey se colocaron delante de la puerta, y a la de tres, pegaron una fuerte patada que reventó el picaporte con un enorme estruendo, dejando acceso libre a la habitación donde

pillaron desprevenidos a tres personas: una de ellas era Sara.

Apuntando con sus armas a los captores, ambos soldados entraron en la guarida y revisaron el lugar hasta comprobar que no había nadie más. Tras lo cual, Yarey corrió hacia Sara y se arrodilló a su lado con el gesto descompuesto a caballo entre al alivio y la preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó, acunándole las mejillas entre sus manos. No esperó a que respondiera, la alegría por verla sana y salva empañó sus ojos al mismo tiempo que la estrechaba entre sus brazos—. Lo siento —murmuró con la voz rota mientras besaba su coronilla—. Lo siento mucho.

Entretanto, Hugo revisaba a los dos desertores en busca de cualquier arma que supusiera una amenaza.

—Están desarmados —avisó, al mismo tiempo que les hacía una señal con el cañón para que se pusieran de rodillas.

Estos, todavía impresionados por el inesperado asalto, acataron su orden sin oponer resistencia.

—Nos engañaste, ¿no es así, zorra? —siseó entre dientes la chica que había secuestrado a Sara—. Nos convenciste de que lo llamáramos a él porque sería más fácil de engatusar y nos mentiste.

Yarey sintió que algo no iba bien. La tensión en el cuerpo de Sara, y que esta no le devolviera el abrazo, hizo que saltaran todas las alarmas. Se separó unos centímetros y la miró a los ojos. Estos le sostuvieron la mirada con un brillo duro y decepcionado que oscurecía el hermoso verde de sus iris y que no auguraba nada bueno.

—¿Sara?

En el tono de su voz iba una pregunta implícita propiciada por la inesperada acusación, pero chocó contra un muro de silencio cuando ella decidió ignorarlo y no responder. Al contrario de lo esperado, ella puso distancia entre los dos, mientras Yarey notó un frío desierto de indiferencia dirigida expresamente hacia él.

—Lo siento —respondió, levantándose del suelo y acercándose a sus captores—. Es obvio que me he vuelto a equivocar con él.

La expresión en el rostro de Yarey puso de manifiesto la sorpresa y confusión que caló en él tras escuchar el tinte cortante de sus palabras.

Capítulo 19

Yarey despegó los labios, pero de su boca no salió la menor palabra. Hundido, sintió como si acabasen de golpearlo con algo contundente, y el dolor era tan desgarrador que por un momento se quedó sin palabras. Aunque, para ser honestos, no podía echárselo en cara. En realidad, había contado con que ese momento llegaría, aunque esperaba que no fuera ni tan pronto ni bajo esas circunstancias.

—Te equivocas —murmuró cuando recuperó la voz.

Ella lo ignoró dándole la espalda. En cambio, Hugo, quien no lograba entender la actitud de la mujer a la que había ido a salvar, arriesgándolo todo, preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que este no era el plan —respondió evasiva—. Sin embargo, no importa, ya estoy acostumbrada a que me mientan. Así que, ¿dónde están los vuestros?, ¿por qué no han llegado todavía?

Yarey dio un paso hacia ella.

—Sara, escúchame…

Ella le lanzó una mirada furibunda que lo clavó al suelo.

—No pienso creer ni una mentira más por tu parte —declaró entre dientes. Tras lo cual, se dirigió de nuevo hacia Hugo en un claro gesto de desprecio hacia su compañero—. ¿Y bien?, ¿por qué no está aquí el Ejército para detener a mis captores? ¿Acaso les importo tan poco que solo os han enviado a vosotros dos?

—¡Será zorra! —musitó la desconocida, todavía de rodillas y con las manos detrás de la cabeza.

Sara fingió no oírla, pues podía entender su rabia al creer que la había engañado. El resto le lanzó una fea mirada por sus rudas palabras.

—Aunque no creo que sea así, ¿verdad? —continuó ella echando un vistazo hacia la puerta derribada a la espera de que llegaran los refuerzos—. Si no, no se habrían tomado la molestia de que dos de sus hombres se hicieran pasar por estudiantes universitarios para acercarse a mí y a mi familia.

Comprendiendo al fin lo que estaba ocurriendo, Hugo bajó el arma hacia el suelo.

—Ellos no saben que estamos aquí.

Sara se cruzó de brazos y alzó una ceja con total descrédito.

—¡Vaya! —exclamó mordaz—. ¿En serio?

Él miró a su compañero a la espera de que dijera algo, pero como no lo hizo, continuó:

—¿Acaso no nos crees?

Un jadeo irónico escapó de los labios de Sara.

—No sería la primera vez que mentís, ¿verdad?

Impaciente por ser reprendido en un momento como ese, Hugo se guardó el arma en la funda que colgaba del cinturón de sus pantalones y se pasó la mano por el cabello.

—No vamos a pedir perdón por hacer nuestro trabajo —intervino Yarey al fin, al tiempo que él también guardaba su propia arma—. Es cierto que te mentimos sobre nuestras identidades, pero lo hicimos porque estábamos en una misión encubierta cumpliendo con nuestro deber.

Ella se giró hacia él con una expresión aterradoramente fría.

—Ya, claro. Y ahora pretendes que me trague que habéis actuado a espaldas del Gobierno y del Ejército para venir a salvarme. —El bufido que soltó a continuación sonó contundente—. No sé qué me molesta más: que me sigáis tomando por estúpida, o el hecho de que estéis cazando a dos inocentes como si fueran criminales cuando son las únicas victimas en todo esto.

—Ni por un segundo te he tomado por estúpida, Sara —confesó Yarey, sincero—. Y admito que hemos estado equivocados durante este tiempo, y por ello hemos venido hasta aquí, arriesgándolo todo, solo para asegurarnos de que estabas viva y a salvo.

Los ojos de Sara se entrecerraron hasta convertirse en dos finas rendijas.

—¿Qué quieres decir con «arriesgándolo todo»?

—Te lo hemos dicho, nadie sabe que estamos aquí. Si el Ejército se entera, nos llevarán a un consejo de guerra.

—¡Mientes!

Yarey le sostuvo la mirada y alzó ambas manos desnudas en un gesto derrotista.

—¿Por qué lo haría? ¿Qué sentido tiene?

—No lo sé, dímelo tú.

Él se frotó la nuca, consumido por la impotencia.

—Nuestra intención no es hacerles daño, te lo aseguro, sino ayudarlos a esconderse del Gobierno.

El desertor masculino, que había logrado levantarse del suelo sin ser visto, aprovechando la trifulca entre ellos, y había agarrado la cocina de *camping* para usarla como arma arrojadiza, detuvo su acción con el asombro teñido en el rostro al escuchar esas últimas palabras.

—¿Por qué? —interrogó perplejo.

El más cercano al muchacho era Hugo, quien, atraído por su pregunta, por fin posó la atención sobre él. Aunque enseguida hizo un gesto con las manos, llamándolo a la calma, cuando advirtió que este mantenía el hornillo por encima de su cabeza con la intención de arrojarlo sobre él.

Confiando en su instinto, Yarey intuyó que en realidad el chico no quería hacerles daño, por lo que no se puso nervioso y respondió:

—Porque gracias a Arturo Castillo pudimos averiguar toda la verdad sobre lo que os hicieron en el laboratorio biotecnológico.

La extraña muchacha, que había estado de rodillas con unos grandes cascos cubriendo sus orejas, abandonó también su fingida pose sumisa y se puso en pie.

—Pues sí que es un mentiroso compulsivo —señaló, alzando ambas cejas con asombro.

—Lo sé —respondió Sara, envuelta en un manto de decepción que ensombreció todavía más su semblante.

—No está mintiendo —intervino Hugo tras confirmar que el muchacho no le abriría la cabeza con la cocina de *camping* gas—. Es más, fue tu padre quien nos dio la pista que nos ayudó a encontrar toda la información sobre ellos.

La chica se quitó los cascos por el asombro y miró fijamente a Hugo.

—Ese hombre está muerto, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sabemos —confirmó Yarey, quien todavía mantenía un duelo de miradas con Sara—. Como también descubrimos que fue él quien os ayudó a escapar del laboratorio y os estuvo escondiendo durante todo este tiempo.

Los dos captores intercambiaron una mirada confundida entre sí, hasta que el chico chistó la

lengua contra el paladar poco convencido.

—Vale, lo admito, sois muy buenos echando balones fuera. Pero todavía no habéis dicho nada relevante que confirme vuestras palabras, sino que más bien estáis tanteando y recabando información para decirnos lo que queremos oír. Un truco muy barato, ¿no crees?

—¿Estás seguro, David? —La expresión de asombro en el rostro del chico cuando Hugo dijo su nombre era comparable a la de la chica, quien abrió la boca sin poder creerlo—. ¿Piensas ahora lo mismo, Silvia?

Perplejos, los dos fugitivos enmudecieron ante una prueba tan concluyente.

—¿Cómo sabéis nuestros nombres?

La atención de Yarey saltó de Sara a los dos captores, quienes lo contemplaban si dar crédito.

—Os lo acabo de decir.

—Pero eso es imposible… —musitó David, confundido—. A no ser…

—A no ser, ¿qué? —lo instó su compañera cuando no terminó la frase.

—A no ser que todo este tiempo nos hayan estado engañando y ella lleve un micrófono oculto —dijo, señalando a Sara.

Esta bufó ante tamaña tontería.

—¿Estás loco? —soltó ofendida—. No entiendo por qué os extraña tanto que sepan vuestros nombres, es evidente que la farmacéutica, el Gobierno o el puñetero Ejército se los proporcionó.

Silvia sacudió la cabeza ante su deducción.

—Tú no lo entiendes… Para los del laboratorio solo éramos sujeto 045 y sujeto 046. Fue Arturo quien, por primera vez, nos dio un nombre de verdad.

El rostro de Sara se descompuso ante esa noticia.

—Vale, lo admito, no tengo una respuesta obvia para eso. Pero no podéis creer que yo estoy compinchada con ellos solo porque antes me rebelasteis vuestros nombres. Fuisteis vosotros quienes me secuestrasteis, ¿cómo iba a saber yo…?

—Es la única explicación —aseguró David, convencido, y miró a su compañera en busca de confirmación—. ¿O acaso te crees lo de que hablan con los muertos?

La mueca de Hugo y Yarey ante la peregrina conjetura podría tildarse de cómica si no fuera por la gravedad de la situación.

—No queríamos decir eso… —comenzó a explicarse Hugo—. En realidad…

No obstante, detuvo su aclaración cuando Silvia alzó una mano pidiendo silencio.

—¿Qué ocurre? —interrogó Yarey con un mal pálpito.

Un silencio cayó sobre ellos, poniéndolos tan tensos que se podía escuchar sus respiraciones.

—Es una trampa —respondió Silvia torciendo el gesto al sentirse traicionada, y se giró hacia su compañero para añadir—: Un grupo de hombres acaba de entrar en el edificio en estos momentos. Nos han estado mintiendo desde que derribaron esa puerta.

El resto agudizó el oído para confirmar sus palabras, pero ninguno escuchó nada.

—¿Cómo demonios sabes…? —Yarey enmudeció al advertir que ya no tenía los cascos que le tapaban los oídos y recordó el informe sobre ellos—. ¿Es por tus habilidades?

Silvia contrajo el rostro en un mohín mezquino.

—No, para nada. Es que ahora soy adivina, ¿no lo sabías?

Enseguida, la experiencia y los años de duro entrenamiento movieron a Hugo y a Yarey, quienes sabían que no podían perder ni un solo segundo de su tiempo si no querían ser atrapados. Así que, mientras Hugo apagaba la única luz que alumbraba la habitación, Yarey agarró a Sara

por la muñeca para sacarla de allí. No obstante, una visión lo golpeó de pronto, robándole el aliento.

—¿Cuántos? —preguntó Hugo al darse cuenta de lo que le ocurría.

Sabedor de que no tenían tiempo, Yarey apretó los dientes y soportó el dolor como buenamente pudo.

—Doce soldados. Seis registrando la planta baja y otros seis subiendo la escalera.

Hugo sacó su arma de la funda y se dirigió hacia la puerta en tanto David y Silvia se miraban entre ellos perplejos.

—¡Seguidme!

La pareja de secuestradores dudó un segundo sobre qué hacer. Se debatían entre confiar en sus supuestos salvadores y unirse a la huida, o salvar el culo por cuenta propia. No tardaron mucho en tomar una decisión.

—¡Esperad! —susurró David, sacándose las gafas de soldador para colarse el primero en la salida—. Conozco el edificio a la perfección y una manera de salir de aquí sin ser vistos. Además, yo puedo ver con claridad en la oscuridad, así que os guiaré sin contratiempos hasta la salida.

Hugo y Yarey se miraron entre sí y reconocieron que el chaval tenía razón. Si ese había sido su refugio durante todos estos meses, era obvio que tenían un mayor conocimiento del terreno en comparación con ellos. Además, que no pudieran usar una luz que los ayudara a ubicarse hacía más difícil la huida, por lo que tendrían que confiar en sus habilidades y experiencia si querían tener una oportunidad.

—Está bien —aceptó Yarey, agarrando su arma lista para usarla en caso necesario.

En fila de a uno, el primero en encabezar la huida fue David, seguido de Silvia, Yarey, Sara y, en la retaguardia, Hugo. Salieron al pasillo y giraron a la izquierda justo antes de escuchar unos pasos que anunciaban la llegada de los soldados al segundo piso. En completa oscuridad, llegaron hasta una puerta que los llevaría a una escalera de servicio que los conduciría hasta la azotea.

En lo alto del edificio, los recibió una suave y refrescante brisa cargada de la humedad que precede a la lluvia, al mismo tiempo que las farolas de la calle proyectaban sobre ellos una tenue luz que los convertía en un blanco fácil.

—¿Ahora qué? —indagó Sara al no divisar con claridad una forma de escape.

Silvia se concentró, cerró los ojos e inspiró aire por la nariz antes de abrir la boca y que un extraño y casi imperceptible silbido saliera de su garganta. Los demás se llevaron las manos a los oídos, no porque el sonido fuera fuerte o pudieran escucharlo bien, sino debido al dolor que suponía el impacto de esas ondas ultrasónicas contra sus tímpanos. En realidad, el ruido que emitía era parecido al de los silbatos para perros, pero con otra frecuencia inapreciable también para los humanos, y que produjo una explosión de bombillas que apagó las farolas y sumió en la penumbra a varias calles a la redonda.

—¡Por aquí! —los llamó David sin perder ni un segundo.

Alumbrados solo por la débil luz de la luna que se colaba entre las nubes, el resto lo siguió hasta llegar a un costado del edificio donde había una escalera de incendios. Escucharon unos pasos que se acercaban con rapidez, así que se apresuraron a descender por aquel herrumbroso y peligroso tramo, el cual podía suponer una trampa mortal debido al abandono y al paso de los años.

Los silbidos de las balas se escucharon muy cerca de sus cabezas, algunas incluso

impactaron en el metal de la escalera, arrancando chispas a su paso antes de que pudieran alcanzar el suelo. Hugo y Yarey respondieron al fuego enemigo, obteniendo unos preciosos segundos de tregua mientras el resto conseguía llegar a la calle y correr hasta un lugar seguro. La oscuridad de la noche los envolvía como un manto protector, aunque el único que podía ver con nitidez era David gracias al don adquirido en los laboratorios ilegales donde practicaron con él numerosos experimentos.

La curiosidad producida por el ruido de disparos llevó a algunos vecinos a levantar las persianas de sus ventanas y echar un vistazo al exterior. El grupo de soldados, que no quería llamar la atención de los civiles, dejó de apuntarlos con sus rifles de asalto; los cuales llevaban un silenciador incorporado. No podía decirse lo mismo de las armas de Hugo y Yarey, estos no habían tomado las mismas medidas, ya que, por su mente, nunca había pasado que tendrían que utilizarlas contra nadie. En honor a la verdad, solo las habían llevado consigo como una medida disuasoria en caso de ser necesario.

Aprovechando el intervalo del alto el fuego, los cinco corrieron por las oscuras calles hasta llegar a un callejón. La posibilidad de recuperar el coche en el que habían llegado Hugo y Yarey era inviable, pues el Ejército lo habría incautado nada más abordar el lugar y reconocerlo.

Creían haber corrido lo suficiente como para haberlos despistado, aun así, solo se detendrían unos segundos para recuperar el aliento.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Yarey, todavía aferrado a la mano de Sara—. ¿Hay alguien herido?

Cuando ella confirmó que no estaba lastimada, a él casi se le doblan las rodillas por el alivio. Miró al resto y respiró más tranquilo al saber que ninguno había sufrido lesiones importantes.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Silvia, inclinada hacia adelante y con las manos apoyadas sobre las rodillas, mientras recuperaba el resuello.

—Conozco un lugar seguro —respondió Hugo, oteando a su alrededor—. Pero debemos buscar un modo de llegar allí sin que nos detecten.

—Eso déjanoslo a nosotros —dijo David al tiempo que señalaba la boca de metro más cercana.

Descendieron las escaleras y recorrieron los pasillos hasta llegar al andén. El miedo a las cámaras de seguridad y a ser grabados fue despejado al momento gracias a la habilidad de Silvia. Esta solo necesitaba abrir la boca y emitir un débil sonido para que las ondas de su voz desestabilizasen las imágenes, logrando con ello que su apariencia saliera borrosa y no pudieran reconocerlos.

Hugo tuvo que admitir su habilidad, y entendió por qué no pudo encontrar ninguna imagen que lo ayudara a averiguar dónde habían huido tras secuestrar a Sara. Ahora todo tenía sentido.

Con los oídos tapados y un incipiente dolor de cabeza, vagaron por varias calles y dieron algunas vueltas para despistar, hasta pararse delante del portal de un edificio. Consciente de que no podían volver a la base militar, ni al apartamento en el que habían estado viviendo los últimos meses haciéndose pasar por un par de estudiantes, Hugo decidió llevarlos a un piso alquilado a nombre de una de sus falsas identidades.

Como buen *hacker* que se precie, este siempre tuvo la precaución de idear un plan B en el caso de que alguna de sus misiones se torciese y el Ejército o Gobierno español le diese la espalda, por lo que alquilaba lugares en las distintas ciudades a las que los destinaban para sus misiones.

Nadie sabía sobre ello, incluso Yarey desconocía ese secreto, hasta ese momento.

—¿Dónde estamos? —preguntó este último, alzando la cabeza hacia la parte superior del edificio.

—En mi piso franco.

Perplejo, Yarey bajó la mirada y la centró sobre su amigo.

—¡¿En tu qué?!

Hugo se encogió de hombros y sacó un pequeño manojo de llaves del bolsillo de su pantalón.

—Solo es una medida de precaución —dijo al tiempo que abría el portal—. No es nada del otro mundo.

—¿Por qué? —interrogó Silvia, mirándolo con asombro, en tanto se colocaba de nuevo los cascos ahora que no necesitaba de su superoído.

—Soy un *hacker* y muy bueno —señaló, sosteniendo la puerta principal mientras los dejaba pasar—. Por regla general, mis servicios no suelen ser legales, así que simplemente he aprendido a cubrirme las espaldas por si llegaba un día como hoy.

—Supongo que bajo nombres falsos —sospechó Sara.

Hugo se limitó a asentir a la vez que los guiaba hacia el ascensor.

—Pero no son tuyos, ¿verdad? —indagó David con un brillo de admiración en sus ojos que ocultó tras las gafas de soldador—. Me refiero a los pisos.

Una sonrisa misteriosa apareció en el rostro de Hugo mientras apretaba el botón de llamada.

—Acabo de tener un escalofrío —murmuró Silvia ante el gesto enigmático de Hugo.

—Es imposible que sean suyos —barruntó Yarey, confuso—. No con la mierda de sueldo que nos dan en el Ejército. —La sonrisa pretenciosa de Hugo se amplió todavía más hasta crear unas profundas arrugas en las comisuras de los labios—. ¿No es así? —cuestionó Yarey al advertir el gesto de su compañero.

Este solo lo miró de soslayo y entró en el elevador cuando las puertas se abrieron.

—¿Recuerdas los programas para el Ejército y las apps recreativas que he creado? —Cuando su compañero asintió, Hugo prosiguió—: Te aseguro que generan mucho más dinero de lo que puedas imaginar.

—¿Entonces eres rico? —Silvia formuló la pregunta que el resto también se hacía.

Hugo no respondió, lo dejó a la imaginación de los presentes, y se limitó a apretar el botón del último piso.

—No es necesario que nos cuentes todos los detalles —comentó David, irónico, al ver que este no soltaba prenda.

Hugo no cayó en la trampa. Debido a su trabajo, siempre había sido una persona muy discreta y precavida, y no iba a cambiar a esas alturas. No cuando su propia vida dependía de ello.

—Ojalá hubiese tenido yo la misma suerte —musitó Silvia con un deje envidioso en la voz.

Yarey arrugó el ceño ante su comentario.

—¿Qué quieres decir?

Esta guardó las manos en los bolsillos de su abrigo con expresión abatida.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Él clavó una penetrante mirada sobre ella.

—No, no lo sé.

Los dos se observaron durante unos instantes, hasta que Silvia abrió la boca para decir:

—A lo cuatro nos jodieron la vida, pero parece que vosotros corristeis con una suerte muy

distinta a la nuestra.

Capítulo 20

Por primera vez desde que se había topado con ellos, Yarey estudió con detenimiento el rostro de los dos chicos que habían secuestrado a Sara. Ambos parecían tener la misma edad, aunque ella quizás fuera un par de años más joven. En todo caso, ninguno pasaba de los dieciocho o diecinueve años.

Silvia, de cabello castaño y ojos marrones, poseía unos rasgos dulces y aniñados en conjunto con un cuerpo delgado y menudo. En cambio, David, con las facciones un poco más curtidas debido a la escasa barba adolescente y desaliñada, aparentaba algo más maduro. El color de sus ojos era un misterio por estar escondidos tras las oscuras gafas protectoras. Su fisonomía desgarbada concordaba con la palidez de su rostro, correspondiente a alguien que no ha pasado mucho tiempo al aire libre.

—¿De qué demonios estás hablando? —interrogó Yarey justo cuando se abrieron las puertas.

Silvia, al notar el tono adusto de este, miró primero a su compañero.

—No creo necesario que te lo explique —dijo tras no encontrar respuesta en David—. Es bastante obvio.

Los cinco salieron del ascensor y siguieron a Hugo hasta la puerta del apartamento que tenía alquilado.

—Yo creo que sí necesito una explicación, no le encuentro la obviedad a tus palabras —insistió Yarey al no obtener una respuesta tal y como esperaba.

Confusa, la muchacha buscó con los ojos a Sara, quien negó con la cabeza ante su muda pregunta.

—¿En serio no lo saben? —cuestionó perpleja.

Sara hizo un gesto para que mantuviera lo boca cerrada.

—Está claro que no, pero ahora eso no importa —musitó entre dientes, inclinándose un poco sobre su oído.

Hugo esperó a que todos entraran en el piso para preguntar:

—¿Qué es lo que no sabemos?

David y Silvia intercambiaron una mirada entre ellos con incredulidad.

—Necesito ir al baño y me muero de sed —intervino Sara, buscando con desesperación cambiar de tema en cuanto Hugo encendió las luces.

Este le hizo una señal en dirección al baño, ella esperó a que Silvia se le uniera, pero pareciera que la muchacha no había captado la indirecta. No obstante, no consiguió dar ni dos pasos cuando Yarey la agarró de la muñeca y la detuvo. Ambos se miraron a los ojos y quedaron en suspensión durante unos significativos segundos.

—¿Estás herida? —interrogó él, obligándose a desviar el reciente interés sobre la discusión y fijarla sobre la tela de su cazadora desgarrada y cubierta de sangre.

Sara enseguida se tapó con la otra mano el corte producido por una bala que pasó muy cerca de su brazo.

—Estoy bien —respondió, restándole importancia y recuperando su muñeca con un gesto brusco.

En vista de que había logrado su propósito al desviar la atención, se dirigió con paso firme al lavabo sin mirar atrás. Cuando salió minutos después, parecía haber una pequeña discusión entre los demás.

—¿Estás de broma? —gruñó Hugo con expresión hosca—. ¿O has perdido totalmente la cabeza?

—¿Tengo pinta de estar bromeando? —se defendió Silvia, ofendida—. ¿O de estar loca?

—Claro que sí, porque lo que estás diciendo no tiene ningún sentido —señaló Yarey.

—¿Tú crees? —Silvia se cruzó de brazos, sorprendida por su reacción—. Porque yo no pensé que fuerais tan cortos de miras.

Yarey soltó un fuerte bufido.

—¿Estás insinuando que nosotros dos también somos experimentos del Gobierno?

—No lo insinuamos, lo afirmamos —declaró David, convencido.

Yarey se acercó a Sara en cuanto advirtió su presencia.

—Sí, claro, y ahora me vas a decir que soy el hijo perdido de Xavier, ¿no? —replicó al mismo tiempo que le ofrecía un vaso de agua—. Ya puestos me hubiese gustado ser más como Magneto, sus poderes no tienen competencia.

David y Silvia se miraron entre ellos con desconcierto.

—¿De quiénes están hablando?

Yarey abrió la boca para responder, pero la cerró al instante al ser evidente que no conocían las películas de X-men. Así que se acercó a Sara con el ceño fruncido, después de que esta acabara con el agua de un solo trago, y la obligó a sentarse a la mesa donde poder hacerle las curas con el botiquín que Hugo le había ofrecido momentos antes de que ella saliera del baño.

Todavía molesta con él, Sara rechazó su ayuda sin ningún miramiento.

—Puedo yo sola, gracias —manifestó, apoyando el abrigo en el respaldo de la silla.

Este resopló con fastidio y apoyó las manos sobre la mesa para quedar a la altura de su rostro. No solo esa noche había resultado un total desastre, sino que el terror que había sentido cuando esas malditas balas silbaban tan cerca de sus cabezas había sido más que suficiente como para quitarle veinte años de vida.

Pensar que alguno de ellos… ¡No, mentira! Solo imaginar que ella hubiese podido resultar herida de gravedad esa noche le producía una angustia que le encogía el estómago. Y si eso no fuera poco, ahora debía lidiar con la absurda idea de que tanto él como Hugo habían sido manipulados genéticamente para convertirse en una especie de supersoldados.

Absurdo, esa era la palabra, completamente absurdo, pero no por ello menos inquietante. Así que no estaba de humor para aguantar los desplantes de Sara.

—No tienes ni idea de la paciencia que estoy teniendo contigo —siseó entre dientes con una expresión amenazante—. Sé que estas molesta conmigo y puedo entenderlo, pero deja de ser tan terca y cabezota, ¿quieres?

Ella alzó el mentón con altivez y le sostuvo la mirada.

—Prefiero que me cure Silvia.

—No —sentenció Yarey—. Y ahora quédate quieta. —Sin darle opción a réplica, este se sentó a su lado y revisó la herida por si necesitaba puntos—. Es mejor que te quites el jersey.

Sara torció el gesto al escuchar su orden.

—No pienso quedarme en ropa interior.

Yarey dejó escapar un largo y pesado suspiro, después agarró unas tijeras y cortó la manga a la altura de la quemadura. Sara iba a oponerse de nuevo, pero el gesto crispado y el tono cortante

en la voz de él hizo que se lo pensara mejor.

Un pesado silencio cayó como una losa sobre ellos durante unos instantes. Yarey prefería mantenerse ocupado con las curas antes que hacer frente a las locuras de los nuevos integrantes de aquel insólito grupo. En cambio, Hugo no hacía más que darle vueltas.

—¡No, es imposible! —musitó, revolviéndose el pelo con frustración.

—Piénsalo un poco —insistió David—. Tiene todo el sentido del mundo.

—Si lo dices por sus visiones… —dijo, señalando a Yarey.

—Y por tu «don» con la informática —apuntó Silvia.

Él giró la cabeza y la miró a los ojos.

—Mi ingenio con la informática no se puede adquirir alterando mis genes.

—¡Oh, claro que sí! Igual que mi habilidad de crear ondas supersónicas con la voz, mi superoído y que David pueda ver en la total oscuridad. —Al ver el gesto desdeñoso del *hacker*, Silvia se encrespó—. De todas formas, lo tienes muy fácil; si eres tan bueno como dices, busca esa información en los archivos de la farmacéutica o del Ejército y saldrás de dudas. Seguro que lo tienen todo muy bien guardadito en algún disco duro *top secret*.

Tanto él como Yarey intercambiaron miradas.

—Lo haré, te lo aseguro —aseveró, sacando un portátil de una caja nueva.

Lo colocó encima de la mesa y comenzó a enchufar los cables para poder conectarse a internet. Entretanto, Sara inclinó la cabeza con suavidad hacia un lado mientras estudiaba el perfil de Yarey con curiosidad.

—¿Por qué te resulta tan difícil creerlo? —le preguntó, dirigiéndose a él por primera vez por voluntad propia desde que lo vio aparecer en el colegio abandonado.

La mirada que este le dirigió no fue para nada agradable, tras lo cual, no respondió y siguió con las curas.

—Porque eso significaría que toda su vida ha sido una auténtica mentira —respondió David en su lugar.

Un gruñido bajo y una mirada intimidante fue lo que recibió por parte de Yarey, quien, un minuto después, terminó con las curas y se levantó de la mesa para coger su cazadora.

—Voy a por algo de comer —dijo tras vestirse la prenda y subirse la cremallera hasta la barbilla—. Yo os aconsejaría que os dierais una ducha y os preparaseis para dormir algo. Mañana será un largo día.

Dicho lo cual, abrió la puerta del apartamento y desapareció.

Sara se levantó para ir detrás de él, pero se detuvo en seco al pensárselo mejor. Giró el cuerpo y miró a Silvia y a David, quienes la observaban indecisos.

—Creo que tiene razón —dijo al fin, y se dirigió a Hugo, que se encontraba de lleno inmerso en su tarea en aquellos instantes—. Esto…

—El apartamento viene completamente amueblado —informó este sin despegar la mirada de la pantalla en ningún momento—. Si queréis daros una ducha, tenéis toallas y ropa limpia en la habitación principal.



Todo estaba cerrado debido a las altas horas de la noche, por lo que Yarey solo pudo ir a una

tienda 24H para comprar algo de comer. Adquirió algunos comestibles y bebidas para matar el hambre, y volvió al apartamento intentando esquivar todo lo posible las cámaras de seguridad de comercios y bancos. Su humor había vivido una montaña rusa en las últimas horas y pareciera no tener visas de cambiar.

Gracias a la previsión de su compañero, quien se había abastecido de ropa deportiva, como pantalones de chándal y sudaderas amplias, pudo ducharse y cambiarse de ropa, aunque algún día tendrían que hablar sobre esa doble vida que había llevado en secreto y de la cual él no tenía ni la más remota idea.

Después de comer y beber algo para calmar la ansiedad, el resto se había ido a dormir mientras él y Hugo buscaban información, y los minutos marcaban el paso del tiempo de forma lenta e inexorable.

Capa a capa, como si de una cebolla podrida se tratase, su amigo iba desenterrando más y más información que el Gobierno y el Ejército habían estado ocultando por años. La trama que quedó al descubierto tras el supuesto accidente de Arturo Castillo era tan sombría y repulsiva que solo con pensarlo le daban arcadas.

Según los informes secretos que Hugo logró encontrar, el Gobierno español llevaba años trabajando en un programa llamado «Proyecto Mitra». En él, usaban a niños huérfanos abandonados por sus padres y sin ningún familiar que los pudiesen reclamar para realizar experimentos genéticos.

David tenía razón, el objetivo de ese programa no era otro más que crear supersoldados. Y un escalofrío lo recorrió de arriba abajo hasta calar en lo más profundo de sus huesos.

El proyecto llevaba activo desde los años 50, oculto primero bajo la dictadura franquista y después bajo el manto de la supuesta democracia que debía proteger a los ciudadanos españoles. La premisa de los experimentos y estudios que hicieron con esos chiquillos era, según ellos, en defensa del bien común. La excusa era la búsqueda de un ser superior que defendiera al pueblo español del enemigo. Y durante la guerra fría, que les diera ventaja contra las armas nucleares y experimentos genéticos que otros países también estaban desarrollando; para ello, decenas de inocentes habían muerto en manos de esos deshumanizados científicos. Otros habían conseguido sobrevivir con graves secuelas, y muy pocos habían logrado alcanzar la madurez suficiente como para considerarse actos para el servicio.

Cuando el robo de niños se volvió inviable con el paso de los años debido a una sociedad más desarrollada y democrática, el avance en la clonación de seres vivos había dado un paso tan cuantitativo que ya no necesitaban a humanos de carne y hueso para realizar los experimentos tras haber nacido. Mutarían sus genes desde el mismo momento de su creación.

La carrera por ver quién sería el primer país en lograr clonar al primer ser vivo comenzó en 1996, cuando mediante la transferencia nuclear de células somáticas lograron dar vida a la oveja Dolly. En los años 2000 y 2005, Hwang Woo-suk, un profesor de la Universidad Nacional de Seúl, publicó dos artículos en la revista *Science* que declaraban haber cultivado células madre embrionarias pluripotentes de manera exitosa a partir de un blastocisto humano clonado, utilizando técnicas de transferencia nuclear de células somáticas. Pero el momento de no retorno fue cuando, en enero de 2008, el Dr. Andrew French y Samuel Wood, de la compañía de biotecnología *Stemagen*, anunciaron que habían engendrado con éxito los primeros cinco fetos humanos maduros usando SCNT. En este caso, cada embrión habría sido creado tomando el núcleo de una célula de piel —donada por Wood y un colega—, e insertándolo en un óvulo humano sin núcleo. Los embriones se desarrollaron hasta la etapa de blastocisto, en ese punto, se

destruyeron los procesos de estudio. Los miembros del laboratorio declararon que su siguiente serie de experimentos tendría como objetivo generar líneas de células madre embrionarias; estas células serían el «santo grial», útiles para la clonación terapéutica o reproductiva.

En ese instante, la comunidad científica se debatía sobre las implicaciones éticas de dichos experimentos. Las polémicas acerca del aborto, o las cuestiones planteadas sobre que la clonación terapéutica o reproductiva de seres humanos no se utilizaría de manera comercial, creaba disputas y diversidad de opiniones en diferentes países cuya legislación distaba de la opinión general.

De manera oficial, España era uno de esos países en los que se prohibía explícitamente la clonación reproductiva de seres humanos. Y sobre el papel así era. No obstante, solo se trataba de papel mojado, pues, en vista de los acontecimientos, existía una organización ultrasecreta, cuyas pruebas apuntaban a todo lo contrario.

En descargo del Gobierno español, el Estado actual no tenía conocimiento de estar actuando fuera de la ley, pues esa sociedad secreta, llamada «Génesis», procedía a espaldas del sistema. Como todo dio comienzo bajo el ala de la dictadura, cuando llegó la época de la transición y la democracia arraigó en el país, varios altos cargos del Ejército ocultaron los experimentos que se realizaban en dichas instalaciones. Instalaciones erigidas en varias localizaciones dentro del territorio español y que pasaron a ser privadas, pues sus dueños tenían altos intereses en que todo se ocultara.

Esos dueños, en su mayoría, se habían jubilado o habían muerto con el trascurrir de los años, pero todavía quedaban tentáculos que seguían sus mandatos a través de familiares y subordinados que siguieron su legado. Estos, bien atraídos por el dinero o por el poder, eran la nueva generación que creían ser los elegidos para crear al definitivo supersoldado. Soldados con extraordinarias cualidades que los harían invencibles en caso de que la Tercera Guerra Mundial se llevase a cabo.

Cuando Hugo y Yarey terminaron de recopilar toda esa información, estaba amaneciendo y sus rostros se veían desencajados. Ellos pertenecían a esa nueva generación de soldados, creados y alterados genéticamente en un aséptico laboratorio ilegal.

Según la información que el padre de Leire había dejado grabada en el *pendrive*, se encontró con David y Silvia el día en el que estos intentaban huir de una muerte segura. Sujeto 045 y sujeto 046 no respondían al lavado de cerebro, un paso fundamental para que los nuevos soldados olvidasen su vida dentro de los laboratorios y comenzasen el trabajo para el que habían sido diseñados. Si no conseguían borrarles por completo la memoria e instalarles recuerdos preconcebidos a cada uno, el experimento se daría por fallido, ya que no servirían para sus intereses, y, por tanto, la exterminación debía ser completada.

Pero debido a un afortunado despiste, tanto David como Silvia logaron escapar de la estricta supervisión a la que eran sometidos. Durante su huida, tal y como Hugo y Yarey habían sospechado, se encontraron con Arturo Castillo y lo obligaron a ayudarlos a salir de allí sin ser vistos.

Realmente sorprendido, en un primer momento, el hombre no podía dar crédito a la versión que esos dos muchachos le contaron tras encontrar la libertad fuera del yugo de Zoitec, empresa a la que le había dedicado su vida entera. Sin embargo, no tuvo más remedio que caer rendido ante las claras evidencias.

Al verse en una verdadera encrucijada, Arturo se debatió durante un tiempo entre lo que debía hacer y lo que en realidad deseaba hacer. Si por él fuera, en el mismo instante en el que

descubrió toda la verdad, habría acudido a la Policía para revelar los terribles y crueles experimentos que allí se estaban gestando a espaldas de la opinión pública. No obstante, surgió un problema inesperado que lo mantuvo atado de pies y manos.

Todo nuevo conocimiento llevaba un aprendizaje que solo se conseguía a base de ensayos y errores. En ese caso, los errores se traducían en efectos secundarios. Unos horribles efectos secundarios que cada individuo sufría y que debía paliar a través de drogas creadas y suministradas de manera individual. En el caso de Silvia, era un trastorno de ansiedad producido por la sensibilidad demostrada con su superoído, que solo lograba mitigar tapándoselos con unos potentes cascos que la aislaban del exterior. En el caso de David, la fotofobia le producía una molestia ocular que generaba unas dolorosas migrañas, debido a la inflamación en el nervio óptico. Todo ello desembocaba en un trastorno de agorafobia, que dominaba a duras penas al ocultar sus ojos con unas potentes gafas protectoras.

Si Arturo hubiera acudido a la Policía y todo el escándalo hubiese salido a la luz, tal vez Silvia y David podrían haber alcanzado una larga y pacífica vida, lejos de la pesadilla en la que habían vivido hasta ese momento. Sin embargo, nada lo garantizaba.

Por lo que estaba descubriendo, los tentáculos de la corrupción no solo alcanzaban a las altas esferas militares, sino que otros intereses y organismos estaban involucrados. Saber quiénes eran, para no ser traicionados y sepultados bajo un manto de secretismo, era primordial. Por tanto, debía ser cauto y tomárselo con calma antes de dar un paso en falso.

Además, sus buenas intenciones también podrían resultar en todo lo contrario, ya que nadie aseguraba que tanto David como Silvia no terminasen sus días del mismo modo en el que habían vivido hasta entonces siendo unos conejos de Indias, y la comunidad científica continuara con sus estudios bajo la excusa de una mejor compresión de su estado para ofrecerles la ayuda que tanto necesitaban. De momento, debía mantenerse en un perfil bajo y robar de manera discreta los ingredientes necesarios que solo podía conseguir en la farmacéutica para elaborar las drogas que los mantuviesen enteros y saludables tanto física como mentalmente. Drogas cuyas fórmulas había logrado sustraer arriesgando su propia vida por el bien de los muchachos. Sin embargo, mientras no llegase el momento, debía ocultar su descubrimiento y el paradero de los chicos para mantenerlos a salvo.

No obstante, la situación de Arturo dentro de la empresa también era peligrosa, por lo que debía buscar un seguro en caso de que fuese descubierto. Así que, incapaz de poner en peligro a su familia y amigos, decidió no involucrar en todo aquello a Andrés. Pues, en caso de que las cosas no saliesen tal y como esperaba, su amigo sería el único que se haría cargo de su mujer e hija.

Visto lo visto, una decisión de lo más sensata.

Capítulo 21

Sara corría por las calles en plena noche mientras las balas silbaban muy cerca de ella. Indecisa de cuál camino escoger, se detuvo un segundo, parapetada tras el cartel de una marquesina de autobús, miró a su alrededor y divisó a pocos metros la boca del metro. Si alcanzaba la entrada y bajaba las escaleras, tal vez tuviese una oportunidad de mezclarse con la gente y pasar desapercibida. Así que se armó de valor y se movió con celeridad hasta alcanzar los tornos, traspasar la barrera que estos suponían y recorrer los metros que la separaban del arcén más cercano.

Nerviosa, miró por encima del hombro mientras intentaba camuflarse entre los viandantes, hasta que tropezó con alguien que la hizo trastabillar. Sorprendida, su boca se descolgó cuando vio el rostro de su padre.

—¡¿Papá?!

Este la miró, pero siguió su camino, como si no la reconociese. Confusa, lo vio alejarse hasta llegar a la altura de una persona que lo esperaba justo delante de un vagón y cuyas puertas se abrieron en ese mismo instante.

—¡¿Yarey?!

Clavada en el sitio, se obligó a moverse o los perdería a ambos. Al intentar abrirse paso, sintió las lágrimas nublarle la vista ante la imposibilidad de alcanzarlos. Gritó sus nombres con desesperación mientras el gentío la empujaba en dirección contraria. Se le formó un nudo en el pecho al sentir la impotencia y el miedo trepar por él, al tiempo que varias manos desconocidas se aferraban a su cuerpo y ropa para impedir que avanzara. Con consternación, Sara gritó a los dos hombres que se subieron al tren, ajenos a la forma agitada de llamar su atención. Tras lo cual, los vio desaparecer cuando los vagones se pusieron en movimiento y todo se desvaneció en una oscura y espesa niebla.

Aturdida, se secó las lágrimas cuando el lugar en el que se encontraba desapareció para dar forma a una sala blanca llena de muebles, aparatos y objetos clínicos.

Caminó despacio hasta llegar a una pared acristalada. Tras esta, podía divisar una especie de tanque de vidrio transparente lleno de un extraño líquido de color claro y ligeramente amarillento. Hipnotizada por la insólita imagen, se acercó todavía más mientras fijaba su atención sobre el extraño depósito en cuyo interior parecía moverse algo.

Parado, justo al lado, una figura masculina con atuendo médico y mascarilla cubriendo la parte inferior de su rostro se colocaba unos guantes quirúrgicos con lenta meticulosidad. Hasta que, de pronto, una pequeña mano se apoyó sobre el cristal de la incubadora seguida de un deformado rostro humano que la despertó de su pesadilla.

Con el corazón martilleando dentro del pecho, y gotas de sudor humedeciendo su rostro y cabello, Sara se incorporó en la cama con un grito ahogado.

Con la respiración agitada y una sensación angustiosa, miró a su alrededor y se dio cuenta de que, a su lado, David y Silvia todavía dormían. Se tomó unos segundos para recuperarse y se bajó de la cama con cuidado de no despertarlos.

En silencio, abandonó la habitación y se encaminó hacia el baño. Todavía estaba oscuro en el interior del apartamento, pero pudo orientarse debido a las luces del alba que se colaban por

las ventanas. Encendió la luz del espejo y estudió su reflejo con atención. Se pasó las manos por la cara, cuyas señales de cansancio y estrés eran una clara respuesta a todo lo que había sufrido en las últimas horas.

De manera instintiva, buscó el móvil en el bolsillo posterior del pantalón, pero, por desgracia, se dio cuenta de que ni tenía móvil ni el pantalón era suyo. Su ropa, con seguridad, todavía debía de estar en la secadora, junto a la del resto, después de haberla lavado la noche anterior. Abatida, apoyó las manos sobre la fría porcelana del lavamanos y hundió los hombros mientras luchaba por retener el llanto que amenazaba con desbordarla.

Su vida había cambiado por completo en los últimos meses, y sentía que había perdido el control de lo que una vez había sido una existencia sencilla y perfecta. En esos momentos, era una fugitiva perseguida por el Gobierno de su propio país. Aquello parecía una absurda película de ciencia ficción americana; una película de serie B, para ser más concretos.

Un pesado y lento suspiro escapó de sus labios al pensar en los últimos acontecimientos. Estaba tan cansada que, si por ella fuese, se entregaría de inmediato y acataría las consecuencias. No obstante, debía pensar en su padre, en Leire, en los dos adolescentes que habían escapado de la muerte, en…

El rostro de Yarey se coló en sus pensamientos, aunque enseguida sacudió la cabeza para alejarlo lo máximo posible. Esa imagen produjo en ella un pequeño brote de rabia, lo suficiente como para dejar de compadecerse y salir del baño para obtener alguna respuesta.

Recorrió el piso en busca de los dos soldados que se habían hecho pasar por sus amigos, pero de manera sorprendente no halló a ninguno. Los ordenadores seguían encendidos y trabajando, varias latas de cerveza vacías encima de la mesa y algunas bolsas de aperitivos con restos en su interior evidenciaban las largas horas buscando información en la red; sin embargo, de su presencia no había rastro alguno.

Con la imaginación puesta en el peor de los escenarios, Sara decidió despertar a sus dos secuestradores para ponerlos en antecedentes, pero se detuvo al escuchar un ruido proveniente de la terraza. Se dirigió hacia las puertas correderas y, con cautela, apartó con un dedo la cortina que ocultaba las vistas desde el interior. De pie, apoyado en la barandilla de metal, se encontraba Yarey, contemplando el alba con la expresión más seria que jamás le había visto.

Abrió la puerta y se colocó a su lado con sigilo. Mantuvo silencio durante unos segundos, estudiando su atractivo y masculino perfil, pero en vista de que él no decía nada, decidió romper el mutismo que los envolvía.

—¿Dónde está Hugo?

Una expresión de decepción cruzó por el rostro de él antes de responder:

—Buenos días a ti también —respondió sin emoción alguna en la voz—. ¿Que cómo me encuentro? Bien, lo voy llevando, gracias por preocuparte. —En ese instante, Yarey clavó los ojos sobre ella, cuyas inquietantes pupilas brillaban como ascuas debido a la amargura que se insinuaba en su voz—. Hugo ha ido a dar una vuelta, necesitaba despejarse.

Incapaz de sostenerle la mirada, Sara desvió el rostro tras captar su actitud defensiva. Se sentía mal por él, era consciente de que no estaba pasando por su mejor momento, pero no demostrar debilidad ante la situación era su única forma de seguir en pie y no derrumbarse.

—¿Y crees que es una buena idea que salga a pasear con la que está cayendo? ¿Y si lo capturan? ¿Qué ocurriría si…?

Yarey se incorporó y se pasó la mano por el cabello antes de alejarse de ella con impaciencia.

—¿Qué es lo que quieres, Sara? —interrogó, llevado por la frustración—. ¿Tampoco te parece bien que Hugo necesite su tiempo y haya aprovechado para ir a pillar algo para desayunar?

Ella tragó saliva al detectar una sombra de dolor y rabia oscurecer sus facciones.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que parece que nada te viene bien, ¿no es cierto? A todo le pones pegas y criticas nuestros actos en cuanto tienes oportunidad —respondió sincero.

Impactada por su tono seco y sombrío, Sara abrió la boca durante unos breves instantes para cerrarla a continuación. No estaba acostumbrada a que la tratara de ese modo, por lo que la pilló por sorpresa.

—No estás siendo justo.

Una risa amarga sacudió el pecho de Yarey.

—Dime, ¿qué hay de justo en todo esto? —replicó adusto—. ¿Acaso crees que el resto lo llevamos mejor que tú? —Al ver que ella no respondía, continuó—: Por una vez en la vida, deja de mirarte el ombligo y ponte en el lugar de los demás.

Ofendida, Sara envaró todo su cuerpo y se tensó como una cuerda.

—No pagues tu frustración conmigo. Solo estaba preocupada por…

Un jadeo de sorpresa brotó de la garganta del muchacho.

—¿Preocupada? ¿En serio? —la interrumpió escéptico—. Ayer, tanto Hugo como yo nos jugamos el cuello para venir a salvarte, y lo único que obtuvimos de tu parte fueron reproches. No lo hicimos esperando agradecimiento eterno, porque nosotros sí que estábamos preocupados por ti, pero te aseguro que tampoco contábamos con tu fría indiferencia. Así que disculpa si no te creo.

Sus palabras fueran una bofetada de realidad para Sara. Una bofetada que no le sentó nada bien porque hizo que se cuestionase su actitud. Aun así, el orgullo la obligó a no dar el brazo a torcer.

—¿Debo estar agradecida con vosotros por mentirme?

Yarey alzó ambas cejas con asombro.

—¿De verdad piensas que lo hicimos por gusto? —indagó perplejo—. ¿No eres capaz de diferenciar cuándo una mentira es para hacerte daño y cuándo no?

Ella alzó la barbilla con terquedad.

—Una mentira es una mentira.

Una mirada triste se detuvo en ella ante su respuesta.

—Sé que soy cuatro años mayor que tú, pero jamás creí que te comportarías como una niñata inmadura y malcriada.

La sorpresa brilló en el rostro de Sara al descubrir su verdadera edad.

—¿Tienes veintidós años?

—Para ser honesto, no lo sé —admitió serio—. Pero ¿acaso importa?

Ella sacudió la cabeza, incapaz de soportar por más tiempo su escrutinio, y giró su cuerpo para quedar de espaldas al hermoso amanecer que brillaba en el cielo. Sara se sentía dividida en dos y no le gustaba para nada esa sensación.

El mensaje implícito en la respuesta de Yarey era claro: la edad que él creía tener era la que le habían dicho los mismos que lo habían engañado y mentido durante toda su vida, así que no le quedaba otra que aceptarla. Por ese lado se sentía muy miserable con respeto a él, y su decepción y enfado se tambaleaba hasta querer perdonarlo y desear con toda su alma que la relación entre

ellos fuese como antes de que todo saltase por los aires.

Sin embargo, por eso mismo tendría que comprenderla y ponerse en su lugar. Sentir que se habían burlado de ti, que la confianza que habías depositado en otra persona jamás la podrás recuperar una vez perdida, era duro de asimilar. Y lo más asombroso era que Yarey pedía empatía hacia él y su compañero, pero allí estaba, juzgándola después de haberla traicionado.

—En realidad, no —musitó con un hilo de voz—. Una mentira más o menos no supone una gran diferencia.

Él apretó los dientes con tanta fuerza que creyó que se le partirían. Se alejó unos pasos y se revolvió el cabello suelto con ambas manos antes de decir:

—Puede que mi vida hasta ayer haya sido toda una farsa, un embuste de principio a fin, pero yo era un soldado, Sara. Un soldado que cumplía órdenes, al que no se le permitía cuestionar las decisiones de sus mandos, que debía lealtad a sus compañeros y que con gusto ponía mi vida en sus manos. Tal vez para ti no signifique nada, pero para mí lo era todo. —Un breve silencio hizo que ella lo mirara a los ojos, hecho que la golpeó por la fragilidad y vulnerabilidad que percibió en su expresión—. Cuando no posees una familia que te ama o unos amigos que te apoyan, el Ejército se convierte en lo único que tiene sentido. Hasta que te conocí a ti.

Un nudo de emoción e impotencia se enroscó en el pecho de Sara al escuchar sus palabras. Podía detectar el dolor en la voz de Yarey, un dolor que le desgarró el alma. Incapaz de decir nada, tragó con fuerza las lágrimas que se agolpaban en su garganta y amenazaban con salir sin control.

—Me enamoré sin pretenderlo, dejando la razón a un lado para solo seguir los dictados de mi corazón —confesó con la sinceridad brotando por cada poro de su piel—. No lo busqué, no lo forcé, simplemente surgió, arraigó en mí con el paso de los días mientras te iba conociendo. Mi intención jamás fue hacerte daño, créeme, pero debía cumplir con mi deber. De algún modo, aun desempeñando mi trabajo, buscaba protegerte de todo y de todos, pese a lo que eso pudiese suponer. Nunca dudé de ti, Sara, siempre supe que eras inocente. Algo dentro de mí…, mi instinto, me lo decía a gritos. —Clavada al suelo, Sara lo escuchaba con el corazón en un puño, pues su tono amargo solo evidenciaba lo profundamente decepcionado y triste que se sentía—. Después descubrí lo de Sergio y maldije mi mala suerte —relató, acercándose de nuevo a la barandilla y apretando con fuerza las manos sobre el metal hasta que los nudillos perdieron todo color—. El miedo a tu reacción no me dejaba dormir, y que mantuvieras las distancias conmigo solo me producía ansiedad por el hecho de que malinterpretaras todavía más mis intenciones si descubrías la verdad. Pero de pronto surgió el milagro, tuvimos un acercamiento y pude confesarte lo que sentía. En ese momento, ya no me importaba nadie más que tú. Creía que lo que sentíamos el uno por el otro era fuerte, que cuando me conocieras más y supieras mis razones lo entenderías y podrías perdonarme. Rezaba por que entendieras que yo no soy como Sergio, que jamás te usaría o mentiría para conseguir algo de ti. —La pausa que vino a continuación se sintió como un cuchillo afilado que le desgarró el corazón—. Pero es obvio que me he equivocado.

—Yarey… —murmuró de forma apenas audible.

Él no se volvió ante su débil súplica. La tensión en sus hombros y la rigidez de su cuerpo evidenciaban lo mucho que le estaba costando exponer sus sentimientos.

—No eres la única que sufre, Sara. No eres la única que tiene miedo. La diferencia es que yo lo sacrificaría todo por ti. Arriesgaría mi vida, mi trabajo, lo poco que tengo, todo lo que ha significado algo para mí. En realidad, lo he hecho, y no me arrepiento, lo volvería a hacer una y

mil veces si fuera necesario. Pero descubrir que tú no sientes lo mismo me resulta demasiado doloroso. Saber que me comparas con ese cabrón y que no confías en mí me rompe el alma. Así que dejémoslo aquí y ahora. Lo nuestro no tiene futuro, nunca lo ha tenido, y por fin lo he comprendido.

Yarey esperó a que ella se pronunciase. Aquel era el momento para poner las cartas sobre la mesa y salvar lo que había entre ellos, si es que había algo que salvar. No obstante, el dolor, la culpa y el miedo devoraban a Sara por dentro y la impedían reaccionar. Su cuerpo temblaba por la intensidad de sus emociones, paralizando una respuesta que de manera equivocada se negaba a salir.

—Desde que te conozco solo te pedí una cosa y fue que confiaras en mí cuando llegara el momento —le recordó él, llevándola a aquel oscuro callejón donde la besó por primera vez y le confesó sus verdaderos sentimientos—. Pero ya veo lo fácil que te resulta olvidar tus promesas.

Sara sintió sus palabras como un golpe bajo y cerró los ojos ante el efecto desgarrador que acababa de romperle el corazón. Malinterpretar el silencio de ella fue una elección de Yarey, quien se dio por vencido y se alejó hacia el interior del apartamento sin mirar atrás.



Sara no supo cuánto tiempo estuvo allí parada, con la mirada vacía hacia el infinito, insensible a cualquier estímulo externo que la devolviera a la cruel realidad. Yarey tenía razón, era una maldita niñata. Una cobarde y egoísta niñata.

Sintió rodar las lágrimas por su rostro y humedecer sus mejillas, pero no se tomó la molestia de limpiarlas. No podía hacerlo, no se sentía con fuerzas, porque en lo único que podía pensar era en las palabras del chico del que se había enamorado desgarrándola por dentro.

Sentía que se las merecía, todas y cada una de ellas. Por primera vez desde que lo conocía, había sido completamente sincero con ella, era lo único que le había pedido, pero tal vez en ese instante se arrepentía de que lo hubiera hecho. El dolor, el sufrimiento que estaba sintiendo en ese momento, era una justa penitencia por no ser capaz de reaccionar a tiempo. Se dio cuenta de lo equivocada que había estado por creer que sus sentimientos eran más importantes que los de los demás.

Nunca debió compararlo con Sergio, nunca debió desconfiar de él. Por fin lo comprendía. Por fin entendía que la culpa era de ella por no ser capaz de superar sus cicatrices y que nadie más que ella era responsable de usar sus heridas para alejarse de los demás por miedo a sufrir.

Sin embargo, quizá demasiado tarde, asumía que nunca había dejado de hacerlo. Obligarse a no sentir, a no actuar como las demás chicas de su edad, a desconfiar de todo y de todos, a rechazar el amor o aceptar que era mejor estar sola que abrirle el corazón a alguien más…, eran muros que ella misma había construido para protegerse. Pero, en realidad, no eran más que piedras en sus propios zapatos, un modo estúpido de autoengaño, y justo entonces se daba cuenta.

—Sara… —Escuchó una voz que la trajo de vuelta a la realidad—. Sara, ¿estás bien?

La mano de Hugo tocó su hombro con ternura y ella giró el rostro para ocultar sus lágrimas.

—Sí —respondió al mismo tiempo que se secaba las mejillas con los dedos—. ¿Y tú?, ¿tú cómo estás? —Ante la sorpresa de Hugo por su repentina preocupación, Sara se apresuró a

aclarar—: Me dijo Yarey que necesitabas despejarte un poco.

Él se frotó la nuca con cierta incomodidad.

—Todavía asimilándolo, supongo.

Ella no sabía que responder para ofrecerle consuelo, así que se limitó a sonreír. En tanto él, agradecido por su gesto, se agachó un poco para estudiar mejor su rostro.

—¿Has discutido con Yarey de nuevo? —interrogó, molesto con su amigo—. ¿Qué te ha dicho esta vez ese idiota?

La suave sonrisa de Sara decayó hasta convertirse en una extraña mueca.

—La verdad, supongo.

Hugo la tomó del rostro para obligarla a hacer contacto visual y le dedicó una cálida sonrisa que se extendió hasta sus ojos, formando unas pequeñas arrugas alrededor.

—No te preocupes, estoy seguro de que se le pasará el mosqueo enseguida. Tú eres su talón de Aquiles, Sara, eres lo más importante para él, te lo prometo.

El sentimiento de culpabilidad aumentó el dolor de esas palabras hasta hacerlas casi insoportables.

—He sido muy injusta con él, Hugo… —Y enseguida rectificó—. Con los dos.

—Ambos comprendemos tus motivos. Somos conscientes de lo mal que…

Sara sacudió la cabeza, rechazando su comprensión, y se mordió el labio inferior cuando este comenzó a temblar.

—No, él tiene razón. No soy más que una cría inmadura y egoísta que solo piensa en sí misma.

Hugo le lanzó una mirada vacilante.

—¿Es lo que te ha dicho? —Ella se limitó a asentir, incapaz de hacer nada más—. ¿Y si te digo que tiene miedo me creerías?

Un manto triste y sombrío envolvió a su amigo, quien dudaba en si era una buena idea compartir sus pensamientos en alto.

—¿Miedo de qué?

Hugo se frotó la mandíbula con inquietud, pero al final tomó una decisión.

—Descubrir que eres un experimento de laboratorio resulta cuanto menos… —Buscó las palabras que mejor definieran sus emociones, pues nadie mejor que él entendía por lo que estaba pasando Yarey, pero no las encontró—. Crecer creyendo que tus padres, tu familia, te han abandonado es desgarrador, pero es mucho mejor que averiguar que solo eres un siniestro e inquietante experimento, ¿entiendes? Tal vez saber que tendrá que pasarse el resto de su vida huyendo, que no es igual de humano que el resto… Quizá descubrir algo tan aterrador haya sido demasiado para él.

Incapaz de contenerlo, un llanto desgarrador brotó del pecho de Sara, quien se refugió en los brazos de su amigo en busca de consuelo para su destrozada alma. En ese momento supo que no solo podían ser los miedos de Yarey, en las palabras de Hugo pudo descubrir que él también compartía las mismas preocupaciones y el idéntico pánico hacia un futuro por completo desconocido.

Capítulo 22

Abrazada a Hugo, los sollozos de Sara fueron remitiendo poco a poco. No supo cuánto tiempo transcurrió desde que rompió en llanto, pero debido a que mantenía el rostro pegado al fuerte pecho de su amigo, el sonido apagado de su gimoteo no llegó a oídos de los demás. Él no pronunciaba palabras vacías o preguntas incómodas, solo estrechaba los brazos en torno a su cuerpo para proporcionarle un lugar seguro donde desahogarse, y ella no podía estar más agradecida por su amabilidad.

En un intento de calmar el hipo que la asaltaba de forma involuntaria, Sara tardó unos minutos en tranquilizar su ánimo y sosegar la respiración hasta poder actuar con normalidad.

—¿Estás mejor? —indagó él colocando un dedo bajo su barbilla para obligarla a levantar la cabeza con suavidad.

Ella asintió y, por primera vez desde que lo conocía, le regaló una cálida sonrisa. Era irónico que fuera él quien la estuviera consolando y no al revés. Y en ese instante descubrió lo que siempre había sospechado, que el frío e impasible Hugo solo era una coraza, al fin y al cabo.

—Sí, gracias —respondió con un hilo de voz. En ese momento se dio cuenta de la humedad en su ropa e hizo un puchero, molesta consigo misma—. Pero te he puesto la sudadera perdida.

Él se encogió de hombros con expresión cohibida. Era obvio que no estaba acostumbrado al trato tan cercano con otras personas, ni a las muestras de afecto de ningún tipo, por lo que la incomodidad salió a la superficie de forma instintiva.

—Nada que no se arregle cuando la meta en la lavadora —dijo, apartándose de ella con sutileza.

La sonrisa de Sara se amplió todavía más ante ese gesto tan adorable y su triste corazón se aligeró un poco.

—Yo la lavaré por ti, no te preocupes.

La expresión desconcertada en el rostro de Hugo casi la hizo correr de nuevo hacia sus brazos, pero esta vez para ofrecerle ella ese cariño y preocupación al que no estaba habituado. Sara siempre había tenido la amistad de Leire y el afecto de su familia, por lo que se dio cuenta de que tal vez él jamás había experimentado ese tipo de vínculo con alguien más. El estómago se le contrajo al pensar en ello y una pena enorme la invadió de nuevo.

Si ese era el caso, la frialdad que Hugo demostraba ante los demás era una clara consecuencia de la falta de amor y calor humano que no había recibido antes, y eso la entristecía hasta casi estrujarle el corazón. Aun así, él supo darle consuelo en el momento en el que más lo había necesitado, y por ello le estaba enormemente agradecida.

—No es necesario —balbuceó aturdido, y se colocó unos mechones de su negro cabello detrás de ambas orejas con una actitud tan tímida que daba hasta algo de pena—. Ejem…, yo… Solo había venido para preguntarte si querías desayunar.

Conmovida por su gesto, Sara se acercó a él, quien de manera cobarde dio un paso atrás ante esa muestra tan directa de simpatía, y se enganchó a su brazo sin darle ninguna opción de poder rechazarla.

—Tranquilo, no voy a morderte —lo tranquilizó—. Aunque eres tan achuchable que no me importaría comerte a besos.

La expresión perpleja en el rostro de Hugo casi hizo que Sara cumpliera con su amenaza. Y que él se deshiciera de su agarre con la misma cautela con la que desactivaría una bomba de relojería a punto de explotar estuvo a un paso de provocarle una carcajada.

—Será mejor que entremos —musitó él entre dientes, y le faltó tiempo para abandonar la terraza y acceder al interior del apartamento mientras barruntaba para sus adentros—. Mira que sois raras las mujeres…

Sara lo agarró por la parte de atrás de la sudadera y tiró de ella deteniendo su huida antes de que cruzara la puerta corredera.

—¡Hugo! —Cuando él se giró y sus miradas se encontraron, ella deshizo el nudo que se había formado en su garganta con un carraspeo antes de añadir—: Gracias.

Su amigo simplemente se limitó a asentir. Ese sencillo gesto fue suficiente para los dos.

Debido al llanto anterior que había hinchado su rostro y ojos, Sara se refrescó con agua fría en el baño, y solo salió cuando estuvo segura de que los estragos habían sido minimizados lo máximo posible. Se sentó a la mesa donde estaba el resto, y aunque no tenía ni gota de hambre, se sirvió un café bien cargado para reponer energías y despejar la mente.

No se atrevió a mirar a Yarey, todavía no se sentía preparada para enfrentarlo, pero disimularía mientras pudiera con tal de no tener que dar explicaciones a los demás. No era el momento ni el lugar para que sus problemas sentimentales afectaran al resto, era consciente de que tenían asuntos más importantes que resolver.

Hugo los miró a ambos de forma disimulada, a la espera de que Yarey tomara la palabra. Pero se dio por vencido cuando se dio cuenta de que este, por primera vez, no tenía la más mínima intención de asumir el liderazgo. Así que no le quedó más remedio que hacerlo él.

—Bien, ahora que estamos todos juntos, creo que es hora de que hablemos sobre cuáles serán nuestros siguientes pasos.

—Creo que es muy obvio —declaró David, con absoluto convencimiento, a la vez que señalaba a Sara con la cabeza—. Lo primero que tenemos que hacer es liberar a su padre, por supuesto.

—Así es —convino Hugo—, pero primero debemos idear un plan para hacerlo.

—No.

Cuatro pares de ojos se abrieron demostrando perplejidad y se centraron sobre Yarey tras oponerse con tanta firmeza.

—¿Por qué no? —cuestionó Sara arrugando el ceño—. ¿Por qué no deberíamos priorizar en rescatar a mi padre y a Leire?

Él no la miró, solo se limitó a echarse hacia atrás en su silla antes de agarrar la taza de café y llevarla a los labios para darle un pequeño sorbo a su contenido.

—Tengo dos motivos claros —comentó con calma, como si la idea de liberar a los dos rehenes, sujetos bajo el yugo del Ejército, no tuviese tanta importancia—. El primero: porque antes de realizar ningún paso en falso, debemos poner a salvo a tu madre y a tu madrina. —Tanto David como Silvia se revolvieron en su asiento en desacuerdo con su decisión, y abrieron la boca para dar su opinión, pero Yarey se adelantó—: Seguramente el Ejército estará esperando a que

vayamos a rescatar a los únicos rehenes que tienen en su poder, pero esa misión no es en absoluto fácil. Debemos actuar con inteligencia y poner a salvo a las personas más indefensas en estos momentos, pues tal vez sea demasiado tarde después.

—¿Qué quieres decir? —sondeó Sara, todavía sin entender del todo su razonamiento.

Por primera vez, desde su encuentro en la terraza, él la miró directa a los ojos.

—Estoy seguro de que tanto a tu madre como a la madre de Leire no les han contado la verdad sobre lo que está ocurriendo. —Aunque intentó ocultar su expresión pesimista, debía ser sincero con ella y prepararla para la realidad—. Si nuestro plan de rescate falla o tiene éxito, ocurra lo que ocurra, te aseguro que esa organización secreta no querrá dejar ningún cabo suelto. Y tanto ellas como nosotros somos un inconveniente del que más tarde o más temprano tendrán que deshacerse. Y, si no lo han hecho ya, es por pura estrategia. Por ello, lo más aconsejable es adelantarnos a sus planes y sacarlas fuera del país para ponerlas a salvo.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —interrogó Silvia, planteando la pregunta que todos se estaban haciendo en voz alta—. Porque, que yo sepa, no tenemos dinero, ni medios ni contactos que nos ayuden en semejante hazaña.

—Eso déjamelo a mí —intervino Hugo con actitud decidida—. Para algo mi habilidad me ha hecho ser el mejor *hacker* del mundo. —Una sonrisa pretenciosa nació en su rostro al mismo tiempo que comenzó a frotarse las manos con anticipación—. No será difícil conseguir y falsificar documentos e identidades nuevas para cada uno de nosotros.

Yarey abandonó su actitud comedida y se inclinó sobre la mesa antes de bajarle los humos a su compañero.

—El problema es el dinero, Hugo. De nada servirá rescatar a Leire y a Andrés y obtener una identidad falsa si no tenemos con qué sobrevivir. Suponemos un enorme riesgo para esos peces gordos y no descansarán hasta atraparnos, de eso estoy seguro. No dudo de que tanto mis cuentas bancarias como las tuyas a estas alturas ya estarán intervenidas, al igual que las del padre de Sara, por lo que será un gran inconveniente en el que tenemos que pensar antes de huir.

Un brillo perspicaz cruzó por los grises y penetrantes ojos de su amigo.

—El 98 % de la población adulta en España tiene, al menos, una cuenta bancaria a su nombre —explicó de un modo que no pretendía sonar pretencioso en absoluto—. ¿Sabes lo que supondría simplemente sustraer 1 euro de cada cuenta y depositarla en otra? —Hugo planteó esa pregunta como si hacerlo fuera la cosa más sencilla del mundo—. Un montón de dinero que nadie echaría en falta.

Un brillo esperanzador surgió en el rostro de David, quien no tardó en preguntar:

—¿Y tú podrías hacerlo?

Hugo se inclinó hacia atrás en su asiento y se cruzó de brazos tras chasquear la lengua con fastidio.

—La duda ofende.

—¡Genial! —celebró el muchacho con una ligera palmada sobre la mesa—. Problema resuelto.

—Todavía tengo una objeción —señaló Yarey clavando sus ojos sobre él y su compañera—. Y sois vosotros dos.

Perplejos, los dos adolescentes se miraron entre sí.

—¿Nosotros? —indagó Silvia tras tragar un trozo de tostada con el que casi se atraganta—. ¿Por qué?

—¿No es evidente? Porque no sé si puedo fiarme.

David apretó los labios en una actitud poco halagüeña.

—¿Qué quieres decir?

La expresión imperturbable de Yarey no daba ninguna pista de lo que se le pasaba por la cabeza, hasta que soltó:

—Todavía no sé por qué estuvisteis vigilando a Sara durante meses y después la secuestrasteis —declaró serio—. Lo lógico, después de conseguir huir de vuestro encierro, era desaparecer del mapa y empezar en otro lugar muy lejos de los tentáculos de esta gente y no arriesgaros a ser capturados de nuevo.

David se echó las manos al rostro y se quitó las gafas de seguridad con lentitud. Los iris de sus ojos, completamente dilatados, aparecieron por unos segundos antes de apresurarse a protegerlos de nuevo de la luz solar. Una mueca de dolor atravesó su rostro por unos instantes, evidenciado lo incómodo y punzante que suponía para él ese simple gesto.

—¿De verdad piensas que podríamos empezar de nuevo en otro lugar? —cuestionó, posando su oscura y vacía mirada sobre él—. ¿Crees en serio que tanto Silvia como yo podríamos pasar desapercibidos ante el resto de la gente?

Silvia señaló los cascos que la aislaban lo máximo posible de los fuertes ruidos externos.

—Yo no puedo quitarme esto o mi cabeza estallaría y me volvería loca —explicó concisa, tras lo cual, dejó salir un pesado y lento suspiro—. Nunca tuvimos la intención de hacer daño a Sara o a su familia, pero, tras la muerte de Arturo, nos quedamos solos y desamparados. Él era el único que conocía nuestro secreto y el que nos ayudaba con la medicación que remitía los efectos secundarios. Pero tras su asesinato…

—¿Asesinato? —la interrumpió Sara, impactada.

Silvia sacudió la cabeza confirmando sus sospechas.

—La muerte de tu padrino no fue un accidente, te lo aseguro.

Incapaz de permanecer sentada, ella se levantó de su asiento y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Lo sabía —murmuró entre dientes—. Estaba segura de ello.

—Prosigue —la apremió Yarey, deseando aclarar todo de una vez, pues no había tiempo para remover el pasado.

—Intentamos pasar desapercibidos —explicó la muchacha—. Espiando y estudiando su entorno para descubrir en quién podíamos confiar. Arturo nos había hablado de Andrés, quisimos acercarnos a él para pedirle ayuda, pero la vigilancia sobre ese hombre era tan estrecha que no encontrábamos el modo de abordarlo.

—Así que decidisteis probar otra forma —intervino Hugo, asumiendo su siguiente paso.

—Lo intentamos con Sara y con Leire, sí —confirmó David—. Pero vosotros tampoco las dejabais ni a sol ni a sombra.

—El tiempo pasaba y nosotros nos agobiábamos cada vez más. Los dolores de cabeza aumentaban su frecuencia e intensidad y la intolerancia a la luz era más difícil para David con el transcurrir de los días —continuó Silvia—. Llegados a este punto, no tenemos ni idea de si los efectos adversos pueden revertirse o no, de si nuestras vidas corren peligro si no tomamos la medicación adecuada… —Un silencio dramático cayó sobre los presentes como una losa—. Todas esas dudas y miedos ahora también os afectan a vosotros, lo entendéis, ¿verdad?

Los dos soldados se miraron entre sí, pero no respondieron.

—¿Por qué deberían? Nosotros nunca hemos tomado medicación —señaló Hugo, convencido.

David comenzó a golpear con la uña del dedo índice el borde de la taza de su café.

—¿Estás seguro de eso? —No esperó respuesta y miró directamente a Yarey—: Durante el tiempo que os hemos estado vigilando, he notado que solías tomar muy a menudo unos chupa-chups, ¿no es así?

El único gesto en el rostro de Yarey fue entrecerrar un poco los ojos ante su comentario, y enseguida miró a su compañero, quien no daba crédito.

—Pero eso no signifi… —Hugo enmudeció de repente al darse cuenta de algo—. ¡Mierda, mis vitaminas!

—¿Vitaminas? —interrogó Sara el advertir la expresión satisfecha de David.

El *hacker* se frotó la frente con pesar.

—Debido a que la mayor parte de mi trabajo me lo paso en una habitación delante de un ordenador, los médicos de la base me aconsejaron tomar vitamina D, ya que no suelo estar al aire libre muy a menudo.

—Ahí lo tienes —señaló Silvia ante el dato aportado—. De un modo u otro, habéis estado medicados sin saberlo.

—¿Qué queríais conseguir al llevaros a Sara por la fuerza? —interrogó Yarey con gesto impasible, eludiendo el nuevo problema al que se enfrentaban y sobre el cual tendría que meditar con detenimiento.

—Intercambiarla por su padre y convencerlo de que nos ayudara —explicó David con una nota de sinceridad en su rostro que demostraba que no estaba mintiendo—. Lo que nosotros desconocíamos era que nuestro plan había fallado en cuanto el Ejército decidió que no usaría a Andrés como moneda de cambio.

Los penetrantes ojos de Yarey evaluaban su actitud ante el interrogatorio, juzgando en esos momentos si decían la verdad o mentían.

—¿Qué teníais pensado hacer si no lo conseguíais?

David se encogió de hombros y desvió la mirada incómodo y avergonzado por no haber calculado esa posibilidad.

—No lo valoramos, la verdad. Supongo que no podíamos permitirnos el lujo de pensar en fracasar.

Un pesado silencio cayó sobre ellos durante unos eternos segundos, hasta que Hugo lo rompió diciendo:

—Yo les creo.

Yarey apoyó los codos sobre la mesa, cerró los ojos y comenzó a masajearse las sienes a la vez que soltaba un largo y profundo suspiro de resignación.

—Por desgracia, yo también.

Aliviados, David y Silvia cruzaron miradas entre ellos.

—Bien, ahora que está todo aclarado, ¿cuál va a ser nuestro siguiente paso? —cuestionó Sara, deseosa de ponerse en marcha.

Yarey dejó caer sobre ella su impenetrable mirada dorada. Una mirada que a Sara le provocó un profundo escalofrío.

—Sacar a tu madre y a tu madrina de país.

A pesar de que Hugo era el mejor en su campo, tuvieron que desarrollar un plan factible que tardó unos días en efectuarse. Conseguir el dinero e ingresarlo en varias cuentas falsas fue lo más fácil de lograr. Tras lo cual, tuvieron que pinchar la línea de teléfono de la casa de Sara para provocar un problema en el suministro. Cuando Maite llamó a la compañía para que le abrieran una incidencia, Hugo y Yarey estaban preparados para hacerse pasar por un operador que le enviaría a un técnico a su domicilio para solventar la avería lo antes posible.

Después de lograrlo, no solo tuvieron que interceptar a un técnico con la misma complexión de Yarey para sustraerle la ropa de trabajo, sino también el coche de la empresa para no levantar sospechas, pues no tenían duda alguna de que el Ejército habría dispuesto a varios hombres que estarían vigilando los pasos de ambas madres. Cuando este consiguió acceder al domicilio de los padres de Sara, eludiendo la estrecha vigilancia que sabía el Ejército mantenía sobre Maite y Sonia, se imaginaba que lo más difícil era que estas no diesen la voz de alarma en cuanto lo vieran aparecer.

Era una suerte contar con la habilidad de Silvia, quien, a pocos metros del edificio, abrió la boca y emitió un sonido que dejó fuera de combate los micrófonos y equipo de espionaje con los que vigilaban a ambas mujeres.

No tenían mucho tiempo antes de que los soldados a cargo de la escucha ilegal se dieran cuenta de que algo no andaba bien, por lo que Yarey debía darse mucha prisa.

—¡Maldito hijo de…! —gritó Maite nada más reconocerlo tras dejarlo pasar.

Este se abalanzó sobre ella y le tapó la boca por precaución. Como pudo, activó la pantalla del móvil donde había una foto de los cinco, logrando que la mujer dejara de pelear al ver la imagen de su hija junto a Silvia, David, Hugo y el propio Yarey.

—¿Qué ocurre? —interrogó Sonia, apareciendo desde la cocina.

Yarey se quitó la gorra y habló con rapidez.

—No tengo tiempo de explicaros lo que pasa —dijo, buscando en su teléfono un audio grabado por Sara—, pero debéis confiar en mí.

Reprodujo el breve mensaje que su hija había dejado grabado. Nada más finalizar, las dos mujeres lo observaron estupefactas y después se miraron entre ellas mientras asimilaban la gravedad del mensaje.

—Tenéis que venir conmigo, ¡ya! —pidió Yarey echando un vistazo ansioso a su reloj.

Abrumada, la madre de Leire abrió la boca para balbucear.

—Pero…

El muchacho se caló de nuevo la gorra sobre la frente y las miró con urgencia antes de decir:

—¡No hay tiempo! ¡Ahora! —Y las agarró por las muñecas para escapar de aquel lugar antes de que los soldados los atrapasen.

Capítulo 23

Tras dar varias vueltas por la ciudad y asegurarse de que no los seguían, Yarey se cambió de ropa y abandonó la furgoneta de la compañía telefónica en un lugar acordado. Los tres se montaron enseguida en un amplio coche de siete plazas que Hugo alquiló bajo un nombre falso y que los esperaba de manera discreta. Dentro del vehículo, madre e hija se fundieron en un emotivo abrazo antes de ponerse al día con los últimos acontecimientos camino al país vecino.

El propósito era dirigirse directamente al aeropuerto de Oporto, en Portugal, y allí coger un avión que los llevaría a todos —excepto a Hugo y a Yarey—, rumbo a Italia, bajo nuevas identidades. Allí esperarían para reunirse todos en el hipotético caso de que el plan de rescate tuviera éxito.

Impactadas y abrumadas por toda la información que estaban recibiendo, Maite y Sonia solo tuvieron el tiempo que los llevó recorrer el camino hacia el aeropuerto para hacerse a la idea de que sus vidas corrían grave peligro y que ya nada volvería a ser como antes.

Actuar con rapidez era su única ventaja, por lo que tendrían que huir del país con lo puesto; salvo por los pasaportes falsos, unas tarjetas de crédito y un poco de efectivo que Hugo les consiguió. Una vez alcanzado su destino, podrían comprar ropa nueva, alojarse en un discreto hotel, pasar desapercibidos y esperar noticias suyas.

Todo iba según lo planeado, excepto cuando llegó el momento de la despedida, ya que Sara anunció que no se iría del país con el resto.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —siseó Yarey tras agarrarla del brazo para llamar su atención.

Ella alzó la barbilla, retadora, impasible ante su furiosa expresión.

—No pienso irme sin vosotros —anunció serena.

La penetrante mirada de Yarey la estaba taladrando con fiereza, pero tuvo que romper su silenciosa amenaza cuando por los altavoces sonó la voz de una mujer anunciando la última llamada del vuelo que los llevaría a Italia.

—Ni hablar —le advirtió él—. Ahora mismo vas a coger ese puto avión para ponerte a salvo, ¿entendido?

Sara le sostuvo la mirada sin amilanarse ni un poco.

—Deberías conocerme lo suficiente como para saber que no pienso acatar tu estúpida orden.

Guiado por la frustración, Yarey apretó un poco más los dedos sobre la tierna carne de su brazo de manera inconsciente.

—¿Estúpida? —jadeó perplejo—. ¿De verdad crees que esa orden es estúpida?

Ella no respondió, solo se limitó a esbozar una leve sonrisa.

—Digas lo que digas, no me vas a convencer, así que mejor no pierdas tu tiempo.

Exasperado, se alejó unos pasos para tomar cierta distancia y obligarse a no zarandearla para que entrara en razón. Cuando se giró de nuevo hacia ella, Yarey abrió la boca para escupir:

—¡Escúchame bien, maldita niñat…!

En ese mismo instante, fue Sara quien dio media vuelta para abrazar a su madre y dejarlo con la palabra en la boca. Él alzó la cabeza al techo, elevó los brazos y los dejó caer con derrotismo en un estado de intensa impotencia.

—Volveré con papá antes de que te des cuenta —susurró en el oído de Maite con la voz tomada por la emoción.

—Por favor, ven con nosotros —le suplicó su madre, aferrándose a ella con todas sus fuerzas—. Es demasiado peligroso.

Las lágrimas nublaron la visión de Sara cuando fijó la vista sobre el rostro asustado y desencajado de su madrina, quien se encontraba justo frente a ella.

—Conoces a papá tan bien como yo —dijo lo suficientemente alto como para que no solo su madre la escuchara—. Tengo miedo de que no se fíe de Hugo y Yarey e intente hacer las cosas a su manera y se lo ponga difícil. Si estoy allí, tanto Leire como él entenderán que no van a ser traicionados de nuevo.

—Entonces, yo también me quedo —amenazó Maite entre sollozos.

Sara entendía y compartía su miedo, pero en este caso debía actuar con madurez y firmeza por el bien de todos. Así que se separó unos centímetros y la miró a los ojos.

—Silvia y David te necesitan, mamá. Ellos corren un inmenso peligro y deben abandonar el país lo antes posible. Tú y madrina también estáis en riesgo —recalcó, haciendo hincapié en esta última frase—. Estos chicos no conocen el mundo, han vivido encerrados toda su vida, no sabrían ni por dónde empezar…

Maite dejó que las lágrimas corrieran libres por su rostro. Entendía lo que su hija quería decir, pero su instinto como madre se oponía con todas sus fuerzas a abandonarla.

—No puedo…, yo…, cariño, no puedo hacer lo que me pides… —musitó con la voz rota—. No me pidas que te deje…, no lo haré…

Sara la volvió a estrechar entre sus brazos como gesto de despedida y le rogó a su madrina con los ojos que la ayudara en ese duro momento. A regañadientes, Sonia agarró a su mejor amiga por los hombros y la obligó a separase de su hija con todo el dolor de su corazón.

—Tenemos que irnos —dijo con una firmeza que estaba muy lejos de sentir—. Sara tiene razón.

—¡No! —exclamó la mujer, negándose a obedecer.

La madre de Leire agarró a su amiga por el rostro con decisión, aunque su propia voz sonaba desgarrada y temblorosa cuando habló.

—¡Cálmate, Maite! —le pidió en voz baja—. No debemos llamar la atención o nos pondrás en peligro a todos. Tenemos que poner a estos chicos a salvo y confiar en que Hugo y Yarey logren salvar a tu marido y a mi hija, o la muerte de Arturo no habrá servido para nada.

Nombrar a Arturo fue un golpe de realidad para Maite, quien se dio cuenta de lo egoísta que estaba siendo ante los ojos de su amiga. Sonia no solo se había enterado de que su marido había sido asesinado por esa organización secreta, sino que, además, su única hija estaba retenida contra su voluntad y corría el mismo peligro que Andrés. Entender que ella era la que más tenía que perder y, aun así, mantenía la entereza hizo que se replanteara su propia conducta.

Se acercó a Hugo y a Yarey y les habló con la desesperación desbordada por cada poro de su ser.

—Dejo mi vida en vuestras manos —declaró con el corazón en un puño—. Porque si algo le pasa a mi hija…, si llegase a ocurrir lo peor… —dejó la frase en el aire y cerró los ojos, incapaz de imaginarlo—, yo me iré detrás de ella.

Conmocionados e impresionados por la presión que suponía su nada sutil amenaza, ellos solo fueron capaces de asentir.

—Daré mi vida por ella —declaró Yarey tras unos instantes.

Maite pudo leer en su rostro la sinceridad de su promesa y eso alivió de algún modo el pánico que amenazaba con hacerla enloquecer. Así que, después de tragar con enorme esfuerzo la bola de miedo que tenía atascada en la garganta, se giró hacia su hija y se acercó a ella antes de arrepentirse.

—Estoy muy orgullosa de ti, cariño —confesó con la voz tomada por la emoción al mismo tiempo que la envolvía de nuevo entre sus brazos—. Daría todo lo que tengo para que vinieras conmigo, pero sé que no te haré cambiar de opinión. De igual modo, quiero que sepas que te quiero con toda mi alma y que no puedo estar más orgullosa y feliz de que seas mi hija. Pero, por favor, ten mucho cuidado, ¿sí? Vuelve sana y salva a mi lado, es lo único que te pido.

Con los ojos anegados en lágrimas, Sara sintió el tierno besó que su madre le dio en la mejilla como despedida, antes de que esta diera media vuelta y la viera alejarse hacia la puerta de embarque arrastrando los pies.



De vuelta a España, Sara quiso repasar con los chicos el plan de rescate que tenían pensado para su padre y su mejor amiga. En la línea de los últimos días, Yarey no le dirigió la palabra mientras conducía —dedujo que más cabreado con ella si cabe por su reciente cambio de planes—, por lo que fue Hugo quien le explicó todo al detalle.

—Tú te quedarás en el coche —le ordenó Yarey en cuanto entraron por la puerta del piso franco.

Ella puso los brazos en jarras y entrecerró los párpados en actitud belicosa. Tras su breve charla con Hugo en la terraza, Sara había intentado ser paciente con Yarey y buscar el momento propicio para hablar con él y pedirle perdón, pero este no le había dado la menor oportunidad. No obstante, el aguante ante su actitud pasivo agresiva con ella se estaba agotando, y le estaba costando horrores mantener su genio bajo cuerda.

—¿Ahora has decidido hablarme?

Yarey le lanzó una mirada inquietante antes de ir a su habitación a cambiarse de ropa. Tanto él como Hugo habían conseguido unos uniformes militares con los que pretendían infiltrarse en la base donde retenían a Andrés y Leire, y debía cambiarse para cumplir su misión a la mayor brevedad.

—No tengo tiempo para esto, Sara —le advirtió, caminando por el pasillo mientras se desprendía de la cazadora—. Harás lo que yo te diga o te dejo aquí encerrada, tú decides.

Ella lo siguió y se coló en el dormitorio antes de que él le cerrara la puerta en las narices.

—¿Serías capaz de hacerme eso?

Yarey alzó los brazos para quitarse el jersey por encima de la cabeza. Tras tirar la prenda sobre la cama, se acercó despacio a ella con una expresión intimidante.

—Sería capaz de eso y de mucho más —lo avisó serio.

Ella tragó saliva con fuerza cuando él siguió aproximándose.

—¿Es una amenaza? —logró preguntar.

Una sonrisa letal asomó al rostro del muchacho, quien redujo el espacio entre ellos obligándola a retroceder hasta pegar su espalda a la pared, al mismo tiempo que se deshacía de la camiseta interior y quedaba frente a ella.

—Tómalo como quieras.

Sara alzó la barbilla con gesto retador, quedando atrapada en el magnetismo de su mirada. Luchaba con la intensa necesidad de echar un buen vistazo a la enorme porción de piel desnuda que tenía ante ella, y tuvo que apretar con fuerza los puños para impedir que sus manos se posaran sobre la dureza y calidez de sus pectorales.

—No me das miedo.

Los ojos de Yarey recorrieron los labios de ella con extrema lentitud, apoyó un mano en la pared muy cerca de su cabeza y acercó su rostro hasta quedar a escasos centímetros del suyo.

—Pues deberías tenerlo —avisó con una voz ronca y pastosa.

—¿Por qué?

A desgana, él abandonó el examen de su boca y se tomó un tiempo en responder.

—Porque no soy humano y podría perder la poca cordura que me queda.

Llevada por los nervios y la anticipación, Sara se humedeció los labios con la punta de la lengua. Las palabras del soldado decían una cosa, pero su expresión sugería otra por completo muy distinta.

—¿Y crees que me importa?

Yarey arrugó el ceño ante su pregunta, después cerró los ojos e hizo un gesto con la cabeza, claramente contrariado.

—Soy una abominación, Sara —señaló, fijando de nuevo la mirada sobre su rostro—. Un monstruo creado en un laboratorio con anomalías a las que cualquiera con dos dedos de frente le tendría miedo. —Tras explicar lo evidente, Yarey se alejó de ella y le dio la espalda antes de añadir—: No sé de qué me extraño, es evidente que tú nunca actúas según lo esperado. Y debido a eso, no puedo dejar que vengas con nosotros, eres demasiado peligrosa.

Una intensa sensación de alivio poseyó a Sara, quien corrió a pegarse a su espalda y abrazarlo por detrás.

—¿Es por eso por lo que has estado frío y distante conmigo estos días, porque crees que eres una abominación? —preguntó, desprendiéndose de la agónica culpa que la había estado atormentando desde su último encuentro a solas—. ¿Por eso no me has dado la oportunidad de acercarme a ti para pedirte perdón?

Él apretó los dientes y cerró con fuerza los párpados en un intento de contenerse. La piel desnuda de su cuerpo temblaba allí donde el contacto de las manos de ella lo rozaban. Aquel instante representaba una pesadilla para Yarey, porque lo único que anhelaba con todas sus fuerzas era envolverla entre sus brazos, refugiarse en el calor de sus caricias, embriagarse con el dulce aroma de su cabello…

Pero no podía hacerlo… No tenía derecho a hacerlo. Él no la merecía. No era lo suficientemente bueno para ella. Ahora era muy consciente de ello.

—Sigues creyéndote el ombligo del mundo, ¿verdad? —dijo agarrando sus manos y separándolas de él—. No todo gira en torno a ti, entiéndelo de una vez.

Los brazos de Sara cayeron inertes a sus costados. El tono acerado de su voz creó una barrera entre los dos que la estaba destrozando por dentro.

—Yarey…

Él no se giró, no tuvo las fuerzas necesarias para enfrentarla.

—Sigo creyendo lo que dije ese día. —Sentía las palabras arañar su garganta como cuchillas afiladas, pero debía ser preciso y contundente para alejarla y destruir toda esperanza—. Lo nuestro no tiene futuro.

Se inclinó para recoger y vestirse la parte de arriba del uniforme. No sabía muy bien qué esperar de Sara, consecuente con sus pensamientos, ella era imprevisible, una caja de sorpresas. Así que se giró con cautela cuando el silenció se prolongó más de lo esperado.

Todas las alarmas saltaron de inmediato para Yarey, quien pilló a Sara mordiéndose el labio inferior a la vez que lo observaba con un brillo de admiración y deseo en los ojos mientras lo repasaba de arriba abajo.

—No me importa lo que creas —dijo, encogiéndose de hombros—. El futuro no está escrito en piedra, lo creamos nosotros con nuestras acciones y decisiones, y no pienso dejar que renuncies a lo nuestro porque sientas miedo.

Él tardó unos instantes en asimilar sus palabras.

—Yo no tengo miedo.

Sara acortó el espacio entre los dos y apoyó la palma de la mano sobre su musculoso pecho.

—Me alegro, porque te advierto que puedo resultar una novia un tanto celosa, posesiva y difícil de llevar —le advirtió, empujándolo ligeramente hacia atrás.

Sorprendido por su acción, Yarey perdió el equilibrio y cayó sentado sobre la cama cuando la parte de atrás de sus rodillas tropezó con el somier.

—Sara… —la amonestó con un tono entre confuso y perentorio.

Ella se sentó sobre él a horcajadas.

—Creo con firmeza en que no existen las coincidencias. —Colocó sus brazos en torno a sus hombros y se humedeció de nuevo los labios en un gesto tan involuntario como sexi—. Solo somos partículas en el universo que buscamos nuestro camino. Sin pretenderlo, avanzamos cada día hacia los lugares, los momentos y las personas que nos han estado esperando desde siempre, porque ese es nuestro destino.

Yarey luchaba contra un impulso más fuerte que sí mismo. No podía despegar los ojos del rostro de la chica a la que amaba con todas sus fuerzas. Lo único que deseaba era mandarlo todo al infierno y perderse en la dulzura de sus labios, unos labios que lo mantenían hechizado, destruyendo la poca fuerza de voluntad que le quedaba.

—Yo no creo en el destino —replicó con una voz chirriante.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y fijó la atención sobre la boca de él. Se tomó unos instantes en estudiarla, hasta que se rindió ante la inevitable necesidad de acariciarla con la yema de los dedos.

—Pues deberías, porque tengo la absoluta certeza de que ambos nacimos para estar juntos —respondió fascinada, deslizando los dedos por sus suaves y carnosos labios. El embrujo se rompió cuando él cerró los ojos y contrajo su gesto en una mueca extraña—. ¿No me crees?

Yarey apoyó una mano en la parte baja de la espalda de Sara e intentó detener los erráticos latidos de su corazón, pues lo que más ansiaba en este mundo era creerla con toda su alma. En un ejercicio de contención digno de estudio, Yarey luchaba con todas sus fuerzas por no rendirse al hormigueo feroz que se había colado bajo su piel, y que lo impulsaba a olvidarse de todo y perderse solo en ella.

—En realidad, no sé qué decirte —reconoció sincero—. Hace unos días me maldecías por mentirte y hoy… —No pudo terminar la frase.

Ella le tomó el rostro y apoyó la frente sobre la suya.

—No eres el único que tiene miedo, ¿sabes? —reconoció con la voz tomada por la emoción —. Ambos tenemos cicatrices, heridas que resuenan en nosotros y nos obligan a actuar de cierto modo por temor a sufrir. —Sara se separó unos centímetros para mirarlo a los ojos—. Desde el

mismo momento en que te conocí, la intensidad de las emociones que provocabas en mí era demasiado real como para ser ignorada. Aun así, lo intenté todo. Te juro que lo intenté con todas mis fuerzas, Yarey, ya que todas las alarmas saltaban en mi cabeza cada vez que nos encontrábamos. Probé a odiarte, a ignorarte, a ser cruel con mis palabras con la única intención de alejarte, pero nada de eso daba resultado. Sentirme vulnerable, expuesta y confusa ante un sentimiento que jamás había experimentado antes me producía pavor, pero tú te empeñabas en derribar todas y cada una de las barreras que construía con tanto esfuerzo, hasta que me rendí ante lo inevitable.

»Después descubrí la verdad, y asumir que lo nuestro podía ser mentira me devolvió al pasado, y el resentimiento y desconfianza creció en mí de forma imparable. No fui justa contigo, lo sé, pero entiende que jamás te comparé con Sergio, él nunca podría hacerte sombra ni aunque naciera mil veces más. ¿Y sabes por qué?

Con un nudo en la garganta, Yarey solo pudo sacudir la cabeza.

—No —murmuró con un hilo de voz—. ¿Por qué?

—Porque el único monstruo al que he conocido ha sido él.

Un alivio enorme aligeró la pesadez que oprimía desde hacía días el corazón de Yarey y rodeó la cintura de Sara con sus fuertes brazos.

—Sara… —musitó conmovido por el amor que detectaba en sus palabras.

—Perdóname, Yarey —le rogó arrepentida y con los ojos húmedos debido a las lágrimas que amenazaban con brotar—. Perdóname por tener miedo, por mi inmadurez, y por mi actitud altiva y desconfiada. Pero te prometo, te juro, que a pesar de todos mis fallos y defectos, lo que siento por ti es verdadero.

Él deslizó hacia arriba una mano por su espalda hasta sujetarla por la nuca y apoderarse de su boca para sellar esa promesa. Cubrió sus labios con un ansia que lo desbordaba antes de abrirse paso en su interior, y ella lo recibió con la misma pasión que lo cegaba y que lo hacía estremecer de pies a cabeza.

—No tengo nada que perdonarte, tú simplemente eres perfecta —declaró sobrepasado por la pasión que lo consumía. Sin embargo, contuvo la chispa de esperanza que comenzaba a germinar en su interior antes incluso de que esta tuviera alguna posibilidad de arder, y detuvo su beso cuando las dudas volvieron a asaltarlo—. Pero ¿qué ocurre si yo me convierto en otro tipo de monstruo?

Ella negó con firmeza, convencida de que algo semejante nunca ocurriría.

—Te conozco, Yarey, y eso nunca sucederá.

—Pero ¿y si no logramos reproducir el tratamiento? ¿Y si…?

Sara paró su negatividad tomándole el rostro con ambas manos, envuelta en un aire de confianza que no dejaba lugar a dudas.

—Llegado el momento, si esa eventualidad llega a pasar, yo estaré a tu lado siempre. Recuerda esto, pase lo que pase, estaré ahí para ti igual que tú lo has estado para mí.

Abrumado por el amor que lo consumía, Yarey la giró y la tumbó boca arriba sobre la cama atacando de nuevo su boca sin pedir permiso. Profundizó en ese beso mientras ahogaba en su mente los ecos de una preocupación por un futuro incierto que no lo dejaba dormir. Gimió cuando la lengua de Sara salió a su encuentro y ese momento era tan jodidamente perfecto que las lágrimas formaron un nudo que se instaló en su pecho. No quería pensar, solo deseaba paladear la felicidad que sentía en ese instante, no pedía mucho, ¿verdad?

—Te amo, Sara —confesó, separándose unos centímetros para conectar sus ojos con los de

ella. Tal vez no tuviera otra oportunidad para expresar lo que su alma declaraba a gritos, así que decidió no perder un tiempo que no tenían—. Te amo más de lo que puedas imaginar.

—Yo también te amo —respondió, henchida de una felicidad que sacudía cada célula de su cuerpo.

Yarey memorizó su rostro consciente de que, tal vez, esa fuese la última vez que lo veía. Acarició su cara con la yema de los dedos, delineando las líneas de su mandíbula, de sus cejas, párpados, boca… Y con lentitud, sin romper el contacto visual, se acercó buscando la calidez y dulzura de sus labios.

Pero justo en ese momento, Hugo llamó a la puerta para recordarles que tenían una misión que cumplir.

Capítulo 24

Hugo y Yarey sabían con exactitud cómo recorrer las instalaciones con la menor probabilidad de ser detectados, ya que conocían como la palma de su mano el lugar en el que tenían que colarse. Así y todo, burlar la estrecha e intensa vigilancia que los militares habían reforzado por culpa de sus actos no iba a resultar nada fácil, por lo que solo esperaban que, al menos, la suerte estuviese de su lado esa vez.

Hackear el sistema de vigilancia interno le llevó más tiempo del esperado y, como consecuencia, cada segundo que pasaban allí dentro se volvía más peligroso. Esperar a la hora de la cena había sido idea de Yarey, pues intuía que, de ese modo —así como había ocurrido la vez anterior cuando se escabulleron a la hora de la comida—, habría menos posibilidades de encontrarse con algún compañero cercano que pudiera reconocerlos.

Sabiendo el tipo de cerradura electrónica que mantenía las celdas selladas, Hugo solo necesitó hacerse con el aparato que pudiera descodificar el código y que abriría las puertas con suma facilidad, por lo que esperaba no encontrarse con inconvenientes en esa parte del plan.

Cuidadoso, entreabrió una puerta que daba al pasillo y echó un vistazo rápido al interior del despacho donde se hallaba el vigilante de las celdas que se encontraba de guardia a esa hora. Con rapidez, cerró la salida de emergencia que no sonó gracias a que pudo desactivarla y se giró hacia su amigo.

—Marcos no está de guardia hoy y no conozco al que se encuentra custodiando las celdas.

Yarey soltó un suspiro de alivio. Contra todo pronóstico, habían conseguido burlar todos los obstáculos sin muchos inconvenientes.

—Eso es bueno. —Agarró el asa de la mochila que portaba al hombro y se la pasó a Hugo —. Ahora me toca a mí.

Su compañero asintió y tomó la bolsa donde iban los dos uniformes militares que habían conseguido para Andrés y Leire.

—Ten cuidado.

Yarey sacó el arma de su funda y extrajo el cargador para comprobar que todo estaba en orden, revisó la recámara y volvió a colocar el cargador en su lugar. Abrió la puerta con cuidado y se acercó al guardia que rellenaba unos papeles, absorto en su trabajo.

—Hola, colega. —Cuando el soldado levantó la cabeza, se encontró de frente con el cañón de una pistola y, tras asimilar esa perturbadora imagen, levantó ambas manos en son de paz—. ¿Sería mucho pedir que me dieras las llaves de las celdas? —indagó Yarey con falsa amabilidad.

El guardia tragó saliva con esfuerzo y, movido por los nervios, se levantó de su asiento.

—No las tengo. —Sostuvo la penetrante mirada de Yarey a duras penas, ocultando la tensión que suponía que un traidor lo apuntase con un arma. Este, quien lo estudiaba con un brillo letal bailando en sus insondables ojos, no respondió. La nuez del soldado subió y bajó delatando su nerviosismo ante el inquietante silencio—. Las tarjetas fueron sustituidas por un código alfanumérico que solo los altos mandos poseen. Son órdenes del teniente Peñalver. ¡Lo juro!

Yarey hizo un gesto de muñeca, en una clara orden de que se moviera, al mismo tiempo que confirmaba una sospecha que llevaba rondando por su cabeza desde hacía unos días. En realidad,

no le sorprendía averiguar que Bruno también estaba metido de lleno en toda esa mierda de la organización secreta formada por una panda de sociópatas. Averiguar esa información no es que le sirviera de mucho, pero al menos sabía que no podía confiar en él llegado el caso, y que su papel haciéndose pasar por su padre no solo había sido creado para dar veracidad a su tapadera, sino para mantenerlos vigilados tanto a él como a Hugo en el caso de que todo se descubriera.

—¡Muévete!

El soldado obedeció y le dio la espalda a la vez que entrecruzaba las manos a la altura de la nuca.

—¿Qué vas a hacer? —interrogó con una nota ansiosa en su voz—. Sabes que hagas lo que hagas no podrás salir con vida de aquí, ¿verdad?

Yarey levantó el brazo y lo dejó caer sobre la cabeza del soldado por la parte de la culata de su arma para dejarlo inconsciente.

—Eso ya lo veremos.

Tras atarlo, amordazarlo y encerrarlo en una habitación vacía, Yarey fue en busca de Hugo tras confirmar que el guardia no podría salir y dar la voz de alarma.

—¿Has conseguido las tarjetas magnéticas? —preguntó Hugo cuando su compañero regresó.

Este negó, enseñando las manos vacías.

—No, por lo visto, las han cambiado por un código secreto.

—Me imaginé que harían algo así.

—Lo sé, pero nos vendría de lujo estar equivocados por una vez —se lamentó con amargura —. Todo sería más rápido si tuviéramos las tarjetas y no tuviéramos que piratear el sistema.

Hugo abrió la bolsa que colgaba de su hombro y agarró un aparato en apariencia simple.

—De nada nos vale quejarnos por eso —señaló, práctico como siempre.

Con frustración, Yarey torció el gesto en forma de burla.

—Tienes razón, como siempre —replicó con retintín. Abrió de nuevo la puerta con cuidado y salieron al pasillo principal con el arma en la mano—. Yo te cubriré las espaldas, colega, así que lo que tengas que hacer hazlo deprisa.

Hugo no se molestó en responder. Sabía perfectamente cuál era su siguiente paso en el plan, y realizarlo a la mayor brevedad era su objetivo primordial. Recorrió el pasillo hasta llegar a las puertas tras las cuales se encontraban las dos personas a las que habían ido a rescatar. No tuvo dudas al respecto, se arrodilló frente a una y depositó la mochila en el suelo, desmontó el panel electrónico y realizó un puente en la placa con el que generaría una infinidad de códigos numéricos hasta dar con el correcto. Escuchó el clic que indicaba que la celda se había abierto, recogió la bolsa y se coló en el interior con rapidez.

De pronto, la confianza y determinación que lo habían llevado hasta allí se esfumó para dejarlo clavado al suelo. No supo por cuánto tiempo retuvo el aire, pero sintió cómo este abandonaba sus pulmones cuando Leire giró la cabeza y sus miradas se encontraron.

—¡¿Hugo?!

El alivio por saber que se encontraba sana y salva salió despacio de sus labios. Hizo un veloz pero exhaustivo examen sobre su persona para cerciorarse de que no le habían hecho daño, y abrió la mochila para sacar un uniforme militar de su interior.

—Date prisa y cámbiate de ropa —le ordenó sin ningún miramiento, tras ofrecerle la vestimenta que los ayudaría a pasar desapercibidos entre el personal militar.

Perpleja, Leire agarró lo que le ofrecía con la sorpresa y la confusión pintadas en su rostro.

—Pero…

—No hay tiempo para explicaciones —la interrumpió de manera atropellada—. Debo abrir la celda de tu padrino ahora. Reúnete con nosotros cuando hayas terminado.

Dicho esto, Hugo salió del lugar y se concentró en abrir la siguiente puerta. En su interior se encontró con Andrés, repitió las mismas palabras y salió al pasillo con la mano apoyada en la culata de su arma mientras esperaba que nadie se acercara.

Cuando Leire apareció vestida con el uniforme militar, él se acercó a ella y le ofreció una de sus propias gomas de pelo.

—¿Vienes a sacarnos de aquí? —interrogó ella sin percatarse de lo que le ofrecía.

Hugo no esperó a que ella se diera cuenta de su petición, así que la tomó por los hombros y le dio la vuelta antes de responder.

—Sí —respondió escueto.

Y procedió a recogerle rápidamente el pelo en un tirante moño, pues como mujer militar debía cumplir con las normas requeridas en lo referente a la pulcritud de su aspecto y cabello. Tanto en su caso como en el de Yarey, al pertenecer a un equipo especial en el que se requería una apariencia más moderna y común, eran más permisivos con su aspecto motivados a pasar desapercibidos en sus diferentes tapaderas.

—¿Y Sara? —sondeó Leire, dejándose hacer, pues el alivio era tan enorme que no se planteó ni tan siquiera protestar—. ¿Y mi madre?

—Todos están bien —garantizó él tras terminar de agarrarle el cabello de un modo que no llamaría la atención de los militares.

Hugo se puso delante de Leire y sacó del interior de la mochila una gorra de camuflaje igual a la suya. Cuando alzó las manos para colocársela sobre la cabeza, estas quedaron suspendidas en el aire tras advertir las lágrimas brillando en su asustada mirada.

Tardó unos instantes en reaccionar, pero enseguida le caló la gorra sobre la frente y después le alzó la barbilla con delicadeza.

—¿Estás bien? —indagó preocupado.

Ella se tragó las lágrimas de alivio y asintió. Y, para su sorpresa, Hugo le dedicó una tierna y orgullosa sonrisa que la dejó descolocada.

Sin embargo, el insólito momento se rompió cuando apareció Andrés y planteó la siguiente pregunta:

—¿Cómo habéis conseguido burlar la seguridad?

Hugo le ofreció la misma gorra que a Leire antes de responder:

—Ahora no hay tiempo para ponerte al día, debemos salir de aquí lo antes posible —dijo, cambiando la expresión por otra más seria—. Solo tienes que saber que tanto Sonia como Maite están a salvo y que tu hija nos está esperando en un coche, lista para que huyamos todos juntos.

No era necesario añadir nada más, sobre todo cuando vio a Andrés enfilar el pasillo con determinación para encontrarse con Sara. No obstante, unas manos agarraron la chaqueta del uniforme de Hugo deteniendo su avance.

—¡Esperad! —Confusos, ambos hombres posaron su atención sobre Leire—. No podemos dejar aquí a Inés —dijo, señalando con la cabeza la celda de al lado.

Hugo siguió la dirección de su gesto y titubeó. Perder más tiempo era demasiado peligroso, máxime con alguien en quien no sabía si podía confiar.

—Rescatar a esa mujer no entra dentro de nuestros planes —señaló suspicaz, y su lado racional comenzó a evaluar los pros y los contras con un metódico planteamiento—. Además, no hemos traído un uniforme para ella y tampoco podemos estar seguros de que…

—Mataron a su padre igual que al mío. Ella es tan inocente como nosotros.

La lógica de Leire y su expresión abatida y ansiosa echaron abajo el discurso de Hugo, quien, por primera vez en su vida, dejó a un lado la sensatez y la prudencia y se apresuró en abrir la celda de la mujer que los había mentido haciéndose pasar por policía.



Impaciente, Yarey echó un breve vistazo a su reloj contando los minutos que habían pasado desde que Hugo fue a sacar de sus celdas a los dos rehenes. Cada segundo que pasaba era un segundo en su contra, un segundo que los acercaba a un más que probable fracaso en la misión.

Escuchó unos pasos acelerados y respiró con alivio al descubrir de quienes eran, aunque arrugó el ceño al advertir la presencia de Inés.

—¿Qué hace ella aquí? —cuchicheó entre dientes cuando Hugo llegó a su altura.

—Te lo explico más tarde —se limitó a decir.

Justo en ese momento se escucharon las puertas del ascensor abrirse y la figura del jefe de la División de comunicaciones apareció ante ellos, quien los reconoció en el acto.

—Mueve un solo dedo y estás muerto —lo amenazó Yarey cuando este tuvo la intención de llevarse la mano a su arma reglamentaria.

Bruno alzó los brazos en son de paz y estudió a los dos muchachos que habían estado bajo su mando. Uno, la amenaza más evidente, lo apuntaba directamente a la cabeza. Y el otro, que se apresuró a colocar su cuerpo como barrera protectora por un posible fuego cruzado entre él y los prófugos, tal y como le habían enseñado durante sus duros años de entrenamiento, no tardó en empuñar la suya.

—Deberíais bajar esas armas, chicos.

Una cínica sonrisa asomó al rostro de Yarey.

—¿En serio? Yo no lo creo —respondió, moviéndose con cautela para que el resto pudiera acercarse a la salida de emergencia.

—No sé por qué estáis haciendo esto, pero todavía no es tarde —señaló el teniente mirando a su alrededor con disimulo—. Estoy seguro de que, si os rendís, puedo lograr que los altos mandos no tomen represalias contra vosotros.

—Por supuesto que sí. —Yarey escupió cada palabra con una ironía que no pasó desapercibida para nadie—. Estoy convencido de que solo queréis lo mejor para nosotros. De que nuestras vidas son lo más importante para los cabrones que están sentados cómodamente tras sus mesas de despacho mientras crean soldados que hagan el trabajo sucio.

Bruno fijó la mirada sobre el cañón que lo apuntaba directamente y después sobre Yarey. Tras lo cual, dio otro paso atrás y una expresión malevolente surgió en su rostro al darse cuenta de que su máscara había quedado al descubierto.

—Sabes que no podréis salir de aquí con vida, ¿verdad?

Tras cerciorarse de que los demás habían cruzado la puerta, Yarey se encogió de hombros y le hizo un gesto a su antiguo jefe para que se diera la vuelta al mismo tiempo que sacaba una de las bridas escondida en uno de los bolsillos de su pantalón con la intención de maniatarlo.

No obstante, justo en ese momento las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse, y el teniente aprovechó ese instante para colarse en su interior. Parapetado tras las hojas de metal,

sacó con rapidez su arma y disparó contra Yarey, quien respondió al fuego cruzado antes de que las puertas se cerraran del todo.

Yarey no perdió tiempo, abrió la puerta de emergencia y solo dejó atrás los impactos de las balas incrustadas en las planchas del ascensor mientras corría escalera arriba. Desconocía si había logrado alcanzar a Bruno, pero lo que sí tenía claro era que muy pronto darían la voz de alarma.

Enseguida alcanzó a Hugo, quien siguió con el plan trazado tras su desafortunado encuentro. Lo primordial era sacar a aquella gente de allí, costase lo que costase y sin importar cuál de ellos dos quedase en el camino.

Encabezando la marcha, junto con Leire a su lado, su compañero caminaba a buen paso, pero sin dar la impresión de estar huyendo. Tras él, Yarey y Andrés custodiaban a Inés con expresión firme y decidida. La idea era dar la sensación de estar trasladando a un preso bajo órdenes precisas, a pesar del caos y confusión que se formó cuando saltaron todas las alarmas.

Contra todo pronóstico, lograron alcanzar la entrada del edificio, pero no pudieron evitar que dos soldados fuertemente armados les dieran el alto.

—Lo siento, pero no se puede salir del edificio.

Hugo se cuadró ante los oficiales y les clavó una mirada severa.

—Tenemos órdenes del alto mando.

—Esas órdenes han cambiado, tendrán que esperar.

Adiestrados para enfrentarse a situaciones como esa, tanto Yarey como Hugo actuaron con extrema celeridad, pues sabían que el tiempo y las condiciones les eran desfavorables. Al unísono, ambos desenfundaron sus armas y apuntaron a los soldados, quienes tardaron unos preciosos milisegundos en reaccionar.

Aprovechando ese breve desconcierto, Hugo le hizo unas señas a los demás para que se dirigieran hacia la salida.

—¡Corred! —gritó.

Los soldados alzaron sus fusiles apuntando a la amenaza más notoria, pero no se atrevieron a apretar el gatillo, pues la desesperación en las miradas de ambos hombres les advertía de que su acción tendría una respuesta de vida a muerte. Yarey y Hugo caminaban hacia la puerta sin darles la espalda, pues sabían que en el momento en el que lo hicieran serían abatidos. Su plan de escape se había ido al garete, ya no podrían hacerlo de forma silenciosa, y necesitarían toda la ayuda posible para salir de aquel atolladero con vida.

Cuando lograron cruzar la única vía de escape, seguidos muy de cerca por los guardias, impidieron que estos salieran atando ambas hojas de la puerta con unas bridas. La solución era temporal y no duraría mucho tiempo, pero al menos les daría unos metros de ventaja. El verdadero problema supondría traspasar la garita de entrada. Alertados, los soldados allí apostados los estarían esperando y no dudarían en apretar el gatillo.

Pero para su sorpresa, nadie apareció para impedirles la huida. Cuando Hugo y Yarey alcanzaron al resto, los dos soldados dejados atrás lograron abatir la puerta y comenzaron a disparar, pero nadie salió en su apoyo. Las balas volaban muy cerca de ellos, pero consiguieron alcanzar el coche donde Sara los esperaba con el motor encendido. Entraron en él de forma atropellada y salieron pitando de allí quemando las ruedas sobre el asfalto.

Durante unos metros, el impacto de los proyectiles sobre la chapa del vehículo mantuvo a todos agachados, a excepción de Hugo que conducía a toda velocidad y a Yarey que respondía al fuego enemigo por la ventanilla del conductor. Tras poner distancia y comprobar que el mayor

peligro había pasado, padre e hija se abrazaron felices de reencontrarse de nuevo.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —reprochó Sara con lágrimas de alivio tras comprobar que tanto su padre como su mejor amiga estaban bien.

Todavía con el susto en el cuerpo ninguno respondió, pero le tocó el turno a Hugo preguntar sobre algo que todavía no entendía.

—¿Dónde estaban los guardias de la entrada? ¿Por qué no había nadie en la garita de control?

La expresión de culpabilidad en el rostro de Sara no dejaba lugar a dudas, ella tenía algo que ver en eso.

—Bueno…, yo… —balbuceó, sabiendo que tanto Yarey como su padre pondrían el grito en el cielo—. Tardabais tanto que me acerqué a ellos con la excusa de haberme perdido. Coquetee un poco mientras hacía tiempo y, cuando los avisaron por radio de que los rehenes habían escapado, los pillé con la guardia baja y me las arreglé para encerrarlos.

La mirada feroz que Hugo le lanzó por el espejo retrovisor puso sobre aviso a Sara, quien se encogió en su asiento a la espera de la bronca que le aguardaba.

—¡¡¿Que hiciste qué?!! —chilló su padre ante la inesperada confesión, abrumado al sentir un miedo atroz ante su descabellada idea, pero al mismo tiempo henchido de orgullo ante la valentía demostrada por su hija—. ¡¿Tienes idea del peligro al que te has expuesto?! ¡¿Cómo puedes ser tan irresponsable?! ¡¿Por qué siempre haces lo que te viene en gana?! ¡Por Dios, Sara! —la increpó mientras revisaba que estuviera bien.

Ella comenzó a excusarse, alegando no haber pensado en las consecuencias y solo haber actuado de manera instintiva. No obstante, su discurso fue perdiendo fuerza cuando advirtió que Hugo llamaba a Yarey y que este no respondía.

Extrañada, ignoró las maldiciones de su padre y se alarmó cuando se dio cuenta de que Yarey no se había sumado a ellas.

—¿Qué ocurre? —quiso saber, acercándose al asiento del copiloto.

La profunda preocupación en la expresión de su amigo le secó la boca y le produjo un intenso pinchazo en el centro del pecho.

—No lo sé —respondió este mortalmente serio—. No lo sé.

Sara se inclinó sobre el asiento y agarró el rostro de Yarey entre sus manos, quien, con los ojos cerrados y el semblante blanco como el papel, permanecía desmayado.

Capítulo 25

Cuando quiso cambiar de postura, un dolor punzante en el costado despertó a Yarey, quien abrió los párpados con pesadez. Aturdido, estudió el lugar donde se encontraba, hasta que fijó la atención sobre el rostro de la preciosa chica que dormía plácidamente a su lado. Se tomó su tiempo en contemplarla, hasta que una enamorada sonrisa surgió en su semblante de manera espontánea.

Tras unos preciosos minutos, alzó la mano con la intención de apartar un pequeño mechón de cabello de la frente de Sara, pero ese simple gesto lo hizo sisear de dolor. Aun así, no perdió la oportunidad que se le presentaba, así que apretó los dientes y retiró parte del flequillo con una delicada caricia.

Ella abrió los ojos de repente, y ambas miradas se encontraron, perdiéndose en ellos durante unos eternos segundos.

—¿Estás despierto?

Yarey se limitó a asentir mientras un hormigueo acalorado se colaba bajo su piel. Era tan guapa y sexi a sus ojos que no podía dejar de admirarla.

—Ajá —respondió después de unos instantes—. ¿Y los demás?, ¿están todos bien?

Sara dejó salir un largo y profundo suspiro a caballo entre el alivio y la exasperación. Descubrir que a pesar de todo él seguía más preocupado por el resto que por sí mismo la enorgullecía, pero también la sacaba de quicio. Así que cerró de nuevo los ojos y se acurrucó más cerca de él.

—Todos sanos y salvos —corroboró a regañadientes—. ¿Y tú?, ¿te encuentras mejor?

—Ajá —repitió feliz de que todo saliera bien. Pero sobre todo de tenerla a su lado.

—Me alegro —replicó ella rodeándole la cintura con el brazo—, así podré matarte con mis propias manos sin tener ningún cargo de conciencia después.

Primero, el gesto de Yarey se contrajo por la sorpresa, y después, una ceja irónica se alzó en su rostro creando un arco perfecto.

—No es un poco temprano para amenazas de muerte.

Ella pegó la nariz en su fuerte pecho y aspiró su aroma masculino con deleite.

—Para nada.

La sonrisa de él se amplió todavía más al escuchar su respuesta y rodeó con el brazo libre sus suaves hombros.

—Está bien, pero en todo caso, ¿no es un poco contradictoria tu inesperada advertencia?

—En absoluto —dijo tras un bostezo—. Teniendo en cuenta el susto que me has pegado y lo mal que lo he pasado por tu culpa, el que mueras entre terribles sufrimientos es lo menos que te mereces.

La risa agitó el pecho de Yarey ante su explicación, pero tuvo que detenerse cuando el dolor volvió de nuevo, y se llevó una mano al costado para detener el pinchazo de dolor.

—¿Te duele? —se apresuró a preguntarle preocupada.

El calor en la mirada de Yarey calentó el corazón de Sara cuando alzó los ojos, ansiosa, y se encontró con las encendidas ascuas de sus iris.

—Un poquito —afirmó con un gesto de lo más sensual.

Ella reprimió el impulso de golpearlo por insensato, pero se contuvo por temor a hacerle daño.

—¿Por qué no dijiste que te habían herido? —le reprochó dolida—. Casi me muero cuando te desmayaste en el coche.

—No había tiempo para eso —confesó con un encogimiento de hombros, como si haber sido herido de bala no tuviera la más mínima importancia—. Debía asegurarme de poneros a todos vosotros a salvo.

Indignada por su imprudencia, Sara se incorporó y se sentó en la cama cruzando las piernas.

—¿Qué parte de herido de bala te parece tan insignificante, Yarey? —interrogó molesta—. ¿Entiendes lo grave que fue?, mejor dicho, ¿que es?

—Solo noté un pequeño dolor cuando Bruno me disparó antes de esconderse en el ascensor —resumió con calma—. Y creo que yo también le di. Pero fuera de eso, entiende que lo más importante para mí…

Sara lo interrumpió poniendo un dedo sobre sus labios, y la intensidad de su mirada hizo que su estómago se contrajera.

—Lo único que entiendo es que casi me vuelvo loca cuando vi toda esa sangre empapando la chaqueta de tu uniforme —señaló, luchando por que el miedo no le cerrara la garganta de nuevo—. Debido a la pérdida de sangre y no haber dormido nada las horas anteriores, suponemos que perdiste el conocimiento cuando el nivel de adrenalina menguó al vernos a todos sanos y salvos dentro del coche. Pero desconocer la gravedad de la herida que nos habías ocultado, ni saber si volverías a abrir los ojos otra vez, casi logra que perdiera la razón y me derrumbara por completo. Para mí, tú eres lo más importante, Yarey. Por lo que, a partir de ahora, ni se te ocurra volver a hacer algo así jamás en tu vida, ¿entendido? Si estás herido, solo déjanos ayudarte, sin correr más riesgos de los necesarios. No quiero otro héroe enterrado en el cementerio. No podría soportarlo.

Abrumado por el velo angustioso que apagaba el brillo de sus ojos, él solo pudo asentir. Más tranquila, Sara se acostó de nuevo a su lado y se dejó envolver por el regalo de un cálido abrazo mientras apoyaba la cabeza sobre su fuerte pecho.

—No saber si sobrevivirías fue lo más aterrador que me ha pasado en la vida —continuó ella mientras recordaba aquellos angustiosos momentos—. No despertabas y no sabíamos qué hacer.

Él se imaginó la situación y pudo entender su desesperación. Acudir a un hospital con un herido de bala habría hecho saltar todas las alarmas, por lo que esa opción sería la última a tener en cuenta si no querían que los militares los atrapasen de nuevo.

—Lo siento —se disculpó.

Sara alzó la cabeza y, por unos instantes, él fue testigo, a través de su expresión, de la agonía que sintió en aquellos momentos con solo recordarlos. Yarey deseaba indagar más, saber qué habían hecho para detener la hemorragia y curar su herida, pero no se atrevía a preguntar y causar de nuevo tanto sufrimiento.

—Mi padre se puso en contacto con un antiguo compañero suyo de Zoitec —prosiguió ella, intuyendo su curiosidad—, y decidimos llevarte a la clínica veterinaria en la que ahora trabaja tras abandonar la empresa farmacéutica. Después de comprobar la gravedad de la herida, y descubrir que la entrada de bala había sido limpia y que no había afectado a ningún órgano vital, el hombre procedió a realizarte una transfusión de sangre, coserte y a mandarte para casa bajo unos fuertes analgésicos.

—¿Sangre humana, en una clínica veterinaria? —cuestionó con asombro.

Ella chistó la lengua y le lanzó una mirada recriminatoria antes de responder:

—Suerte tienes de que Inés tiene el tipo de sangre de donante universal.

—Pues sí, parece que tuve mucha fortuna.

—No tienes ni idea.

El rostro de Yarey demostró confusión al acabar su relato y meditar sobre sus palabras.

—¿Y cómo convenció tu padre a ese compañero para que no diera parte a la Policía?

—Bueno… —Sara se tomó unos instantes en ordenar sus ideas antes de responder. Se notaba que en ese punto en concreto de la historia tenía cierto dilema moral que de algún modo la molestaba—. Parece ser que cuando trabajaban juntos, mi padre descubrió que padecía un pequeño problema de adicción a varios analgésicos que se administraba por cuenta propia y sin ninguna supervisión médica, debido a unos fuertes dolores que sobrellevaba de manera crónica desde que sufrió un aparatoso accidente de tráfico. En su momento, decidió permanecer callado, pues el trabajo como veterinario no ponía en riesgo la vida de ningún paciente humano, ya que su ámbito era el estudio en los animales. —En ese punto, Sara torció el gesto en total desacuerdo con la decisión de su padre—. Tras unos meses, cuando los rumores de su tratamiento contra las adicciones comenzaron a surgir, este hombre decidió dejar la empresa para no verse envuelto en un escándalo.

—Así que tu padre ha usado ese secreto ahora para chantajearlo con la condición de que no abriera la boca.

Sara asintió confirmando sus sospechas.

—Desconozco hasta qué punto el hombre está recuperado, pero el miedo a perder su reputación y nuevo empleo ha sido suficiente como para que accediera a ayudarnos.

Un silencio cayó sobre ellos mientras Yarey asimilaba toda aquella información. No tenía ni idea de cómo lograría que Andrés lo perdonara por el infierno que tanto él como su familia habían pasado por su culpa. El arrepentimiento por haber creído al Ejército a pies juntillas, y seguido las órdenes hasta su arresto involuntario, no servía de nada en aquella situación. El padre de Sara tenía todo el derecho del mundo a sentir rechazo hacia él. Motivos tenía de sobra. No obstante, estaba decidido a encontrar el modo de redimirse y demostrarle de la manera más sincera posible lo mucho que su hija le importaba.

—Tendré que darle las gracias a tu padre por salvarme la vida —dijo, esbozando una tirante sonrisa.

Sara detectó inquietud y tensión en su expresión, y durante unos instantes se quedaron mirando el uno al otro. El velo de preocupación que ensombreció el rostro de Yarey confirmó lo mucho que le importaba la aceptación de su padre, logrando que una llama de amor y ternura se expandiera por todo su pecho con una calidez asombrosa.

Lentamente se incorporó y acercó su rostro al de él hasta que el espacio que los separaba se volvió inexistente. Cuando sus labios se rozaron, Yarey estrechó su abrazo al tiempo que abordaba su boca con una pasión desmedida, hasta que un gemido dolorido surgió al intentar cambiar de postura para profundizar aún más en ese beso.

—Tómatelo con calma, ¿quieres? —le advirtió ella, separándose con desgana.

Un lamento escapó de la garganta de él.

—Si te tengo tan cerca, eso es algo imposible —replicó, maldiciendo su estado convaleciente.

Un ligero rubor cubrió el rostro de Sara al escuchar sus ardientes palabras y se recostó de nuevo sobre su pecho mientras escuchaba embelesada el sonido agitado de los latidos de su

corazón. Estuvieron así durante unos minutos, disfrutando del placer de tenerse el uno al otro, hasta que ella expresó en alto las dudas que la torturaban.

—¿Qué vamos a hacer a partir de ahora?

Él meditó con cuidado su respuesta.

—En verdad, no lo sé —admitió pesaroso—. Tendremos que mantener una reunión cuando consigamos estar todos juntos.

—¿Crees que seremos unos fugitivos toda la vida? ¿Que esos malditos de Génesis no se detendrán hasta capturarnos y acabar con cada uno de nosotros?

Yarey no tenía la respuesta a sus preguntas, desconocía lo que el futuro les tenía preparado a partir de ese momento, pero mucho se temía que no sería tan sencillo como él habría deseado. Le mataba escuchar el miedo en la voz de Sara, no poder ofrecerle un futuro normal y brillante como el que se merecía, no obstante, había prometido no volver a mentirle.

—No lo sé —respondió tras meditar su respuesta y depositar un tierno beso sobre su coronilla—. Ojalá pudiera decirte que no debes preocuparte, asegurarte que todo saldrá bien y que podremos llevar una vida aburrida y cotidiana como la de cualquier persona normal. Pero no puedo hacerlo porque, en realidad, lo ignoro. —Yarey estrechó más su abrazo y ella alzó la mirada para encontrarse con la suya—. Lo que sí puedo prometerte es que, pase lo que pase, estaré siempre a tu lado y nunca te dejaré sola. Nuestro camino a partir de ahora es incierto, y seguro que estará lleno de dificultades, pero juntos podremos superarlo. Porque si de algo estoy seguro, es de que tú y yo no somos una simple coincidencia, Sara. Tú y yo hemos nacido para escribir nuestro propio futuro, el futuro que ambos soñemos, un futuro en el que la palabra «nosotros» esté escrita a fuego.

Desbordada por la emoción y el amor que desprendía cada una de sus palabras, lágrimas de genuina felicidad mojaron las mejillas de Sara, borrando cualquier resquicio de miedo o duda que pudiera albergar en su interior. Estaba completamente segura de que el amor de Yarey por ella era tan fuerte y firme como las cadenas del destino.

Epílogo

Leire abrió la puerta con cautela y accedió al interior de una sala blanca y aséptica repleta de material e instrumentos propios de un laboratorio de alta tecnología. Pegada a una de las paredes, una nevera cerrada de forma hermética contenía varios viales con material biológico, muestras de tejidos, tumores y placas con cultivos de bacterias.

Encima de las mesas de trabajo se encontraban varias pipetas, tubos de ensayos, probetas, microscopios y demás material de investigación. Pero lo que más llamó su atención fue una especie de cabina estanca y de cristal con dos huecos en los que introducir los brazos a través de unos guantes resistentes para la manipulación de productos altamente peligrosos incrustados en el mismo frontal.

Tras comprobar que allí no se encontraba lo que estaba buscando, giró sobre sus talones para abandonar el lugar lo antes posible, pero se quedó clavada al suelo cuando descubrió que no estaba sola.

—¡Hugo! —jadeó sorprendida.

Este, acompañado por dos personas más, la observaba con esa penetrante e inescrutable mirada tan habitual en él. Leire también lo observó durante unos interminables momentos, a la espera de lo que él dijera o hiciera tras encontrarla. No obstante, un denso silencio se impuso entre ambos y sintió cómo los nervios se apoderaban de su estómago.

Una sensación de desasosiego trepó por el pecho de Leire, tomando forma en su garganta, despegó los labios para formular el millón de preguntas que le quemaban en la punta de la lengua, pero de su boca no salió la menor palabra al captar un brillo de desprecio en los fríos ojos del *hacker*.

—Supongo que no estás sola, ¿verdad? —habló él por fin. Al no recibir respuesta por su parte, continuó—: No debisteis haber venido. Creía que erais más inteligentes.

Sus palabras cargadas de desdén se sintieron como una puñalada por la espalda.

—No podíamos dejarte aquí solo —respondió, alzando la barbilla de forma retadora—. Nosotros no abandonamos a uno de los nuestros.

Una de las comisuras de la boca de Hugo se curvó formando una arrogante media sonrisa. Y la crueldad que ella detectó en esa mueca fue confirmada cuando, a continuación, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que la hizo apretar los dientes.

—Mírame bien —le ordenó lleno de vanidad e insolencia—. ¿De verdad crees que soy uno de los vuestros, que necesito que me salvéis?

Demasiado tarde, Leire se dio cuenta de que habían cometido un error. La actitud de Hugo desde que lo conocía siempre había sido reservada e indiferente, pero ahora advertía algo distinto en él. Una oscuridad en el fondo de su mirada combinada con un brillo letal, le confirmó que algo había cambiado en él, que ya no era el mismo chico que había arriesgado su vida para rescatarla.

Y, en ese preciso instante, supo que le habían borrado la memoria. Que el Ejército había decidido no deshacerse de un activo tan importante para ellos, y que, de algún modo, habían logrado reiniciarlo para volver a usarlo contra sus enemigos y utilizar sus valiosas habilidades para sus propios fines. Un plan brillante y de lo más conveniente.

—Todavía no es demasiado tarde, Hugo —declaró, dando un paso hacia él, negándose a bajar los brazos y darlo por perdido—. Puedes venir con nosotros, hacer lo correcto…

Él sacudió la cabeza, desaprobando su falta de juicio.

—No pienso ir a ningún sitio, te lo aseguro. En cambio, tú…

La acción de no terminar la amenaza y dejarla flotando en el aire para que su imaginación hiciera el resto del trabajo fue hecha a conciencia. Y aunque Leire se dio cuenta, no pudo evitar que, por un momento, el pánico alterara su respiración y pulso, aunque se negó en redondo a dejarse arrastrar por él.

—No tienes por qué hacerlo —dijo, apretando los puños y clavándose las uñas en las palmas de sus sudorosas manos.

Debía hacer un último intento para convencerlo de no cometer el mayor error de su vida o no se lo perdonaría nunca.

Hugo clavó sus grises ojos sobre ella cuando se cruzó de brazos al mismo tiempo que una sonrisa cargada de menosprecio regresó a su rostro.

—Oh, sí que tengo que hacerlo, te lo aseguro —informó mientras, con un gesto de cabeza, ordenaba a sus hombres que la apresaran.

Leire intentó huir, pero no había escapatoria posible.

Tu valoración me importa.

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí, ¡no te imaginas la ilusión que me hace! A continuación, tu Kindle te pedirá que evalúes este libro. Por favor, haz un último esfuerzo, puntúalo y, si puedes, deja una breve opinión. Apenas te costará unos minutos y yo te lo agradeceré eternamente.

Con cariño

Antía Eiras

Biografía

Antía Eiras nació en la ciudad de Vigo, España, en 1974. Es la tercera de tres hijas de padres gallegos. Desde muy niña siempre le ha gustado leer y ese *hobby* se ha convertido en una pasión para ella.

En febrero de 2015 publicó su primera novela, *Los príncipes azules no existen... ¿O sí?*, que a las pocas semanas se convirtió en bestseller en Amazon y duró más de un año en el Top100. También ha sido finalista en los Premios Eriginal Books.

En 2016 publicó su segunda novela, *A la caza de tu amor*, que fue galardonada con el premio Watty2015, llegando al puesto nº1 en las mejores plataformas digitales.

En 2017 publicó su tercera novela titulada *Los Guardianes*, perteneciente a *La Orden de los Varones*, primer libro de una serie de corte romántico paranormal y que ha sido nº1 en diferentes plataformas digitales manteniéndose en los primeros puestos de ventas en diversas categorías en Amazon.

En el 2018 ha publicado su cuarta novela, *Mentiras arriesgadas*, consiguiendo nuevamente la confianza de la editorial Planeta para seguir publicando con ellos.

En el 2019 ha publicado su quinta novela, *La heredera del sello*, segundo libro de la serie de corte romántico paranormal que ha conseguido el nº1 en Amazon, y lleva desde su fecha de publicación manteniéndose en los primeros puestos de ventas en diversas categorías.

En el 2020 ha publicado, *El resurgir de Nix*, tercer libro de la serie de corte paranormal que ha cosechado el mismo éxito que sus predecesores.

En el 2021 ha publicado una novela de romántica contemporánea, *Mil noches a tu lado*, que ha sido lanzada por editorial Planeta bajo el sello de Esencia.

En el 2022 ha publicado, *Mi destino siempre fuiste tú*, cuarto y último libro de la serie de corte paranormal que cierra esta saga con una excelente acogida por parte de los lectores. Y *Un amor con mucho duende*, una divertida comedia contemporánea ambientada en la mágica Irlanda.

En el 2023 ha publicado una trilogía de fantasía juvenil, *El secreto de las brujas*, junto a dos autoras más, Andrea López y Nesa Costas, embarcándose en una nueva y divertida aventura que le encantaría repetir. También en este mismo año ha publicado su última novela, *A un latido de distancia*, siendo esta hasta el momento su más reciente publicación.

Si queréis saber más sobre ella y sus libros, podéis encontrar más información en:

http://www.antiaeiras.es/
https://www.facebook.com/antiaeiras
https://twitter.com/antiaeiras_
https://www.instagram.com/antia_eiras/

Todos los libros de la autora



Los príncipes azules no existen... ¿O sí?

Harta del acoso de su exnovio y antiguo jefe, Alexia se traslada a México, donde encuentra trabajo como asistenta personal de Martín Ledesma, un famoso actor de culebrones.

Martín es un hombre extraordinariamente guapo, rico y muy famoso, por el que todas las mujeres suspiran y pelean. Sin embargo, su fuerte personalidad, dominante y desconfiada, no le va a poner las cosas fáciles a Alexia, a quien ha tenido que contratar pese a no estar de acuerdo.

Sus caracteres chocarán de forma explosiva, y la terquedad de ambos creará momentos divertidos y muy intensos. Ninguno de los dos quiere dar el brazo a torcer, pero el destino les tiene preparada una sorpresa que no podrán evitar.

La química de Martín y Alexia te llegará muy hondo. ¡¡No te la pierdas!!



A la caza de tu amor (Volumen independiente)

Noa Montalbo, alias «niñata», es rebelde, caprichosa y muy obstinada. Hija de un importantísimo empresario, cansado valenciano, está habituada a salirse siempre con la suya. Hasta que su padre, Diego Montalbo de su díscola vida, la manda a trabajar a un resort de lujo que posee en Kenia, en medio de la sabana africana.

Allí conoce a Alonso Rivas, alias «Tarzán trasnochado» o en su defecto «ser unineuronal», guía y encargado del complejo hotelero. Su carácter rudo, prepotente y autoritario no hará que empiecen con muy buen pie. Para él no es más que otra niñata rica y consentida que solo viene a darle problemas.

Sin embargo, y aunque no sean capaces de reconocerlo, se odian con la misma intensidad con la que se atraen, e inevitablemente vivirán una aventura de amor, atracción, pasión, celos, drama, humor e intriga, ya que nada de lo que los rodea en ese paraíso es lo que parece.

Pero solamente juntos podrán luchar contra todos los que intentan separarlos, para lograr al fin la felicidad.

Esta novela fue galardonada con el Premio Watty 2015 .



Mentiras arriesgadas

Tras asistir a una fiesta de disfraces, Adriana Muñoz descubre que su vida puede cambiar drásticamente en un solo instante. Policía de profesión, se promete a sí misma descubrir al culpable de poner en peligro todo lo que es y todo lo que ama.

Para ello se infiltrará en una de las empresas de publicidad más importantes de Barcelona, donde conocerá a Marc de Montellà, el único hombre que supondrá una amenaza no sólo para su tapadera sino también para su corazón.

Secretos, amor, mentiras, odio y una obsesión tan intensa como insana serán los obstáculos que deberá esquivar Adriana hasta descubrir la verdad. Una verdad rodeada de mentiras arriesgadas y que llevará a sus protagonistas hasta límites insospechados. Una verdad para la que no siempre estamos preparados.



Mil noches a tu lado

Pol de Montellà Bau cree haber dejado atrás su pasado y se dispone a comenzar una nueva vida; sin embargo, pocos meses después empieza a recibir amenazas. Obligado por su familia y por la policía, acepta la protección, las veinticuatro horas del día, de una unidad especial dirigida por la única mujer inmune a sus encantos.

La inspectora Ainara Irazábal es la encargada de proteger al único hombre capaz de romper su férrea coraza, construida con mucho esfuerzo durante más de ocho años. Demuestra una fría indiferencia hacia uno de los mayores mujeriegos de la sociedad barcelonesa, aunque esa débil máscara se resquebraja cuando intenta, por todos los medios, luchar contra la innegable atracción que siente hacia él.

¿Será capaz Ainara de resistirse al indiscutible atractivo de Pol? ¿Podrá él derribar los muros de la enigmática y atractiva inspectora? ¿Lograrán ambos rebelarse contra la tensión

sexual que surge cada vez que están cerca el uno del otro?

Te invito a descubrirlo en esta romántica y excitante historia de amor.



Un amor con mucho duende

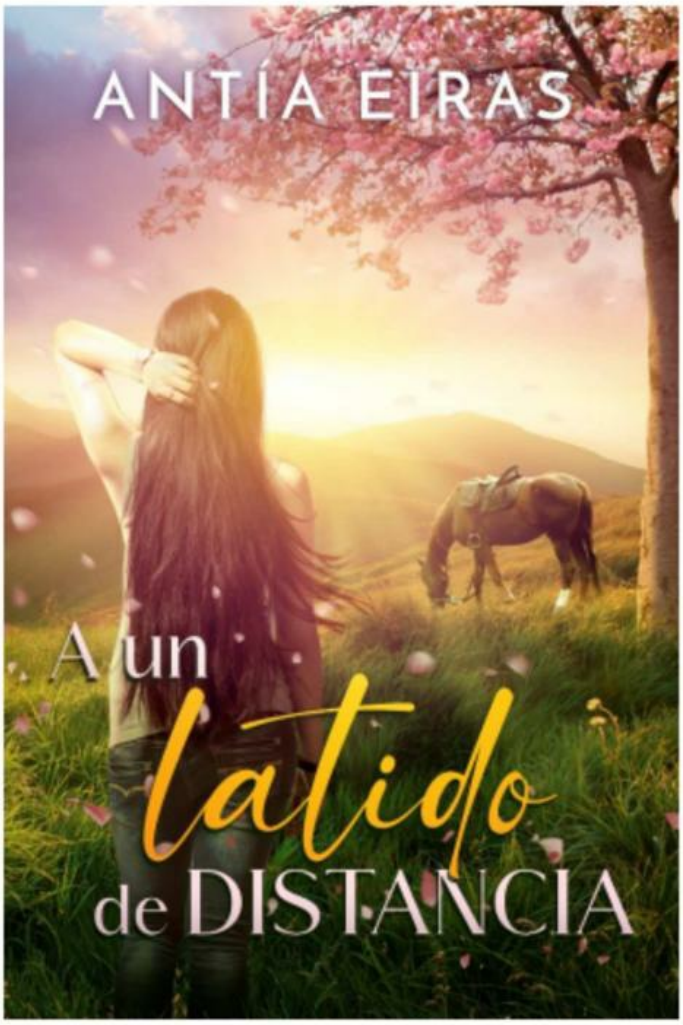
Me llamo Andrea y vengo a contaros que he perdido el trabajo de mis sueños. Sí, sí, lo sé. Sé que pensáis que no es para tanto, que vengo en modo drama queen, pero para mí ha sido un varapalo importante. Sin embargo, gracias a ello, me he animado a hacer realidad por fin el sueño que tantos años llevo retrasando, por lo que he decidido tomarme unas pequeñas vacaciones y regalarme un viaje a Irlanda.

Así que, tras no pensarlo mucho, puse rumbo a la fascinante y hermosa Éire, pertrechada únicamente con mi mochila, un portátil y un sueño por cumplir. Todo iba bien hasta que tuve que pasar la noche en un pequeño y pintoresco pueblo en el condado de Cork. Allí conocí a un rudo y huraño pelirrojo irlandés propenso a burlarse de mí.

Brennan O'Connor es el dueño del anticuado hostal y maltrecho pub en el que tuve que buscar refugio, y el tipo más odioso que he tenido la mala suerte de conocer. Pero, por mucho que me cueste reconocerlo, también es el más seductor, intrigante y excitante hombre que…

¡Un momento! ¿Por qué os estoy contando todo esto? ¿No es preferible que lo descubráis vosotros mismos? Sí, lo mejor es no hacer más spoilers e invitaros a bucear entre las páginas de este libro con la intención de que quedéis atrapados en esta romántica historia de amor.

¿Os atrevéis a hacerlo conmigo?



Un amor con mucho duende

Me llamo Andrea y vengo a contaros que he perdido el trabajo de mis sueños. Sí, sí, lo sé. Sé que pensáis que no es para tanto, que vengo en modo drama queen, pero para mí ha sido un varapalo importante. Sin embargo, gracias a ello, me he animado a hacer realidad por fin el sueño que tantos años llevo retrasando, por lo que he decidido tomarme unas pequeñas vacaciones y regalarme un viaje a Irlanda.

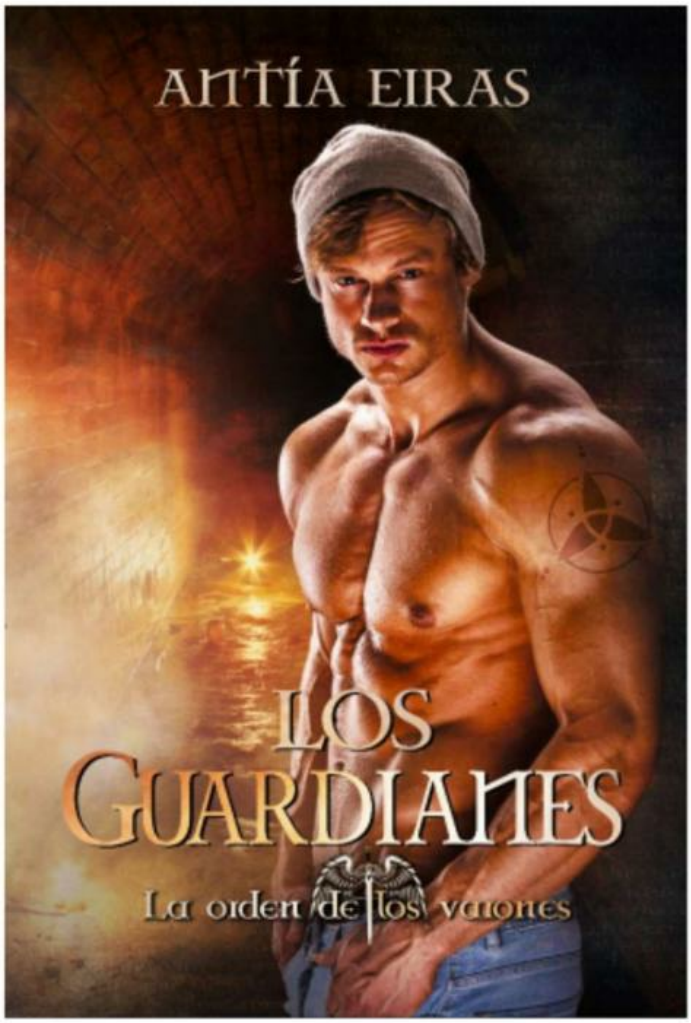
Así que, tras no pensarlo mucho, puse rumbo a la fascinante y hermosa Éire, pertrechada únicamente con mi mochila, un portátil y un sueño por cumplir. Todo iba bien hasta que tuve que pasar la noche en un pequeño y pintoresco pueblo en el condado de Cork. Allí conocí a un rudo y huraño pelirrojo irlandés propenso a burlarse de mí.

Brennan O'Connor es el dueño del anticuado hostal y maltrecho pub en el que tuve que buscar refugio, y el tipo más odioso que he tenido la mala suerte de conocer. Pero, por mucho que me cueste reconocerlo, también es el más seductor, intrigante y excitante hombre que…

¡Un momento! ¿Por qué os estoy contando todo esto? ¿No es preferible que lo descubráis vosotros mismos? Sí, lo mejor es no hacer más spoilers e invitaros a bucear entre las páginas de

este libro con la intención de que quedéis atrapados en esta romántica historia de amor.

¿Os atrevéis a hacerlo conmigo?



Los Guardianes (La Orden de los Varones nº 1)

Tras diecinueve días de coma, causados por un aparatoso accidente de tráfico que casi le cuesta la vida, Iria Pazos, una mujer marcada por la crudeza de su vida, despierta en el hospital sin ser consciente de los cambios a los que se enfrenta.

Cuando regresa a casa con el alta médica, descubre que tiene un nuevo y sexy vecino, Tomás Novoa. Pero no sólo el atractivo policía nacional pondrá su vida patas arriba, ahora a Iria le ocurren extraños sucesos que supondrán un peligro para su integridad mental, pues hay algo oscuro y tenebroso que la observa y acecha en su apartamento, casi haciéndola creer que está perdiendo la razón.

¿Puede ser su mente que le juega malas pasadas? ¿Será real la presencia que ella siente? ¿Estará todo en su cabeza?

Desde ese mismo instante su vida correrá peligro, pues sus nuevos dones harán saltar todas las alarmas, y ambos se verán envueltos en una enmarañada mentira llena de secretos, engaños y oscuridad, a la que tendrán que enfrentarse juntos, ya que el destino les tiene preparada una sorpresa difícil de asimilar.

Nada de lo que ellos daban por seguro en sus vidas es lo que parece, y los enemigos están

muy cerca y son más temibles de lo que creen.

¿Te atreves a acompañarlos y descubrir esa increíble y misteriosa verdad?



La Heredera del Sello (La Orden de los Varones nº 2)

Alaina O'Brien es una mera becaria que trabaja en el museo nacional de Escocia, con la única intención, en su anodina vida, de acabar su doctorado en historia y arqueología. Pero una noche de fiesta en Edimburgo, su mundo se trunca cuando unos desconocidos intentan atacarla, si bien no se espera ser salvada por un misterioso y «guapo vikingo». Lo que ella no sabe, es que el peligro está más cerca de lo que piensa y que la oscuridad la quiere para sus propios fines.

La orden de proteger a una completa desconocida no le hace la menor gracia a Cassiel, quien cree que desperdicia su tiempo vigilando a alguien completamente insignificante. No obstante, pronto descubrirá su gran error, cuando averigüe que esa atrevida pelirroja es una pieza fundamental en la guerra contra el mal. Una pieza que oculta un oscuro e importante secreto, y cuya batalla empezará entre él mismo y lo que ella le hace sentir.

Desde el mismo instante en el que se conocen, una lluvia de acontecimientos, secretos y mentiras los harán recorrer un camino tortuoso repleto de peligros y sentimientos que jamás creyeron sentir, impulsándolos a reconocer y a admitir emociones y pasiones nunca antes vividas por ambos, y obligándolos, incluso, a descender hasta el mismo… infierno.



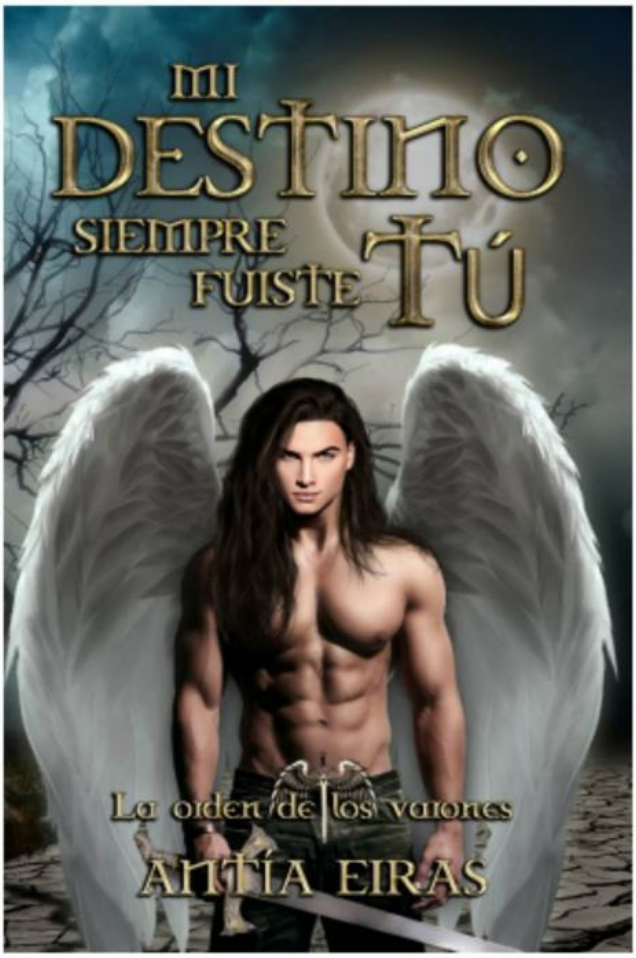
El resurgir de Nix (La Orden de los Varones nº3)

Tras recuperar su alma inmortal, Moisés sufre un desafortunado incidente que lo vuelve a poner en la cuerda floja con los suyos. Decidido a buscar con desesperación la redención y la confianza de la Orden, traza un plan para recobrar su estatus como Guardián y el honor perdido. Pero sus propósitos se tuercen, principalmente, por culpa de una guapa pelirroja que no le va a poner las cosas nada fáciles.

Castigada por su padre a vagar sola por la tierra de los hombres por el resto de la eternidad, Nix es la última de su estirpe que permanece oculta en un inhóspito y aislado bosque de Alaska para protegerse de los que quieren hacerle daño; hasta que aparece en su vida Moisés. Resentida con los humanos, se debate en si debe salvarlo o no de una muerte segura cuando se presenta de improviso en sus dominios; sobre todo, cuando el que viene a importunar su deseado aislamiento tiene, cuanto menos, un pasado tan oscuro como el de ella.

Desde el mismo instante en el que sus caminos se cruzan, Nix y Moisés no tendrán un momento de respiro. Ambos, perseguidos por las fuerzas del mal, deberán luchar por encontrar su lugar en el mundo. Y, para ello, tendrán que enfrentarse a un destino para el que ninguno de

los dos se siente preparado. Un destino en el que habrán de afrontar sus culpas y remordimientos más oscuros, sus sentimientos más profundos y sus propios demonios interiores.



Mi destino siempre fuiste tú (La Orden de los Varones nº4)

Último libro de la serie

Dispuesto a todo por rescatar a doña Amelia, Amitiel cae en una trampa orquestada por la Oscuridad. No obstante, si con algo no cuenta el ángel de la Verdad es con tener que lidiar con la única criatura capaz de hacer que todo su mundo se desmorone bajo sus pies. Impulsivo y cabezota, lucha con todas sus fuerzas contra un destino que lo empuja a desoír lo que su corazón grita. Sin embargo, ¿podrá el Melenas resistirse a los sentimientos que ese ser genera en él? ¿Será capaz de evitar sentir odio y rabia mientras su corazón palpita con fuerza cada vez que la tiene cerca?

Mientras el apocalipsis da comienzo, Ayelet, más conocida como el Anticristo, captura a uno de los culpables de la muerte de su madre. Dispuesta a hacerlo pagar por su crimen, lo mantiene esclavizado bajo un potente hechizo, pues lo considera el causante de haberle arrebatado lo que más amaba. Con el único propósito de humillarlo mientras obtiene información, Ayelet lucha contra la intensa atracción que ese ángel con intimidante mirada azul suscita en ella, logrando poner en peligro algo más que su corazón.

Pero todo cambia cuando las tornas se vuelven en contra de ambos, ya que deberán tomar una difícil decisión: cumplir con su destino o salvar a la humanidad.

¿Te atreves a acompañarlos en esta incierta aventura?

---

[1] N. de la autora: UFAM (Unidad de Atención a la Familia y Mujer)
[2] Nota de la autora: Trastorno de estrés postraumático.
[3] Nota de la autora: Trastorno del espectro autista.